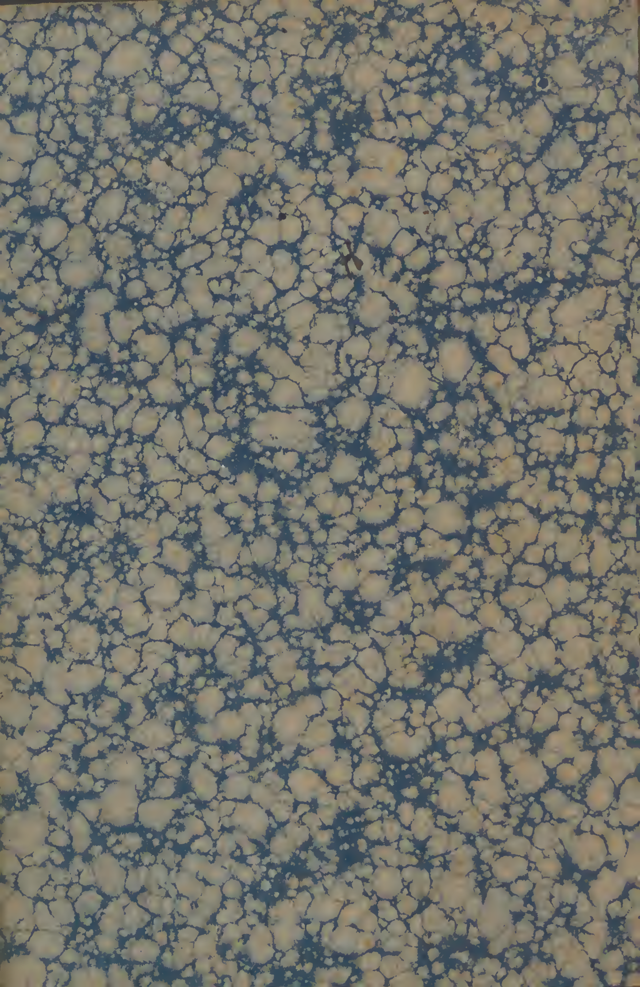
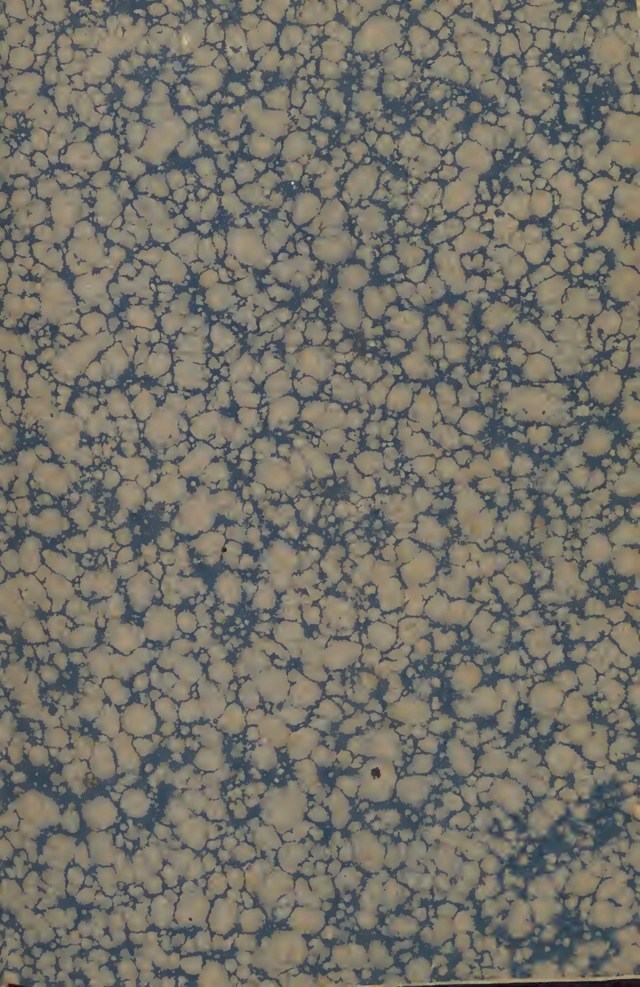
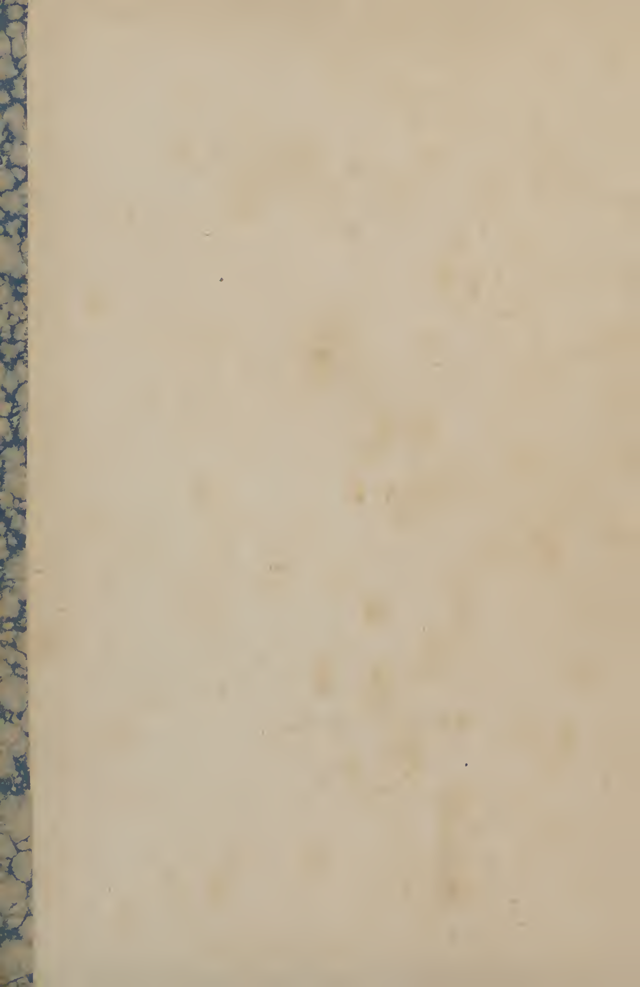










AMADO NERVO

POESIAS COMPLETAS

MADRID
MCMXLII

I

MENTIRA! Yo no busco las grandezas;
me deslumbra la luz del apoteosis,
y prefiero seguir entre malezas
con mi pálida corte de tristezas
y mi novia bohemia: la Neurosis.

Dejadme. Voy muy bien por la existencia
sin mendigar un vítor ni una palma,
pues bastan a mi anhelo y mi creencia
un pedazo de azul en la conciencia
y un rayito de sol dentro del alma.

II

AVANZA, negra Deidad,
con tu séquito d'estrellas,
con tu báratro de sombras,
con tu luna macilenta!

¡Avanza...! Yo, recostado
sobre la pajiza yerba
que alfombra el patio ruinoso
de mi morada desierta,

te contemplo, y entretanto,
descienden y me rodean
las mujeres de mi vida
diciendo todas: *¿Te acuerdas?*
. . . .

Pupilas del infinito,
siempre mudas, siempre abiertas,
que miráis indiferentes
los dolores de la tierra;

luna, tan sola, tan triste
como una esperanza muerta,
¡vosotras sois las amigas
misteriosas del poeta!

Con vuestro fulgor descienden,
descienden y me rodean,
las mujeres de mi vida,
diciendo todas: *¿Te acuerdas?*

III

Que disfruto, que río,
que se recrea el pensamiento mío
en sueños inefables, que desciende
la inspiración a mí, como rocío
que del manto del alba se desprende
y da vida a las flores y atavío»;

«que la ilusión del porvenir me alienta;
que jamás el dolor y los afanes
han trabado en mi espíritu violenta
contienda de titanes;
que no brama en mi cielo la tormenta
ni arrasan mi verjel los huracanes...»

Quiero créerlo, pues que tú lo dices
(hay seres muy felices);
mas oye, alma que sufres porque adoras;
todas esas venturas que señalas,
las diera por los ayes que tú exhalas,
las diera por las lágrimas que lloras.

IV

El alba, con luz incierta,
en el espacio fulgura,
y parece que murmura
besando mi faz: ¡Despierta!

Rompe la nívea mortaja
de la fuente el sol ufano,
y su fulgor soberano
me dice: ¡Lucha, trabaja!

Muere el sol, quietud inmensa
se adueña de cuanto existe...;
entonces, una voz triste
susurra en mi oído: ¡Piensa!

Por fin, la noche, vestida
de luto, llena d'encanto,
me cobija con su manto,
suspirando: ¡Duerme, olvida!

V

VES el sol, apagando su luz pura
en las ondas del piélago ambarino?
Así hundió sus fulgores mi ventura
para no renacer en mi camino.

Mira la luna: desgarrando el velo
de las tinieblas, a brillar empieza.
Así se levantó sobre mi cielo
el astro funeral de la tristeza.

¿Ves el faro en la peña carcomida
qu'el mar inquieto con su espuma alfombra?
Así radia la fe sobre mi vida,
solitaria, purísima, escondida:
¡como el rostro de un ángel en la sombra!

VI

Rindióme al fin el batallar contino
de la vida social; en la contienda,
envidiaba la dicha del beduíno
que mora en libertad bajo su tienda.

Huí del mundo a mi dolor extraño,
llevaba el corazón triste y enfermo,
y busqué, como Pablo el Ermitaño,
la inalterable soledad del yermo.

Allí moro, allí canto, de la vista
del hombre huyendo, para el goce muerto,
y bien puedo decir con el Bautista:
¡Soy la voz del que clama en el desierto!

VII

Oh bólido luciente, que del piélago
donde bogan los astros
lanzado fuiste sin piedad, y vienes

a morir a otro piélago agitado:
del azul al azul fué tu camino,
camino de zafiros y topacios:
naciste en el azul del firmamento,
moriste en el azul del occeano!

Así también el pensamiento mío
del azul al azul camina rápido:
la combustión del fósforo lo engendra
con chispeo violado
en la obscura celdilla del cerebro,
y lo lleva su anhelo a los espacios,
en busca del saber, de la belleza,
del arte *qu'es lo azul* de lo increado;
y morirá por fin en las alturas,
consumidas las alas, como Icaro.

VIII

Al oír tu dulce acento
me subyuga la emoción,
y en un mudo arrobamiento
se arrodilla el pensamiento
y palpita el corazón...
Al oír tu dulce acento.

Canta, virgen, yo lo imploro;
que tu voz angelical

semeja el rumor sonoro
de leve lluvia dë oro
sobre campo de cristal.
Canta, virgen, yo lo imploro:
es de alondra tu garganta,
¡canta!

¡Qué vagas melancolías
hay en tu voz! Bien se ve
que son amargos tus días.
Huyeron las alegrías,
tu corazón presa fué
de vagas melancolías.

¡Por piedad! ¡No cantes ya,
que tu voz al alma hiere!
Nuestro amor, ¿en dónde está?
Ya se fué... todo se va...
Ya murió... todo se muere...
Por piedad, no cantes ya,
que la pena me avasalla...
¡Calla!

IX

El cometa bohemio, que dilata
su cauda fulgurante por l'altura,
es el cinto de plata
con que ciñe la Noche su cintura.

Es etíope bellísima la Noche;
y Dios, de su hermosura satisfecho,
en la luna le dió pálido broche,
y complacido lo prendió a su pecho.

De las Pléyades limpias y distantes
que trémulas se agrupan en la esfera,
formóle una diadema de brillantes
y con ella encauzó su cabellera.

Y del lago tranquilo qu'en el llano
riza en plácidas ondas su agua pura,
un biselado espejo veneciano,
donde mira, coqueta, su hermosura.

La etíope ambicionaba más encanto,
reclamaba la reina más decoro,
y Dios espolvoreó sobre su manto
estrellas rubias como granos de oro.

El rayo es un flagelo
que fustiga las nubes en el cielo.
Cuando siente sus flancos azotados
el grupo tenebroso, tasca el freno
y, cuadriga de hipógrifos airados,
deja oír un relincho: eso es el trueno.

El relámpago, luz indefinible
que en breve por los cielos se pasea,

es el ojo de un cíclope, invisible
en medio del estrago y lo terrible,
que detrás de una nube parpadea.

Ese rumor qu'en vuestra alcoba, escasa
de luz, oís que dolorido os nombra,
es la voz de un espíritu, que pasa
agitando sus alas en la sombra...

Y las blancas, las tímidas estrellas
que brillan en el piélago profundo
del éter, y lo doran con sus huellas,
son pupilas de pálidas doncellas
que murieron de amores en el mundo.

X

Por qué tan grave la muchachita?
¿Por qué los goces del juego evita?
¿Por qué se oculta y, en un rincón,
el más sombrío d'estancia aislada,
gime solita y acurrucada
como paloma sin su pichón?

¿Perdió su rorro grande, que dice:
papá? L'ausencia de Berenice,
su dulce amiga, ¿le causa afán?

¿Sufrió el regaño de adusta abuela,
o pena acaso porque a la escuela
mañana mismo la llevarán?

¡Ay! Es que ha muerto su hermosa gata,
cuyo bigote —púas de plata—
cien y cien veces acarició;
la del albo pelo, mayar sonoro,
ojos muy verdes, vetados de oro,
¡la *Remonona* que tanto amó!

Por eso pena la muchachita,
por eso el goce pueril evita,
odia el bullicio, y en un rincón,
el más sombrío d'estancia aislada,
gime solita y acurrucada
como paloma sin su pichón.

XI

La calma...! Tan sólo es buena
para el débil que la ama:
me gusta el mar cuando brama
y la nube cuando truena.
La corriente, cuando llena
d'espuma se lanza al plan;
el monte, cuando en volcán

convertido centellea
y se estremece y humea
como fragua de titán.

¡La lucha...! Tan sólo es buena
para el fuerte que la quiere:
me gusta el mar, cuando muere
cantando, sobre l'arena;
la nube, cuando, serena,
me finge crespón muy leve;
el río, cuando se mueve
entre céspedes y cañas,
y las inmensas montañas
si se coronan de nieve.

XII

Album de Josefina Tornel.

Sol esplendente de primavera,
a cuyo beso, fresca y lozana,
la flor se yergue, la mariposa
viola el capullo, la yema estalla;
sol esplendente de primavera:
¡yo te aborrezco! porque desgarras
las brumas leves, que me circundan
como rizado crespón de plata.

A mí me gustan las tardes grises,
las melancólicas, las heladas,
en que las rosas tiemblan de frío,
en que los cierzos gimiendo pasan,
en que las aves, entre las hojas,
el pico esconden bajo del ala.

A mí me gustan esas penumbras
indefinibles de la enramada,
a cuyo amparo corren las fuentes,
surgen los gnomos, las hojas charlan...

Sol esplendente de primavera,
ceda tu gloria, declina, pasa:
deja las brumas que me rodean
como rizado crespón de plata.

Bellas mujeres de ardientes ojos,
de vivos labios. de tez rosada,
¡os aborrezco! Vuestros encantos
ni me seducen ni me arrebatan.

A mí me gustan las niñas tristes,
a mí me gustan las niñas pálidas,
las de apacibles ojos obscuros
donde perenne misterio irradia;
las de miradas que me acarician
bajo el alero de las pestañas...

Más que las rosas, amo los lirios
y las gardenias inmaculadas;
más que claveles de sangre y fuego,
la sensitiva mi vista encanta...

Bellas mujeres de ardientes ojos,
de vivos labios, de tez rosada:
pasad en ronda vertiginosa;
vuestros encantos no me arrebatan...

Himnos vibrantes de las victorias,
notas triunfales, bélicas marchas,
¡os aborrezco! porque, al oiros,
trémulas huyen mis musas blancas.

A mí me gustan las notas leves...
las notas leves... las notas lánguidas,
las que parecen suspiros hondos...
suspiros hondos de almas que pasan...

Chopín: deliro por tus *nocturnos;*
Beethoven: sueño con tus *sonatas;*
Weber: adoro tu *Pensamiento;*
Schuber: me arroba tu *Serenata.*

¡Oh! Cuántas veces, bajo el imperio
de vuestra música apasionada,
Ella me dice: *¿Me quieres mucho?*
y yo respondo: *¡Con toda el alma!*

Himnos vibrantes de las victorias,
notas triunfales, bélicas marchas:
¡chit! porque huyen al escucharos,
trémulas todas, mis musas blancas...

Sol esplendente de primavera,
lindas mujeres de faz rosada,
himnos triunfales... dejadme a solas
con mis ensueños y mis nostalgias.

Pálidas brumas que me rodean
como rizado crespón de plata,
vagas penumbras, niñas enfermas
de ojos obscuros y tez de nácar,
notas dolientes: ¡venid, que os amo!
¡Venid, que os amo! ¡Tended las alas!

XIII

Aguila, cese tu vuelo;
aunque los Andes escalas,
nunca podrás con tus alas
tocar las cumbres del cielo.

—Poderoso es mi vigor
y llegaré, no lo dudes...
—A tales excelsitudes
tan sólo llega el condor.

—Alma que vas anhelante
de ciencia infinita en pos,
detente: la ciencia es Dios
y Dios... ¡está muy distante!
—Traspasaré el firmamento.
—¿Y con qué vigor lo escalas?
—Llevo dos divinas alas:
El amor y el pensamiento.

XIV

Quién es?—No sé: a veces cruza
por mi senda, como el Hada
del Ensueño: siempre sola...
siempre muda... siempre pálida...
¿Su nombre? No lo conozco.
¿De dónde viene? ¿Do marcha?
¡Lo ignoro! Nos encontramos,
me mira un momento y pasa:
¡Siempre sola...! ¡Siempre triste...!
¡Siempre muda...! ¡Siempre pálida...!

Mujer: ha mucho que llevo
tu imagen dentro del alma.
Si las sombras que te cercan,
si los misterios que guardas
deben ser impenetrables

para todos, ¡calla, calla!
¡Yo sólo demando amores:
yo no te pregunto nada!

¿Buscas reposo y olvido?
Yo también. El mundo cansa.
Partiremos lejos, lejos
de la gente, a tierra extraña;
y cual las aves que anidan
en las torres solitarias,
confiaremos a la sombra
nuestro amor y nuestras ansias...

XV

Escuchas? Pasan suspirando en coro
los céfiros ligeros.
¿Ves? Agitan los rectos datileros
sus abanicos d'esmeralda y oro.
En ocaso, la luz deslumbradora
de sus tonos purpúreos hace alarde...
¡Cuán hermoso es amar en esta hora,
sentir que tiembla el corazón cobarde
cerca del bien que adora,
y que invaden el alma soñadora
las místicas tristezas de la tarde!

XVI

De pie, sobre la roca que, altanera,
cubre la mar con sus espumas blondas,
veo surgir la luna—esa viajera
tan pálida y tan triste—de las ondas.

Así, del occeano de mi vida,
disipando la sombra en que me pierdo,
se levanta una estrella, revestida
de fulgores divinos: tu recuerdo.

XVII

Eres ave? Mi espíritu es un árbol
desnudo y macilento,
cuyas hojas pusiéronse muy pálidas
cuando llegó el invierno,
y volaron más tarde, desprendidas
por el soplo del cierzo.
Ya no dora la luz la escueta copa,
ni parlotea entre el ramaje el céfiro.
No puedes reposar en ese árbol.
Prosigue, pues, tu vuelo.

¿Eres rocío matinal? ¡El páramo
de mi vida es tan seco...!
En vano intentaría tu frescura
fertilizar su seno.
No hay un cáliz siquiera en donde puedas,
como diamante trémulo,
lanzar, cuando el sol surge esplendoroso,
tus límpidos destellos.
No intentes fecundar lo infecundable,
almo llanto del cielo.

¿Eres sombra? ¡Pues ven! Perpetua sombra,
anida en mi cerebro;
protectora de lívidos fantasmas,
privada de luceros.
Un astro luce solo: el imposible,
el inefable Ensueño,
que, temeroso de opacar sus galas,
s'emboza en el misterio...
Ven y funde tu sombra con mi sombra,
y un caos formaremos,
de donde acaso Dios, compadecido,
de su *fiat* al eco,
haga surgir un mundo d'esperanzas,
de ventura y consuelo.

XVIII

En las noches de abril, mansas y bellas,
en tanto que recuerdas o meditas,
ascienden al azul las margaritas
y se truecan en pálidas estrellas.

Cuando el sol en las mares infinitas
del orto desparrama sus centellas,
descienden a los campos las estrellas
y se truecan en blancas margaritas.

Por eso, cuando llena de rubores
deshojas margaritas de alabastros,
auguran el olvido y los amores;
presienten el futuro: ¡han sido astros!
Comprenden el amor: ¡han sido flores!

XIX

Ven, acércate más! El campo umbrío,
el cielo torvo y el ambiente frío,
predisponen el alma a la tristeza.
Ven, apoya en mi hombro tu cabeza;
así, juntos, muy juntos, dueño mío.

Hablemos de tu amor: ¡de aquel soñado
amor! Cuando el invierno desolado
reina doquier, y pálidas se ahuyentan
la ilusión y la fe, ¡cómo calientan
los recuerdos benditos del pasado!

Ven, acércate más, mi dulce dueño...
y en tanto agita con tenaz empeño
la niebla gris su colosal cimera,
sobre nosotros vuelque la Quimera
el ánfora impalpable del Ensueño.

XX

Ya la noche se acerca, la hermosa
reina nubia de castas pupilas;
la que boga en su esquife de plata
remolcado por negra cuadriga.

Ya preludian su *tremolo* flébil,
en las verdes palmeras, las brisas.
Cayó el sol como rosa de fuego
en las glaucas llanuras marinas;

y volvieron las blancas gaviotas
a las rocas, que yerguen altivas,
erizadas de agujas sus moles,
recortando l'azul lejanía.

Bésame frente al mar, frente al cielo
en que vago crepúsculo brilla;
en presencia de Dios, que bendice
el connubio de tu alma y la mía.

El creó en nuestros pechos, que laten
hoy tan juntos, la llama purísima
del amor que ha dictado mis versos,
del amor que resume tu vida.

Bésame cual la ola a la playa,
cual los astros al mar, cual las brisas
a la palma de lacios cabellos;
bésame, desposada divina.

Mientras abren sus cálices de oro
las estrellas, que son margaritas
del celeste jardín, que los ángeles
con sus manos de nieve cultivan.

Bésame mientras reinan las sombras
que nos traen en sus pliegues la dicha,
mientras baten sus alas los sueños,
mientras pueblan el bosque las ninfas,
y Deméter con hondos espasmos
de placer inefable palpita,

XXI

Abrió el poniente su botón de fuego;
empurpuróse la extensión del lago;
reinó doquiera funeral sosiego;

Eolo difundió su fresco halago,
y el *Angelus,* doliente como un ruego,
tremoló en el azul, medroso y vago.

Sintió el enfermo la inquietud arcana
del día que se va, y el desconsuelo
del que ya no ha de ver su luz ufana.

Y en tanto qu'Endimión, tras rojo velo,
parecía decir: *¡Hasta mañana!*
él, acuitado, sollozó: *¡Hasta el cielo!*

XXII

En rica estancia de aristocrática
mansión, en lecho de pompa asiática,
donde el dorado blasón que expresa
antiguas glorias luce su brillo,
duerme a sus anchas un falderillo:
el falderillo de la condesa.

En la magnífica chimenea
un blando fuego chisporrotea;
afuera el cierzo sus alas mueve,
y cual vellones desparramados
van descendiendo por los tejados
innumerables copos de nieve.

La tarde muere, la luz fenece,
la estancia, en honda quietud, parece
cripta en que el ruido mundano cesa;
sólo se escuchan, en ocasiones,
las compasadas respiraciones
del falderillo de la condesa.

Un rapazuelo de cuerpo escuálido,
de tristes ojos, de rostro pálido,
rasca las cuerdas de su violín
frente a los muros de aquella casa:
¡música inútil!, la gente pasa
sin dar socorros al serafín.

En tanto el cierzo silba y se queja;
el pobre niño de tocar deja;
llora y a nadie su llanto mueve;
en vano empuja con mano incierta
de la morada condal la puerta,
¡y se desploma sobre la nieve!

Cuando despunta la luz primera,
desciende un rayo sobre la acera,

al niño muerto besa en la frente,
presta matices a sus cabellos
y luego forma por cima de ellos
una corona resplandeciente.

Otro rayito de la mañana
entra riendo por la ventana
del rico alcázar, y con traviesa
luz, que cascada de oro remeda,
baña los rizos de la blanca seda
del falderillo de la condesa...

XXIII

Cuando me vaya para siempre, entierra
con mis despojos tu pasión ferviente;
a mi recuerdo tu memoria cierra;
es ley común que a quien cubrió la tierra
el olvido lo cubra eternamente.

A nueva vida de pasión despierta
y sé dichosa; si un amor perdiste,
otro cariño tocará tu puerta...
¿Por qué impedir que la esperanza muerta
resurja ufana para bien del triste?

Ya ves..., todo renace...; hasta la pálida
tarde revive en la mañana hermosa;

vuelven las hojas a la rama escuálida,
y la cripta que forma la crisálida
es cuna de pintada mariposa.

Tornan las flores al jardín ufano
que arropó con sus nieves el invierno;
hasta el Polo disfruta del verano...
¿Por qué no más el corazón humano
ha de sufrir el desencanto eterno?

Ama de nuevo y sé feliz. Sofoca
hasta el perfume de mi amor, si existe;
¡sólo te pido que no borres, loca,
al sellar otros labios con tu boca,
la huella de aquel beso que me diste!

XXIV

Toca, toca! Tus manos de nieve
son magas creadoras.
A su impulso ¡qué lánguidas surgen
del piano las notas!
y llenando la estancia quïeta
de voces melódicas,
fingen himnos, sollozos, gorjeos,
sinfonías del viento en las hojas,
cuchicheos discretos de brisas
y plañidos lejanos de olas...

¡Toca, toca! Tú música inspira
mis más bellas trovas;
al oirla, reviven en mi alma
las viejas memorias,
y parece que ausentes venturas
rïendo retornan,
¡que me besa como antes mi madre,
que como antes me quiere mi novia!

¡Toca, toca...! Y después, cuando expiren
temblando en l'alcoba
los acentos postreros, ¡oh virgen!,
acércate, apoya
en la pálida frente del bardo
tus labios de rosas,
y qu'el ritmo del beso corone
de tu Listz la potente Rapsodia,
de tu Schumann los vagos Nocturnos;
y que vuelen, cantando, las horas,
la canción de la esperanza,
tenue, blanda, misteriosa...

XXV

Allegro vivace.

Oye, neurótica enlutada,
oye: la orquesta desmayada
preludia un vals en el salón;

de luz la estancia está inundada,
de luz también el corazón.

¡Ronda fantástica iniciemos!
El vals es vértigo: ¡valsemos!
¡Que viva el vértigo, mujer!
Es un malstrom: encontraremos
en su vorágine el placer.

Valsar, girar, ¡qué bello es eso!
Valsar, girar, perder el seso,
hacia el abismo resbalar,
en la pendiente darse un beso,
morir después... Valsar, girar...

Paolo, tu culpa romancesca
viene a mi espíritu; Francesca,
unida siempre a Paolo vas...
¡Impúlsanos, funambulesca
ronda!, ¡más vivo!, ¡mucho más...!

Valsar, girar, ¡qué bello es eso!
Valsar, girar, perder el seso,
hacia el abismo resbalar,
en la pendiente darse un beso,
morir después... Valsar, girar...

XXVI

A UN POETA.

Tu inspiración heroica reclama los doseles,
el áulico aparato, la pompa y el ruïdo;
m'inspiración no busca ni palmas ni laureles:
le basta un soto espeso donde colgar su nido.

Tu numen es olímpico, es sol: el cielo es suyo,
y va por él soberbio, sobre dorado coche;
mi numen rasga tenue la sombra, cual cocuyo,
ó duerme en el inmenso regazo de la noche.

Tu inspiración es himno, m'inspiración es ruego;
mi musa está muy triste, tu musa canta y crea;
tu numen es la rosa de nácar y de fuego;
mi numen es la pálida y fúnebre orquidea...

XXVII

Cuando escucho el rumorar
de las olas, triste, pienso;
¡qué sollozo tan inmenso
es el sollozo del mar!

Cuando me arranca el pesar
un grito, sin compasión,
clamo, en medio a l'aflicción
que trueca en sombras mi gozo:
¡más inmenso es el sollozo
de mi pobre corazón!

XXVIII

Por qué?—Si lo supiera lo diría...
Mi numen es así, pájaro enfermo,
que busca en el misterio poesía:
ama la nave gótica, la umbría,
los penachos de niebla, el campo yermo.

Temprano fué nutrido de amarguras
mi espíritu, y hoy quiere, contristado,
las sombras en que duermen las locuras...
Se cierne como el grifo en las obscuras
soledades del templo abandonado.

Mi numen es así: ¡Dios lo ha querido!
No me hieras, mujer, con tu reproche.
¿Te disgusta mi amor? Venga tu olvido,
¡mas déjame que vague confundido
con las almas errantes de la noche!

XXIX

Sí, yo amaba lo azul con ardimiento:
las montañas excelsas, los sutiles
crespones de zafir del firmamento,
el piélago sin fin, cuyo lamento
arrulló mis ensueños juveniles.

Callaba mi laúd cuando despliega
cada estrella purísima su broche,
el universo en la quietud navega,
y la luna, hoz de plata, surge y siega
el haz d'espesas sombras de la noche.

Cantaba, si l'aurora descorría
en el Oriente sus rosados velos,
si el aljófar al campo descendía,
y el sol, urna de oro que se abría,
inundaba de luz todos los cielos.

Mas hoy amo la noche, la galana,
de dulce majestad, horas tranquilas
y solemnes, la nubia soberana,
la d'espléndida pompa americana:
¡la noche tropical de tus pupilas!

Hoy, esquivo del alba los sonrojos,
su saeta de oro me maltrata,

y el corazón, sin pena y sin enojos,
tan sólo ante lo negro de tus ojos
como el iris del buho se dilata.

¿Qu'encanto hubiera semejante al tuyo,
oh, noche mía? ¡Tu beldad me asombra!
Yo, qu'esplendores matutinos huyo,
¡dejo al alma que agite, cual cocuyo,
sus alas coruscantes en tu sombra!

Si siempre he de sentir esa mirada
fija en mi rostro, poderosa y tierna,
¡adiós, por siempre adiós, rubia alborada!,
doncella de la veste sonrosada:
¡que reine en mi redor la noche eterna!

¡Oh, noche! Ven a mí llena d'encanto;
mientras con vuelo misterioso avanzas,
nada más para ti será mi canto,
y en los brunos repliegues de tu manto,
su cáliz abrirán mis esperanzas...

XXX

Cuando el sol vibra su rayo
de oro vivo, de oro intenso,
de la tarde en el desmayo;
cuando el sol vibra su rayo,
¡pienso!

Pienso en ti, la Deseada
que mi amor buscando va
con nostálgica mirada;
pienso en ti, la Deseada,
y pregunto: *¿no vendrá?*

Cuando estoy febricitante
en los brazos del Ensueño
que me lleva muy distante;
cuando estoy febricitante,
¡sueño!

Sueño en hombros fraternales
donde al fin reposarán
mis cansados ideales;
sueño en hombros fraternales
y pregunto: *¿no vendrán?*

Cuando estoy enfermo y triste
y es inútil mi reclamo
porque al fin tú no viniste;
cuando estoy enfermo y triste,
¡amo!

Amo el beso de la Muerte,
que mañana entumirá
mi avidez por conocerte;
amo el beso de la Muerte
y me digo: *¡sí vendrá!*

XXXI

Yo—dijo Satanás—padezco mucho;
detesto el Bien, por extinguirle lucho
y, sin embargo, triunfador le veo.
¡Dios burla mi poder y mis hazañas
y la envidia devora mis entrañas
como el buitre feroz de Prometeo!

¡Y siempre durará mi angustia fiera,
porque no puedo amar, que si pudiera,
despreciara la dicha de los cielos!
Y repliqué: —Yo envidio tus dolores:
¡Como jamás alimentaste amores,
no comprendes aún lo que son celos!

XXXII

Virgencita, ya cayeron
        en redor las hojas secas;
los ponientes ya no lucen
        de su púrpura las galas,
y la escarcha, como lino
        desgajado de las ruecas,
leve cruza por el valle,
        de los cierzos en las alas.

Allá, lejos, en los flancos
sin verdor de la colina,
en la falda de los montes,
en los húmedos collados,
en la margen de las fuentes,
se acurruca la neblina
como grey de temblorosos
corderillos fatigados.

Virgencita, ya en el alma
no hay ensueños n'ilusiones;
como pájaros medrosos
se lanzaron al vacío
en demanda de otros nidos
los ardientes corazones,
y murieron asaeteados
por la lluvia y por el frío...

Ven conmigo, yo te ofrezco
mi fogón, embalsamado
por la goma de los troncos
que crepitan y chispean;
soñarás mientras los cierzos,
con acento fatigado,
ya sollozan a las rejas,
ya, en la cumbre del tejado,
la balada del invierno
lentamente canturrean...

XXXIII

Amiga, mi larario está vacío:
desde qu'el fuego del hogar no arde,
nuestros dioses huyeron ante el frío;
hoy preside en sus tronos el hastío
las nupcias del silencio y de la tarde.

El tiempo destructor no en vano pasa;
los aleros del patio están en ruinas;
ya no forman allí su leve casa,
con paredes convexas de argamasa
y tapiz de plumón, las golondrinas.

¡Qué silencio el del piano! Su gemido
ya no vibra en los ámbitos desiertos;
los *nocturnos* y *scherzos* han huído...
¡Pobre jaula sin aves! ¡Pobre nido!
¡Misterioso ataúd de trinos muertos!

¡Ah, si vieras tu huerto! Ya no hay rosas,
ni lirios, ni libélulas de seda,
ni cocuyos de luz, ni mariposas...
Tiemblan las ramas del rosal, medrosas;
el viento sopla, la hojarasca rueda.

Amiga, tu mansión está desierta;
el musgo verdinegro que decora

los dinteles ruinosos de la puerta,
parece una inscripción que dice: ¡Muerta!
El cierzo pasa, suspirando: ¡Llora!

XXXIV

¡CÁLLATE!—dijo, posando
la diestra sobre mi boca.
—¿Olvidarte yo...? ¡Primero
la luz se trocara en sombras,
perdiera el mar su rumores,
el rosal no diera rosas!

Pasaron algunos años,
y la luz el campo dora,
las ondas gimiendo expiran,
flores de nácar adornan
el rosal... ¡y mi recuerdo
ya no vive en su memoria!

XXXV

QUE ya tu juventud está marchita
y no puedes amar—frase solemne,
mas inútil, ¡oh rubia Margarita!
El amor es un Lázaro perenne:
cuando apenas ha muerto, resucita.

XXXVI

Al contemplar tu juventud penosa,
recuerdo de Noemí la desventura.
¡Ay!, tú puedes también clamar llorosa:
«No me llaméis *Noemí;* la más hermosa;
llamadme *Mara,* esto es: ¡mar de amargura!»

Mas, ¡qué importa!, en tu lánguida cabeza
el nimbo santo del dolor radía,
y *el dolor es la única nobleza;*
Dios unge con un óleo de tristeza
a las frentes más altas, virgen mía.

XXXVII

Nuestro amor es zenzontle: en el paraje
do la beldad a la quietud se aduna,
entona su cantar; ama el boscaje
cuando tiembla en el claro del ramaje
el rayo macilento de la luna.

Nuestro amor es un mago y un poeta:
reproduce, conforme a su deseo,
el calado balcón, la estancia quieta
donde agoniza de pasión Julieta
en los brazos amantes de Romeo,



Nuestro amor es mañana seductora,
y crepúsculo al par, que rojo arde;
pues lucen en su faz encantadora
las alegres sonrisas de l'aurora
y las tristes sonrisas de la tarde.

XXXVIII

Se va la luz hacia el confín violado
del cielo, el sol agonizante llega,
y parece su disco naranjado
un escudo de bronce, abandonado
en el campo sangriento, tras la brega...

Mientras abre la flor su casto broche
a las caricias de la tarde umbría,
la luna avanza en nacarado coche,
y brega con los trasgos de la noche
la rutilante cuadriga del día.

¡Hora de bendición! Surcan de prisa
el espacio los pájaros marinos,
y en el palmar qu'enhiesto se divisa
cada palma es laúd, en que la brisa
ejecuta sus *trémolos* divinos.

... De pronto, de la cima, de la blonda
llanura en fruto do el Ocaso vierte

sus ánforas de fuego, surge honda
una queja de duelo: ¡cada fronda
suspira la salmodia de la muerte!

Mañana, cuando lleno de decoro
surja el sol otra vez, con sus centellas
asaeteando al piélago sonoro,
cuando entornen sus párpados de oro
con pudores de virgen las estrellas,

Naturaleza que la noche odia,
ante el ara del cielo enrojecida,
donde fulgura el sol como custodia,
en vez de su tristísima salmodia,
cantará el himno santo de la vida.

XXXIX

Cómo brama la tormenta!
Cómo agita, turbulenta,
sus oleajes la mar...!
Luchando están dos titanes...
Entretanto, sus afanes
me divierto en contemplar.

¿Qué me importa el paroxismo
de sus iras? Un abismo

hay arriba, otro a mis pies;
mas no temo sus fierezas:
el abismo de tristezas
que yo escondo... ¡mayor es!

XL

Ante el sepulcro de M. Gutiérrez Nájera.

Era un ritmo: el que vibra en el espacio
como queja inmortal, y se levanta
y llega del Señor hasta el palacio.
¡Un ritmo! y en el cielo de topacio
se perdió: ¡como todo lo que canta!

Era un ave: su nido en el paraje
que habitamos formó; cual filomela,
gorjeaba al amparo del follaje.
¡Un ave! y sacudiendo su plumaje
se alejó: ¡como todo lo que vuela!

Era un lampo: el flamígero, de plata,
que tiende su fulgor en la penumbra
de casto amanecer, y se dilata
por el éter. ¡Un lampo! y su luz grata
se apagó: ¡como todo lo que alumbra!

No fué su muerte conjunción febea
ni puesta melancólica de Diana,

sino eclipse de Vésper, que recrea
los cielos con su luz, y parpadea
y cede ante el fulgor de la mañana.

Morir cuando la tumba nos reclama,
cuando la dicha suspirando quedo:
«Adiós», murmura, y se extinguió la llama
de la fe, y aunque todo dice: «Ama»,
responde el corazón: «¡Si ya no puedo!»,

Cuando sólo escuchamos dondequiera
del tedio el gran monologar eterno,
y en vano desparrama Primavera
su florido caudal en la pradera,
porque dentro llevamos el invierno.

¡Bien está! Mas partir en pleno día,
cuando el sol glorifica la jornada,
cuando todo en el pecho ama y confía,
y la vida, Julieta enamorada,
nos dice: *¡No te vayas todavía!*

Y forma la ilusión mundos d'encaje,
y los troncos de savia están henchidos,
y las frondas perfuman el boscaje,
y los nidos salpican el frondaje,
y las aves arrullan en los nidos,

¡Es muy triste, en verdad! Tal fué tu suerte,
¡oh poeta!. y en vano a tu partida

opusieron al par su muro fuerte:
Amor, más poderoso que la muerte;
Juventud: ¡el paladion de la vida!

Ave, ritmo, perfume, luz qu'encanta:
el cariño a perderos se rebela;
entre Dios y vosotros se levanta;
mas os vais: ¡como todo lo que canta!
os perdéis: ¡como todo lo que vuela...!

XLI

Oh noche, oh sol, cuán bellos! Pero asombra
la maldad que fermenta en vuestro seno:
¡tú, Sol, con tu fulgor doras el cieno;
tú, Noche, lo cobijas con tu sombra!

XLII

Yo también, cual los héroes medievales
que viven con la vida de la fama,
luché por tres divinos ideales:
¡por mi Dios, por mi Patria y por mi Dama!

Hoy que Dios ante mi su faz esconde,
que la Patria me niega su ternura
de madre y que a mi acento no responde
la voz angelical de la Hermosura,

rendido bajo el peso del destino,
esquivando el combate, siempre rudo,
heme puesto a la vera del camino,
resuelto a descansar sobre mi escudo.

Quizá mañana, con afán contrario,
ajustándome el casco y la loriga,
de nuevo iré tras el combate diario,
exclamando: ¡Quien me ame que me siga!

... Mas hoy dejadme, aunque a la gloria pese
dormir en paz sobre mi escudo roto;
dejad qu'en mi redor el ruido cese,
que la brisa noctívaga me bese
y el Olvido me dé su flor de Loto...

XLIII

Tu recuerdo, en las noches invernales,
cuando escribo en mi estancia triste y solo,
acaricia mi mente con raudales
de luz, cual las auroras boreales
acarician los páramos del polo.

¡Con él viene mi musa, mi consuelo!
No l'arredran las ráfagas, ni el hielo
que tapiza mi senda l'acobarda;

llega muy quedo, con sonrisa amante,
como llegan al lecho del infante
los ángeles benditos de la guarda.

La timidez encubre su deseo:
teme qu'el mundo sus amores sepa,
y me besa a hurtadillas, y la veo
alejarse después, como el trineo
veloz sobre la nieve de la estepa...

¡Oh, cómo soy feliz en esas horas!
Mil imágenes castas, seductoras,
de mi ser en el fondo se levantan,
y mientras gozo con deleite interno,
los cierzos fríos a mis rejas cantan
la canción misteriosa del invierno...

XLIV

Dedicada.

HA mucho tiempo que te soñaba
así, vestida de blanco tul,
y al alma mía que te buscaba,
Ana; ¿qué miras?—le preguntaba,
como en el cuento de *Barba azul*.

Ha mucho tiempo que presentía
tus ojos negros como los vi,
y que, en mis horas de nostalgía,
la *hermana Ana* me respondía:
«Hay una virgen que viene a ti.»

Y al vislumbrarte febril, despierto,
tras de la ojiva del torreón,
después de haberse movido incierto,
como campana que toca a *muerto*
tocaba *a gloria* mi corazón.

Por fin, distinta me pareciste;
vibraron dianas en rededor,
huyó callada la Musa triste
y tú *llegaste, viste y venciste*
como el magnífico Emperador.

Hoy, mi esperanza que hacia ti corre;
que mira el cielo donde tú estés,
porque la gloria se le descorre,
ya no pregunta desde la torre:
Hermana Ana, dime: ¿qué ves?

Hoy en mi noche tu luz impera,
veo tu rostro resplandecer,
y en mis ensueños sólo quisiera
enarbolarte como bandera,
y, a ti abrazado, por ti vencer.

XLV

Dije al César, el rayo de la guerra
que sembró de cadáveres la tierra
y llevó la victoria donde fué:
¿cuál es tu fe?

Dije al bardo también, al que condensa
en una estrofa la hermosura inmensa
de todo lo que siente y lo que ve:
¿cuál es tu fe?

Dije al sabio qu'escruta las estrellas,
en espíritu va tras de sus huellas
y sus misterios insondables lee:
¿cuál es tu fe?

Dije al rudo pastor, dije al artista
que laureles y palmas se conquista,
dije a todo mortal que al paso hallé:
¿cuál es tu fe?

Y simultáneo acento, soberano
acento que llenó todo lo arcano,
me respondió con inflexión austera:
—¡Tan sólo creo en el dolor humano,
porque lo siento palpitar doquiera!

En tanto, mi dolor se retorcía
en el fondo del alma, ¡y me mordía!
Y no lejos (verdad o devaneo)
un coloso doliente repetía:
«¡Yo soy la Humanidad, soy Prometeo!»

II

MÍSTICAS

Flectamus genua.
Rit. Rom.

I

INTROITO

Oh, las rojas iniciales
que ornáis los salmos triunfales
en breviarios y misales!

¡Oh, casullas que al reflejo
de los cirios, en cortejo
vais mostrando el oro viejo!

¡Oh, vitrales policromos
fileteados de plomos,
que brilláis bajo los domos!

¡Oh, custodias rutilantes,
con topacios y diamantes!
¡Oh, copones rebosantes!

¡Oh, *Dies irae* tenebroso!
¡Oh, *Miserere* lloroso!
¡Oh, *Tedeum* gloríoso!

Me perseguís cuando duermo,
me rodeáis si despierto...,
tenéis mi espíritu yermo,
muy enfermo..., muy enfermo...,
casi muerto..., casi muerto...

II

PREDESTINACION

PARA CIRO B. CEBALLOS.

GRABÓ sobre mi faz descolorida
su *Mane Thecel Phares* el Dios fuerte,
y me agobian dos penas sin medida:
un disgusto infinito de la vida,
y un temor infinito de la muerte.

¿Ves cómo tiendo en rededor los ojos?
¡Ay, busco abrigo con esfuerzos vanos...!
¡En medio de mi ruta, sólo abrojos!
¡Al final de mi ruta, sólo arcanos!

¿Qué hacer cuando la vida me repela
si la pálida muerte me acobarda?
Digo a la vida: sé piadosa, vuela...
Digo a la muerte: ¡sé piadosa, tarda!

¡Estaba escrito así! No más te afanes
por borrar de mi faz el torvo estigma;
impélenme furiosos huracanes,
y voy, entre los brazos de Ahrimanes,
a las fauces hambrientas del Enigma.

III

OBSESION

Hay un fantasma que siempre viste
luctuosos paños, y con acento
cruel de Hamlet a Ofelia triste
me dice: *¡Mira, vete a un convento!*

Y me horroriza prestarle oídos,
pues al conjuro de su palabra
pueblan mi mente descoloridos
y enjutos frailes de faz macabra;

y dicen salmos penitenciales
y se flagelan con cadenillas,
y los repliegues de sus sayales
semejan antros de pesadillas...

En vano aquella visión resiste
el alma, loca de sufrimiento;

los frailes rondan, la voz persiste,
y como Hamlet a Ofelia triste
me dice: *¡Mira, vete a un convento!*

IV

GÓTICA

PARA BALBINO DÁVALOS.

SOLITARIO recinto de la abadía;
tristes patios, arcadas de recias claves,
desmanteladas celdas, capilla fría
de historiados altares, de sillería
de roble, domo excelso y obscuras naves;

solitario recinto: cuántas pavesas
de amores que ascendieron hasta el pináculo
donde mora el Cordero guardan tus huesas...
Heme aquí con vosotras, las abadesas
de cruces pectorales y de áureo báculo...

Enfermo de la vida, busco la plática
con Dios, en el misterio de su santuario;
tengo sed de idealismo... Legión extática,
de monjas demacradas de faz hierática,
decid: ¿aún vive Cristo tras el sagrario?

Levantaos del polvo, llenad el coro;
los breviarios aguardan en los sitiales,
que vibre vuestro salmo limpio y sonoro,
en tanto que el Poniente nimba de oro
las testas de los santos en los vitrales...

¡Oh claustro silencioso, cuántas pavesas
de amores que ascendieron hasta el pináculo
donde mora el Cordero guardan tus huesas...!
Oraré mientras duermen las abadesas
de cruces pectorales y de áureo báculo...

V

AZRAEL

Now I must sleep...
BYRON

AZRAEL, abre tu ala negra y honda,
cobíjeme su palio sin medida,
y que a su abrigo bienhechor se esconda
la incurable tristeza de mi vida.

Azrael, ángel bíblico, ángel fuerte,
ángel de redención, ángel sombrío,
ya es tiempo que consagres a la muerte
mi cerebro sin luz: altar vacío...

Azrael, mi esperanza es una enferma;
ya tramonta mi fe; llegó el ocaso,
ven, *ahora es preciso que yo duerma...*
¿Morir..., dormir..., dormir?... ¡Soñar acaso!

VI

RUPTURA TARDIA

Ya no más en las noches, en las noches glaciales
que agitaban los rizos de azabache en tu nuca,
soñaremos unidos en los viejos sitiales;

ya no más en las tardes frías, quietas y grises,
pediremos mercedes a la Virgen caduca,
la de manto de plata salpicado de lises.

¡Ay!, es fuerza que ocultes ese rostro marmóreo:
vida y luz, en un claustro de penumbras austeras
donde pesa en las almas todo el hielo hiperbóreo.

Nos amábamos mucho; mas tu amor me perdía;
¡nos queríamos tanto...! Mas así me perdieras,
y rompimos el lazo que al placer nos unía...

¡Es preciso! Muramos a las dichas humanas;
¡seguiré mi camino, muy penoso y muy tardo,
sin besar tus pupilas, tus pupilas arcanas!

Plegue a Dios cuando menos que algún día, señora,
muerto ya, te visite, como Pedro Abelardo
visitó, ya cadáver, a Eloísa la Priora.

VII

INTRA VULNERA TUA ABSCONDIME

La desventura me quitó el regalo
y la serena paz de la existencia,
y sembré muchos odios; mi conciencia
clamaba sin cesar: *¡Eres muy malo!*

Después, la dicha me libró del cieno:
un rayito de sol doró mi frente,
y sembré mucho amor, y dulcemente
clamaba mi conciencia: *¡Eres muy bueno!*

«¡Ay!—me dije, con tono de reproche—,
qué menguada virtud la que me alienta
si sólo en el placer abre su broche...»

¡Hoy bendigo a Jesús en la tormenta,
hoy su roto costado es mi sangrienta
guarida, en lo infinito de mi noche!

VIII

APOCALIPTICA

Y juró por el que vive en los siglos de los siglos, que no habrá más tiempo...

I

Y vi las sombras de los que fueron,
en sus sepulcros, y así clamaron:
«¡Ay de los vientres que concibieron!
¡Ay de los senos que amamantaron!»

II

«La noche asperja los cielos de oro;
mas cada estrella del negro manto
es una gota de nuestro lloro...
¿Verdad que hay muchas? ¡Lloramos tanto...!»

III

«¡Ay de los seres que se quisieron
y en mala hora nos engendraron!
¡Ay de los vientres que concibieron!
¡Ay de los senos que amamantaron!»

IV

Huí angustiado, lleno de horrores;
pero la turba conmigo huía,
y con sollozos desgarradores
su *ritornello* feroz seguía.

V

«¡Ay de los seres que se quisieron
y en mala hora nos engendraron!
¡Ay de los vientres que concibieron!
¡Ay de los senos que amamantaron!»

VI

Y he aquí los astros—chispas de fraguas
del viejo Cosmos—que descendían
y, al apagarse sobre las aguas,
en hiel y absintio las convertían.

VII

Y a los fantasmas su voz unieron
los *Siete Truenos:* estremecieron
el Infinito y así clamaron:
«*¡Ay de los vientres que concibieron!*
¡Ay de los senos que amamantaron!»

IX

A RANCÉ, REFORMADOR DE LA TRAPA

(1626-1700)

Para el padre Pagaza.

Es preciso que tornes de la esfera sombría
con los flavos destellos de la luna, que escapa,
cual la momia de un mundo, de la azul lejanía;
es preciso que tornes y te vuelvas mi guía
y me des un refugio, ¡por piedad!, en la Trapa.

Si lo mandas, ¡oh padre!, si tu regla lo ordena,
cavaré por mi mano mi sepulcro en el huerto,
y al amparo infinito de la noche serena
vagaré por sus bordes como el ánima en pena,
mientras lloran los bronces con un toque de muerto...

La leyenda refiere que tu triste mirada
extinguía los duelos y las ansias secretas,
y yo guardo aquí dentro, como en urna cerrada,
desconsuelos muy hondos, mucha hiel concentrada,
y la fiera nostalgia que tocó a los poetas...

Viviré de silencio —*el silencio es la plática*
con Jesús, escribiste; tal mi plática sea—,
y mezclado a tus frailes, con su turba hierática
gemirá *De profundis* la voz seca y asmática
que fué verbo: ese verbo que subyuga y flamea.

Ven, abad incurable, gran asceta, yo quiero
anegar mis pupilas en las tuyas de acero,
aspirar el efluvio misterioso que escapa
de tus miembros exangües, de tu rostro severo,
y sufrir el contagio de la paz de tu Trapa.

X

MATER ALMA

QUE tus ojos radien sobre mi destino,
que tu veste nívea, que la luz orló,
ampare mis culpas del torvo Dios Trino:
Señora, te amo! Ni el grande Agustino
ni el tierno Bernardo te amaron cual yo!

Que la luna, octante de bruñida plata,
escabel de plata de tu pie real,
por mi noche bogue, por mi noche ingrata,
y en su sombra sea místico fanal.

Que los albos lises de tu vestidura
el erial perfumen de mi senda dura,
y por ti mi vida brillará tan pura
cual los lises albos de tu vestidura.

Te daré mis versos: floración tardía;
mi piedad de niño: floración de Abril;
e irán a tu solio, dulce madre mía,
mis castos amores en blanca theoría,
con cirio en las manos y toca monjil.

XI

OREMUS

PARA BERNARDO COUTO CASTILLO.

OREMOS por las nuevas generaciones,
abrumadas de tedios y decepciones;
con ellas en la noche nos hundiremos.
Oremos por los seres desventurados,
de mortal impotencia contaminados...
¡Oremos!

Oremos por la turba que a cruel prueba
sometida se abate sobre la gleba;

galeote que agita siempre los remos
en el mar de la vida revuelto y hondo,
danaide que sustenta tonel sin fondo...
¡Oremos!

Oremos por los místicos, por los neuróticos,
nostálgicos de sombra de templos góticos
y de cristos llagados, que con supremos
desconsuelos recorren su ruta fiera,
levantando sus cruces como bandera.
¡Oremos!

Oremos por los que odian los ideales,
por los que van cegando los manantiales
de amor y de esperanza de que bebemos,
y derrocan al Cristo con saña impía,
y después lloran, viendo l'ara vacía.
¡Oremos!

¡Oremos por los sabios, por el enjambre
de artistas exquisitos que mueren de hambre!
¡Ay!, el pan del espíritu les debemos,
aprendimos por ellos a alzar las frentes,
y helos pobres, escuálidos, tristes, dolientes...
¡Oremos!

Oremos por las células de donde brotan
ideas-resplandores, y que se agotan

prodigando su savia: no las burlemos.
¿Qué fuera de nosotros sin su energía?
¡Oremos por el siglo, por su agonía
del Suicidio en las negras fauces...!
¡Oremos!

XII

TRANSMIGRACION

MMMM ant. Christ.
MDCCC post. Christ.

A veces, en sueños, mi espíritu finge
escenas de vidas lejanas:
yo fuí
un sátrapa egipcio de rostro de esfinge,
de mitra dorada, y en Menfis viví.

Ya muerto, mi alma siguió el vuelo errático,
ciñendo en Solima, y a Osiris infiel,
la mitra bicorne y el efod hierático
del gran sacerdote del Dios de Israel.

Después, mis plegarias alcé con el druida
y en bosque sagrado Velleda me amó.
Fuí rey merovingio de barba florida;
corona de hierro mi sien rodeó.

Más tarde, trovero de nobles feudales,
canté sus hazañas, sus lances de honor,
yanté a la su mesa, y en mil bacanales
sentíme beodo de vino y de amor.

Y ayer, prior esquivo y austero, los labios
al Dios eucarístico, temblando acerqué:
por eso conservo piadosos resabios,
y busco el retiro siguiendo a los sabios
y sufro nostalgias inmensas de fe.

XIII

REQUIEM

PARA JOSÉ M. OCHOA.

OH, señor! Dios de los ejércitos,
eterno Padre, eterno Rey,
por este mundo que creaste
con la virtud de tu poder;
porque dijiste: *la luz sea,*
y a tu palabra *la luz fué;*
porque coexistes con el Verbo,
porque contigo el Verbo es
desde los siglos de los siglos
y sin mañana y sin ayer,
requiem aeternam dona eis, Domine,
et lux perpetua luceat eis!

¡Oh, Jesucristo, por el frío
de tu pesebre de Belem,
por tus angustias en el Huerto,
por el vinagre y por la hiel,
por las espinas y las varas
con que tus carnes desgarré,
y por la cruz en que borraste
todas las culpas de Israel;
Hijo del Hombre, desolado,
trágico Dios, tremendo Juez:
requiem aeternam dona eis, Domine,
et lux perpetua luceat eis!

¡Divino Espíritu, Paráclito,
aspiración del gran Iaveh,
que unes al Padre con el Hijo,
y siendo el *Uno* sois los *Tres;*
por la paloma de alas níveas,
por la inviolada doncellez
de aquella virgen que en su vientre
llevó al Mesías Emmanuel;
por las ardientes lenguas rojas
con que inspiraste ciencia y fe
a los discípulos amados
de Jesucristo, nuestro bien:
requiem aeternam dona eis, Domine,
et lux perpetua luceat eis!

XIV

DELICTA CARNIS

Carne, carne maldita que me apartas del cielo;
carne tibia y rosada que me impeles al vicio;
ya rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo
por vencer tus impulsos, y es en vano, ¡te anhelo
a pesar del flagelo y a pesar del cilicio!

Crucifico mi cuerpo con sagrados enojos,
y se abraza a mis plantas Afrodita la impura;
me sumerjo en la nieve, mas la templan sus ojos;
me revuelco en un tálamo de punzantes abrojos,
y sus labios lo truecan en deleite y ventura.

Y no encuentro esperanza, ni refugio ni asilo,
y en mis noches, pobladas de febriles quimeras,
me persigue la imagen de la Venus de Milo,
con sus lácteos muñones, con su rostro tranquilo
y las combas triunfales de sus amplias caderas.

. . . .

¡Oh Señor Jesucristo, guíame por los rectos
derroteros del justo; ya no turben con locas
avideces la calma de mis puros afectos
ni el caliente alabastro de los senos erectos,
ni el marfil de los hombros, ni el coral de las bocas!

XV

A NÉMESIS

Tu brazo en el pesar me precipita,
me robas cuanto el alma me recrea,
y casi nada tengo: flor que orea
tu aliento de simún, se me marchita.

Pero crece mi fe junto a mi cuita,
y digo como el Justo de Idumea:
Así lo quiere Dios, ¡bendito sea!;
el Señor me lo da y El me lo quita.

Que medre tu furor, nada me importa:
puedo todo en AQUÉL *que me conforta,*
y me resigno al duelo que me mata;

porque, roja visión en noche obscura,
Cristo va por mi vía de amargura
agitando su túnica escarlata.

XVI

ANTÍFONA

Anima loquens

PARA ANTENOR LESCANO.

Oh, Señor!, yo en tu Cristo busqué un esposo que me quisiera,
le ofrendé mis quince años, mi sexo núbil; violó mi boca,
y por El ha quedado mi faz de nácar como la cera,
mostrando palideces de viejo cirio bajo mi toca.

¡Mas Satán me persigue y es muy hermoso! Viene de fuera
y ofreciéndome el cáliz de la ignominia, me vuelve loca...

¡Oh Señor!, no permitas que bese impío mi faz de cera,
que muestra palideces de viejo cirio bajo mi toca...

Ya en las sombras del coro cantar no puede mi voz austera
los litúrgicos salmos, mi alma está estéril como una roca;
mi virtud agoniza, mi fe sucumbe, Satán espera...
¡Oh Señor, no permitas que bese impío mi faz de cera,
que muestra palideces de viejo cirio bajo mi toca!

XVII

A SOR QUIMERA

PARA LUIS G. URBINA.

Pallida, sed quamvis pallina pulchra tamen.

I

En nombre de tu rostro de lirio enfermo;
en nombre de tu seno, frágil abrigo
donde en noches pobladas de espanto duermo,
¡yo te bendigo!

En nombre de tus ojos de adormideras,
doliente y solitario fanal que sigo;
en nombre de lo inmenso de tus ojeras,
¡yo te bendigo!

II

Yo te dedico
el ímpetu orgulloso con que en las cimas
de todos los calvarios, me crucifico
iluso ¡pretendiendo que te redimas!

Yo te consagro
un cuerpo que martirio sólo atesora
y un alma siempre obscura que, por milagro,
del cáliz de ese cuerpo no se evapora...

III

Mujer, tu sangre yela mi sangre cálida;
mujer, tus besos fingen besos de estrella;
mujer, todos me dicen que eres muy pálida,
pero muy bella...

Te hizo el Dios tremendo mi desposada;
ven, te aguardo en un lecho nupcial de espinas;
no puedes alejarte de mi jornada,
porque une nuestras vidas ensangrentada
cadena de cilicios y disciplinas.

XVIII

EL BESO FANTASMA

PARA RUBÉN M. CAMPOS.

Yo soñé con un beso, con un beso postrero
en la lívida boca del Señor solitario
que desgarra sus carnes sobre tosco madero
en el nicho más íntimo del vetusto santuario,

cuando invaden las sombras el tranquilo crucero,
parpadea la llama de la luz del sagrario,
y agitando en el puño su herrumbroso llavero,
se dirige a las puertas del recinto el ostiario.

Con un beso infinito, cual los besos voraces
que se dan los amados en la noche de bodas,
enredando sus cuerpos como lianas tenaces...

Con un beso que fuera mi *palladium* bendito
para todas las ansias de mi ser, para todas
las caricias bermejas que me ofrece el delito.

XIX

A FELIPE II

PARA RAFAEL DELGADO.

IGNORO qué corriente de ascetismo,
qué relación, qué afinidad impura
enlazó tu tristura y mi tristura
y adunó tu idealismo y mi idealismo;

mas sé por intuición que un astro mismo
ha presidido nuestra noche obscura,
y que en mí como en ti libra la altura
un combate fatal con el abismo.

¡Oh rey, eres mi rey! Hosco y sañudo
también soy; en un mar de arcano duelo
mi luminoso espíritu se pierde,

y escondo como tú, soberbio y mudo,
bajo el negro jubón de terciopelo,
el cáncer implacable que me muerde.

XX

ANATHEMA SIT

PARA JESÚS URUETA.

I

Si negare alguno que Santa María,
del Dios Paracleto paloma qua albea,
concibió sin mengua de su doncellía,
¡anatema sea!

Anatema los que burlan el prodigio sin segundo
de la flor intacta y úber que da fruto siendo yema;
que los vientres que conozcan, como légamo infecundo,
no les brinden sino espurias floraciones. ¡Anatema!

II

Si alguno dijere que Cristo divino
por nos pecadores no murió en Judea
ni su cuerpo es hostia, ni su sangre vino,
¡anatema sea!

Con un beso infinito, cual los besos voraces
que se dan los amados en la noche de bodas,
enredando sus cuerpos como lianas tenaces...

Con un beso que fuera mi *palladium* bendito
para todas las ansias de mi ser, para todas
las caricias bermejas que me ofrece el delito.

XIX

A FELIPE II

PARA RAFAEL DELGADO.

IGNORO qué corriente de ascetismo,
qué relación, qué afinidad impura
enlazó tu tristura y mi tristura
y adunó tu idealismo y mi idealismo;

mas sé por intuición que un astro mismo
ha presidido nuestra noche obscura,
y que en mí como en ti libra la altura
un combate fatal con el abismo.

¡Oh rey, eres mi rey! Hosco y sañudo
también soy; en un mar de arcano duelo
mi luminoso espíritu se pierde,

y escondo como tú, soberbio y mudo,
bajo el negro jubón de terciopelo,
el cáncer implacable que me muerde.

XX

ANATHEMA SIT

PARA JESÚS URUETA.

I

Si negare alguno que Santa María,
del Dios Paracleto paloma qua albea,
concibió sin mengua de su doncellía,
¡anatema sea!

Anatema los que burlan el prodigio sin segundo
de la flor intacta y úber que da fruto siendo yema;
que los vientres que conozcan, como légamo infecundo,
no les brinden sino espurias floraciones. ¡Anatema!

II

Si alguno dijere que Cristo divino
por nos pecadores no murió en Judea
ni su cuerpo es hostia, ni su sangre vino,
¡anatema sea!

Anatema los que ríen de oblaciones celestiales
en que un Dios, *loco de amores,* es la víctima suprema,
que no formen para ellos ni su harina los trigales,
ni sus néctares sabrosos los viñedos. ¡Anatema!

III

Si alguno afirmare que el alma no existe,
que en los cráneos áridos perece la idea,
que la luz no surge tras la sombra triste,
¡anatema sea!

Anatema los que dicen al mortal que tema y dude;
anatema los que dicen al mortal que dude y tema;
que en la noche de sus duelos ni un cariño los escude,
ni los bese la esperanza de los justos. ¡Anatema!

XXI

A KEMPIS

Sicut nubes, quasi naves,
velut umbra...

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh Kempis, antes de leerte, amaba
la luz, las vegas, el mar Occeano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano!

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras
que el hombre pasa *como las naves,*
como las nubes, como las sombras...,

huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra,
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra...

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

XXII

POETAS MÍSTICOS

PARA JESÚS E. VALENZUELA.

BARDOS de frente sombría
y de perfil desprendido
de alguna vieja medalla;

los de la gran señoría,
los de mirar distraído,
los de la voz que avasalla.

Teólogos graves e intensos,
vasos de amor desprovistos,
vasos henchidos de penas;

los de los ojos inmensos,
los de las caras de cristos,
los de las grandes melenas:

mi musa, la virgen fría
que vuela en pos del olvido,
tan sólo embelesos halla

en vuestra gran señoría,
vuestro mirar distraído
y vuestra voz que avasalla;

mi alma que os busca entrevistos
tras de los leves inciensos,
bajo las naves serenas,

ama esas caras de cristos,
ama esos ojos inmensos,
ama esas grandes melenas.

XXIII

A LA CATÓLICA MAJESTAD DE PAÚL VERLAINE

PARA RUBÉN DARÍO.

PADRE viejo y triste, rey de las divinas canciones:
son en mi camino focos de una luz enigmática
tus pupilas mustias, vagas de pensar y abstracciones,
y el límpido y noble marfil de tu *testa socrática*.

Flota como el tuyo mi afán entre dos aguijones:
alma y carne, y brega con doble corriente simpática
para hallar la ubicua beldad en nefandas uniones,
y después expía y gime con lira hierática.

Padre, tú que hallaste por fin el sendero que, arcano,
a Jesús nos lleva, dame que mi numen doliente
virgen sea, y *sabio* a la vez que *radioso y humano*.

Tu virtud lo libre del mal de la antigua serpiente,
para que, ya salvos al fin de la dura pelea,
laudemos a Cristo en vida perenne. Así sea.

XXIV

ESQUIVA

Para M. Larrañaga y Portugal.

No te amaré! Muriera de sonrojos
antes bien, yo que fuí cantor maldito
de blancas hostias y de nimbos rojos;
yo que sólo he alentado los antojos
de un connubio inmortal con lo infinito.

¡No te amaré! Mi espíritu atesora
el perfume sutil de otras edades
de realeza y de fe consoladora,
y ese noble perfume se evapora
al beso de mezquinas liviandades.

Mi mundo no eres tú: fueron los priores
militantes, caudillos de sus greyes;
el mundo en que, magníficos señores,
fulminaron los Papas triunfadores
su anatema fatal contra los reyes.

Fué la etapa viril en que se cruza,
con Bayardo que esgrime su tizona,
Escot que sus dialécticas aguza:
la edad en que la negra caperuza
forjaba el silogismo en la Sorbona.

Y no sé de pasión, y me contrista
vibrar la lira del amor precario.
¡Sólo brotan mis versos de amatista
al beso de Daniel, el simbolista,
y al ósculo de Juan, el visionario!

XXV

CELOSO

BIEN sé, devota mujer,
cuando te contemplo en tus
fervores y celo arder,
que no me puedes querer
como quieres a Jesús.

Bien sé que es vano soñar
con el edén entrevisto
de tu boca, sin cesar,
y tengo celos de Cristo
cuando vas a comulgar.

Pero sé también que son,
por mi mal y por tu daño,
piedades y devoción
caretas con que el engaño
te disfraza el corazón.

Y comprendo, no te asombre,
que hay en tu espíritu dos
cultos con un solo nombre,
que rezas al hombre-Dios
y sueñas con el Dios-hombre;

Y el ardor de que me llenas
acabará por quemar
todo el jugo de mis venas;

y, por no quererme amar,
tú te vas a condenar
y a mí también me condenas.

XXVI

PARABOLA

Jam Faetet

PARA EZEQUIEL A. CHÁVEZ.

JESUCRISTO es el buen samaritano:
yo estaba malherido en el camino,
y con celo de hermano
ungió mis llagas con aceite y vino;
después, hacia el albergue, no lejano,
me llevó de la mano
en medio del silencio vespertino.

Llegados, apoyé con abandono
mi cabeza en su seno,
y El me dijo muy quedo: «Te perdono
tus pecados, ve en paz; sé siempre bueno
y búscame: de todo cuanto existe
yo soy el manantial, el ígneo centro...»
Y repliqué, muy pálido y muy triste:
«¿Señor, a qué buscar, si nada encuentro?
¡Mi fe se me murió cuando partiste,
y llevo su cadáver aquí dentro!

»Estando Tú conmigo viviría...
Mas tu verbo inmortal todo lo puede:
dila que surja en la conciencia mía,
resucítala, ¡oh, Dios, era mi guía!»

Y Jesucristo respondió: «Ya hiede.»

XXVII

AL CRISTO

Señor, entre la sombra voy sin tino;
la fe de mis mayores ya no vierte
su apacible fulgor en el camino:
¡mi espíritu está triste hasta la muerte!

Busco en vano una estrella que me alumbre;
busco en vano un amor que me redima;
mi divino ideal está en la cumbre,
y yo, ¡pobre de mí!, yazgo en la sima...

La lira que me diste, entre las mofas
de los mundanos, vibra sin concierto;
¡se pierden en la noche mis estrofas,
como el grito de Agar en el desierto!

Y paria de la dicha y solitario,
siento hastío de todo cuanto existe...
Yo, Maestro, cual tú, subo al Calvario,
y no tuve Tabor, cual lo tuviste...

Ten piedad de mi mal, dura es mi pena,
numerosas las lides en que lucho;
fija en mí tu mirada que serena,
y dame, como un tiempo a Magdalena,
la calma: ¡yo también he amado mucho!

XXVIII

VENITE, ADOREMUS

Para Antonio Zaragoza.

Adoremos las carnes de marfiles,
adoremos los rostros de perfiles
arcaicos: aristócrata presea;
las frentes de oro pálido bañadas,
las manos de falanges prolongadas,
donde la sangre prócer azulea.

Venid, adoremos
el arcano Ideal, compañeros.

Adoremos los ojos dilatados,
cual piélago de sombras, impregnados
de claridades diáfanas y astrales,
los ojos que abrillanta el histerismo,
los ojos que en el día son abismo,
los ojos que en la noche son fanales.

Venid, adoremos
el arcano Ideal, compañeros.

Adoremos las almas siempre hurañas,
las almas silenciosas, las extrañas
que jamás en amores se difunden:
almas-urnas de inmensos desconsuelos,
que intactas se remontan a los cielos,
o intactas en el cócito se hunden.

Venid, adoremos
el arcano Ideal, compañeros.

¡Oh poetas, excelsos amadores
del arcano Ideal, dominadores
de la forma rebelde: laboremos
por reconstruir los góticos altares,
y luego a sus penumbras tutelares
venid, adoremos!

XXIX

INCOHERENCIAS

PARA JOSÉ I. BANDERA.

Yo tuve un ideal, ¿en dónde se halla?
Albergué una virtud, ¿por qué se ha ido?
Fuí templario, ¿do está mi recia malla?
¿En qué campo sangriento de batalla
me dejaron así, triste y vencido?

¡Oh, Progreso, eres luz! ¿Por qué no llena
su fulgor mi conciencia? Tengo miedo
a la duda terrible que envenena,
y que miras rodar sobre la arena
¡y, cual hosca vestal, bajas el dedo!

¡Oh!, siglo decadente, que te jactas
de poseer la verdad; tú que haces gala
de que con Dios y con la muerte pactas,
devuélveme mi fe, yo soy un Chactas
que acaricia el cadáver de su Atala...

Amaba y me decías: «analiza»,
y murió mi pasión; luchaba fiero
con Jesús por coraza, y en la liza
desmembró mi coraza, triza a triza,
el filo penetrante de tu acero.

¡Tengo sed de saber y no me enseñas;
tengo sed de avanzar y no me ayudas;
tengo sed de creer y me despeñas
en el mar de teorías en que sueñas
hallar las soluciones de tus dudas!

Y caigo, bien lo ves, y ya no puedo
batallar sin amor, sin fe serena
que ilumine mi ruta, y tengo miedo...
¡Acógeme, por Dios! Levanta el dedo,
vestal, ¡que no me maten en la arena!

XXX

UN PADRE NUESTRO

Por el alma del rey Luis de Baviera. En el lugar de su tránsito.
Schlossberg. Reino de Baviera

Aquí fué donde el rey Luis Segundo
de Baviera, sintiendo el profundo
malestar de invencibles anhelos,
puso fin a su imperio en el mundo.

Padre nuestro que estás en los cielos.

Un fanal con un cristo, en un claro
del gran parque, al recuerdo da amparo,
y al caer sobre el lago los velos
de la noche, el recuerdo es un faro.

Padre nuestro que estás en los cielos.

En el lago tiritan las ondas,
en el parque se mueren las frondas
y ya muertas abaten sus vuelos:
¡qué tristezas tan hondas... tan hondas...!

Padre nuestro que estás en los cielos.

¡Pobre rey de los raros amores!
Como nadie sintió sus dolores,
como nadie sufrió sus desvelos.
Le inventaron un mal los doctores.

Padre nuestro que estás en los cielos.

Su cerebro de luz era un foco;
mas un nimbo surgió poco a poco
de esa luz, y la tumba, con celos,
murmuró: «Wittelsbach está loco.»

Padre nuestro que estás en los cielos.

Sólo Wagner le amó como hermano,
sólo Wagner, cuya alma-occeano
su conciencia inundó de consuelos,
y su vida fué un *lied* wagneriano.

Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea el tu nombre,
venga a nos el tu reino...

XXXI

EN EL CAMINO

Me levantaré e iré a mi padre

PARA LEOPOLDO LUGONES.

I

RESUELVE TORNAR AL PADRE

No temas, Cristo rey, si descarriado
tras locos ideales he partido:
en mis días de lágrimas de olvido,
quiere formar el ánima su nido,
olvidando los sueños que ha vivido
y las tristes mentiras que ha soñado.

A la luz del dolor que ya me muestra
mi mundo de fantasmas vuelto escombros,
de tu místico monte iré a la falda,

con un báculo: el tedio, en la siniestra;
con andrajos de púrpura en los hombros,
con el haz de quimeras a la espalda.

II

DE CÓMO SE CONGRATULARÁN DEL RETORNO

TORNARÉ como el pródigo doliente
a tu heredad tranquila; ya no puedo
la piara cultivar, y al inclemente
resplandor de los soles tengo miedo.

Tú saldrás a encontrarme diligente;
de mi mal te hablaré, quedo, muy quedo...
y dejarás un ósculo en mi frente
y un anillo de nupcias en mi dedo;

y congregando del hogar en torno
a los viejos amigos del contorno,
mientras yantan risueños a tu mesa,

clamarás con profundo regocijo:
«¡Gozad con mi ventura, porque el hijo
que perdido llorábamos, regresa!»

III

PONDERA LO INTENSO DE LA FUTURA VIDA INTERIOR

Oh sí!, yo tornaré; tu amor estruja
con invencible afán al pensamiento,
que tiene hambre de paz y de aislamiento
en la mansa quietud de la cartuja.

¡Oh sí!, yo tornaré; ya se dibuja
en el fondo del alma, ya presiento
la plácida silueta del convento
con su albo domo y su gentil aguja...

Ahí, solo por fin conmigo mismo,
escuchando en las voces de Isaías
tu clamor insinuante que me nombra,

¡Cómo voy a anegarme en el mutismo,
cómo voy a perderme en las crujías,
cómo voy a fundirme con la sombra!

XXXII

HYMNUS

PARA FRANCISCO DE P. TABOADA.

MAGNUS honor, magna gloria
Te adamare, omnia creata
judicare transitoria.

Félix anima ac beata
quae de mundo se ipsa cavet
et solatia sola habet
in Te, Redemptor peccata.

Rex coelestis, Vir doloris,
benedictus sis, quia estis
cum María fonte amoris...
Vir doloris, Rex caelestis.

XXXIII

ÚLTIMA VERBA

EL ALMA Y CRISTO

EL ALMA

Señor, ¿por qué si el mal y el bien adunas,
para mí solo hay penas turbadoras?
La noche es negra, pero tiene lunas;
¡el polo es triste, pero tiene auroras!
El látigo fustiga, pero alienta;
el incendio destruye, pero arde,
¡y la nube que fragua la tormenta
se tiñe de arreboles en la tarde!

CRISTO

—¡Insensato!, y yo estoy en tus dolores,
soy tu mismo penar, tu duelo mismo;
mi faz en tus angustias resplandece...

Se pueblan los espacios de fulgores
y desgarra sus velos el abismo,

EL ALMA, *embelesada.*

—¡Luz...!

CRISTO

— Yo enciendo las albas.

Amanece.

III

POEMAS

1894-1900

I

MAGNA VOCE PER UMBRAS

Un barco: tan singular
que finge a la mente incauta
la visión de un sueño nauta
peregrino del azar.
De su prora, si el bregar
del viento no las ahoga,
surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde;
una voz que inquiere: ¿dónde?
y otra voz que ordena: ¡boga!

Hincha rugiendo el titán
Atlante su ola fiera
como un gran vientre que fuera
a parir a Leviatán;
y entre los soplos que van
combando el mar que se azoga,
surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde;
una voz que clama: ¿dónde?
y otra voz que ordena: ¡boga!

¡Pobre espíritu que avanza
con su galera por los
occéanos, hacia un Dios
y un ribazo que no alcanza!
¡Vanamente su esperanza
con el abismo dialoga!
Surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde;
una voz que gime: ¿dónde?
y otra voz que ordena: ¡boga!

II

LA-HAUT

Cómo olvidar la cauda de sus cabellos blondos!
¡Cómo olvidar su frente nevada y misteriosa!
Cómo olvidar sus ojos tan tristes y tan hondos,
que siempre parecían pensar en otra cosa...

¡Cómo olvidar lo inmenso de su melancolía!
La vida no le daba más que nostalgia y ceños:
—«Yo soy la desterrada perenne, me decía,
mi patria es un planeta que miro mucho en sueños.»

«¡Adónde iré en la tierra que no esté pesarosa!
Ya todos los caminos conocen mi coturno;

yo soy como un instinto que espera alguna cosa,
yo escruto el horizonte como romera ansiosa
que aguarda en las riberas del piélago su turno.»

«Ha tanto tiempo, ¡tanto!, que yerro distraída
pidiendo en extranjerosidio mas hospedaje,
sin que al llegar me digan jamás: «Sé bien venida»,
sin que al partir me digan: «Que tengas un buen viaje.»

«¿Por qué no me refugias en tu alma de vidente?
Me han dicho que los astros su luz copian en ella:
si dejas que yo asome la faz como a una fuente,
¡quién sabe si en las noches veré pasar mi estrella!»

«Devuélveme a mis santas riberas, a mis lagos
de amatista, a mi pálida estrella silenciosa.»
¡Cómo olvidar sus ojos tan tristes y tan vagos,
que siempre parecían pensar en otra cosa!

III

MÁS ALLÁ

Más allá del cedro por el sol cribado,
más allá del monte por la nieve hopado
que los frescos valles custodiando está,
más allá.

Más allá del aire cuyas nubes puras
gráciles erigen sus arquitecturas,
más allá.

Más allá del Cosmos, forjador potente
de mundos y soles, que en resplandeciente
fuga de oro y plata desgranando va,
más allá.

Tristemente radia mi quimera hermosa,
siempre inaccesible, siempre luminosa,
más allá...

IV

LA HERMANA MELANCOLIA

En un convento vivía
una monja que pasaba
por santa, y que se llamaba
la hermana Melancolía:
fruto de savia tardía
que olvidó la primavera,
su rostro de lirio era,
y sus pupilas umbrosas
dos nocturnas mariposas
en ese lirio de cera.

Nadie la vió sonreir,
porque quiso, en su entereza,
ennoblecer de tristeza
la ignominia de vivir;
tan sólo cuando, al morir,
miró la faz del Señor,
arrojando su dolor
como se arroja una cruz,
mostró en su frente la luz
de un relámpago de amor.

Y aquella monja, sombría,
que nunca se sonrió,
cuando en su cripta durmió
sonreía, sonreía...
Hermana Melancolía:
dame que siga tus huellas,
dame la gloria de aquellas
tristezas, ¡oh taciturna!
Yo soy un alma nocturna
que quiere tener estrellas.

V

«LES OISEAUX S'ENVOLENT ET LES FLEURS TOMBENT»

I

QUÉ niebla tan discreta! ¡Qué paz tan oportuna!
Yo soy la sola sombra que vaga por la acera
soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
convaleciente joven de palidez de cera.

Con una noble virgen de algún país sombrío,
en cuyos senos, domos de santidad, nevados
por todas las purezas, durmieran, ¡ay!, su hastío
mis treinta años cual treinta romeros fatigados...

El gris y el sepia alternan en todas las consuntas
y escuetas ramazones en donde el cierzo brega,
y se oyen dondequiera frus-frus de hojas difuntas
que fingen *las pisadas de una mujer que llega.*

Es lívido el paisaje y el cielo sucio; en su ancha
concavidad ni un oro, ni un nácar, ni un reflejo
denuncian a la luna que surge como mancha
de aceite en un inmenso papel de calca viejo.

Los ábregos modulan su lastimera nota,
los altos edificios parece que dormitan;
allá, lejos, muy lejos, la gran ciudad borbota,
y aquí, en redor, gimiendo, los árboles tiritan.

II

Quebrando la hojarasca que el viento cruel arranca,
se acerca una hermanita que marcha distraída.
Con sus azules ropas y su corneta blanca,
semeja una plegaria que cruza por la vida.

¡Qué dulces son sus ojos! ¡Qué castas sus liliales
y luminosas manos! ¡Qué nívea su corneta!
¡Y cómo se armonizan con estas otoñales
tristezas los contornos de azur de su silueta!

Te miro y me contemplas, ¡oh, hermana que padeces
por otros, oh, custodio de ajenas agonías!
¿Qué somos en el mundo tú y yo? Dos palideces:
tú tienes tus enfermos y yo mis nostalgías...

Tú vas melificando las penas con divinas
piedades, flotas como la palma en los martirios;
¡oh, pobre santa, tú eres el *lilium inter spinas*,
y yo... yo soy acaso *la espina entre los lirios!*

III

Las savias tienen tisis, los vientos tienen asma;
ya no hay brisas que canten ni pájaros que troven;
apenas si en las sombras algún piano fantasma
desgrana una inefable sonata de Bethoven.

Comienzan las veladas en rededor de una
lumbre cordial, en tanto que el cierzo tose afuera,
y yo me alejo al claro grasiento de la luna,
soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
convaleciente joven de palidez de cera.

VI

LUCIÉRNAGAS

I

CHUT! geniecillos, qué empeño
de hablar si el poeta calla.
Estaba enhebrando un sueño
y me habéis roto la malla...

Poniendo a la charla cotos
remendad mi malla trunca.
—Amigo, los sueños rotos
ya no se remiendan nunca.

II

—Bardo, ¿cuál es tu estandarte?
—Muchos son los que enarbolo.
—¿Qué mentor ha de guiarte?
—Ninguno: en amor y en arte
me deleita viajar solo.

III

¿Al nacer llamas fortuna?
¡Ah! la cuna sólo es
un ataúd al revés,
y el féretro es una cuna.

La diferencia consiste
en que la cuna, mi dueño,
es un ataúd risueño,
y el féretro... es cuna triste.

IV

Viajas de incógnito y sola;
mas yo sé quién eres ya:
¡Tonta! ¿No ves que te está
denunciando la aureola,

y los perfumes que exhalas
y tus cándidos asombros?
¡Vamos, tápate los hombros,
que se te asoman las alas!

V

Pelear como Jacob,
cantar como Anacreonte,
reír como Xenofonte,
lamentarse como Job,

embelesar como Armida,
navegar como Jonás:
¡eso es vida!... Lo demás
es limosna de la vida.

VI

Tus ojos: clara piscina
donde abreva el ideal.
Tu mirada: un madrigal
de Gutierre de Cetina.

VII

Una tarde, en mi sendero,
tuve un encuentro imprevisto:
me encontré con Jesucristo,
el divino limosnero.

El limosnero divino
lleno de melancolía
parecía, y parecía
muy cansado del camino.

—¿Adónde vas, Señor? y
—¡A París, me respondió.
—A París... a París... no,
¡Señor, no vayas allí!
... ¡Mas Cristo despareció!

Encontrándole después:
—¿Qué hallaste? dije; y El: —¡Les
perdono! Llegado apenas,
hallé muchas Magdalenas
y ungieron todas mis pies.

VII

REBELIÓN

Ni preceptos, ni pragmáticas, ni cánones, ni leyes;
nací esquivo, tú lo sabes, y ni doy ni exijo pauta;
mi melena es tanto como las coronas de los reyes:
no hay Dalila que la corte... Déjame tocar mi flauta.

¿Cortarías por ventura la radiante cabellera
de mi amado, el sol eterno, mi Absalón, con tu tijera?
¡No por cierto! ¿Callarías de los vientos el acento?
¡No por cierto! Pues habiendo viento y sol en mi pradera
mi melena tendrá nimbos y mi flauta tendrá viento.

¿Que aun hay aire? ¡Pues yo soplo! Bellas instrumentaciones
vas a oir con el concurso de la tórtola, que incauta
está en medio del ramaje goteando sus canciones.
¡Yo soy fuerte, yo soy libre!
Déjame tocar mi flauta.

VIII

MADRIGAL HETERODOXO

Deja que mi canto brote
para ti como un arrullo
y en tu redor vibre y flote.
Depón, marquesa hugonote,
tu austeridad y tu orgullo.

Soy hidalgo, amarte puedo
si eres hidalga también:
mis mayores con denuedo
siguieron a Godofredo
luchando en Jerusalén.

Si tú entre las damas sueles
preponderar, vive Dios,
yo privo entre los donceles;
si ostentas muchos cuarteles,
yo tengo sesenta y dos.

¿Que tu padre combatió
con el mío y se dañaron
de diverso fin en pro?
¡Pues amémonos tú y yo
después que ellos se mataron!

¿Temes que el mundo publique
nuestro idilio, murmurando?
Pues yo diré a quien critique:
También el rey don Enrique
amó a las del otro bando.

Y frente al primo de Guisa,
al ir de Lutecia en pos,
dijo con cierta sonrisa:
París bien vale una misa...
¡Tú, marquesa, vales dos!

Vamos, concede que brote
la voz de mi plectro eólico
y en tu redor vibre y flote...

¡Piedad, marquesa hugonote
para este bardo católico!

IX

TENUE

Un eco muy lejano,
un eco muy discreto,
un eco muy süave:
el fantasma de un eco...

Un suspiro muy débil,
un suspiro muy íntimo,
un suspiro muy blando:
la sombra de un suspiro...

Un perfume muy vago,
un perfume muy dulce,
un perfume muy leve:
el alma de un perfume,

son los signos extraños que anuncian
la presencia inefable de *Lumen*.

¡Ay de mí si no advierto
el eco tan lejano,
el suspiro tan íntimo,
el perfume tan vago:

Lumen vuelve a ser hebra de luna,
diluyéndose toda en un rayo!

X

CLAROSCURO

I

GOLONDRINA de bronce refugiada
en la torre mayor de la parroquia,
la campana, en la fresca madrugada,
soliloquia.

Rebujada en el manto de merino
que su rostro mirífico recata,
acude a la misa del hogar vecino
la beata.

Pálida de fervores como un cirio,
consumida del celo que la abrasa,
cual pasa una visión por un delirio,
así pasa.

Va temblando de amores a la mesa
donde el manjar divino se divulga:
tan sólo Cristo Rey sus labios besa
si comulga.

II

El impuro
que amó su palidez, siguió su huella,
rondó su reja y escaló su muro,
la vió imposible *y se mató por ella.*

Confinada
la campana en su cúbico aposento,
me parece una monja, emparedada
porque su charla disipó al convento.

Y la hermosa,
humillándose al pie del presbiterio,
finge, surgiendo de la nave umbrosa,
un misterio que brota de un misterio.

De hinojos,
todo en ella éxtasis provoca,
todo en ella es tiniebla: ¡hasta sus ojos!;
todo es lívido en ella: ¡hasta su boca!

El impuro
que amó su palidez, siguió su huella,
rondó su reja y escaló su muro,
la vió imposible... *y se mató por ella.*

XI

MI SAINT-DENIS

Cariátides enormes, de testas milenarias,
soportan en sus nucas la cripta medieval
que guarda las yacentes estatuas funerarias
de monjes y adalides de gran cepa real.

Allí por siempre moran las viejas canonesas,
al lado el firme báculo y al pecho el áurea cruz,
los áulicos primados, las graves doctoresas,
espectadores mudos de la perenne luz.

Allí sus palmas juntan, en actitud de ruego,
Wifredo, el rey velludo; Guido, alma de león;
Raúl, el de la roja cimera y negro escudo,
con lises en un campo de gules por blasón.

En ángulo quieto que tenue sombra vela,
tendida, con un perro custodio echado al pie,
serena, casta, inmóvil, está Lady Arabela:
la reina de las trenzas azules de Thulé.

Los mausoleos posan sus moles veteadas
en míticas quimeras, bicornes y uni-aladas,
de arborescentes colas y de ademán flemático,

que escrutan el silencio poblado de pavuras
y clavan en las hoscas y arcaicas esculturas
el dardo de su ojo tranquilo y enigmático.

En las paredes se abren los nichos ojivales
donde, a los besos leves de occidua luz solar
que llueve polen de oro de todos los vitrales,
exhiben los doctores su túnica talar.

San Agustín, flagelo del monstruo maniqueo,
medita en el abismo de la honda Trinidad;
San Pablo, el fiero apóstol, escribe a Timoteo
preceptos ecuménicos de vida y de verdad;

Jerónimo, el adusto doctor, el eremita
de cuerpo esqueletoso, de gran calva senil,
en su caverna brava, junto a la cruz, medita,
forjando su potente dialéctica sutil;

y Magdalena gime a solas con punzantes
dolores: su cabello rizado y blondo cae
sobre sus senos breves, agudos y distantes,
cuyos pezones fingen dos flores rozagantes
en el trigal de oro que el viento lleva y trae.

El domo, excelso amparo de idealidades místicas,
adonde, en asunciones de amor, las preces van,
ostenta entre sus gajos las armas cabalísticas
de Lucas, de Mateo, de Marcos y de Juan.

Los cuatro, en hondos éxtasis, en actitud arcana,
parece que contemplan la esencia soberana
del Logos, hecho carne de befa y de baldón,
y en sus arrobamientos y en su actitud de artistas,
fingen un quator lírico de bardos simbolistas,
que riman los rumores polífonos de Sión.

Cuando la noche llega, velando el hemisferio
del domo con sus gasas de pompa sideral,
las gárgolas, licornios y trasgos del misterio
penetran a la cripta volando en espiral.

Despiertan a los santos doctores en sus frías
moradas de reposo, galvanizando van
los áridos cadáveres, y en lentas teorías
entonan el trisagio tremendo de Isaías,
al isócrono y vago compás de un ademán.

XII

POEMA CALIGRÁFICO

Tú escribes y yo pienso,
y tus caligrafías me dan raros
pensamientos:
Tus *íes* tienen risa,
y tus *equis* se enroscan como garfios

o fingen un connubio de culebras
o la cruz chueca y negra de un penado.

Mientras las epicúreas *pes* ostentan
sus panzas de sochantres, y los trazos
de las *eses* flexibles se dirían
liras rotas, tus *bes* son senos blandos,
negros senos de nubia
para bien reposar...
¡Hache! Sus santos
lineamientos recuerdan la fachada
de *Notre-Dame,* y son, por un arcano,
el pórtico del nombre
de Hugo, víctor viviente del milagro.

¡Cómo juega tu pluma con las *oes!*
¡Se antoja que es el pico de algún pájaro,
que cata pomas en sazón! ¡Qué finos
son los arcos
de tus *emes,* extrañas galerías
para una *I* coronada de Imperátor!
...Escribe, escribe.
Traza estas tres centellas: *¡yo te amo!*
y subráyalas luego con un beso...
¡Oh, las caligrafías de tus labios!

XIII

PIEDAD

Yo vengo de la noche,
la luz del sol me ciega,
y por eso me abismo en tus pupilas
rogándole a tu amor que no amanezcan.

«Detesto el mediodía:
el mediodía, Berta,
es un gran loto azul en cuyo cáliz
un pistilo de lumbre centellea.

»La noche es una rosa,
mística rosa negra
salpicada de pólenes de plata:
las estrellas.

»¿Ves? El sol como un ojo
inyectado de cólera, me acecha:
¡Oh! deja que me abisme en tus pupilas
rogándole a tu amor que no amanezcan...»

—Mi vida, ya no bebas, te hace daño.
Si me quieres, ven, duerme, ya no bebas,

XIV

NEBULA

Y tu mano infantil, con que deshojas
mis tristezas como una flor obscura!
Y tus labios, que son dos alas rojas
con que vuelan tus besos...
Y tu albura,

tan pura,
que al bañarme en sus limbos me parece
que mi propia miseria se emblanquece,
y mira tú si es negra.
...¿Cuerdo, loco?

¿Verdad? ¿Devaneo?
Si eres sueño no más, ¿por qué te toco?
Si eres carne, ¿por qué no te poseo?
¡Defínete! Precisa

tu ser: ¿Un ángel? Puedo
hurtarme de las nubes tu sonrisa.
¿Mujer? ¡Entonces ven! ¡Aprisa! ¡Aprisa!
Soy huérfano, estoy solo y tengo miedo.

XV

EDELWEISS

Sería en los yermos de la blanca Siberia, o del Spitzberg solitario en la inviolada paz. Sobre los témpanos azulados, reverberantes a la luz cobriza de un segmento de sol, levantaría su blanca mole un castillo:

Un castillo de nieve
con almenas de nieve,
rey feudal torvo y frío.

(En el confín, la aurora boreal difundiría sus nácares.)

Tú, la castellana, la virgen condesa, adormecida en sueños blancos, ignorada y feliz, inmarcesible flor de las nieves, el prestigioso cáliz abrirías. ¡Qué perfume tan casto en el silencio hiperbóreo desprendieras!

Un perfume suave:
—las estrellas son lirios—
un perfume de estrellas.

(En el azul, la aurora boreal desataría sus rosas.)

Labrara mi numen su mejor estrofa: la estrofa virgen, la estrofa eterna, el verbo no encarnado todavía y que flota en el caos de la idea, como Dios sobre el abismo.

¡Qué singular morada!
¡Qué ideal moradora!
¡Qué penetrante ritmo!

(En el cenit, la aurora boreal dardearía sus llamas.)

XVI

REQUIEM DELECTABILE

Encastillé mi vida en la tristeza
como en huerto sellado
en que el lirio del sueño reflorece,
en donde un soplo ledo
pasa y mi frente pensativa orea,
impregnado de aroma y poesía.

¡Oh perenne inquietud de aquellas horas
en que, el amor buscando,
mi fe, cual la verdura de las eras,
iba languideciendo:
no más resurgiréis: hallé mi vía
iluminada por la luz febea!

XVII

MADRIGAL ALITERADO

Tu blancura es reina,
tu blancura reina,
¡oh nacarada, oh alba como el alba que sus oros despeina!

Tu piel, ¡oh mi Blanca,
como el ala blanca
del níveo albatros que adora las espumas, luce franca!

¡Oh, Blanca de Nieve,
haz que en mi alma nieve
el cándido fulgor de tu imagen casta y leve!

Solitaria estrella,
mis noches estrella
con esa pensativa luz ideal tan bella.

Margarita de oro,
altar en que oro:
la sutil rima brote como brote otoñal,

Y a tu alma se prenda,
y en amor la prenda,
y sea la prenda
de vida inmortal.

XVIII

A JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

Tu gloria llena todos los confines
con la cruz de su roja llamarada,
tu libro es una cátedra sagrada;
digna sólo de olímpicos festines.

Son tus versos heraldos paladines
que trotan a bandera desplegada
formando aristocrática mesnada,
y al heroico sonar de los clarines.

¡Oh *altísimo poeta,* quién pudiera
perseguir el albor de tu cimera,
ostentar tu blasón como amuleto,

y aprisionar con impecable mano
todo el lustre del ritmo castellano,
en la malla ideal de tu soneto!

POLICROMÍAS

I

MANCHÓN

Cuando viene a misar el padre cura
a la nave risueña y aliñada,
penetra con el sol una parvada
de palomas que anidan en la altura.

Desata el piano su oración alada,
y del gótico altar en la blancura
cándida, leve, inmaterial y pura
se levanta la forma consagrada.

Canta entonces el Blanco sus cantares;
son blancos: alas, nave, luz, altares,
hostia, cura senil, incienso vago;

y en esa nitidez que al hielo enoja,
agresiva y vivaz, llameante, roja,
se destaca la veste del monago.

II

EVENTAIL

Flamean coruscantes las chaquetillas,
la luz sobre las ropas tiembla y resbala,
y fingen pirotecnias las banderillas
y auroras las bermejas capas de gala.

El sol arde en los gajos de las sombrillas,
el clarín su alarido de muerte exhala,
y el diestro, ante los charros y las mantillas,
a la bestia que muge brinda y regala.

En tanto una damita, toda nerviosa,
se cubre con las manos la faz hermosa
que enmarcan los caireles de seda y oro,

y extiende en abanico los leves dedos,
para ver tras aquella reja, sin miedos,
cómo brota la noble sangre del toro.

III

EL MUECÍN

Cual nidada de palomas, se acurruca, se repliega
en los flancos verdinegros de la plácida colina
el islámico poblado; más allá luce la vega
sus matices que semejan los de alfombra damasina.

Como egipcia columnata donde el aura veraniega
finge trémolos medrosos, el palmar en la vecina
hondonada se prolonga. Todo es paz; la noche llega
con la frente diademada por la estrella vespertina.

Es la hora del misterio; ya la sierva nazarita
unge el cuerpo de su dueña con suavísimas unciones;
el faquir, enjuto y grave, bajo un pórtico medita.

De improviso, con sonoras y dolientes inflexiones,
desde el alto minarete de la cóncava mezquita,
un muecín de barba nívea deja oír sus oraciones.

IV

NOCHE ÁRTICA

En el cenit azul, blanco en el yerto
y triste plan de la sabana escueta;
en los nevados témpanos violeta
y en el confín del cielo rosa muerto,

despréndese la luna del incierto
Sur, amarilla; y en la noche quieta,
de un buque abandonado la silueta
medrosa se levanta en el desierto.

Ni un rumor... El Silencio y la Blancura
celebraron ha mucho en la infinita
soledad sus arcanos esponsales,

y el espíritu sueña en la ventura
de un connubio inmortal con Seraphita
bajo un palio de auroras boreales.

V

LAS CIGÜEÑAS

Ya llegaron las cigüeñas a Estrasburgo; en los ariscos
torreones buscan nidos, abatiéndose en bandadas.
Se dirían arrancadas a uno de esos obeliscos
que en poliedros monolitos guardan crónicas pasadas.

Ya el compadre zorro apresta su festín de miel, y sueña
que su amiga la cigüeña, con su pico asaz ingrato,
no podrá clavar las migas en el plato, y la cigüeña
de miel colma un frasco para restituir la miel del plato...

Ya llegaron las cigüeñas a Estrasburgo. No te admires
si las ves sobre una pierna meditando silenciosas,
enigmáticas y enjutas cual colegio de faquires.

Rumian todo lo que saben: Babilonia, Menphis, Helos...
Champolion habló con ellas; son los pájaros abuelos,
y están tristes porque han visto tantas cosas... tantas cosas!

LUBRICIDADES TRISTES

1896

I

ANDRÓGINO

Por ti, por ti, clamaba cuando surgiste,
infernal arquetipo, del hondo Erebo,
con tus neutros encantos, tu faz de efebo,
tus senos *pectorales,* y a mí viniste.

Sombra y luz, yema y polen a un tiempo fuiste,
despertando en las almas el crimen nuevo,
ya con virilidades de dios mancebo,
ya con mustios halagos de mujer triste.

Yo te amé porque, a trueque de ingenuas gracias,
tenías las supremas aristocracias:
sangre azul, alma huraña, vientre infecundo;

porque sabías mucho y amabas poco,
y eras síntesis rara de un siglo loco
y floración malsana de un viejo mundo.

II

DESPUÉS

Te odio con el odio de la ilusión marchita:
¡Retírate! He bebido tu cáliz, y por eso
mis labios ya no saben dónde poner su beso;
mi carne, atormentada de goces, muere ahita.

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
cuanto he querido fuiste para mi afán avieso.
¿En dónde hallar espasmos, en dónde hallar exceso
que al punto no me brinde tu perversión maldita?

¡Aléjate! Me invaden vergüenzas dolorosas,
sonrojos indecibles del mal, rencores francos,
al ver temblar la fiebre sobre tus senos rosas.

No quiero más que vibre la lira de tus flancos:
déjame solo y triste llorar por mis gloriosas
virginidades muertas entre tus muslos blancos.

DE AQUELLOS TIEMPOS

1894-1895

I

GUERRERO Y FRAILE

PASEÓ dondequiera su airón de pluma,
sus mesnadas briosas y sus pendones,
y, sediento de tierras, a cien naciones
sometió al vasallaje que las abruma.

Después, atormentado por el reuma,
que no por religiosas meditaciones,
confinó sus guerreras inclinaciones
en la celda de un claustro lleno de bruma.

Allí, comiendo el blanco pan eucarístico,
vegeta, consumido de tedio místico,
delira del combate con el estrago;

a la voz que le manda llorar su hierro
contesta con taimado: *desperta ferro,*
y en vez de Jesucristo reza a Santiago.

II

DOÑA GUIOMAR

En vano los trotones de abades y guerreros
doblaron la rodilla rindiéndole homenaje,
y en vano sus rondeles cantaron los troveros:
doña Guiomar se muere de amores por un paje.

Por él fingen sus ojos dos húmedos luceros;
por él, bajo los oros antiguos de su traje,
su corazón palpita con entusiasmos fieros,
entraña imperiosa sujeta al vasallaje.

¡Oh! cuántas veces, luego de haber pasado esquiva
ante sus amadores, acércase a la ojiva
donde la luna nimba su cabellera blonda

con un fulgor enfermo, y ante la noche incierta,
mientras los guardias gimen su: *¡centinela, alerta!*
¡desgrana besos para su paje que la ronda!

III

EL PACTO

Oh mi reina!, en un tiempo mi estrofa errática
en loor de tus gracias alzó su vuelo;
mi boca pecadora, cuando la plática
nocturna, de tu boca llegó hasta el cielo.

Los genios de la noche viéronte extática
junto a mí, y escucharon con hondo celo
el fru-fru misterioso de mi dalmática
al rozar tu justillo de terciopelo.

¿Por qué ahora me esquivas?
—Ciño corona;
descender a un hidalgo fuera desdoro:
el desliz de una reina, ¡quién lo perdona!

—Mas... ¿si yo pereciese batiendo al moro
mañana?
—Hoy disfrutaras de mi persona.
—¡Moriré!
—¿Me lo juras?
—¡Por la cruz de oro de mi tizona!

IV

GALARDÓN

El ejército enemigo destruyó la barbacana,
ya los fosos se colmaron de cadáveres rivales
y la inmensa catapulta, del estrago soberana,
lanza teas encendidas y granitos colosales.

Los custodios del castillo desesperan; sangre mana
de sus pechos a torrentes, sus heridas son mortales...
Mas asoma de improviso la soberbia castellana
tras la ojiva de una torre, y así dice a sus leales:

—«Defensores, ¡sus!, ¡a ellos! Heme juez de vuestro brío:
al guerrero más osado, rey haré de mi belleza,
dueño haré de mis primicias, seré suya, será mío...»

Resurgió, cual por ensalmo, de los mozos la fiereza,
y al fulgor del rojo incendio vióse huir con desvarío
las mesnadas agresoras, a través de la maleza.

V

DIXIT REX

Album de Oscar Braniff.

Oh Sidi!, burlásteme
hurtándome mi garrida
infanta, la más querida
de todas las que engendré.

A la morería te
llevaste a la desvalida
doña Sol (que de mi vida
añosa y mustia, lo fué).

Bien pregona tan villana
acción tu sangre africana;
mas yo juro hasta vengar

mi agravio en tierra de infieles,
no comer pan a manteles
ni con la reina folgar.

VI

EL HÉROE

Que caeré? ¡Puede ser! Mas imponente
en mi mudo reproche, iré a la tumba:
nací roca enemiga del torrente,
¡tú sabrás si el torrente me derrumba!

»Erguí mi mole y afilé mi diente,
y el titán, que me odia, ruge, zumba,
culebrea, vacila en la pendiente
y me ensordece al fin con su balumba.

»Mas cuando pasa el aluvión inmenso,
yo estoy de pie y tranquilo, porque pienso
que fuera insensatez —¡oh Dios que fraguas

contra cada opresión un heroísmo!—
ponerme como coto en el abismo
para hundirme después bajo sus aguas...»

LA RAZA MUERTA

1896

I

AYER

Con tres genuflexiones los teuctlis abordaron
el trono; cada teuctli llevaba su tesoro:
Señor, mi Señor, luego *gran Señor,* exclamaron,
y fuéronse, agitando las arracadas de oro.

(Era la fiesta santa de Quetzalcoatl.) Llegaron
después doncellas brunas diciendo eximio coro,
y frente al rey sañudo cien músicos vibraron
el teponaxtle, el huehuetl y el caracol sonoro.

(Era la fiesta Santa de Quetzalcoatl.) Reía
el pueblo. El Rey en tanto —sin brillo la sombría
mirada inmensa, como dos noches sin estrellas—

pensaba en el augurio fatal del *Dios serpiente:*
«Y entonces, en un vuelo de naves del Oriente,
vendrán los hombres blancos, que matan con centellas.»

II

HOY

Anahuac: estadio fuiste de contiendas y pasiones,
mas hoy eres doncella que orgullosa se levanta
desdeñando el himno rojo de fusiles y cañones,
con la paz entre los labios y el arrullo en la garganta.

De tus hoscas torrenteras ya no surgen las traiciones;
en tus fértiles campiñas el trabajo su himno canta,
y en tus jóvenes ciudades el poder de los millones
multiplica los palacios bajo el oro de su planta.

La razón ocupa el solio de las cátedras tranquilas;
nuestras madres ya no rezan, ya no anidan las esquilas
como pájaros broncíneos en la torre que despueblas.

Triunfa Spencer, muere Aquino; cae un mundo, un mun-
¡Todo es vida y esperanza! [do brota...
Sólo el indio trota, trota,
con el fardo a las espaldas y la frente en las tinieblas.

LA TRISTEZA DEL CONVERSO

1900

I

EL VIEJO SÁTIRO

En el tronco de sepia de una encina
que lujuriosa floración reviste,
un sátiro senil, débil y triste,
con gesto fatigado se reclina.

Ya murió para él la venusina
estación, Afrodita no le asiste
ni le quieren las ninfas...; ya no existe
el placer, y la atrofia se avecina.

Sin estímulos ya, sin ilusiones,
apoya entre los dedos los pitones,
encoge las pezuñas, con marasmo

entrecierra los ojos verde umbrío,
y pasa por su rostro de cabrío
el tedio de una vida sin espasmo.

II

LAS SIRENAS

En las ondas del verde caimanero,
estriadas de luz en áureas venas,
un grupo bullicioso de sirenas
juega y canta su canto lisonjero.

Es la luna de nácar un venero,
y al bañar ese nácar las serenas
extensiones del golfo, de iris plenas,
finge hervores de perlas cada estero.

Dos sirenas del coro se retiran:
se quieren y se atraen; tornan, giran,
se besan en los labios escarlata,

sumérgense abrazadas en las olas,
y resurgen unidas sus dos colas
como una lira trémula de plata.

III

LA FLAUTA DE PAN

En las dóricas noches diamantinas,
cuando boga Selene por el cielo
como un sol moribundo, y en el suelo
duerme todo: memorias y ruïnas,



puebla sotos, oteros y colinas
un rumor de infinito desconsuelo,
una música lánguida en que el duelo
treme y llora con gamas cristalinas.

Es la flauta de Pan, hecha de caña,
inmortal, porque al dios le plugo en ella
convertir a Siringa en la campaña,

y parece decir su arrullo triste:
«Viandante, une tu voz a mi querella:
si buscas la beldad... ¡Helos no existe!»

IV

EL NUEVO RITO

I

NEMESIS, vieja loba, conozco tus desmanes,
tus dientes han mordido mis carnes de granito:
nací con la sonrisa del divo Aristofanes,
y tú la hiciste mueca del pálido Heraclito.

«Yo tuve un culto en Delphos, de luz eran mis manes
hoy negros; era fácil el hoy tedioso rito;
por ti me son hostiles mis padres los titanes
y no hay un sitio para mi dicha en lo infinito.

»Ayer me tuteaban los dioses soberanos,
y yo tiraba besos a Zeus a dos manos,
bebiendo el vino dórico de mi lagar... Mas luego

surgió cual monje estéril el dogma que me aflige,
y el diáfano Pontífice Máximo, que rige
la Iglesia, uncióme al culto del místico borrego.»

II

«Ayer apenas ¡cuánto fulgor en el paisaje!
¡Qué suave desposorio de mitos y de vidas!
Atado iba con cinta de lino el gran follaje
de mis cabellos rubios, y mis áureas enemidas.

»Al sol ardían. Era la túnica mi traje,
la túnica que deja contemplar las mullidas
pantorrillas, cubiertas por un vello de encaje:
seda y cosquilla al beso de todas las Armidas.

»...Yo unía en mis discursos, con diamantina sarta,
al aticismo heleno la sobriedad de Esparta,
y así, recto era el juicio, sabroso era el conceto;

»Juntábanse en mis actos Platón y Alcibiades,
y siendo bello y grave, tenían mis verdades,
con amargor de prédicas, almíbar del Himeto.»

III

«¿Por qué siguió al Olimpo del Gólgota infecundo
la soledad y, en rapto de amores imprevisto,
las razas empuñaron el lábaro de Cristo
que trajo las tristezas al júbilo del mundo?

»¿Qué mal había hecho la vida a ese iracundo
demoledor? Dyonisos amable: ¡hubieras visto
la sangre de tus uvas en el brebaje mixto
del cáliz, y sus hojas servir de pudibundo

»fajero a las estatuas olímpicas! En vano
radió en defensa tuya la espada de Juliano;
la Humanidad trocaba su primogenitura

»por las lentejas... o por la gloria que se abría;
y yo, ateniense, el sello mostraba en mi tonsura
del Nazareno, esposo de la Melancolía.»

IV

Y el ángel de las almas angustias medievales
radió en la ojiva: cara simbólica de asceta
que sueña en las agujas, medita en los vitrales
y llora con los órganos, y dijo así al esteta:

«¿Tristezas?, cierto; pero tristezas ideales.
¿Soledad?, también cierto, la soledad completa
de Dios; ¿sombras?, sin duda, las de las catedrales:
gritos de fe, hechos carne de roca del planeta,

»Tu Partenón, riente gracilidad, es como
un verso ante el salterio de piedra de mi domo;
tus ánforas son barros con sexo y con deseo;

Platón: utopías blancas; Dyonisos: uva y lira...
No tienes más que un héroe sin carne de mentira,
y ese héroe es el emblema de Cristo: Prometeo.»

V

«Muéstrame un lirio, un lirio no más de poesía;
muéstrame un lirio, un lirio tan sólo, y si atesora
siquiera el blanco de tu marmórea teogonía,
en vez de ser un ángel seré una canefora.

»¿Juno? ¡Pecado! ¿Venus? ¡Más pecado! ¿La pía
Niobe, fecunda en besos? ¡No! ¿Elena? ¡No! Ilión llora...
Si un lirio hay en tu Olimpo gemelo de María,
rezando un hexametro de miel iré a tu agora.

»Tu albura envuelve carnes en brama de vestales,
mi albura es toca humilde que nieva en los sayales
de cerda, sobre formas exangües e imprecisas.

Tú tienes coribantes, yo monjes; tú alborozos,
yo angustias... Pero el mundo, por ir tras mis sollozos,
¡ha dos mil años, Jove, que ensordeció a tus risas!»

INSTRUMENTACIONES

1900-1901

I

SONETINO

ALBA en sonrojos
tu faz parece:
¡no abras los ojos,
porque anochece!

Cierra —si enojos
la luz te ofrece—
los labios rojos,
¡porque amanece!

Sombra en derroches,
luz: ¡sois bien mías!
Ojos obscuros:

¡muy buenas noches!
Labios maduros:
¡muy buenos días!

II

PARA ADELINA NÚÑEZ

El viejo rey no quiere que salgas de palacio
para mirar su huerto; mas tú verás, si sales,
los girasoles de oro, las dalias de topacio,
las lilas de amatista, las lises imperiales.

El viejo rey no quiere que tu mirada afronte
la luz; más bien te cede, como en tus tiernos días,
las lentas galerías *que forman horizonte*
de arcadas, a lo lejos: las lentas galerías.

El viejo rey no quiere... Mas tú verás, si dejas
los muros del alcázar, las rosas, más bermejas.
que tus mordiscos, y las violetas más violetas.

Será tu esposo el ángel que tu ideal invoca,
y el alma de los mundos te besará en la boca,
y cantarán tus nupcias divinas los poetas.

III

MADRIGAL CONCEPTUOSO

Las hostias? —¡Oh, no! —¿El leve
plumón del cisne? —¡Oh, no! —¿La porcelana?
—¡Tampoco! —¿El lirio? —Menos: Es mi hermana
tan blanca como el alma de la nieve.

—¿El orto?—¡Nunca! Llueve en vano, llueve
ante su faz tu nácar, ¡oh mañana!
—¿La eglantina?—¡Jamás! Toda su grana
a emular esos labios no se atreve.

—¿El abismo y sus ojos?—¡Oh, no!: Abismo,
tú eres uno, y son dos sus ojos raros,
y tienen además lo que en ti mismo

no tienes: el ser hondos y el ser claros.
Anade: son dos ánades sus plenos
hombros. Paros: bien justas con sus senos,
mas en ellos hay rosa y no en ti, Paros.

IV

EL VIOLONCELLO

El violoncello sufre más que el violín; la viola
lo sabe y no lo dice cuando se lo pregunto:
se lo veda la divagación del contrapunto
que su motivo a sabia complexidad inmola.

El violoncelo dijo su leitmotiv, y sola
predominó en la orquesta su angustia; mas al punto
los cobres la envolvieron en escándalo, y junto
a sus discretas quejas abrieron la corola.

El violoncello sufre más que el pausado trío
cordal que glosa su alma (¿verdad, Rubén Darío?)
y será salvo a causa de sus penas divinas;

mas seguirá llorando su aspiración ignota,
mientras que en el pentágrama de Dios no haya una nota
que por él morir quiera coronada de espinas.

IMPLACABLE

I

¿QUIÉN te trajo? ¿Qué impulso misterioso
te arrojó a mi camino? ¿Qué potencia
infernal te mostró mi obscura vida
y te dijo: Ahí está, tómala y hiérela?

¿Qué destino sañudo, qué destino
acopló tu existencia y mi existencia?
Yo fuí como árbol joven; en mis ramas
escherzó sus arrullos filomela
y colgaron sus nidos las alondras
y sus mieles labraron las abejas.

El sol doraba a fuego mis follajes,
la luna con sus luces macilentas
nacaraba mis frondas satinadas,
el viento descrenchaba mi cimera.

Mas naciste a mis pies, germen maldito,
y creciste a mi amparo, infame yedra,
y enredaste a mi tronco tus bejucos
y prendiste festones dondequiera,

Yo dije: —Es una hermana; que se acoja
a mí, que se difunda, que florezca!
Y pronto, con tus tallos trepadores,
tentáculos floridos de famélica,
me exprimiste la savia de la vida,
me chupaste los jugos de las venas.

¡Oh pulpo! Y lo peor es que te amaba,
que aunque la voz de mi razón austera:
«Apártala de ti, me repetía,
¿no ves que te estrangula y te envenena?»

No la quise atender. Estaba solo
y tú me acompañaste; mi alma era
ignorante y sencilla, y le dijiste:
«¡Analiza, investiga, canta, crea!»

Sí, te amaba, te amaba sobre todas
las cosas...; ¡bandolera!
Me atraían tus ojos, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes,
con pestañas tan grandes y tan negras.

II

Una tarde llegaste a mi retiro;
yo miraba los montes y las selvas
y con voz que era un eco, me dijiste:
«¿Qué miras, qué meditas, en qué piensas?»

«Pienso, te dije, en la bondad del cielo
que la vida creó: la vida es buena.»
—«La vida, respondiste, es un engaño:
la muerte es un ensueño y una tregua;
para morir se nace, y en la tumba
se duerme un solo instante y se despierta.»
—«¡Se despierta! ¿y por qué?»
—«Porque nos llaman
otra vez las angustias, la contienda,
y es preciso acudir a su llamado.»
—«¿Y después?»—«Otra muerte nos espera.»
«¿Y después?»—«Otra vida.»—«¿Y cuándo acaba,
respóndeme, por Dios, esa cadena?»
—«¡Su postrer eslabón está muy lejos!»

—«¡Pero en dónde remata!»—«¡Es tan inmensa
la escala evolutiva, aquella escala
que el beduíno Jacob en sueños viera!»
. . . . Sentí al oirte
la fatiga del bólido que brega
en medio del espacio, y busca límite
que detenga su giro y no lo encuentra;
la fatiga que sienten de seguro
en su ronda inmortal Paolo y Francesca,
la fatiga de tantos eslabones,
la fatiga de tantas existencias,
y se hizo en mi espíritu la noche,
una noche de estigia sempiterna.

Tus ojos la traían, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras.

III

Nota bene: El poeta continúa
su proceso de todos los sistemas,
de todas las obscuras teogonías,
de todas las marañas esotéricas,
de todos los programas positivos
que derrumban altares y desdeñan
la hipótesis de Dios, de todo el triste
delirar de las razas, anestesia
con que aduermen las razas su amargura
de cruzar como sombras por la tierra,
y el romance concluye de la suerte
que verá en breve término quien lea.)

IV

Desde entonces me sigues y es en vano
que me esconda: no hay noche asaz espesa
donde no des conmigo, no hay ensueño
que me arrope, ni caos que me envuelva,

Eres tú la que en lo íntimo del alma
con el alma dialoga y la condena,
la que convierte en pan mi eucaristía,
la heterodoxia sin cuartel, la réplica.

Te llamas el *¡quién sabe!* Ese quién sabe
más, ¡ay!, demoledor que las trompetas
de Jericó; te llamas el *acaso,*
el *quizá...* y eres ogro de creencias.

Te escapas, como el ángel en la lucha
con Jacob, de mis brazos, y forcejeas
en la sombra, y atrofias, como el ángel,
tocándolo, el tendón de mi dialética.
Multiforme y a veces cariñosa,
si me voy a caer de mi quimera,
tu mullido colchón de escepticismo
extiendes sobre el lodo de la tierra.

No te puedo dejar: ¡estoy tan solo!
No me puedo esconder porque me encuentras,
no te puedo matar porque me mato,
no te puedo apagar porque me hielas...
Inmortal, ten piedad de mi calvario:
desciñe los tentáculos, ogresa,
que lastimas las llagas de mis plantas
clavadas en la cruz de la impotencia.

Yo no quiero el veneno iconoclasta
de tus libros hinchados que no enseñan
más que a dudar... Escóndeme tus ojos
dilatados cual mares sin riberas:
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras...

V

Bueno, es fuerza acabar. Si Dios existe,
Dios me puede acorrer. Tú nunca rezas,
pero yo rezaré; tú nunca lloras,
lloraré por los dos; tú nunca sueñas,
pero yo soñaré, porque me han dicho
que soñar es orar. Al fin, lobezna,
vas a ver cómo crujen tus cartílagos
bajo el puño del ángel, y tus vértebras
en los brazos del ángel!
Cristo, Brahma,
Alá, Jove, Adonai, quienquier que seas,
retira de mis labios este cáliz,
Padre, ¡ten compasión de mis tristezas!
Solíviame la carga de una estéril
juventud que intoxica la increencia,
o dame una fe tal cual la tenían
los guerreros antiguos en su empresa,
los místicos doctores en su dogma,
los viejos quiromantes en su estrella,

Rolando en Durandal, Ruy en Tizona,
Constantino en su signo, Magdalena
en su Cristo, Sansón en sus cabellos
y Oberón y Xiphar en sus princesas.

VI

Y *Ella* dice, envolviendo en el escándalo
de sus vastas pupilas mi alma entera:
—«Dios ha muerto... hace mucho...; le matamos
Nietzsche y yo, en el azur y en las conciencias.
Ven, levanta tus ojos al vacío:
¿qué ves?
　　　　—«La vía Láctea, sementera
de soles...»
　　　　　—«No por cierto: es su cadáver,
¡el cadáver de Dios en las esferas!»

VII

Y al decir estas cosas naufragaba
mi razón en sus ojos de tinieblas:
¡Esos ojos tan negros y tan grandes,
con pestañas tan grandes y tan negras!

TRILOGÍA

1898

Para Jesús E. Valenzuela.

Cabalgué tu corcel:
La gran estepa
se produjo ante mí, jamás hollada,
y huí con la carrera de Mazeppa,
manchando la extensión inmaculada.

Agonizó la tarde blandamente,
mas la luna surgió de lo lejano
muy débil, como un sol convaleciente,
lloviendo palideces sobre el llano.
Cabalgué tu corcel:
una campaña
se extendió ante mis ojos: la cizaña
folgaba entre la mies toda maltrecha,
y una inmensa falange allí cautiva,
se inclinaba, buscando, pensativa,
con inútil esfuerzo la cosecha.

Hablar pensé con el enjambre triste;
pero tú, mi Señor, apareciste
y me dijo tu boca suspirando:
—Calla y sigue; tu rostro los conturba.
Dejé un rayo de amor sobre la turba,
y seguí cabalgando, cabalgando.

De la gran lejanía
un castillo surgía.
Por más que al éter empinó su torre,
nunca pudo mirar la luz que alegra,
y era negro, tan negro que en su negra
mole se hubiera ennegrecido el día.
Quise parar, mas exclamaste: —¡Corre!

Vi, empero, tras los muros de granito
un grupo de doncellas; demandaba
un rayo de verdad al infinito,
y el rayo de verdad no se le daba.

Y llena de fervores,
mí alma, que siempre difundirse supo,
otro rayo tomó de sus amores
y lo arrojó llorando sobre el grupo.

Cabalgué tu corcel; pero mi paso
limitó inmenso río. En sus riberas
una grey de almas tristes pretendía
beber el agua azul de las quimeras;

mas el agua corría...
Y sollozando de dolor sincero,
otro rayo de amores, el postrero,
arrojé a la tantálica teoría.

Al llegar al albergue ya seguro
yo, estaba opaco todo, todo obscuro,
pues di la claridad de mis consuelos;
más ¡oh Señor! tú al punto me dijiste:
—Toma, ¿quieres más luz?
Y me la diste
para seguir iluminando duelos.

¡Yo guardo estas visiones en la urna
de mis grandes piedades, porque ansío
que sobre aquella prole taciturna
florezca el alba de tu faz, Dios mío!

EL PRISMA ROTO

1898

POEMA EN ÉGLOGAS

SIMBOLOS

El Amado.—La Amada.—Las Vendimieras.—El Poeta.
El Valle.—Las Montañas.—La Musa

INTRODUCCIÓN A LAS ÉGLOGAS

EL AMADO

Frente a frente de un sol glorioso que se hunde entre nubes de oro con randas de fuego

Hero, Laura, Julieta, Margarita,
Ideal..., yo no sé tu nombre; pero
sé que debes llegar, y en el sendero
velan todas mis ansias, Virgencita.

Los amigos se mofan de mi cuita;
mas yo, que tengo fe porque te quiero,
les respondo:—Hace tanto que la espero,
¿cómo no ha de acudir a nuestra cita?

Sin que el fuego del cielo me acobarde
escudriñando el horizonte vivo
desde que sale el sol hasta la tarde,

y al cerrar, ya de noche, mi ventana,
murmuro, resignado y pensativo:
—Hoy no pudo venir. Será mañana...

EPISODIO PRIMERO

ÉGLOGA PRIMERA

LA LLEGADA

El Amado.—La Amada *(a lo lejos)*

Recortándose, toda bella, en las nébulas blancas de la mañana, desciende la Amada por la vereda que serpentea.

El Amado la contempla en los límites de la heredad florida y húmeda.

El sol se levanta, coronando el cráneo nivoso de unmonte como un fuego votivo sobre un inmenso altar de sacrificios.

Huele a rosas.

EL AMADO

Y te acercas por fin cuando, temprana,
la luz llueve su rosa en los alcores,
y al mirarte venir cantan diana
los pájaros, las fuentes y las flores.

¡Si supieras! Mañana tras mañana,
sin temer del invierno los rigores,
salían a esperarte a la ventana
como novias inquietas, mis amores.

LA AMADA

Voz infinitamente armoniosa, glosada por los nidos que despiertan

¡Cuanto tardo en mirarte! Los abrojos
atormentan mi paso, dulce dueño,
y siento de llegar tales antojos,

que por verte más pronto, con empeño
delante de mis pies corren mis ojos,
delante de mis ojos va mi sueño.

EL AMADO

Cual rayito de sol, tibio y riente,
penetra tu mirar hasta mis huesos,
y su lumbre disipa todos esos
presagios de terror que hay en mi mente.

LA AMADA

Cual banda de palomas impaciente,
como enjambre de párvulos traviesos,
del nido de mi boca huyen mis besos
al cielo misterioso de tu frente.

EL AMADO

¿Ves? Ya tiembla la luz en las montañas;
¿son acaso tus ojos dos sibilas
que me anuncian el sol?

LA AMADA

¿Por qué lo extrañas?
Muy pronto en nuestras pláticas tranquilas
verás anochecer en mis pestañas,
verás amanecer en mis pupilas.

ÉGLOGA SEGUNDA

LAS NUPCIAS

El Amado.—La Amada

Bajo el emparrado que forma un alero de esmeralda a la puerta de la rústica morada, y en el que las uvas fingen racimos de ágata, ella se recuesta apacible. El reposa la cabeza en su seno. Ella le pasa por los cabellos las manos afiladas.

Un crepúsculo lila y rosa da tonos augustos al ocaso y va languideciendo, languideciendo hasta morir en la creciente marejada de la sombra en que abejean ya las estrellas.

EL AMADO

Ya estoy en tu regazo. ¡Qué serenos
me contemplan tus ojos! ¡Cuál me inundas
de amor! ¡Qué bien reposo en las rotundas
y blancas almohadas de tus senos!

¡Qué bien parlan tus labios, siempre llenos
de ternura y de vida! ¡Qué coyundas
tan leves son tus brazos! ¡Qué yucundas
tus risas, y tus ósculos qué buenos!

LA AMADA

Ven, amigo, ya es hora del cariño;
la noche con su arcano me provoca,
mi cuerpo se estremece y te desea...

Ven, amigo, desata mi corpiño...
Ven, abreva en el cáliz de mi boca.

EL AMADO

¡Oh, mi noche de amor, bendita sea!

ÉGLOGA TERCERA

LAS VENDIMIERAS

EL AMADO.—LAS VENDIMIERAS.—EL POETA

Un pintoresco grupo de doncellas, frescas y alegres como una mañanita de abril, golpea, riendo, con tirsos florecidos, la ventana del aposento de la Amada, donde tiemblan las flores de la yedra.

El Amado entreabre la ventana y habla al coro.

A lo lejos, en divina indecisión de matices, florece el alba como una gran rosa mística.

EL AMADO

Vendimieras rollizas, os conjuro
por lo qué más améis... otro momento
dejadla reposar en su aposento
de cañas y de arcillas, inseguro.

Muy ardua fué la noche... Amor es duro
velador, y la sombra su elemento;
¡que duerma! No golpéis con ritmo lento
la frágil palizada de su muro.

¡Dejadla reposar, caterva amiga!
Así el buen San Isidro hinche la espiga,
os dé para la Pascua novios fieles,

cuaje toda la heredad de oros opimos,
y de néctares nutra los racimos
y de vino sabroso los toneles.

LAS VENDIMIERAS

¡Dejémosla dormir! Acaso en breve
nuestros novios acudan a la cita,
y en cortejo vayamos a la ermita
coronadas de pétalos de nieve.

EL AMADO

Dejadla, por piedad, que el sueño pruebe:
furtivo es el placer, lenta la cuita;
mañana os seguirá de mañanita
por collados y oteros su pie leve.

EL POETA

Retirándose van las vendimieras
en medio de los oros de las eras;
y se pierden, por último, a lo lejos,

el eco pastoral de sus canciones,
el azul de sus luengos pañolones
y el rojo de sus vivos zagalejos.

Vuelo de palomas blancas hacia el alba.

ÉGLOGA CUARTA

EL AMANECER

EL AMADO.—LA AMADA.—EL POETA

Pleno claro de sol que entra en haz viviente de átomos de oro al aposento.

La Amada dormita. Su busto surge de la albura de las ropas, como una hostia morena de un copón de plata.

El Amado, de rodillas al pie del lecho, la contempla.

Afuera, la Naturaleza despierta glorificada por la luz.

EL POETA

Puebla el aire la voz de la campana,
enciéndense los tules de la aurora,
y el capuz de la niebla se colora
y el rumor de los nidos se desgrana.

Entintada de rosa la fontana
espereza su linfa arrulladora,
y el sol, como una gema ignicolora,
se prende en el azul de la mañana.

Al soplo de las auras estivales,
erizan crepitando los maizales
su airón de seda roja en el barbecho

cuajado de topacios y amatistas...

EL AMADO *(a la Amada)*

Amiga, es hora ya de que te vistas:
la luz juega en las ropas de tu lecho.

LA AMADA *(despertando)*

¿Palpé la realidad o desvarío?
¿Es cierto que, al amparo de la noche,
mi cáliz virginal abrió su broche
tremulante de gotas de rocío?

¿Es verdad que te he dado mi albedrío?
¿Verdad que de vivir hice derroche
ayer, y sin cautela y sin reproche
fuí presa de tus brazos, dueño mío?

EL AMADO

Transición del éxtasis a la meditación

¡No intentes definir con loco empeño
tus instantes de dicha transitoria;
que, ante el hondo misterio del pasado,

lo mismo son las dichas que su sueño,
lo mismo es de un bien cierto la memoria,
que el recuerdo de un bien sólo soñado!

EPISODIO SEGUNDO

ÉGLOGA QUINTA

LA PARTIDA

EL AMADO.—LA AMADA

Toda expresiva de tristeza, ella, en traje de romera, está a la puerta de la morada. Él rodéale la cintura con la diestra, y en su rostro se refleja la melancolía de los instantes solemnes.

En los campos, Flora, al sol de la mañana, se muestra ataviada, como Salomón en los días de su gloria.

LA AMADA

Amado, ya me voy. Bebí tu vino,
a tu mesa comí, puse a tus lares
las primicias de Abril: miel, azahares
y nenúfar del lago cristalino.

Tiempo es ya de que cumpla mi destino;
me aguarda el humo azul de mis hogares.

EL AMADO

¡Dios bendiga tus años si tornares!
Anda en paz y no olvides el camino.

LA AMADA

Por Julio tornaré, cuando en las lomas
se besen, zureando, las palomas,
y enrojezcan las tardes como fraguas,

y fulguren las rubias *maravillas*
y broten las moradas *tempranillas*
y se anuncien los truenos de las aguas

EL AMADO

Escucha: si al tornar a los confines
del predio no salí para besarte,
ni corren jubilosos a encontrarte,
meneando la cola, mis mastines,

ni inquieras, ni preguntes, ni festines
los ecos a tu voz; déjame y parte.
Dormiré, fatigado de aguardarte,
al abrigo del soto de jazmines.

Dormiré para siempre... No me llores;
entre flores nací, yazgo entre flores,
y encontré, más dichoso que los sabios,

que es amable y fecunda la existencia
si se lleva un fulgor en la conciencia
y una gota de miel entre los labios,

ÉGLOGA SEXTA

EN MARCHA

LA AMADA *(sola)*.—EL AMADO *(solo)*

La Amada marcha contemplativa por los senderos, inclinándose de cuando en cuando para coger una flor que aspira y se prende a los cabellos.

Los mil rumores del campo la rodean.

El sol luce en lo alto del cielo como un escudo de bronce prendido a una tienda de campaña inmensa y azul.

LA AMADA

Arroyo de cristales bullidores
que finges, al correr entre las gramas,
hidra inmensa de nítidas escamas,
clarosonante ruta de colores;

campiñas en que vagan los olores
del anís, del tomillo y las retamas;
nidos que desgranáis entre las ramas
vuestros trémulos cánticos de amores:

sabed que soy feliz, pues fuí querida;
que en una hora de amor viví una vida,
y que a todos los vientos que encontrare

un mensaje daré para el Amado:
«¡Oh, viento, gran suspiro perfumado,
olvídeme de mí si le olvidare!»

EL AMADO

Pensativo, a la vera del camino, mirando desvanecerse gloriosamente la tarde

Fatigaré para seguir tus huellas
el mundo, de hoy en más eriazo y frío,
y oiréis, hoscas montañas, valle umbrío,
el clamor de mis lánguidas querellas.

En las noches de Abril, mansas y bellas,
levantando mis ojos al vacío:
—¿Habéis visto a la que ama el pecho mío?,
preguntaré llorando a las estrellas.

Y piadosos, el valle y las montañas,
conociendo mis íntimos dolores,
y movidos tal vez de mi quebranto,

me dirán con la voz de sus entrañas:
—¡Vas a ver cómo vuelve! Ya no llores.
Y yo responderé:—¡La quiero tanto!

ÉGLOGA SÉPTIMA

LAS GRANDES VOCES

El Valle.—Las Montañas.—El Amado

Desgarrando el silencio de un atardecer en que tiembla ya el oro pálido de las estrellas, dos grandes voces, la del Valle y la de las Montañas, surgen a la invocación del Amado, coreadas a lo lejos por los clamores del Angelus.

Pasan fatigados los últimos vientos.

Del crepúsculo queda una nube roja, herida de muerte, que se arrastra penosamente por el cielo.

Hace frío.

El Amado escucha y después se pierde melancólico en la morada, ya obscura, ya huérfana de *ella,* donde celebró su misa de amor.

EL VALLE *(al Amado)*

¡Qué sé yo de tu mal! Callo y germino
bajo todas las vidas y dolores;
mis solos pensamientos son las flores
y las matas que huella el peregrino...

Mortal, ¡qué se me da de tu destino!
Mortal, ¡qué se me da de tus clamores!
Ven, ahoga en mi seno tus amores:
de tu carne haré rosas del camino.

Ven a mí, ya no robes a Deméter
sus jugos y su fósforo, ni al éter
los gases de tu cuerpo. Ven inerme

a yacer en mi túnica inconsútil.
El hombre, cuando vive, es menos útil
a la eterna creación que cuando duerme.

LAS MONTAÑAS *(al amado)*

¡Oh, mortal! Es en vano que renueves
tus suspiros, tus quejas y tus rimas:
glaciales somos, ¡ay!, cual nuestras cimas
hopadas *in eternum* por las nieves.

¡Oh, cuánto yerras si a esperar te atreves
que con tus pobres cantos nos animas!
No podremos mezclar, aun cuando gimas,
una gota de miel al mal que pruebes.

Arrugas milenarias del planeta,
guardamos un enimga en cada grieta,
que el rayo con fulgores instantáneos

no logra penetrar; y siempre mudas
nos hallarás, de compasión desnudas,
rasgando el cielo azul con nuestros cráneos.

EPISODIO TERCERO

ÉGLOGA OCTAVA

EL REPROCHE

El Amado.—La Musa

La sombra de la estancia en que el Amado pena, muestra de pronto un leve florecimiento de luz.

De la tiniebla surge, visible e inmaterial al propio tiempo, como un periespíritu, la Musa. Esbelta como Ligeia, encarna en su hermosura augusta toda la belleza clásica y toda la inquietante belleza moderna.

Hay en sus ojos la plenitud del ensueño.

Su voz penetra al alma sin intermedio del oído, como el dardo de una música taumaturga.

Está celosa de la amada, y la inflexión de su acento es de divino reproche.

LA MUSA I

¡Ah! ¡Tú ya me desdeñas! No te mueve
la pena sin medida que me embarga,
y tu cruel desamor halla muy larga
la vida que mi sueño halló tan breve.

¡Quien habrá que los éxtasis renueve
de un amor que fué vuelo y que hoy es carga,
de un amor que fué miel y que hoy amarga,
de un amor que fué llama y que hoy es nieve!

¡Y pensar que en las noches invernales,
cuando enfermo, sin fe, sin ideales,
lamentabas del sino los excesos,

enjugué de tu llanto el mar salobre,
partí tu duro tálamo de pobre
y sollozando te arropé en mis besos!

LA MUSA II

Como madre que vela y se consume
contemplando la cuna de su niño;
como garza que arropa en el armiño
de su blando plumón al hijo implume;

como hábil hortelano que resume
su esfuerzo en un botón que pide aliño,
el capullo celé de tu cariño
por ver si daba flor y era perfume.

Que lo digan la rosa y los claveles,
que lo digan las dalias de caireles
matizados, la fucsia y la violeta...

¡Y todo para qué! ¡Para que un día
otros labios bebieran ambrosía
en el lirio ideal de mi poeta!

EL AMADO

¡Basta, Musa, consuélate, no llores!
¿Quién osara decirte, dueño mío,
que pago tus piedades con desvío
deshojando tus flores y mis flores?

Hombre soy y me rindo a los amores;
mas enlazo a los dos en mi albedrío,
como enlaza dos márgenes un río,
como enlaza un matiz a dos colores.

Ya no penes, por Dios: en giro ledo
ven a mí como ayer, y sin agravios
con ósculo de paz mi boca sella.

LA MUSA

No, no quiero acercarme; tengo miedo
de hallar, trémulo aún entre tus labios,
al quererte besar, el beso de ella...

EL AMADO

Si vieras a mi novia, holgando quejas
envidiaras el ímpetu inseguro
de la humilde parásita del muro
que sube a darle flores a sus rejas.

Es tan linda que tú te le asemejas;
hechizo es su mirar, su voz conjuro,
y geranio de olor su aliento puro
y pétalos rizados sus orejas.

De sus labios destilan ricas mieles,
son aleros de seda sus pestañas,
y tiene en sus mejillas tentadoras

los perfumes de todos los verjeles,
las frescuras de todas las montañas
y las rosas de todas las auroras.

LA MUSA

Y yo... ¿no soy hermosa? ¡Quién resiste
a mis ojos! Mis ojos, bien amado,
son dos lotos de cáliz azulado
que tiemblan sobre un mar sereno y triste.

Mi cabello es un haz que se reviste
del más bello matiz tornasolado;
mis cejas son dos alas que han posado
su vuelo sideral cuando las viste.

Mis labios, exquisitos cual manjares
de la mesa del rey, cantan ufanos
los versos del Cantar de los cantares;

dos tréboles de nácar son mis manos;
mis senos, dos colinas de azahares;
mis pies, dos leves párvulos hermanos.

EL AMADO

Amiga, es la verdad: nadie pregona
sus encantos mejor; tu frente brilla
como un orto de sol; tu faz humilla
la belleza ideal de una madona.

Tu amor es mi angustia y mi corona,
mi cielo está en tu rostro sin mancilla;
pero ella es la mujer de mi costilla,
mi dómina, mi carne, mi varona.

Eres alta, ella humilde; tú eres astro,
ella sólo mortal; mas cuando arrastro
la cruz de mi pasión, mientras tú sueñas,

ella, en pos de mi Gólgota bendito,
me sigue como humilde corderito,
dejando su toisón entre las breñas.

La musa se pierde suspirando en la sombra.

EPISODIO CUARTO

ÉGLOGA NOVENA

EL RETORNO

LA AMADA.—EL AMADO

La Amada, como la Esposa de los Cantares, se encamina en busca del Amado, en medio de un paisaje plácido y riente.

Los trigos dorados ondulan fingiendo un raudal de cabelleras rubias, como si a la tierra hubiesen caído todas las de los ángeles.

En la voz de la Amada hay júbilo y esperanza.

El amor hincha su seno redondo, como si bajo de su justillo se esponjase una paloma.

LA AMADA

Perfuman las mandrágoras (1); las flores
se yerguen titilantes de rocío,
y esmaltan sementeras y baldío
como estrellas de vívidos colores.

La caterva riente de pastores
aléjase jovial del caserío,
a la vera del úber sembradío
donde cuaja la espiga sus primores.

(1) I Cant. de los cant.

Ya llegan del portal a las ruínas,
piando de placer, las golondrinas;
ya procuran las garzas los ribazos;

ya vuelve el pato azul a los juncales,
ya regresa el gorrión a los trigales,
¡y yo torno, mi bien, hacia tus brazos!

EL AMADO

Mientras tú estabas lejos del Esposo,
fué perenne espejismo del sentido
tu nombre, que es arrullo en el oído
y en los labios almíbar deleitoso.

A causa del aroma delicioso
que tienes en los labios escondido,
tu nombre es un aroma difundido
por las alas del viento nemoroso.

¡Oh! vuelve a mí; te aspiraré anhelante
cual saquito de mirra perfumada,
Sulamita gentil (aunque morena

porque el sol ha mirado tu semblante) (1).
Ven a mí: ya te aguarda en la majada,
modulando sus églogas mi avena.

(1) I Cant. de los cant.

EPISODIO QUINTO

ÉGLOGA DÉCIMA

EL DESPERTAR

El Amigo.—La Amada

El iris ha desaparecido; perdió su oro la mariposa; el prisma yace roto... el amor se fué.

El Amado despierta, y contempla a la Amada, que duerme a su lado, como se contempla en una orgía, al fulgor del amanecer, los rostros marchitos y las flores muertas.

El invierno llega a la heredad; el cielo es limpio, desteñido y triste; flotan grumos de escarcha como guiñapos de ilusión y de inocencia.

Las hojas caen, caen, caen...

EL AMADO I

Mujer, ¿bajo qué luz, bajo qué prisma
amé tus ojos y seguí tu huella,
que hoy, rota la ilusión, eres *aquélla*
y eres *otra* a la vez, en raro cisma?

Contradicción humana que me abisma,
sarcasmo formidable de mi estrella...
Fuiste luz y eres noche... Fuiste bella
y eres sombra tan sólo de ti misma.

Soñé que te quería en un remoto
Paraíso de amor; pero ya roto
el encanto mirífico, despierto,

y encuentra por su mal el alma esquiva
una pobre mujer, ardiente y viva,
y un ensueño de amor, helado y muerto.

EL AMADO II

Corazón, corazón, tú que blasonas
de la gloria de amar... amaste en vano...
Era carne no más, era gusano
la sien que circundabas de coronas.

¿Por qué lates, qué buscas, qué pregonas?
Amor es fuego fatuo de pantano.
Ven, maldice al amor, como el enano
nibelungo en las fábulas teutonas.

Ven, maldice al amor: Petrarca, Dante,
Tasso, Shakespeare, Musset, ¡oh, cuán distante
estaba la mujer de vuestra meta!

A la mujer divinizasteis; pero
como Job del infecto estercolero,
surgió siquiera incólume el poeta.

LA AMADA

Alejándose inmensamente triste... hacia la muerte

Nubes, auras, perfumes, tarde umbría,
valles, montes de azur..., por donde fuere
os irá preguntando el alma mía:
decid, ¿hay duelo igual al que me hiere?

¡Mi amor, mi solo bien, fué luz de un día:
surgió, brilló... tramonta y se me muere!
El amigo que tanto me quería
y a quien tanto adoré, ya no me quiere...

Su numen me vistió de resplandores,
sus estrofas cantaron mi belleza,
su joven fantasía me dió galas;

mas pasó la ilusión como las flores,
y he aquí que languidezco de tristeza
de ya no poseer iris ni alas.

EPÍLOGO

Invocación a la Musa

La Amada ha muerto, asesinada por el Desencanto. El Amado, hijo pródigo del verdadero Ideal, se vuelve arrepentido hacia la Musa, que es el Arquetipo inmutable, perennemente joven y perennemente bello.

A medida que la invoca, la Musa se condensa en formas de luz, le reprocha maternalmente su desvarío y por fin le ampara.

Suenan entonces los címbalos de la eterna gloria, y en el alma del Amado hay un florecimiento de astros.

EL AMADO *(a la Musa)*

Vuelvo a ti con ternuras infinitas
en demanda de paz; está cansado
mi báculo de haber peregrinado
en pos de amor y recogiendo cuitas.

Tú sola ni te vas ni te marchitas;
tú sola eres verdad, ¡oh dueño amado!
¡Vieras!, ya nada tengo..., he deshojado
con fiebre de placer mis margaritas.

Ampárame y alivia mis congojas;
en mi vida sin fe caen las hojas
y ni un pétalo queda ni un retoño.

Te dejé con el alma en primavera,
y torno a tu regazo con la austera
tristeza de las tardes del otoño.

LA MUSA

Pena, pena; tus lágrimas apura
y redímete así, pues que quisiste
trocar a la mujer, que es *carne triste,*
en Beatriz de tu vida: *selva obscura.*

La mujer es la carne, que fulgura
con fulgor de ilusión, mientras resiste.
Después..., ido el fulgor, sólo persiste
el dejo del pecado y de la hartura.

Llora, llora tu sueño hecho pedazos,
y luego ven y duérmete en mis brazos;
yo soy la sola esposa que no hastío,

yo soy la sola flor nunca marchita.
Hero, Laura, Julieta, Margarita:
¡yo soy, ven a las nupcias, dueño mío!

¡Oh! mi reino interior, refugio abierto
a todos los cansancios: te columbra
a lo lejos mi mal, como vislumbra
la angustia de los náufragos un puerto.

Agar abandonada en el desierto,
bajo un sol que abochorna y que deslumbra,
mi espíritu soñaba en la penumbra
deleitosa y tranquila de tu huerto!

. . . .

No más vida exterior: ámenla otros.
La beldad está dentro de nosotros
y en mi mente inmortal veré sus huellas.

Pedí cielo y estrellas al abismo,
y hallé, tras largo viaje, que en mí mismo
llevaba sin saber cielo y estrellas.

ENVIO

A SANTA

A ti, que con un ímpetu que asombra
caminas hacia Dios, tu eterno dueño,
y vives en el Sueño como un sueño
y en la sombra te duermes como sombra:

Por tu labio que a Cristo sólo nombra,
y tu carne que sangra en duro leño,
y tus pies abnegados cuyo empeño
es hallar muchos cardos por alfombra;

a ti, vaso de amor y de tristeza
que ves en el martirio una grandeza
más alta que las nubes y las cimas;

a ti, *Santa,* mi numen te dedica
este libro, que al sueño glorifica
con la gloria inefable de las rimas.

LA HERMANA AGUA

(1901)

(DE LOS POEMAS PANTEÍSTAS)

Hermana Agua, alabemos al Señor.
(Espíritu de San Francisco de Asís)

A QUIEN VA A LEER

Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta; un hilo de agua, manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba; que canta a mi soledad y en ella me acompaña; un hilo de agua: ¡qué cosa tan sencilla! Y, sin embargo, esas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros.

El alma del Agua me ha hablado en la sombra —el alma santa del Agua—, y yo la he oído con recogimiento y con amor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: *ser dócil, ser cristalino; ésta es la ley y los profetas:* y tales páginas han formado un poema.

Yo sé que quien lo lea sentirá el suave placer que yo

he sentido al escucharlo de los labios de *Sor Agua,* y éste será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios.

EL AGUA QUE CORRE BAJO LA TIERRA

Yo canto al cielo porque mis linfas ignoradas
hacen que fructifiquen las savias; las llanadas,
los sotos y las lomas por mí tienen frescura.
Nadie me mira, nadie; mas mi corriente obscura
se regocija luego que llega primavera,
porque si dentro hay sombras, hay muchos tallos fuera.

Los gérmenes conocen mi beso cuando anidan
bajo la tierra, y luego que son flores me olvidan
Lejos de sus raíces las corolas felices
no se acuerdan del agua que regó sus raíces...
¡Qué importa! Yo alabanzas digo a Dios con voz suave.
La flor no sabe nada, ¡pero el Señor sí sabe!

Yo canto a Dios corriendo por mi ignoto sendero,
dichosa de antemano; porque seré venero
ante la vara mágica de Moisés; porque un día
vendrán las caravanas hacia la linfa mía;
porque mis aguas dulces, mientras que la sed matan,
el rostro beatífico del sediento retratan
sobre el fondo del cielo que en los cristales yerra;
porque copiando el cielo lo traslado a la tierra,

y así el creyente triste que en él su dicha fragua
bebe, al beberme, el cielo que palpita en mi agua,
y como en ese cielo brillan estrellas bellas,
el hombre que me bebe comulga con estrellas.

Yo alabo al Señor bueno porque, con la infinita
pedrería que encuentro de fuegos policromos,
forjo en las misteriosas grutas la estalactita,
pórtico del alcázar de ensueño de los gnomos;
porque en ocultos senos de la caverna umbría
doy de beber al monstruo que tiene miedo al día.
¡Qué importa que mi vida bajo la tierra acabe!
Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe.

Así me dijo el Agua que discurre por los
antros, y yo:—Agua hermana, bendigamos a Dios.

EL AGUA QUE CORRE SOBRE LA TIERRA

Yo alabo al cielo porque me brindó en sus amores
para mi fondo gemas, para mi margen flores;
porque cuando la roca me muerde y me maltrata
hay en mi sangre (espuma) filigranas de plata;
porque cuando al abismo ruedo en un cataclismo,
adorno de arco iris triunfales el abismo,
y el rocío que salta de mis espumas blancas
riega las florecitas que esmaltan las barrancas;
porque a través del cauce llevando mi caudal,
soy un camino que anda, como dijo Pascal;

porque en mi gran llanura donde la brisa vuela
deslízanse los élitros nevados de la vela;
porque en mi azul espalda que la quilla acuchilla,
mezo, aduermo y soporto la audacia de la quilla,
mientras que no conturba mis ondas el Dios fuerte,
a fin de que originen catástrofes de muerte,
y la onda que arrulla sea onda que hiere...
¡Quién sabe los designios de Dios que así lo quiere!

Yo alabo al cielo porque en mi vida errabunda
soy Niágara que truena, soy Nilo que fecunda,
maelstroom de remolino fatal, o golfo amigo;
porque, mar, di la vida, y, diluvio, el castigo.

Docilidad inmensa tengo para mi dueño:
El me dice: «Anda», y ando; «Despéñate», y despeño
mis aguas en la sima de roca, que da espanto;
y canto cuando corro, y al despeñarme canto,
y cantando mi linfa, tormentas o iris fragua,
fiel al Señor...
—Loemos a Dios, hermana Agua.

LA NIEVE

Yo soy la movediza perenne, nunca dura
en mí una forma; pronto mi ser se transfigura,
y ya entre guijas de ónix cantando peregrino,
ya en témpanos helados, detengo mi camino,

ya vuelo por los aires trocándome en vapores,
ya soy iris en polvo de todos los colores
o rocío que asciende, o aguacero que llueve...
Mas Dios también me ha dado la albura de la nieve,
la albura de la nieve enigmática y fría
que cae de los cielos como una eucaristía,
que por los puntiagudos techos resbala leda
y que cuando la pisan cruje como la seda.

Cayendo silenciosa, de blanco al mundo arropo.
Subí a la altura, niebla; desciendo al suelo, copo;
subí gris de los lagos que la quietud estanca,
y bajo blanca al mundo... ¡Oh, qué bello es ser blanca!

¿Por qué soy blanca? En premio del sacrificio mío,
porque tirito para que nadie tenga frío,
porque mi lino todos los fríos almacena
¡y Dios me torna blanca por haber sido buena!
¿Verdad que es llevadera la palma del martirio
así? Yo caigo como los pétalos de un lirio
de lo alto, y no pudiendo cantar mi canción pura
con murmurios de linfa, la canto con blancura.

La nitidez es ruego, la albura es himno santo;
ser blanca es orar; siendo yo, pues, blanca, oro y canto.
Ser luminosa es otro de los cantos mejores:
¿no ves que las estrellas salmodian con fulgores?

Por eso el rey poeta dijo en himno de amor:
«El firmamento narra la gloria del Señor.»

Sé tú como la Nieve que inmaculada llueve.
Y yo clamé:—Alabemos a Dios, hermana Nieve.

EL HIELO

Para cubrir los peces del fondo, que agonizan
de frío, mis piadosas ondas se cristalizan,
y yo, la inquietüela, cuyo perenne móvil
es variar, enmudezco, me aduermo, quedo inmóvil.
¡Ah! Tú no sabes cómo padezco nostalgía
de sol bajo esa blanca sabana siempre fría.
Tú no sabes la angustia de la ola que inmola
sus ritmos ondulantes de mujer —su sonrisa—
al frío, y que se vuelve —mujer de Loth— banquisa:
ser banquisa es ser como la estatua de la ola.

Tú ignoras esa angustia; mas yo no me rebelo,
y ansiosa de que en todo mi Dios sea loado,
desprendo radiaciones al bloque de mi hielo,
y en vez de azul oleaje soy témpano azulado.

Mis crestas en la noche del polo son fanales,
reflejo el rosa de las auroras boreales,
la luz convaleciente del sol, y con deleite

de Seraphita, yergo mi cristalina roca
por donde trepan lentos los morsos y la foca,
seguidos de lapones hambrientos de su aceite...
¿Ya ves cómo se acata la voluntad del cielo?
Y yo recé:—Loemos a Dios, hermano Hielo.

EL GRANIZO

¡Tin tin, tin tin! Yo caigo del cielo; en insensato
redoble al campo y todos los céspedes maltrato.
¡Tin tin! ¡Muy buenas tardes, mi hermana la pradera!
Poeta, buenas tardes, ¡ábreme tu vidriera!
Soy diáfano y geométrico, tengo esmalte y blancura
tan finos y suaves como una dentadura,
y en un derroche de ópalos blancos me multiplico.
¡La linfa canta, el copo cruje, yo... yo repico!
Tin tin, tin tin, mi torre es la nube ideal,
¡oye mis campanitas de límpido cristal!
La nieve es triste, el agua turbulenta, yo sin
ventura, soy un loco de atar, ¡tin tin, tin tin!
... ¿Censuras? No por cierto, no merezco censuras;
las tardes calurosas por mí tienen frescuras,
yo lucho con el hálito rabioso del verano
y soy bello...
—Loemos a Dios, Granizo hermano.

EL VAPOR

El vapor es el alma del agua, hermano mío,
así como sonrisa del agua es el rocío,
y el lago sus miradas y su pensar la fuente;
sus lágrimas, la lluvia; su impaciencia, el torrente,
y los ríos sus brazos; su cuerpo, la llanada
sin coto de los mares, y las olas, sus senos;
su frente, las neveras de los montes serenos,
y sus cabellos de oro líquido, la cascada.

Yo soy alma del agua, y el alma siempre sube,
las transfiguraciones de esa alma son la nube,
su Tabor es la tarde real que la empurpura:
como el agua fué buena, su Dios la transfigura...
Y ya es el albo copo que en el azul rïela,
ya la zona de fuego, que parece una estela,
ya el divino castillo de nácar, ya el plumaje
de un pavo hecho de piedras preciosas, ya el encaje
de un abanico inmenso, ya el cráter que fulgura...
Como el agua fué buena, su Dios la transfigura...

—¡Dios! Dios siempre en tus labios está como en un [templo,
Dios, siempre Dios... ¡en cambio yo nunca le contemplo!
¿Por qué si Dios existe no deja ver sus huellas,

por qué taimadamente se esconde a nuestro anhelo,
por qué no se halla escrito su nombre con estrellas
enmedio del esmalte magnífico del cielo?

—Poeta, es que lo buscas con la ensoberbecida
ciencia, que exige pruebas y cifras al abismo...
Asómate a las fuentes obscuras de tu vida,
y allí verás su rostro: tu Dios está en ti mismo.
Busca el silencio y ora: tu Dios execra el grito;
busca la sombra y oye: tu Dios habla en lo arcano;
depón tu gran penacho de orgullo y de delito...
—Ya está.
—¿Qué ves ahora?
—La faz del infinito.
—¿Y eres feliz?
—Loemos a Dios, Vapor hermano.

LA BRUMA

La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma
en leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma!
La Bruma es el ensueño del agua, y en su empeño
de inmaterializarse lo vuelve todo ensueño.
A través de su velo mirífico, parece
como que la materia brutal se desvanece:
la torre es un fantasma de vaguedad que pasma;
todo en su blonda envuelto, se convierte en fantasma,

y el mismo hombre que cruza por su zona quieta
se convierte en fantasma, es decir, en silueta.
La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma
en leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma,
de la Bruma que sueña con la aurora lejana!
Y yo dije: —¡Ensalcemos a Dios, oh Bruma hermana!

LAS VOCES DEL AGUA

—Mi gota busca entrañas de roca y las perfora.
—En mí flota el aceite que en los santuarios vela.
—Por mí raya el milagro de la locomotora
la pauta de los rieles. —Yo pinto la acuarela.
—Mi bruma y tus recuerdos son por extraño modo
gemelos; ¿no ves cómo lo divinizan todo?
—Yo presto vibraciones de flautas prodigiosas
a los vasos de vidrio. —Soy triaca y enfermera
en las modernas clínicas. —Y yo, sobre las rosas,
turiferario santo del alba en primavera.
—Soy pródiga de fuerza motriz en mi caída.
—Yo escarcho los ramajes. —Yo en tiempos muy remotos
di un canto a las sirenas. —Yo, cuando estoy dormida,
sueño sueños azules, y esos sueños son lotos.
—Poeta, que por gracia del cielo nos conoces,
¿no cantas con nosotras?
—Sí canto, hermanas Voces.

EL AGUA MULTIFORME

«El agua toma siempre la forma de los vasos
que la contienen», dicen las ciencias que mis pasos
atisban y pretenden analizarme en vano;
yo soy la resignada por excelencia, hermano.
¿No ves que a cada instante mi forma se aniquila?
Hoy soy torrente inquieto y ayer fuí agua tranquila;
Hoy soy, en vaso esférico, redonda; ayer, apenas
me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas,
y así pitagorizo mi ser, horas tras hora;
hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora,
todo lo soy, y a todo me pliego en cuanto cabe.
¡Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe!

¡Por qué tú te rebelas! ¡Por qué tu ánimo agitas!
¡Tonto! ¡Si comprendieras las dichas infinitas
de plegarse a los fines del Señor que nos rige!
¿Qué quieres? ¿Por qué sufres? ¿Qué sueñas? ¿Qué te aflige?
¡Imaginaciones que se extinguen en cuanto
aparecen... En cambio yo canto, canto, canto!
Canto mientras tú penas, la voluntad ignota;
canto cuando soy linfa; canto cuando soy gota,
y al ir, Proteo extraño, de mi destino en pos,
murmuro: —¡Que se cumpla la santa ley de Dios!

¡Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua!
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
sé como el agua, llena de oblación y heroísmo,
sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;
sé como el agua, dócil a la ley infinita,
que reza en las iglesias en donde está bendita,
y en el estanque arrulla meciendo la piragua.
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
viste, cantando, el traje de que el Señor te viste,
y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.
Deja que en ti se cumplan los fines de la vida;
sé declive, no roca; transfórmate y anida
donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,
murmura: ¡Que se cumpla la santa ley de Dios!
Lograrás, si lo hicieres así, magno tesoro
de bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;
si eres nube, la tarde te dará su arrebol;
si eres fuente, en tu seno verás temblando al sol;
tendrán filetes, de ámbar tus ondas, si laguna
eres, y si oceano, te plateará la luna.
Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,
y una crencha de arco iris en flor, si eres cascada.

Así me dijo el Agua con místico reproche,
y yo, rendido al santo consejo de la Maga,
sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,
clamé con el Apóstol:—*Señor, ¿qué quieres que haga?*

IV

LAS VOCES

DE LOS POEMAS PANTEISTAS

I

Las transgresiones del rey de la creación apenan a la creación entera. Quién sabe si éste es el secreto de la expresión pensativa de la Naturaleza, de la triste austeridad de las tardes, y de la lejana melancolía de las estrellas...

(*Elevación,* del mismo autor.)

El escenario es un gran valle, empenachado de árboles, exuberante de cálices, endiamantado de fuentes. Todo palpita: la imagen de las nubes en las fuentes, el rocío en los cálices, en los árboles los nidos. Cuando el sol revienta como un enorme florecimiento escarlata en la palidez lejana y dorada del orto, cada rama es una guzla, cada flor es un joyel, cada fuente es una fuga de zafiros. La Naturaleza está como glorificada en el valle. Diríase la aristocracia de la flora en un Tabor edénico. Una expresión enigmática surge y resalta en todas las cosas, algo como la claridad de una conciencia que vigila, algo como el misterio de un pensamiento y de una voluntad que, aunque incógnitos, transpiran y se denuncian. Se presiente que los pétalos ven; *que las fuentes,*

temblorosas de ninfeas, de nelumbios y de lotos ven; *que las frondas* ven; *que una alma arcana, de esencia indecible, pero consciente en absoluto, piensa, sueña, ora, al amparo y bajo la caricia inmortal del cielo; se adivinan diálogos inefables entre los corimbos que se estremecen y las lejanas nubes romeras; se siente uno mirado y seguido por seres no previstos.* Alguien, *lúcido y mudo, está ahí, bajo el cobre radiante del sol o bajo la plata trémula de las estrellas.*

Cuando Angel aparece, aquellas individualidades en plena expansión matinal tórnanse agresivas. La agudeza de un espíritu advertiría un cambio en todas las cosas, un semblante hostil, una fisonomía que, aunque recóndita, deja traslucir protestas.

Angel, después de una noche más de amor y de exceso, entra pausadamente desde las indecisas penumbras del fondo.

ÁNGEL

Hoy como ayer, llevando la garra de un castigo
por donde quiera. ¡Cuánto se tarda mi ataúd!
Al despertar, mi angustia se despertó conmigo;
dormí, pero a mi lado velaba mi inquietud.
Y siempre la voz ésa que me habla con enojos,
que habita en lo más hondo del ánima y que escucho
con miedo...

UNA FUENTE

A otra fuente.

Mira, hermana, sus párpados qué rojos:
parecen los de un hombre que se desvela mucho.

ÁNGEL

Hoy, como ayer, huyendo los sobrenaturales
avisos, que condenan los goces de que muero.
Remanso: una limosna de tu agua; tus cristales
refrescarán mis ojos sonámbulos.

EL REMANSO

Voz que, como todas las otras, no cabe en la pauta humana

¡No quiero!

ÁNGEL

Inclinándose para coger el agua que resbala de sus manos y huye.

Remanso, tengo fiebre y envidio tu frescura.

UNA ONDA

A otra onda.

Esquívate, no dejes que tu vaivén se aquiete,

ÁNGEL

Remanso, algunas gotas para mi calentura.

EL REMANSO

¡No quiero

VOCES

¡Vete, vete!

ÁNGEL

Hoy como ayer, despierto con hambre de la aurora,
que al menos traza nimbos sobre mi frente mustia.

UN LIRIO

A una azucena.

Hermana, mira al hombre qué pálido está ahora.

ÁNGEL

Tres hay que no se duermen jamás: mi veladora,
mi péndulo y mi angustia.
... ¡He ahí una rosa! Al menos aspiraré su aroma
y beberé el aljófar sutil que la salpica.
Mi lengua es una fragua...,

LA ROSA

Reteniendo su aliento y desenvainando una espina.

Malvado, ¡toma! ¡toma!

ÁNGEL

Me has hecho mal y escondes tu esencia.

VARIAS VOCES

A la rosa.

¡Pica! ¡Pica!

ÁNGEL

Hoy como ayer, sin ruta ni brújula en la vida:
me asusta mi futuro, me apena mi pasado...

UN PÁJARO

A otro.

Hermano, escucha; ¿no oyes qué voz tan desabrida?
Parece que ha llorado...

ÁNGEL

Viendo las dos aves

¡Dos pájaros! Quién sabe si asiendo sus dispersos
gorjeos, forme un ramo de místico regalo.

LOS PÁJAROS

—Es uno de nosotros: es uno que hace versos.
—¿Qué dice?
—Que cantemos...
—No cantes: es muy malo.

ÁNGEL

Hoy como ayer, tostado de sol en un paraje
desierto cuya arena se arremolina y treme.
¡Oh frondas!, un amparo...

UA RAMA

A otra.

¡Recoge tu follaje!
¡Que exhale la solana sus vahos y lo queme!

VARIAS VOCES

¡Ladrón! ¡Ladrón!

ÁNGEL

Diría que surgen de mí voces...

LAS VOCES

¡Ladrón!

ÁNGEL

Gritos que ahogan la voz de mis congojas.

LAS VOCES

¡Ladrón!

ÁNGEL

¡Las cosas hablan!

LAS VOCES

¡Ladrón! ¿No nos conoces?
¡Pues somos la divina creación a quien enojas!

ÁNGEL

Acaso las vigilias escancian la locura...
¡Rendido estoy! Oh césped, anhelo tu blandura;
me dormiré en tu almohada; concédeme un beleño...
Mis párpados se cierran...

LAS MALEZAS

Entre sí.

Eriza tus rastrojos,
esgrime tus espinas, engrifa tus abrojos,
que sienta picazones y se le vaya el sueño.

UNA ROSA

Empinándose sobre su tallo y mirándole fijamente.

Devuélveme el rosado de tu epicúrea boca,
que me hace falta para las hojas que elaboro.

UN VENERO

¡Ladrón! Se están secando las ubres de mi roca;
retórname las aguas amargas de tu lloro.

UNA TÓRTOLA

Devuélveme el lamento de tu alma atribulada:
lo necesito para mi sollozar sencillo.

UNA ESTRELLA

La chispa de mi fuego, que roba tu mirada
soberbia, me hace falta para aumentar mi brillo.

UN PÁJARO

Puesto que en arrastrarte no más cifras tu empeño
y hacia el instinto a cada conciliación resbalas,
devuélveme el inútil empuje de tu ensueño
para aumentar la fuerza divina de mis alas.

ÁNGEL

Presa ya del desvario, encarándose con las cosas.

¡Todo me increpa! Nadie mi agitación encalma...
Creaturas: soy el amo del mundo y os desprecio;
¡vosotras sois las cosas efímeras, sin alma!

VOCES IRÓNICAS

¡Qué necio!

UNA VOZ

Desprecio de los fuertes por los que ven pequeños,
porque su esencia ignoran; desdenes visionarios.
¿Tú sabes por ventura qué plétora de empeños,
qué atroz perseverancia de anhelos y de ensueños
formaron nuestras almas al fin de milenarios?

OTRA VOZ

¿Ignoras que el anhelo de un órgano lo crea?
Cantar el agua quiso, y un día fué arroyuelo;
pensar quiso el instinto, y al fin tornóse idea;
la escama volar quiso, pidióle al Dios que crea
las alas, y hecha pluma de cóndores fué al cielo.

OTRA VOZ

Las flores y las faunas, después de un ciclo lento
de aspiración informe, sentimos con profundos
pasmos, en nuestra obscura conciencia en movimiento,
brotar como un retoño de luz el pensamiento
y unir sus vibraciones al ritmo de los mundos.

OTRA VOZ

¡Que no tenemos alma! Tú, en cambio, ¿qué haces de ella?
La atrofias, y nosotras que vamos hacià los
futuros avatares, miramos cómo huella
tu instinto en tu cerebro las trazas de tu estrella,
los rastros de tu origen, ¡la imagen de tu Dios!

OTRA VOZ

Mañana, cuando inútil su germen, ya marchito,
los astros se deshojen como pálidas rosas,
las cosas, vueltas almas, irán al infinito,
quedándose en la nada las almas vueltas cosas.

EL VIENTO

¡Aléjate llevando tu infamia y tu castigo,
usurpador, en tanto que llega tu ataúd!

ÁNGEL

Abrumado, con la obsesión de una frase maquinal.

Me desperté, y la angustia se despertó conmigo;
dormí, pero a mi lado velaba la inquietud...

Se aleja, vencido, y vase perdiendo lentamente en el clarobscuro del fondo.

II

Las flores son seres superiores que han realizado el ensueño de Budha: no desear nada, soportarlo todo, absorberse en sí mismas hasta la voluntaria inconsciencia.

Strindberg.

El *mismo escenario. Mas ahora un apaciguamiento divino cae sobre todas las cosas. Algo de la inefable resignación de la Naturaleza ante el sol, que se desangra en agonía soberana y mansa.* Alguien *medita y* ve, *entre la luz que se va y la sombra que llega. Las flores, las frondas, las fuentes, tienen fisonomías que el misterio de la noche que viene envanece o determina. Pero una inmensa placidez ha substituído a la hostilidad anterior. La agresión triunfal de la flora, bajo la plenitud de vida matinal y meridiana, ha ido volviéndose melancolía blanda, austeridad suave. ¡Se adivina que el valle piensa en Dios! Sobre las montañas lejanas, que parecen desprenderse del propio azul del cielo, como si una tijera enorme las hubiese recortado en siluetas ondulantes, Vésper radia como una hostia de paz, y una luna afilada y misteriosa traza, entre la tarde que muere y la aurora que vendrá, su melancólico paréntesis de cuarzo.*

Angel llega lentamente por el fondo. En sus

cabellos, ya grises, tiembla la púrpura del poniente. Su mirada es triste, pero serena, con la serenidad del que, pesaroso por las viejas transgresiones, pero desasido ya de todo, se acerca a las lindes de la vida, lleno de piedad y de resignación. Amó, delinquió, sufrió... Ahora espera. La tarde está en su espíritu como en la Naturaleza: la tarde, que llora las risas de la mañana; *la tarde, que torna pensativas a las almas, las bestias y las flores*; *la tarde, pórtico de las estrellas, vestíbulo del silencio y de la eternidad.*

EL ALMA DE LA TARDE

A Angel.

Yo soy meditabunda porque sé muchas cosas:
la meditación a la piedad me inclina.
¿Quieres rosas?, pues corta mis desmayadas rosas;
¡no tienen ni una espina!
Yo soy contemplativa porque sé muchas cosas.
¿Quieres lirios?, pues toma mi estrella vespertina.

ÁNGEL

¡Oh, Tarde! Manso ensueño de la Naturaleza:
a ti de lo profundo clamo, *alma parens* mía,
(De profundis clamavi a te); dura es la vía;
madre, tengo tristeza,
mi espíritu está lleno de tu melancolía.
¡Oh, Tarde! Manso ensueño de la Naturaleza:
de profundis clamavi a te, alma parens mía...

¡Tengo mucha tristeza!
Los seres me rechazan. ¿No ves como me acosa
con sus iras la hostil reina Naturaleza?
Las aves tienen nido, guarida la raposa
¡y yo no tengo dónde reclinar mi cabeza!
Deméter, mi madrastra, con sus iras me acosa.
De profundis clamavi a te. Tengo tristeza...
¿Por qué me increpa todo? Pequé porque he vivido...
(Alma parens, los pájaros del cielo tienen nido.)
¿Por qué tan ruda inquina
de parte de las cosas?

LA TARDE

¿Quieres flores? Pues corta mis flores misteriosas.
¿Quieres lirios? Aspira mi estrella vespertina.
... Mas fúndete en mi arcano, disuélvete en mis rosas,
alumbra con mis lirios, y sabrás muchas cosas:
mis rosas y mis lirios no tienen ni una espina.

LA FUENTE

A Angel.

Perdóname; fuí mala, pero mi espejo ingrato
grato será, y sabrosa mi agua que no bebiste.
Asómate a mi espejo, quiero hacer tu retrato;
... pero sonríe, ¡mira que no me salga triste!
¡Asómate! ¿No ves los astros? Sus centellas
nacen al propio tiempo en enjambre divino
en mi agua y en los cielos. Te copiaré con ellas,
aureolaré tu rostro con resplandor de estrellas
como el de un santo bizantino.

... Pero fúndete en mi agua, ¡dilúyete en mi seno!
vivir, obrar, es malo; disolverse... ¡eso es bueno!

LAS FLORES

Las flores realizamos en la vida sañuda
un intento divino, por misterioso modo:
no anhelar nunca nada, mas soportarlo todo;
absorberse en sí mismo con voluntaria y muda
inconsciencia... Este es el ensueño de Budha:
No anhelar nunca nada, mas soportarlo todo.
Perdona las palabras aquellas vagarosas,
que te dieron martirios.
Si quieres, premiaremos tus horas dolorosas
poniendo entre los labios de tu musa más rosas,
en tu tez más azáleas y en su frente más lirios.
... Pero ven con nosotras mejor: sé alvéolo, yema;
disuélvete. Ser flor es la virtud suprema.

LOS PÁJAROS

¡Ya no solloces, canta!
¿Verdad que nos perdonas la rebelión? Divinos
trinos enseñaremos a la ideal garganta
de tu musa: el secreto de todos nuestros trinos.
Mas... sé como nosotros, que muerto ya, tu anhelo
revivirá en dos alas para escalar el cielo.
Dos alas que una alegre palpitación levanta,
que, trémulas de amores en su celeste ruta,
retornan a los nidos como en pos de una fruta...
(Un nido es una fruta misteriosa que canta).

EL VIENTO

¡Canta! En mis impalpables alas fué tu lamento
de ayer, e irán tus cánticos de hoy. ¡Nada persiste
en mí! ¿Por qué mis ecos te pusieron tan triste?
Mi voz, amarga o dulce, sólo es la voz del viento...
Mas disuélvete, amigo,
en polvo, a fin de que peregrines conmigo.
Yo llevaré conmigo tu fósforo y tus gases.
Ya es tiempo de que pases, ya es tiempo de que pases...

UNA VOZ

Es pecado vivir nuestra breve jornada
sin dar al universo toda nuestra alma, en cada
hora de nuestros días amargos o risueños;
pecado ser como esas infantas de balada
que absortas en el vago ritual de sus ensueños,
sonámbulas y frías,
caminan por los nimbos de góticas mansiones,
sin imprimir su huella, como hechas abstracciones,
sin proyectar su sombra sobre las galerías...

VARIAS VOCES

—Yo vuelo.
—Yo perfumo.
—Yo calmo las congojas
de la sed.
—Yo ilumino las nubes de oro y gualda.

—Yo arrullo a mis polluelos.
—Y yo hago de las hojas,
para cantar a Mayo, mil lenguas de esmeralda.

LOS ASTROS

Florecimientos del vacío
somos nosotros, alabastros
liliales,
almas del éter, astros
inmortales.

VARIAS VOCES

—La paz está en nosotras, las que tú llamas cosas:
radia con las estrellas, revienta con las rosas.
—Busca el quieto walhalla en que se encierra
la vida sin deseos, sin amores,
y ama tus paraísos interiores
sobre todas las cosas de la tierra.
—Perfuma
con los lirios, revuela
como las mariposas,
rízate con la espuma...

—Medita con las tardes, funde tu alma con ellas,
florece con la primavera y con las estrellas.

—Suspira con la honda
voz de la noche, amasa
con ella tus misterios, palpita con la onda
y pasa con el viento que pasa...
—Ruge con los ignotos
mares;
busca un santo capullo para tus avatares,
arrulla con las tórtolas, olvida con los lotos...

III

¡Esta noche arden hogueras
y los lobos no vendrán!

Viejo estribillo.

Oportet nasci denuo.
Es preciso renacer.

Cristo a Nicodemo.

La sombra empieza a invadir la escena: se acentúa el misterio. No lejos, brilla una hoguera encendida por los pastores para congregar cerca de ella sus ganados. Los pastores suenan a distancia sus cuernos, cuyos ecos se dilatan por la infinita serenidad de la noche. Unas pastorcillas, cogidas de la mano, danzan en derredor del fuego, y el rumor de sus cantares va invadiendo la so-

ledad de no sé qué unciosa melancolía. Angel, sentado al pie de un árbol, fija sus ojos, como hipnotizado, en el claro vivo de la fogata.

LAS PASTORCILLAS

¡Dancemos! Alalú... Los prados, rojos
con nuestro fuego están.
Alalú... ¡Cómo alegran ardiendo los abrojos!
Los lobos no vendrán...
Alalú, alalú...
Los lobos no vendrán.

LAS VOCES

A Angel.

—Medita con las tardes,
funde tu alma con ellas,
florece con la primavera y las estrellas.
Perfuma
con los lirios, revuela
como las mariposas,
rízate con la espuma,
revienta con las rosas...

LAS PASTORCILLAS

Dancemos; ¡cuán bellas
las llamas! Se dijera
que hemos hecho una hoguera
con un montón de estrellas,

¡Dancemos! Alalú... Los prados, rojos
con el incendio están.
¡Cómo alegran ardiendo los abrojos!
¡Los lobos no vendrán!

LAS VOCES

A Angel.

—Suspira con la honda
voz de la noche, amasa
con ella tus misterios, palpita con la onda
y pasa con el viento que pasa...
—Ruge con los ignotos
mares,
busca un santo capullo
para tus avatares,
arrulla con las tórtolas,
¡olvida con los lotos!

ÁNGEL

¡Oh! Madre Naturaleza,
quiero en ti fundir mi mal.
Estoy ebrio de tristeza,
de una tristeza mortal...
Ya me invade el hondo anhelo
de huir con las mariposas,
de perfumar con las rosas,
de fulgurar con el cielo.
Mis horas tristes son robos
al alma eterna de Pan...

LAS PASTORCILLAS

Alejándose al encuentro de los pastores que, sonando sus cuernos, vienen hacia la hoguera.

Alalú, alalú, los lobos
no vendrán...

ÁNGEL

Quiero hervir con el torrente,
rugir con el mar ignoto;
quiero olvidar con el loto,
quiero soñar con la fuente.
¡Quiero en supremos arrobos
fundir en tu ser mi afán!

LAS PASTORCILLAS

Más lejos.

¡Alalú, alalú, los lobos
no vendrán!

ÁNGEL

Quiero no tener deseos
como las flores, pasar
como el viento, en los gorjeos
de las aves gorjear...

ser un alma más en tu
alma divina en que están
los fiats. Santa eres tú.
¡Fuego, abrásame!

LAS PASTORCILLAS

Muy lejos.

Alalú...
Esta noche no vendrán.

ÁNGEL

Con la mirada fija en las llamas, como atraído por una fuerza incontrastable, se arroja en la hoguera.

V

LIRA HEROICA

Eritis sicut Dii

GÉNESIS

Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús.

Presente.

Distinguido amigo mío;

En modo tal ha contribuido usted al éxito de estos Poemas, los ha prohijado con afecto tan generoso, que como a un amable colaborador le tengo y miro en ellos; y dedicárselos es, más que cumplido y galantería, justicia y acatamiento.

Acéptelos con un cariño igual al que le profesa

Amado Nervo.

I

CANTO A MORELOS

I

Era un concierto de voces,
eran voces inauditas,
eran voces primordiales,
voces cósmicas, de vida.
En un pliegue de la sombra,
Dios oía.

Su equilátera pupila,
con ciclópea luz divina,
como inmensa estrella absurda,
daba miedo a los cometas,
pavos reales de las noches infinitas.
En un pliegue de la sombra,
Dios oía.

Y su boca, aquella boca que es gemela del abismo,
la que saca de la nada
con un grito
los enjambres chispeantes de los orbes
y los lanza como trompos colosales al vacío,
esperaba que las voces inauditas
pronunciarán su palabra, para dar después el «fiat».

Ese «fiat» formidable que hace fragua del Espacio,
una fragua que proyecta cada sol como una chispa.
En un pliegue de la sombra,
Dios oía...

II

¿Cuál hechura portentosa,
qué creatura monstruosa
de la nada iba a brotar?

¿Con qué polen increado, de una esencia misteriosa,
el obscuro vientre informe de la inmensa nebulosa
iba Dios a fecundar?

Las bandadas de los seres superiores,
querubines cuyas alas son corolas de albas flores,
serafines cuyos rostros están hechos de fulgores,
potestades cuyo puño mueve un mundo en el zafir,

expectantes, silenciosos,
en mil grupos temblorosos,
disponíanse a oír.

Allá lejos,
una esfera de turquesa, del rey Sol a los reflejos,
girando iba en la extensión,
y ante todos los enjambres de orbes que hay en lo infinito,
aquel mundo —nuestro mundo— por pequeño era un granito
de miseria... o de ilusión.

Mas en él estaban fijas las miradas
de los seres que asistían en bandadas
palpitantes a escuchar;
y en su seno, que en el éter era mínimo proscenio,
un prodigio, el germen santo de las almas de titanes:
¡los Morelos, los Colones, Isabelas y Guzmanes,
el Genio,
iba Dios a hacer brotar!

III

Hasta entonces, burdos, hartos
de cogollos y follajes y semillas, los lagartos
y mamíferos monstruosos habitaban la mansión
de turquesas en que más tarde, por fenómeno imprevisto,
surgirían, con sus cándidas parábolas, el Cristo;
con sus éxtasis, Platón.

Era el Genio, lo más alto, lo más noble de los cielos;
lo que es lira en un Esquilo y es espada en un Morelos;
lo que vuela como el viento, lo que ruge como el mar;
lo que alumbra como el astro, lo que truena como el rayo,
lo que brota y fructifica como gérmenes de Mayo:
era el Genio, el Genio eterno lo que Dios iba a crear.

IV

Y las voces inauditas empezaron a decir:
La montaña:
yo le presto la firmeza de mi entraña;
y el espacio: yo le brindo mi pureza de zafir;
y una estrella: yo le ofrezco mis fulgores inmortales;
y el océano: yo le brindo mis furores primordiales;
y la tierra: yo le cedo mi principio productor;
y la nube: yo le obsequio mi Tabor que siempre arde,
yo le haré sereno y triste como el alma de la tarde;
y los ángeles: nosotros le daremos nuestro amor.

V

Dios entonces, por encima de las voces; Dios, que crea
con el Verbo hecho de truenos que escuchaba el Sinaí,
desgarrando con su «fiat» los espacios, dijo: «¡Sea!»
¡Y fué así!

VI

Y del seno de la tierra, silenciosa y adormida,
surgió un Himno, y dijo el Himno: «Siento en mí que un [Dios anida,
algo va a brotar de mí;

algo etéreo, extraño al germen que fraguaban mis entrañas,
algo inmenso, como cima de mis más altas montañas.»
Y siguió diciendo así:

«La preñez de los botones es augurio de las rosas;
muchos gérmenes aguardan que les digan: «¡Transformaos!»;
muchas larvas en capullo tornáranse mariposas;
muchas albas sonrosadas como novias pudorosas,
regarán topacio y nácar en los vórtices del Caos.

»Tiempo es ya de que mis gérmenes se maduren y se doren;
tiempo es ya de que me muestren la virtud en que se animan;
si son albas, que revienten; si son tórtolas, que lloren;
si son perlas, que se irisen; si son tallos, que se enfloren;
sin son águilas, que vuelen; si son Cristos, que rediman.»

VII

Así surgió el milagro del Genio en el planeta;
así, robando esencia y origen a los cielos,
brotaron el guerrero y el sabio y el profeta.
Merced a ese conjuro divino, yo, el poeta,
cantar puedo tus manes heroicos, ¡oh Morelos!

Señor, deja que narre tu vida y tu destino;
señor, deja que siga tus éxodos inquietos:
cuando rapaz guiabas tu recua en el camino,
quién sabe si los montes y el valle peregrino
te hicieron confidente de todos sus secretos...

Tal vez en esas tardes de regio colorido,
en que un matiz de ensueño cobija cuanto existe,
el alma de la Patria te suspiró al oído
con voces inefables: ¡Morelos, estoy triste!

Y tú, frente a la pompa de aquella tarde grave:
—¿Por qué?—dijiste, y ella te respondió:—¡Quién sabe...!

Tal vez en la opulencia del valle michoacano,
como una gran pupila de azur, un lago viste,
y el lago, la pupila de azur, con el arcano
lenguaje de sus ondas, te dijo:—¡Estoy muy triste!

Y tú le preguntaste:—¿Por qué?—con voz süave,
y el lago, la pupila de azur, dijo:—¡Quién sabe...!

Tal vez la cordillera, refugio de jaguares,
que lidia con los rayos y a Encélado resiste,
con voz hecha del viento que azota sus pinares,
te dijo sollozando:—¡Morelos, estoy triste!
Y tú, con una angustia que en tu alma ya no cabe,
—¿Por qué?—preguntas, y ella te respondió:—¡Quién sabe...!

Tal vez:—¡Estamos tristes!—los árboles gemían;
tal vez:—¡Estamos tristes!—clamaban las estrellas;
y como a Juana de Arco, tal vez te aparecían
arcángeles vestidos de hierro, y te seguían
mostrándote a la Patria, con dedos de centellas.

Entonces (¡qué alma grande llamado tal resiste!)
la tuya, adolescente, mas ya elegida y brava,
le respondió a la Patria: —Ya sé por qué estás triste:
¡el Cielo te hizo libre, y España te hizo esclava!

VIII

Pasaron algunos años,
y en una tarde enlunada,
un viajero misterioso,
envuelto en una sotana,
de ojos inmensos y negros
como dos noches sin alba,
comprando a los centinelas
que custodiándola estaban,
como un espectro a la Alhóndiga
de Granaditas entraba.
En el castillo hay un patio
y en el patio cuatro jaulas
y en ellas cuatro cabezas.

Arriba, en los cielos bañados de nácar,
otra testa lívida, la luna en su llena,
sobre sus hermanas
las cuatro cabezas sangrientas llovía
su llanto de plata.

El viajero era Morelos,
y en cada una de las jaulas

se detuvo, y las cabezas,
las cabezas cercenadas
de sus troncos; las cabezas,
como en el episodio de la leyenda arábiga,
dijéronle así con voces
que no eran voces humanas:
Hidalgo:—¡Salva a mi pueblo!
Allende:—¡Venga a mi patria!
Aldama:—¡Sus, al tirano!
Jiménez:—¡Armate y marcha!
Hidalgo:—Mira mi frente:
más que los inviernos, blanca
la pusieron las angustias,
las angustias de mi raza.
Allende:—Fuí fuerte y joven
como tú, no temas nada:
quien por la Patria perece
cantos requiere y no lágrimas.
—Salva a mi pueblo.
—Venga a mi Patria.
—Sus, al tirano.
—Armate y marcha.
Así decían las cuatro
cabezas ensangrentadas;
y arriba, y en los cielos bañados de nácar,
otra testa lívida, la luna en su llena,
sobre sus hermanas
las cuatro cabezas sangrientas llovía
su llanto de plata.

IX

Pasaron los días;
las glorias de Cuautla,
émula sublime de las Siracusas
y las Zaragozas, la tierra llenaba.

Y hasta el hombrecillo de exigua estatura,
de frente cesárea;
aquel que, pequeño, no cupo en el mundo;
aquel que hizo eterna la gloria de Francia;

aquel que, en el ojo derecho, a la Esfinge
con un metrallazo le incrustó una lágrima;

aquel que con bronce de tantos cañones
fundó una columna muy alta, muy alta,
clavando en su cima, como un dios de Roma,
la gloria soberbia y audaz de su estatua,
se cuenta que dijo pensando en Morelos:
—Digno es de mis triunfos el sitio de Cuautla.

X

Las cuatro cabezas
de las cuatro jaulas;
las cuatro cabezas
tan solas y trágicas;

las cuatro cabezas que hablaron al Héroe
con voces no humanas,
las cuatro cabezas
estaban vengadas...

En vano los viejos
soldados de España,
llevando en sus lábaros
al león cuyas garras
asieron dos mundos,
luchaban, luchaban...

Las cuatro cabezas
de las cuatro jaulas,
las cuatro medusas,
compañeras pálidas
del héroe moreno, seguían su jira,

y en cada combate
y en cada campaña,
ponían un soplo de antiguas leyendas,
un soplo epopéyico de la vieja Iliada.

XI

Más tarde, ante un congreso de levitas,
el heroico levita fué llevado:
quitáronle las sacras vestiduras;
de sus manos benditas,
tres veces santas y tres veces puras,

de mártir, de pastor y de soldado;
de sus pálidas manos formidables,
un purpúreo prelado
arrancó, con liturgias implacables,
el cáliz consagrado...

Refiérese que entonces,
aquel hombre más fuerte que los bronces,
aquel hombre mayor que las montañas
y más bravo que el puma en sus arrojos,
mostró una turbia lágrima en sus ojos,
bajo el negro rubor de sus pestañas...

XII

Y el patíbulo al fin, y el victimario
que consuma las vidas redentoras;
y un cristo, y un madero, y un calvario,
y a lo lejos, a guisa de sudario,
la púrpura imperial de las auroras.

INVOCACIÓN

¡Oh! Patria, ¡oh! dulce Patria, madre santa:
vuelvo a ti tras de luenga romería
y te encuentro, al posar en ti mi planta,
con un arrullo nuevo en la garganta
y más grande y más bella todavía.

Mas si mañana, con tu voz de cielos,
de monte y prado que la luz reviste:
—Estoy triste— murmuras con anhelos,
¡quiera darte el Señor, cuando estés triste,
para cada tristeza, otro Morelos!

ENVIO

A la señorita María Teresa Limantour,
reina del torneo.

Señora y reina, dulce cual aura
que mece flores, puesto que animas
como la bella Clemencia Isaura
juegos Florales en nuestros climas,

a ti me acojo; bajo los cielos
de esos tus ojos encantadores,
dije mis rimas para Morelos;
di que las premien, flor entre flores.

Tú puedes todo, gentil infanta,
tienes belleza, tienes aliño;
mira al trovero que ante ti canta
y roba trinos a tu garganta
y prende flores a tu corpiño,

Llegan cansadas de un gran viaje
mi chupa verde, mis calzas rotas,
y torno pobre, pero te traje
algunas conchas en mi ropaje
y entre mis cuerdas algunas notas.

Di que me premien, dulce creatura...
(Los bardos brindan buena ventura
a quien preside juegos de rimas.)
¡Oh! buena reina, mi fe restaura,
y sé la nueva Clemencia Isaura
de nuestros cielos y nuestros climas.

II

LA RAZA DE BRONCE

LEYENDA HEROICA

DICHA EL 19 DE JULIO DE 1902 EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS

EN HONOR DE JUAREZ

I

SEÑOR, deja que diga la gloria de tu raza,
la gloria de los hombres de bronce, cuya maza
melló de tantos yelmos y escudos la osadía:
¡oh! *caballeros tigres,* ¡oh! *caballeros leones,*
¡oh! *caballeros águilas,* os traigo mis canciones;
¡oh! enorme raza muerta, te traigo mi elegía.

II

Aquella tarde, en el Poniente augusto,
el crepúsculo audaz era una pira
como de algún atrida o de algún justo;
llamarada de luz o de mentira
que incendiaba el espacio, y parecía
que el sol al estrellar sobre la cumbre
su mole vibradora de centellas,
se trocaba en mil átomos de lumbre,
y esos átomos eran las estrellas.

Yo estaba solo en la quietud divina
del Valle. ¿Solo? ¡No! La estatua fiera
del héroe Cuauhtemoc, la que culmina
disparando su dardo a la pradera,
bajo el palio de pompa vespertina,
era mi hermana y mi custodio era.

Cuando vino la noche misteriosa
—jardín azul de margaritas de oro—,
y calló todo ser y toda cosa,
cuatro sombras llegaron a mí en coro;
cuando vino la noche misteriosa
—jardín azul de margaritas de oro—.

Llevaban una túnica esplendente,
y eran tan luminosamente bellas

sus carnes, y tan fúlgida su frente,
que prolongaba para mí el Poniente
y eclipsaban la luz de las estrellas.

Eran cuatro fantasmas, todos hechos
de firmeza, y los cuatro eran colosos
y fingían estatuas, y sus pechos
radiaban como bronces luminosos.
Y los cuatro entonaron almo coro...
Callaba todo ser y toda cosa;
y arriba era la noche misteriosa
—jardín azul de margaritas de oro—.

III

Ante aquella visión que asusta y pasma,
yo, como Hamlet, mi doliente hermano,
tuve valor e intorrogué al fantasma;
mas mi espada temblaba entre mi mano.

—¿Quién sois vosotros —exclamé—, que en presto
giro bajáis al Valle mexicano?
Tuve valor para decirles esto;
mas mi espada temblaba entre mi mano.

—¿Qué abismo os engendró? ¿De qué funesto
limbo surgis? ¿Sois seres, humo vano?
Tuve valor para decirles esto;
mas mi espada temblaba entre mi mano.

—Responded—continué—. Miradme enhiesto
y altivo y burlador ante el arcano.
Tuve valor para decirles esto;
¡mas mi espada temblaba entre mi mano...!

IV

Y un espectro de aquéllos, con asombros
vi que vino hacia mí, lento y sin ira,
y llevaba una piel sobre los hombros
y en las pálidas manos una lira;
y me dijo con voces resonantes
y en una lengua rítmica que entonces
comprendí: —«¿Que quién somos? Los gigantes
de una raza magnífica de bronces.

»Yo me llamé Netzahualcoyotl y era
rey de Texcoco; tras de lid artera,
fuí despojado de mi reino un día,
y en las selvas erré como alimaña,
y el barranco y la cueva y la montaña
me enseñaron su augusta poesía.

»Torné después a mi sitial de plumas,
y fuí sabio y fuí bueno; entre las brumas
del paganismo adiviné al Dios Santo;
le erigí una pirámide, y en ella,
siempre al fulgor de la primera estrella
y al son del *huehuetl,* le elevé mi canto.»

V

Y otro espectro acercóse; en su derecha
llevaba una *macana,* y una fina
saeta en su carcaje, de ónix hecha;
coronaban su testa plumas bellas,
y me dijo: —«Yo soy Ilhuicamina,
sagitario del éter, y mi flecha
traspasa el corazón de las estrellas.

»Yo hice grande la raza de los lagos,
yo llevé la conquista y los estragos
a vastas tierras de la patria andina,
y al tornar de mis bélicas porfías
traje pieles de tigre, pedrerías
y oro en polvo... ¡Yo soy Ilhuicamina!»

VI

Y otro espectro me dijo: —«En nuestros cielos
las águilas y yo fuimos gemelos:
¡Soy Cuauhtemoc! Luchando sin desmayo
caí... ¡porque Dios quiso que cayera!
Mas caí como el águila altanera:
viendo al sol, y apedreada por el rayo.

«El español martirizó mi planta
sin lograr arrancar de mi garganta



ni un grito, y cuando el rey mi compañero
temblaba entre las llamas del brasero:
—¿Estoy yo, por ventura, en un deleite?,
le dije, y continué, sañudo y fiero,
mirando hervir mis pies en el aceite...»

VII

Y el fantasma postrer llegó a mi lado:
no venía del fondo del pasado
como los otros; mas del bronce mismo
era su pecho, y en sus negros ojos
fulguraba, en vez de ímpetus y arrojos,
la tranquila frialdad del heroísmo.

Y parecióme que aquel hombre era
sereno como el cielo en primevera
y glacial como cima que acoraza
la nieve, y que su sino fué, en la Historia,
tender puentes de bronce entre la gloria
de la raza de ayer y nuestra raza.

Miróme con su límpida mirada,
y yo le vi sin preguntarle nada.
Todo estaba en su enorme frente escrito:
la hermosa obstinación de los castores,
la paciencia divina de las flores
y la heroica dureza del granito...

¡Eras tú, mi Señor; tú que soñando
estás en el panteón de San Fernando
bajo el dórico abrigo en que reposas;
eras tú que, en sueño peregrino,
ves marchar a la Patria en su camino,
rimando risas y regando rosas!

Eras tú, y a tus pies cayendo al verte:
—Padre—te murmuré—, quiero ser fuerte:
dame tu fe, tu obstinación extraña;
quiero ser como tú, firme y sereno;
quiero ser como tú, paciente y bueno;
quiero ser como tú, nieve y montaña.
Soy una chispa: ¡enséñame a ser lumbre!
Soy un guijarro: ¡enséñame a ser cumbre!
Soy una linfa: ¡enséñame a ser río!
Soy un harapo: ¡enséñame a ser gala!
Soy una pluma: ¡enséñame a ser ala,
y que Dios te bendiga, padre mío!

VIII

Y hablaron tus labios, tus labios benditos,
y así respondieron a todos mis gritos,
a todas mis ansias:—«No hay nada pequeño,
ni el mar ni el guijarro, ni el sol ni la rosa,
con tal de que el sueño, visión misteriosa,
le preste sus nimbos, ¡y tú eres el sueño!

«Amar, eso es todo; querer, ¡todo es eso!
Los mundos brotaron al eco de un beso,
y un beso es el astro, y un beso es el rayo,
y un beso la tarde, y un beso la aurora,
y un beso los trinos del ave canora
que glosa las fiestas divinas de Mayo.

»Yo quise a la Patria por débil y mustia,
la Patria me quiso con toda su angustia,
y entonces nos dimos los dos un gran beso:
los besos de amores son siempre fecundos;
un beso de amores ha creado los mundos;
amar..., ¡eso es todo!; querer..., ¡todo es eso!»

Así me dijeron tus labios benditos,
así respondieron a todos mis gritos,
a todas mis ansias y eternos anhelos.
Después, los fantasmas volaron en coro,
y arriba los astros —poetas de oro—
pulsaban la lira de azur de los cielos.

IX

Mas al irte, Señor, hacia el ribazo
donde moran las sombras, un gran lazo
dejabas, que te unía con los tuyos,
un lazo entre la tierra y el arcano,
y ese lazo era otro indio: Altamirano;
bronce también, mas bronce con arrullos.

Nos le diste en herencia, y luego, Juárez
te arropaste en las noches tutelares
con tus amigos pálidos; entonces,
comprendiendo lo eterno de tu ausencia,
repitieron mi labio y mi conciencia:
—Señor, alma de luz, cuerpo de bronce,

soy una chispa: ¡enséñame a ser lumbre!
Soy un guijarro: ¡enséñame a ser cumbre!
Soy una linfa: ¡enséñame a ser río!
Soy un harapo: ¡enséñame a ser gala!
Soy una pluma: ¡enséñame a ser ala,
y que Dios te bendiga, padre mío!

Tú escuchaste mi grito, sonreíste
y en la sombra infinita te perdiste
cantando con los otros almo coro.

Callaba todo ser y toda cosa;
y arriba era la noche misteriosa
jardín azul de margaritas de oro...

VI

OTROS POEMAS

HOMENAJES

I

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOLORES DARQUI

Si a ti, que de embeleso el alma pueblas,
te llegase a negar la vida insana
una alondra que alegre tu mañana,
un zenzontle que arrulle tus tinieblas;

si, abrevada de angustias y de enojos,
contemplas a tu ensueño que naufraga,
y es tu fe moribunda luz que vaga
por la sombra divina de tus ojos;

si no encuentras piedad para tu pena,
tú, que fuiste con todos tan piadosa;
tú, tan buena, tan joven, tan hermosa,
tan hermosa, tan joven y tan buena,

piensa en mí, ven a mí sin un reproche;
con mano fraternal toca mi puerta,
y verás que mi espíritu despierta
para ser estrellita de tu noche;

verás cómo mi espíritu te ama,
verás cómo en el duelo está contigo:
si eres tórtola hambrienta, será trigo;
si eres ave cansada, será rama.

II

A MARÍA GUERRERO

Hay una voz que proclama
esta ley al orbe fiel:
«Aura, haz tu oficio, embalsama;
mujer, haz tu oficio, ama;
flor, haz tu oficio, da miel.

»Sol, haz tu oficio, levanta
el palio rey de tu aurora
sobre la montaña santa;
alondra, haz tu oficio, canta;
paloma, haz tu oficio, llora,

»Artista, haz tu oficio, yerra
del mundo por la extensión,
pues que Jove te destierra,
moviendo sobre la tierra
cerebros y corazón.»

Gran verbo a cuyos rumores,
a cuyo influjo inmortal,
las auras riman olores,
la mujer difunde amores,
el cáliz forja el panal;

el sol quebranta los gonces
del orto, irisa las brumas,
y hace que alienten entonces,
la esquila, alondra de bronces,
y el gallo, clarín de plumas;

el río, crencha de plata,
iris real que se mueve
y en cristales se desata;
el clavel, boca escarlata,
y el lirio, boca de nieve;

el nido, mágica poma;
la fuente, arpa diamantina,
o espejo a que el cielo asoma;
la flor, astro con aroma,
y el astro, flor que ilumina,

¡Gran verbo!... Tú, mi señora,
quisístelo obedecer,
y con tu voz seductora
dijiste: —«Pues soy aurora,
mi oficio es amanecer.»

Y errando de clima en clima,
a nos vino tu esplendor;
y México te sublima,
porque tú eres una cima,
y aquí se empolla el condor.

¡Quién habrá que nos demande
cuentas por mimarte!... Di,
¿no eres noble?, ¿no eres grande?
¡Pues en la patria del Ande
nos gustan almas así!

Todo es grande aquí, señora:
los volcanes, el vergel,
las tinieblas y la aurora:
si este suelo te enamora,
quédate, ¡cabes en él!

Si es ala tu pensamiento,
si es ala tu divagar,
si es ala tu sentimiento,
quédate, que nuestro viento
es ancho para volar.

Quédate sin sobresaltos:
nuestro azur, do va tu anhelo,
te bañara en sus cobaltos:
quédate; estamos tan altos,
que puedes besar el cielo.

Del infinito es vecino
nuestro valle; aquí tu historia
excelsa será y tu sino,
y ahorrarás mucho camino
para llegar a la gloria.

Es muy bella la creencia
que afirmas tú en el proscenio,
de que, más que a la conciencia,
Dios se asoma a la existencia
por las ventanas del genio.

Ahí donde un genio, en pos
del arquetipo va, ahí
Dios y el genio están, los dos
en uno, si el genio es Dios,
Dios, señora, vive en ti.

Y en ti vive de manera
que en mostrarse tiene empeño,
cual se muestra en la ancha esfera;
¡cual se muestra en la quimera,
que es la novia del ensueño!

Enaltecer la emoción
o enlazar, mil emociones
en haz vivo de pasión,
y fundir mil corazones
en un solo corazón;

hacer al verso vivir,
hacer al numen soñar,
y al espíritu sentir,
y a los labios sonreir,
y a las pupilas llorar;

dar ímpetu al Ideal
que arrastrándose camina:
esta es misión que no ha igual:
divina, hidalga, inmortal;
hidalga, inmortal, divina.

Esto es, señora, crear;
esto es decir: «¡levantaos!»
al indolente pensar;
¡esto es, señora, incendiar
con relámpagos el caos!

Tu gloria excede a la gloria
de los héroes que hoy enlaza
nuestra enseña de victoria.
Ellos son flor de una historia,
tú eres flor de nuestra raza.

¿No ves que venció tu afán
los prejuicios y recelos
de ayer, y unidos están,
más que nunca, mi Morelos
y tu trágico Guzmán?

¿No ves que con pompa igual
se juntan, en pabellón
opulento y fraternal,
tu castillo y mi nopal,
y mi águila y tu león?

Son más hermanos ahora,
por ti, la hosca cimitarra
y la macana, señora;
el águila voladora
y el león de fiera garra;

e igual pesan, en el fiel
que tanto amor mide y suma,
nuestro escudo y tu cuartel;
la mitra de Moctezuma
y las joyas de Isabel.

Marquesa, tú que un destello
luces de arte soberano;
tú que llevas en el cuello
el toisón de blanco vello
del ingenio castellano;

la de perfil que es blasón
arcaico, porque atestigua
tu arcaica contemplación:
un perfil de reina antigua
de un antiguo medallón;

cerebro que tanto puedes,
maga de un país risueño
que nos repartes mercedes
de alteza... ¿No me concedes
que te regale un ensueño?

Vencedora: tus preseas
nos deslumbran con su alarde
de luz, porque son ideas...
¡Marquesa, que Dios te guarde!
¡Artista, bendita seas!

III

NUPCIAS

Para una hija de Justo Sierra.

Yo quiero que te sigan mis cantares
en lujosos y cándidos tropeles,
como un vasto cortejo de donceles
de honor, hasta el santuario de tus lares.

Quiero que, como pétalos dispersos
de azahar de simbólica pureza,
descienda blandamente a tu cabeza
la nieve misteriosa de mis versos.

Quiero que cada estrofa dulce y grave,
de este canto de nupcias que te envío,
se vuelva cuatro cisnes, que en un río
de azur, vayan tirando de tu nave.

Quiero que para ti cada cuarteto,
de este poeta, que te ruego acojas,
se convierta en un trébol de cuatro hojas
que te sirva de mágico amuleto.

Y quiero, en fin, que sean mis canciones
como un puro collar para tu cuello,
como un vivo destello en el destello
de tus hoy inefables ilusiones.

Y más nieve en tu frente inmaculada,
y más rosa en el rosa de tu anhelo,
y más oro en el oro de tu pelo,
y más luz en la luz de tu mirada.

Sé dichosa entre todas las dichosas,
haz de tu alma una tierra prometida,
y ve gallardamente por la vida,
rimando risas y regando rosas...

IV

DIVA ELEONORA

A ti, maravillosa flor latina,
a quien Dios otorgó la mejor parte,
con esa augusta plenitud del arte
y esa del genio enfermedad divina;

a ti, que vas con inmortal empeño
venciendo de las turbas el desvío,
y regando en sus almas, cual rocío,
la celeste limosna de tu ensueño;

a ti, que con un soplo nos animas;
a ti, la musa lánguida y esbelta
que marchas gloriosamente envuelta
en la magia inefable de las rimas;

A ti, la que enamoras por ardiente;
a ti, la que por alta nos asombras,
y llevas, como signo de vidente,
yo no sé qué fulgores en la frente,
y en el hondo mirar no sé qué sombras;

A ti vengo a ofrecer, en mis fervores,
como a diosa un incienso, el humo vano
destos versos que cantan tus loores:
como a dama gentil, un haz de flores;
y como a reina, un beso en la tu mano.

V

A CATALINA

PARA EL NUEVO AÑO.

HACE un año, en tu casa, siempre llena
de flores, de cariño y poesía,
con música, champaña y rica cena
celebramos la blanca Noche Buena,
saludamos a Enero que venía.

Hoy el mar nos divide, y suerte varia
nos tiene a ti feliz, y a mí con cuita;
pero mi alma, afectuosa y solitaria,
va a sentarse a tu mesa hospitalaria,
con Héctor, con Horacio y Margarita.

Vosotros no la veis, mas ella os mira:
Evangelina piensa... La traviesa
Margarita, ya va, ya viene y gira...
y Mario, que no sé qué duende inspira,
un campo de Agramante hace en la mesa.

Horacio fragua cosas asombrosas,
y a Leoncito y a Jorge, muy despacio
las cuenta: sueños, guerras espantosas...
¡Si no son para dichas esas cosas
de que, con ronca voz, platica Horacio!

Héctor, con cierta gravedad temprana
(que los lentes le dan) y la lozana
precocidad con que en amores arde,
nos habla de la novia de mañana
o de la prometida de ayer tarde.

Y en tanto, don Joaquín, con frase amena,
lindas estrofas y discursos sabios,
conspira sin piedad contra tu buena
cocina, porque, oyéndole, la cena
olvidamos, pendientes de sus labios.

Y tú, sin par amiga, tú ¿qué haces?
Con tu tacto de reina satisfaces
a todos, en la mesa y el estrado;
y acaso (es ilusión que yo conservo)
exclamas ahora mismo: ¡Pobre Nervo!
Hace un año que estaba a nuestro lado.»

¡Sí, cierto..., y aun estoy!
La suerte varia
nos tiene, a ti, feliz, y a mí con cuita;
pero mi alma, afectuosa y solitaria,
va a sentarse a tu mesa hospitalaria,
con Héctor, con Horacio y Margarita.

VI

A QUEROL

Quién podrá como tú servir a España!...
Si ella pide consuelos a su historia
cuando algún desaliento su fe empaña,
tú le truecas en mármol cada hazaña,
tú le vuelves metal cada memoria.

Si se torna al presente y ve que brota
otra vez, de su seno generoso,
quien curarla sabrá de su derrota,
tú serás el que premie a ese patriota
encarnándole en bronce luminoso.

Si la estirpe, al marchar tras un destino
glorioso, va dejando en el camino
sus dioses y sus héroes, no reposes,
tú que animas la santa piedra pura,
y en esa eternidad de la escultura,
devuélvele sus héroes y sus dioses.

Y si por fin (¡que el cielo no lo quiera!)
arría nuestra raza su bandera
y muere asida al ideal que abraza,
tú cincela desde hoy, como albo encaje,
una urna al postrer abencerraje
que haya sabido honrar a nuestra raza.

VII

MADRIGAL DE VIEJA CORTESANÍA

A Lolita Béistegui.

Dame —dije a la Santa Poesía—
un verso para esta amiga mía:
un verso, como ella, encantador.

Y oí que, por la boca de su musa
becqueriana, me respondió confusa:
—¡Si tu amiga es un verso..., y el mejor!

—Para esta armoniosa amiga mía,
dame, música, toda tu armonía—
a la música dije.
Y con rumor
de lejanos arpegios, me contesta:
—¡Una mujer hermosa es una orquesta!
Ella es la música mejor.

¡Ni música ni versos! ¿Qué podría,
pues, darte, esplendorosa amiga mía,
que sumara un primor a tu primor?
Sólo la flor, en la Naturaleza,
tiene la plenitud de tu belleza:
y traje flores a una flor.

VIII

PARA MARÍA DE LA PALOMA ARMET Y CASTELLVÍ

DESDE que te miré, no me sorprende
que tu madre haga versos tan hermosos:
¡Con una musa tal, yo los haría!

¡Oh poema, el más límpido de todos!
¡Oh vaso de elección y de pureza!
¡Oh estrofa de los ritmos misteriosos!

Dios me depare inspiración que tenga
el auroral encanto de tu rostro,
el frescor abrileño de tu boca,
los astrales efluvios de tus ojos,
el celeste arrullar de tus quince años,
¡y seré más poeta que los otros!

IX

CLARA SARMIENTO

RIMA leve y cristalina
a mi paso dejaré,
para una flor argentina
que en la Costa de Plata encontré.

Era rubia como un día
de España, y regó al pasar
más poesía en mi poesía,
¡más azul en las ondas del mar!

X

LOS OTROS DICEN...

Los otros dicen: «Es bella
como la estrella que asoma
temblando y su luz derrama.»
Yo digo: «Tiene la dama
los ojos de la paloma.»

Los otros dicen: «Aroma
tiene de flor que embalsama;
su boca es nido y redoma
de magias: ¿A quién no doma
su dulce mirar que inflama?»
Yo digo: «Tiene la dama
los ojos de la paloma.»

Todos loan el caudal
de tu gracia peregrina,
y yo añado, bien o mal:
«Tus ojos, fuente divina
en que bebe el Ideal;
tu mirada, un madrigal
de Gutierre de Cetina».

XI

INGENUA

HOMENAJE A ESPRONCEDA

Leído en la velada que el Ateneo de Madrid le consagró con motivo de su centenario

AL ADMIRABLE POETA DE *Las Ingenuas,*
LUIS G. URBINA.

I

Yo tuve una prima
como un lirio bella,
como un mirlo alegre,
como un alba fresca,
rubia como una
mañana abrileña.

Amaba los versos aquella rapaza
con predilecciones a su edad ajenas.
La música augusta del ritmo cantaba
dentro de su espíritu como ignota orquesta;
todo lo que un astro le dice a otro astro,
todo lo que el cielo le dice a la tierra,
todo lo que el alma pregunta a la Esfinge,
todo lo que al alma la esfinge contesta,

Pobre prima rubia,
pobre prima buena;
hace muchos años que duerme ese sueño
del que ni los pájaros, alegres como ella,
ni el viento que pasa, ni el agua que corre,
ni el sol que derrocha vida, la recuerdan.
Yo suelo, en los días
de la primavera,
llevar a su tumba
versos y violetas;
versos y violetas, ¡lo que más amaba!

En torno a su losa riego las primeras,
luego las estrofas recito que antaño
su deleite eran:
las más pensativas, las más misteriosas,
las más insinuantes, las que son más tiernas,
las que en sus pestañas, como en blonda de oro,
ponían las joyas de lágrimas, trémulas,
con diafanidades de beril hialino
y oriente de perlas.

Se las digo bajo, bajito, inclinándome
hacia donde yace, por que las entienda.
Pobre prima rubia, ¡pero no responde!
Pobre prima rubia, ¡pero no despierta!

II

Cierto día, una joven condiscípula,
con mucho sigilo le prestó en la escuela
un libro de versos musicales, hondos.
¡Eran los divinos versos de Espronceda!

Se los llevó a casa bajo el chal ocultos,
y los escondimos, con sutil cautela,
del padre y la madre, y hasta de su sombra;
de la anciana tía, devota e ingenua,
que sólo gustaba de jaculatorias
y sólo entendía los versos de Trueba.

En aquellas tardes embermejecidas
por conflagraciones de luz, en que bregan
gigánticamente monstruos imprecisos
del Apocalipsis o de las leyendas;
en quellas tardes que fingen catástrofes;
en aquellas tardes en que el iris vuelca
todos sus colores, en que el sol vacía
toda su escarcela;
en aquellas tardes del trópico, juntos
los dos, en discreto rincón de la huerta,
bajo de la trémula hospitalidad
de nuestras palmeras,
a furto de extraños, vibrantes leíamos
el *Canto a Teresa*,

¡Qué revelaciones nos hizo ese canto!
Todas las angustias, todas las tristezas,
todo lo insondable del amor, y todo
lo desesperante de las infidencias:
todo el doloroso mundo que gravita
sobre el alma esclava del que amó quimeras,
del que puso estrellas en la frente amada,
y al tornar a casa ya no encontró estrellas.

Toda el ansia loca de adorar en vano
tan sólo a una sombra, tan sólo a una muerta;
todos los despechos y las ironías
del que se revuelca
en zarzal de dudas y de escepticismos;
todos los sarcasmos y las impotencias.

III

Y después, aquellas ágiles canciones
de prosodia alada, de gracia ligera,
que apenas si tocan el polvo del mundo
con la orla de oro del brial de seda;
que, como el albatros, se duermen volando;
que, como el albatros, volando despiertan:

La ideal canción del bravo Pirata
que iba viento en popa, que iba a toda vela
y a quien por los mares nuestros pensamientos,
como dos gaviotas, seguían de cerca;

Y la del Mendigo, cínico y osado,
y la del Cosaco del Desierto, bélica,
bárbara, erizada de ferrados hurras,
que al oído suenan
como los tropeles de potros indómitos
con jinetes rubios, sobre las estepas...

Pasaba don Félix, el de Montemar,
con una aureola roja en su cabeza,
satánico, altivo; luego, doña Elvira,
«que murió de amor», en lirios envuelta.
¡Con cuántos prestigios de la fantasía
ante nuestros ojos se alejaba tétrica!

Y el reo de muerte que el fatal instante,
frente a un crucifijo, silencioso espera;
y aquella Jarifa, cuya mano pálida
la frente ardorosa del bardo refresca.

Poco de su Diablo Mundo comprendíamos;
pero adivinábamos, como entre una niebla,
símbolos enormes y filosofías
que su Adán desnudo se llevaba a cuestas.

IV

¡Oh mi gran poeta de los ojos negros!,
¡oh mi gran poeta de la gran melena!,
¡oh mi gran poeta de la frente vasta
cual limpio horizonte!, ¡oh mi gran poeta!

Te debo las horas más inolvidables;
y un día leyendo tu *Canto a Teresa,*
muy juntos los ojos, muy juntos los labios,
te debí también, cual Paolo a Francesca,
un beso, el más grande que he dado en mi vida;
un beso, más dulce que miel sobre hojuelas;
¡un beso florido que envolvió en perfumes
toda mi existencia!

Un beso que, siento, eternizaría
del duro Gianciotti la daga violenta,
para que en la turba de almas infernales,
como en la terrible página dantesca,
fuera resonando por los anchos limbos,
fuera restallando por la noche inmensa,
y uniendo por siempre mi boca golosa
con la boca de ella!

V

¡Oh, mi gran poeta de los ojos negros!
¡Quién hubiera dicho que yo te trajera,
como pobre pago de los inefables
éxtasis de entonces, esta humilde ofrenda!...
¡Oh, gallardo príncipe de la poesía!
Pero tú recíbela con la gentileza
de un Midas que en oro todo lo transmuta;
en claros diamantes mi abalorio trueca,
y en los viles cobres de mis estrofillas,
para acaudalarlos, engasta tus gemas.

Así tu memoria por los siglos dure,
¡oh, mi gran poeta de la gran melena!,
¡oh, mi gran poeta de los ojos negros!,
¡oh, mi gran poeta!

XII

BENDICIÓN GITANA

PARA ANGELES POLAVIEJA

Dios haga que, por cada año
que cumplas, un sol se forme,
que vierta sobre tu vida
sus más puros resplandores.

Dios bendiga a quien tú quieras;
Dios maldiga a quien tú odies.
Que si marchas entre riscos,
los riscos plumón se tornen;
que si pisas algún áspid,
esencia el áspid arroje;
que por ti den miel los cardos,
suavidad los aguijones,
y acaricien los espinos
y las zarzas de los montes.

Dios vuelva hermoso a quien mires,
y diamante lo que toques,
hidromeles lo que bebas,
ambrosía lo que comes,
y realidad lo que sueñes
si sueñas glorias y amores.
Que tus dulces ojos negros
den luz a todas las noches,
curen todas las heridas,
todas las miserias doren,
todos los males alivien,
todas las penas conforten.

Y que, por fin, estos versos
y cuantos hice en mejores
tiempos, y cuantos hiciere,
asciendan como oraciones
por ti al cielo, y a tu frente
bajen en lluvia de flores.

XIII

A LA INFANTA MARÍA TERESA

Cuando aún a tu España no venía,
«¿Cómo será una Infanta?», me decía.
Mas cuando vine al suelo castellano,
cuando pude besar tu noble mano

para todos los míseros abierta
(como tu corazón, como tu puerta);
cuando miré, Señora,
tu apacible pupila ensoñadora,
en la que se refleja bondad tanta,
me dije: «¡Ya sé cómo es una Infanta!»

XIV

SÉ QUE...

A la Infanta Pilar.

Sé que por donde vas todo lo encantas
con tus ojos azules y risueños;
sé que florece el bien bajo tus plantas;
sé que tienes piedad de los pequeños;
sé que, en alas del verso, te levantas
a misteriosos mundos halagüeños
... ¡y que eres rubia como las Infantas
que miraba pasar en mis ensueños!

XV

NUESTRAS NAVES

A Joaquín y Catalina Casasús.

Amigo: tres blancas velas
se miran en alta mar.
Gallardas, entre procelas,
marchan al par.

Son tres vidas paralelas
muy hechas a navegar.

Las vuestras con gracia altiva
se alejan... La mía va
un poquito pensativa.
¿Cuál de las tres llegará
primero a la mansa riba
del más allá?

No sé, mas la nave mía
a cada instante os envía
signos de fraternidad,
con esa telegrafía
que burla la lejanía
y la inmensidad.

Con esa telegrafía
que sabe usar quien bien ama,
y que vela todavía
más en su noble osadía
que el mejor marconigrama.

Está de amistad colmada
mi nave para los dos,
y esa amistad albi-alada,
cual gaviota inmaculada,
de vuestras barcas va en pos.

En los mástiles se posa
y os manda—a ti, a Catalina
y a los tuyos—una rosa
olorosa y peregrina:

Rosa de mi devoción,
que un año más ha latido,
y en la cual late escondido
mi corazón.

XVI

HOMENAJE

Ha muerto Rubén Darío,
¡el de las piedras preciosas!

Hermano, cuántas noches tu espíritu y el mío,
unidos para el vuelo, cual dos alas ansiosas,
sondar quisieron ávidas el Enigma sombrío,
más allá de los astros y de las nebulosas.

Ha muerto Rubén Darío,
¡el de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos,
engarzando en el oro de un común ideal
los versos juveniles que, a veces, brotar vimos
como brotan dos rosas a un tiempo de un rosal!

Hoy ya tu vida, inquieta cual torrente bravío,
en el mar de las Causas desembocó; ya posas
las plantas errabundas en el islote frío
que pintó Bocklin... ¡ya sabes todas las cosas!

Ha muerto Rubén Darío,
¡el de las piedras preciosas!

Mis ondas rezagadas van de las tuyas; pero
pronto en el insondable y eterno mar del todo
se saciará mi espíritu de lo que saber quiero:
del Cómo y del Porqué, de la Esencia y del Modo.

Y tú, como en Lutecia las tardes misteriosas
en que pensamos juntos a la orilla del Río
lírico, habrás de guiarme... Yo iré donde tú osas
para robar entrambos al musical vacío
y al coro de los orbes sus claves portentosas.

Ha muerto Rubén Darío,
¡el de las piedras preciosas!

XVII

PARA LA SEÑORA DE GAXIOLA

Tú y tus dos hij   gentil amiga mía,
un terceto de oro,   poesía;
que Lope codiciar
si reviviese, para
su más bello sonet

Si tu esposo está   tigo en harmonía
perfecta, como pre   tará el cuarteto.

XVIII

(Para el *Ejemplo* de Artemio de Valle Arizpe.)

¿POR QUÉ HAS TARDADO TANTO?

Me place, Artemio, el héroe de tu libro atildado,
porque al fin se arrepiente, y en la paz de una noche,
el hombre de los ojos garzos, como un reproche
divino, le murmura: «¿Por qué tanto has tardado?»

Todo está bien, Artemio: el dolor y el encanto
de las vidas febriles, los Julios y los Marzos,
con tal de hallar a tiempo al Hombre de ojos garzos,
y que su voz murmure: «¿Por qué has tardado tanto?»

RIMAS IRÓNICAS

I

MALAS LENGUAS

Sexagenarias carnes desnudas,
merced a escote fenomenal;
condesas gordas y mofletudas,
marquesas bastas y bigotudas,
duquesas de una fealdad... ducal!

—Damas muy nobles... ¡y muy añejas!
Pero empeñadas en que París
las vuelve jóvenes de puro viejas,
oxigenándoles cabello y cejas,
y al calendario dando un mentís...

—Niñas menudas y regordetas,
de pocas libras y muchos pies:
muy parlanchinas, muy pizpiretas,
muy deportivas, esnobs, coquetas
y hablando todas muy mal francés.

—Viudas a caza de un distraído,
chicas dispuestas a dar el sí
por casa, coche diario...; y marido!
—Chico, ¡qué baile más aburrido!
—¡Yo ya me marcho! ¡Me voy de aquí!

II

HOMO HOMINI LUPUS

Es mucha humanidad
la que va sobre el lomo de la tierra:
blancos, una mitad;
otra, obscuros...; mas, ¡ay!, todos en guerra.

Si los rubios dominan,
se ingenian en destruir a los morenos,
que a su vez a los blancos asesinan,
si los blancos son menos...

III

EN «PANNE»

Atiborrado de filosofía,
por culpa del afán que me devora,
yo, que ya me sabía
dos gramos del vivir, nada sé ahora.

De tanto preguntar
el camino a los sabios que pasaban,
me quedé sin llegar,
mientras tantos imbéciles llegaban...

IV

A LOS POSTRES

Me decía la niña querida:
«Yo quisiera morir para ver...»
Y solíale yo responder:
«Niña, asoma primero a la vida
tu curiosidad de mujer...

Niña, asoma primero a la vida
tu curiosidad;
acepta el banquete, pues se te convida.
Ya dirás después: «¡Todo es vanidad!»
Pero lo dirás cuando la comida
esté consumida:
lo dirás a los postres, ¿verdad?

V

GOOD NIGHT!

Buenas noches, Vanidad;
es tarde... Mi puerta cierro.
Yo estoy —¡cosas de la edad!—
muy bien en mi soledad,
con Dios, un libro y un perro.
¡Buenas noches, Vanidad!

VI

A UN POETA OBSCURO

Hay gentes que nacieron para la luz del día,
y hay otras que nacieron para un vago fulgor:
tú vas en la penumbra vertiendo poesía,
y nadie te conoce, y en la América mía,
tus íntimos afirman que eres un *dios menor*...

En cambio, ¡qué de bombos para algunos, qué vivos
lucires de reclamos, de popularidad!
¡Cómo, en su honor, los diarios esponjan adjetivos!
Tus versos, entretanto, se embozan pensativos:
¡tal vez en tu sepulcro florezca la verdad!

VII

EXHIBICIONISMO

Exhibición, exhibición!... Ahora
lo mejor es callar altivamente,
dejando que ensordezcan los mediocres
las orejas del vulgo
desde todos los diarios, y que pongan
nombres a la divina poesía.

¡Ella, que es lo absoluto,
encerrada en vocablos
que terminan en *ismo! Dinamismo,*
futurismo y *unanimismo...* Bueno,
sigue, necia balumba,
y déjame pensar; yo no vinculo
mis versos con las modas,
porque aspiro a que duren tanto como
las almas, el dolor, la lucha, el triunfo,
la faena de amar, alegre o triste,
el misterio que el hombre nunca alcanza:
¡Dios, en fin, que es imán de la esperanza
y vértice de todo cuanto existe!

VIII

LES FILS A PAPA

Los dirigibles cruzan el cielo,
y las hertzianas ondas, con vuelo
maravilloso que nadie ve,
como por obra de algún hechizo,
del pensamiento mundial dan fe.
... En tanto, fatuo, contentadizo,
el duque dice: «Mi abuelo hizo...»;
y dice el conde: «Mi abuelo fué...»

Edison guarda la voz humana,
y alumbra al mundo con soberana
luz (¡oh poesía de mi quinqué!).
En tanto, el duque, tonto y castizo,
en el Club clama: «Mi abuelo hizo...»;
y dice el conde: «Mi abuelo fué...»

Ramsay transmuta materia, y una
mujer tan sabia como ninguna,
gracias al radio, de Lavoisier
invierte el dogma que una ley hizo.
... En tanto, el duque de A B C D
va pregonando: «Mi abuelo hizo...»,
y el conde añade: «Mi abuelo fué...»

La Especie busca; y hacia la meta
camina el sabio; vuela el poeta;
el mundo avanza... Pero esto ¡qué
le importa al duque gordo y macizo!
El tiene rentas: «Su abuelo hizo...»
El no trabaja: «Su abuelo fué...»

IX

LA DIPLOMACIA

Oui, *je suis écoeuré de la diplomatie,*
o si te gusta más en español, asqueado.
¡Cuánto necio! ¡Si vieras cuánto necio he encontrado
por ahí!...

Aun cuando Salomón nos dijo que *Stultorum*
numerus infinitus est, fué preciso ver;
y a no haber visto tantos juntos (siempre hubo *quorum*
en donde se encontraban), no lo paso a creer...

¡Y todos constelados de condecoraciones!
¡Oh, mi dulce Verónica! ¡Quién podría contar
el número de cruces, de placas, de listones...
todo el bazar, Verónica; todo, todo el bazar!

Oui, je suis écoeuré de la diplomatie;
mais, puisque je le suis d'avantage, mignonne,
de la littérature... qui ne nourrit personne.
sauf M. de Rostand, j'y reste... C'est la vie!

X

SIN CARETA

Yo no llevo careta
en esta triste farsa de la vida!»
—nos decía un poeta—.
«No grito a voz en cuello en el mercado:
soy muy inteligente, muy honrado;
el rey me ha convidado
por lo menos diez veces a su mesa.»
«Yo no soy como *ése...*»
«Mi mujer, guapa y fiel, no es como *ésa...*»

Siguiendo, en cambio, en mi camino voy
el consejo del árabe: «No estés
diciendo a todos: *Soy.*
Aguarda a que los *otros* digan: *Es.*»

¿Pensáis que la comparsa
me desdeñe por mudo? No, señores.
Miéntras que el infeliz que hace su farsa,
sólo él la cree; y si oyera
lo que le achacan tantos habladores,
aun cuando fuese negro, se pusiera
de todos los colores.

XI

LA FEA

POBRE don Juan aturdido
que, con el mostacho erguido,
pensaste a mi dueña hurtar,
y, por fea, la has huído,
el asedio al empezar.
¡Tonto! ¡La que te has perdido...!
Tiene un encanto escondido
que sólo yo sé gustar.

Un encanto que está hecho
de muchas cosas al par;
que te deja satisfecho
cuerpo y alma, sin cansar.
Un encanto muy difícil, muy difícil de explicar.

Vete a requerir de amores
otras, según tú, mejores.
Fea es mi dueña de atar,
y lo digo sin empacho:
no merece tu mostacho
oloroso y militar.
Poco te habría lucido;
y en el Club, en tu cotarro, no te pudieras jactar.
Déjasela a su marido...

(Tiene un encanto escondido
que sólo yo sé gustar.)

Pasa, y ninguno la mira
ni la requiebra al pasar.
Todos van tras la mentira
de un rostro de buen mirar.

... Y yo, con mi preterido
bien, me marcho complacido,
pues me dejan saborear
con el alma y el sentido,
aquel encanto escondido
que nadie supo gustar.

VARIA

I

EL ÚLTIMO POEMA

En la nevada cumbre de un monte fabuloso
que anublan los crepúsculos y encienden las auroras,
y escalan sin estrépito las voces triunfadoras
que con su augusta calma serenizó el Reposo,

habita (solitario de un mundo misterioso
que tú, divino Ensueño, conformas y coloras),
jirón de nebulosa mental que va por horas
centripetando el germen de un genio silencioso.

Ya el Cosmos adivina la gestación del Numen
que del supremo anhelo dará el postrer resumen.

Ya el Eter se estremece al presentir su ritmo,
del eviterno número, supremo logaritmo.

Serán de esa magnífica y máter Iliada,
la muerte, Aldo Manuncio; el rapsoda, la Nada.

II

LOS NIÑOS MÁRTIRES DE CHAPULTEPEC

LEÍDA EN EL HEMICICLO DEL BOSQUE.

I

Como renuevos cuyos aliños
un viento helado marchita en flor,
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor.
Allí fué... Los sabinos, la cimera
con sortijas de plata remecían;
cantaba nuestra eterna primavera
su himno al sol; era diáfana la esfera;
perfumada la flor... ¡y ellos morían!
Allí fué... Los volcanes, en sus viejos
albornoces de nieve se envolvían,
perfilando sus moles a lo lejos;
era el valle, una fiesta de reflejos,
de frescura, de luz... ¡y ellos morían!
Allí fué... Saludaba al mundo el cielo,
y al divino saludo respondían
los árboles, la brisa, el arroyuelo,
los nidos con el trino del polluelo,
las rosas con su olor... ¡y ellos morían!

Morían cuando apenas el enhiesto
botón daba sus pétalos precoces,
privilegiados por la suerte en esto:
que los que aman los dioses mueren presto
¡y ellos eran amados de los dioses!

Sí, los dioses la linfa bullidora
cegaban de esos puros manantiales,
espejos de las hadas y de Flora,
y juntaban la noche con la aurora,
como pasa en los climas boreales.

Los dioses nos robaron el tesoro
de esas almas de niños que se abrían
a la vida y al bien, cantando en coro.

. . . .

Allí fué... La mañana era de oro,
Septiembre estaba en flor... ¡y ellos morían!

II

Como renuevos cuyos aliños
un viento helado marchita en flor,
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor.

No fué su muerte conjunción febea
ni puesta melancólica de Diana,
sino eclipse de Vésper, que recrea
los cielos con su luz, y parpadea
y cede ante el fulgor de la mañana.

Morir cuando la tumba nos reclama,
cuando la dicha, suspirando quedo,

«¡Adiós!», murmura, y se extinguió la llama
de la fe, y aunque todo dice: «¡Ama!»,
responde el corazón: «¡Si ya no puedo...!»
Cuando sólo escuchamos dondequiera
del tedio el gran monologar eterno,
y en vano desparrama Primavera
su florido caudal en la pradera,
porque dentro llevamos el Invierno,
bien está... Mas partir en pleno día,
cuando el sol glorifica la jornada,
cuando todo en el pecho ama y confía,
y la Vida, Julieta enamorada,
nos dice: «¡No te vayas todavía!»;
y forma la ilusión mundo de encajes,
y los troncos de savia están henchidos,
y las frondas perfuman los boscajes,
y los nidos salpican los frondajes,
y las aves arrullan en los nidos,
es cruel... Mas, entonces, ¿por qué ahora
muestra galas el Bosque y luce aliños?
¿Por qué canta el clarín con voz sonora?
¿Por qué nadie está triste, nadie llora
delante del recuerdo de esos niños?
Porque más que la vida, bien pequeño;
porque más que la gloria, que es un sueño;
porque más que el amor, vale, de fijo,
la divina oblación, y en una losa
este bello epitafio: «Aquí reposa;
dió su sangre a la Patria: ¡era buen hijo!»

III

Como renuevos cuyos aliños
un viento helado marchita en flor,
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor.
... Decansa, juventud, ya sin anhelo,
serena como un dios, bajo las flores
de que es pródigo siempre nuestro suelo;
descansa bajo el palio de tu cielo
y el santo pabellón de tres colores.
... Descansa, y que liricen tus hazañas
las voces del terral en los palmares,
y las voces del céfiro en la cañas,
las voces del pinar en las montañas
y la voz de las ondas en las mares.
Descansa, y que tu ejemplo persevere,
que el amor al derecho siempre avive,
y que en tanto que el pueblo que te quiere
murmura en tu sepulcro: «¡Así se muere!»,
la fama cante en él: «¡Así se vive!»

IV

Como renuevos cuyos aliños
un viento helado marchita en flor,
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor.

Señor, en cuanto a ti, dos veces bravo,
que aquí defiendes el hollado suelo
tras haber defendido el suelo esclavo,
y hoy en el sitio dormirás al cabo
donde el águila azteca posó el vuelo;
Señor, en cuanto a ti que, noble y fuerte,
llegaste del perdón al heroísmo,
perdonando en tu triunfo a quien la muerte
dió a tu padre infeliz, y de esta suerte
venciéndote dos veces a ti mismo:
ven, únete a esos niños como hermano
mayor, pues que su gloria fué tu gloria,
y llévalos contigo de la mano
hacia el solio de Jove soberano
y a las puertas de bronce de la Historia.

III

GUADALUPE

Para el Dr. Manuel Flores, quién me pidió unos versos nacionales.

Con su escolta de rancheros,
diez fornidos guerrilleros, y en su *cuaco retozón*
que la rienda mal aplaca,
Guadalupe la *chinaca* va a buscar a Pantaleón.

Pantaleón es su marido,
el gañán más atrevido con las bestias y en la lid:
faz trigueña, ojos de moro,
y unos músculos de toro y unos ímpetus de Cid.
Cuando mozo fué vaquero,
y en el monte y el potrero la fatiga le templó
para todos los reveses,
y es terror de los franceses, y cien veces lo probó.
Con su silla plateada,
su chaqueta alhamarada, su vistoso *cachirul*
y la lanza de *cañutos,*
cabalgando *pencos* brutos ¡qué gentil se ve el gandul!
Guadalupe está orgullosa
de su *prieto:* ser su esposa le parece una ilusión,
y al mirar que en la pelea
Pantaleón no se *pandea,* grita: ¡viva Pantaleón!
Ella cura a los heridos
con remedios aprendidos en el rancho en que nació,
y los venda en los combates
con los rojos *paliacates* que la pólvora impregnó.

En aquella madrugada todo halaga su mirada,
finge pórfido el nopal,
y los *órganos* parecen candelabros que se mecen
con la brisa matinal.
En los planes y en las peñas, el ganado entre las breñas
rumía, trisca mugidor
azotándose los flancos, y en los húmedos barrancos
busca tunas el pastor.

A lo lejos, en lo alto, bajo un cielo de cobalto
que desgarra su capuz,
van tiñéndose las brumas, como un piélago de plumas
irisadas por la luz.
Y en las fértiles llanadas, entre milpas retostadas
de calor pringan el plan
amapolas, *maravillas,* zempoalxochitls amarillas
y azucenas de San Juan.

Guadalupe va de prisa, de retorno de la misa:
que, en las fiestas de guardar,
nunca faltan las rancheras
con sus flores y sus ceras a la iglesia del lugar;
con su gorra galoneada, su camisa pespunteada,
su gran paño para el sol,
su rebozo de *bolita,*
y una saya nuevecita y unos *bajos* de charol;
con su faz encantadora más hermosa que la aurora
que colora la extensión;
con sus labios de carmines,
que parecen *colorines,* y su cutis de piñón;
se dirige al campamento donde reina el movimiento
y hay mitote y hay licor;
porque ayer fué bueno el día,
pues cayó en la serranía un convoy del invasor.
Qué mañana tan hermosa: ¡cuánto verde, cuánta rosa!
Y qué linda, en la extensión
rosa y verde, se destaca
con su escolta la *chinaca* que va a ver a Pantaleón.

IV

MÚSICA ORGULLOSA DE LA TEMPESTAD

por WALT WHITMAN

Leído en la sesión solemne que el Liceo Altamirano dedicó a Míster L. S. Rowe, director de la Universidad de Pensilvania y presidente de la Sociedad de Ciencias Sociales y Políticas de Filadelfia. 1904.

1

Música orgullosa de la tempestad,
ráfaga que tan libre salta y corre, silbando en la extensión
[de las praderas,
gran murmurio de las cimas de los bosques! —viento de
[las montañas,
vagas formas personificadas—; vosotras, orquestas ocultas;
vosotras, serenatas de fantasmas con instrumentos alerta,
mezclando al ritmo de la naturaleza todas las lenguas de
[las naciones;
vosotras, cuerdas abandonadas como por vastos composi-
[tores—vosotros, coros;
vosotras, danzas religiosas, libres e informes; vosotras, las
[del Oriente;
vosotras, medias voces de los ríos, mugidos de cataratas
[que se despeñan;
vosotros, rumores de cañones lejanos, con la caballería
[que galopa;

ecos de los campamentos, con todos los varios llamados
[de los clarines
formando tropas tumultuosas, llenando la tarda media no-
[che, encorvándome a mí, impotente,
entrando en mi cámara de reposo, solitaria; ¿por qué os
[habéis apoderado de mí?

2

Avanza, ¡oh, alma mía!, y deja al reposo que se vaya;
escucha, no pierdas nada, hacia ti vienen ellos;
dividiendo la noche, entrando en mi cámara de reposo,
para ti cantan y danzan, alma mía, un canto de fiesta,
el dúo del novio y de la novia—una marcha nupcial,
con labios de amor y corazones de amantes colmados de
[amor hasta los bordes,
las mejillas sonrojadas y los perfumes, un cortejo hormi-
[gueante de caras amigas, jóvenes y viejas,
a las claras notas de las flautas y al «cantábile» de las ar-
[pas resonantes.

3

Los ruidosos tambores se aproximan ahora,
¡victoria! ¿No ves entre el humo polvoriento las banderas,
[desgarradas, pero ondulantes? ¿La caterva
[no ves de los vencidos?
¿No escuchas esas aclamaciones de un ejército conquis-
[tador? (¡Oh, alma!, y los sollozos de las mu-
[jeres, los heridos que gimen en agonía

el silbar y el crepitar de las llamas, los ennegridos escom-
[bros, las cenizas de las ciudades incendiadas,
los lamentos y la desolación de la Humanidad?).

4

Ahora me penetran aires antiguos y medievales,
veo y escucho a los viejos arpistas con sus arpas en las
[fiestas galas,
oigo a los «minnesingers» cantando sus layes de amor,
oigo a los menestrales, a los juglares, a los trovadores de
[la Edad Media.

5

Ahora el gran órgano resuena,
trémulo, en tanto que muy abajo, como los escondidos pun-
[tos de apoyo de la tierra
sobre los cuales, ingentes, reposan, y de los cuales, móvi-
[les, penden
todas las formas de belleza, de gracia y de fuerza, todos
[los matices que conocemos,
las briznas de verde césped, los pájaros que gorjean, los ni-
[ños que saltan y juegan, las nubes del cielo,
[allá en las alturas,
la base poderosa se mantiene y sus pulsaciones no se in-
[terrumpen,

bañando, sosteniendo, inundando todo el resto, materni-
[dad de todo lo demás,
y con esto, cada instrumento en multitudes.
Tocan los músicos, los músicos del mundo entero,
los himnos y las solemnes misas estimulan la adoración.
Todos los cantos apasionados del corazón, los dolorosos
[llamamientos,
los dulces e improvisados vocalizadores de las edades,
y para mezclarlos y unirlos, el diapasón de la tierra,
de los vientos y los bosques y las olas del océano potente;
una nueva orquesta, uniendo las épocas y los climas com-
[puesta y diez veces renovadora,
como en los días de otro tiempo, de que hablan los poe-
[tas: el paraíso.
—El apartamiento, la separación larga. Mas ahora el va-
[gar ha concluído,
terminó el viaje, llegó al hogar el viajero,
y hombre y Arte con la Naturaleza de nuevo se confunden.

6

¡Tutti! por la tierra y el cielo
(el director de orquesta, todo poderoso, ha hecho para mi
[una señal con su batuta)
la viril estrofa de los esposos del mundo
y todas las esposas que responden,
las lenguas de los violines,

pienso yo, oh lenguas, que explicáis vosotras este corazón
[que no puede a sí mismo explicarse,
(este corazón lleno de ternura y de aspiraciones que no
[puede a sí mismo explicarse).

7

¡Ah!, cuando era yo muy niño,
tú sabes, alma mía, cómo para mí todos los ruidos se tro-
[caron en música:
la voz de mi madre en arrullo o en himno;
(las voces —oh tiernas voces— amantes voces del recuerdo!
postrer milagro de todos los milagros —las voces de mi ma-
[dre muy amada y de mis hermanas);
la lluvia, el trigo que crece, la brisa entre los maizales de
[luengas hojas,
la resaca que viene a golpear regularmente la arena,
el ave que charla, el grito agudo del gavilán,
las notas de los pájaros salvajes que rastreando vuelan por
[la noche, en camino hacia el Norte o hacia el Sur,
el salmo en la iglesia de la aldea, entre el boscaje; el cam-
[pamento al aire libre;
el ministril en la taberna, la canción con estribillo, los in-
[terminables cantos de los marineros,
el ganado que muge, los corderos que balan, el gallo que
[canta al alba.

8

Todos los cantos de todos los países actuales vienen a [resonar en mi rededor:
los aires alemanes de amistad, de vino y de amor,
las baladas de Irlanda, las gigas y las alegres danzas, los [refranes ingleses,
las canciones de Francia, los aires escoceses y, sobre todo [ello,
las composiciones sin igual de Italia.
A través de la escena con la palidez en el rostro y con [una sombría pasión, en tanto,
Norma avanza blandiendo en su mano la daga.
Veo el reflejo sobrenatural de los ojos de la pobre Lucía [loca:
sus cabellos desatados y enmarañados caen sobre sus hom- [bros.
Veo a Hernani que atraviesa el jardín nupcial;
en medio del perfume de las rosas, radiante y llevando a [su novia de la mano.
Oye el llamamiento infernal, el signo mortal de la trompa.—
Las espadas que cruzan y las grises cabezas despeinadas, [bajo el cielo,
el bajo y el barítono, claros y eléctricos del mundo,
el dúo del trombón, libertad para siempre!
De la sombra densa de los castaños españoles, cerca de [viejos
y sólidos muros de convento, surge un canto quejumbroso,
canto de amor perdido; la antorcha de la juventud y de la [vida que se extingue en la desesperación;

canto del cisne moribundo—el corazón de Fernando se
[rompe;
despertándose de sus dolores por fin redimidos, Amina
[canta:
copioso como las estrellas y feliz como la claridad de la
[mañana es el torrente de su alegría.
(La fecunda matrona viene, el orbe que estatalla, Venus
[contralto, la madre que florece.
Yo oigo a la Alboni, hermana de los más orgullosos dioses.)

9

Oigo esas odas, sinfonías y óperas,
oigo en el «Guillermo Tell» la música de un pueblo rebe-
[lado y furioso,
oigo los «Hugonotes» de Meyerbeer, «El Profeta o Roberto»,
el «Fausto» de Gounod o el «Don Juan» de Mozart.

10

Oigo la música de baile de todas las naciones.
El vals (un compás delicioso, que declina, me baña de bien-
[aventuranza),
el bolero, con el tañido de sus guitarras y el chasquido de
[las castañuelas.
Veo las danzas religiosas, antiguas y modernas; oigo el so-
[nido del arpa hebrea;
veo a los cruzados en marcha, enarbolando la cruz, al mar-
[cial retumbar de los címbalos;

Oigo la melopea monótona de los dervises, entremezclada
[de frenéticos gritos, en tanto que giran sobre sí
[mismos, volviéndose sin cesar hacia la Meca;
veo las danzas religiosas y extáticas de los persas y de los
[árabes;
todavía en Eleusis, cuna de Ceres, veo a los griegos mo-
[dernos que danzan;
los oigo palmotear inclinando los cuerpos;
oigo el métrico rumor de sus pisadas.
Veo aún la antigua y salvaje danza de los coribantes; los
[que danzan se hieren entre sí.
Veo al joven romano, al son agudo de los caramillos, lan-
[zando y aparando sus armas,
cayendo de rodillas y levantándose.
Escucho el llamamiento del muecín en la mezquita musul-
[mana;
veo en el interior a los adoradores (ni liturgias, ni sermón,
[ni discusiones, ni palabras);
pero con las cabezas levantadas, silenciosas y extrañas, de-
[votas, radiantes, con los rostros extáticos.

II

Escucho el arpa egipcia, de cuerdas numerosas;
los cantos primitivos de los bateleros del Nilo;
los himnos sagrados e imperiales de la China;
a los sonidos delicados del «king» (madera y piedra que
[se entrechocan)
o las flautas indostanas o el gangueo deshilado de la «vina»,
un enjambre de bayaderas.

12

Y ahora, Asia, Africa, dejadme: Europa se apodera
[de mí y me inspira;
en los órganos inmensos y las orquestas oigo como vastos
[concursos de voces;
el himno ardiente de Lutero: «Eine feste Burg ist unser
[Gott», el «Stabat Mater Dolorosa», de Rossini,
o, flotando en alguna catedral obscurecida por sus vitrales
[suntuosamente coloridos, el «Agnus Dei» o el
[«Gloria in excelsis» apasionados.

13

¡Compositores, maestros potentes!
Y vosotros, dulces cantores de los países viejos, sopranos,
[tenores, bajos:
a vosotros un nuevo bardo que canta en el Oeste, humil-
[demente envía su amor.
(Todo esto va a ti, ¡oh alma!;
todos los sentidos, los espectáculos y los objetos llevan
[hacia ti;
mas paréceme ahora que el sonido nos lleva a ti mejor
[que todo.)

14

Escucho el canto anual de los hijos de la catedral de
[San Pablo
o, bajo la bóveda elevada de alguna sala colosal, las sinfo-
[nías y los oratorios de Beethoven, Haendel o Haydn.
La «Creación» me baña en olas de divinidad.
Dadme todos los sonidos para que yo los contenga (grito,
[debatiéndome como un loco);
llenadme de todas las voces del Universo;
dotadme de sus palpitaciones y también de las de la Natu-
[raleza;
las tempestades, las olas, los vientos, las óperas, los can-
[tos, las marchas y las danzas,
vertedlas, derramadlas: porque quiero tomarlas todas.

15

Entonces me desperté dulcemente
y, deteniéndome a interrogar un instante a la música de mi
[ensueño,
e interrogando a todas esas reminiscencias —la tempestad
y todos los cantos de sopranos y tenores [en su furia,
y aquellas frenéticas danzas orientales de fervor religioso,
y los dulces instrumentos variados, y el diapasón de los
[órganos,
y todas las quejas ingenuas del amor, del dolor y de la
[muerte,

dije a mi alma, curiosa y muda, fuera del lecho de la cá-
[mara de reposo:
«Ven, porque he encontrado la explicación que buscaba
[hace tanto tiempo;
salgamos, refrigerados en la claridad del día,
adaptándonos alegremente a la vida, recorriendo el mundo
[real),
nutridos para lo de adelante con nuestro celeste ensueño.»
Y dije, además:
«Acaso eso que oiste, ¡oh alma!, no era el ruido de los
[vientos,
ni el ensueño de la tempestad rabiosa, ni las alas que palpi-
[tan, ni el grito ronco del pájaro marino,
ni la vocalización de la Italia llena de Sol,
ni el majestuoso órgano germánico, ni el vasto concurso de
[voces, ni los creadores de armonías,
ni las estrofas de los esposos y de las esposas, ni el rumor
[de los soldados en marcha,
ni las flautas, ni las arpas, ni los llamamientos de los cla-
[rines en los campos,
sino un nuevo ritmo hecho para ti,
poemas que arrojan un puente sobre el camino que lleva de
[la Vida a la Muerte,
vagamente sostenidos en el aire nocturno, imprecisos, no
[escritos: —
puente que nos hace pasar al pleno día y escribir.

V

CHARITAS

En otros tiempos, en las mañanas,
entre la charla de las campanas
y hollando fresco césped mis pies,
iba yo, siempre solo conmigo,
a llevar flores a un muerto amigo,
al bien amado Panteón francés.

Y muchas veces, cuando pasaba
por la calzada de la Piedad,
curioso y triste me preguntaba,
al ver un grupo de rojos techos
y muros blancos, luciendo a trechos
en las orillas de la ciudad:

—¿Quién tras aquellas paredes mora?
¿Quién por aquellos prados, que dora
la luz, divaga su soledad?
¿Quién se guarece bajo esos techos,
tras esos muros blancos, que a trechos
lucen a orillas de la ciudad?

Y en esos días de primavera,
en que hay retoños en dondequiera
y un cefirillo funambulesco

que al llano baja desde las lomas,
pincha las carnes y, picaresco,
con los cabellos se gasta bromas,

yo contemplaba los caseríos
éstos, tal como si fuesen míos.
Yo contemplaba los pabellones
éstos, acaso con ilusiones,
y me tentaba la gravedad
amable desta coqueta aldea,
que bajo el oro del sol rojea
en las orillas de la ciudad...

Y uno me dijo: —«Los blanqueados
muros, que cubren rojos tejados,
herencia en breve tiempo serán
de innumerables desheredados
que hambres y foscas dolencias han.

»Esta es la casa de los vencidos,
el refrigerio de los heridos
que va dejando la adversidad;
éste es el golfo de los perdidos
en tantas noches de tempestad.

»Aquí se estrellan los mil estragos
de la miseria...»
... Y en fin, oí

tales elogios, tales halagos,
que dije, lleno de anhelos vagos:
¡Qué bien se debe vivir aquí!...

La brisa es pura y el campo ameno,
el Valle, nuestro Valle, sereno
bajo el cobalto de la extensión,
y los Volcanes, que tanto adoro,
por las mañanas parecen de oro
y, por las tardes, de bronce son.

Amigo mío desheredado,
hermano mío desconsolado:
ya tienes casa, ya tienes pan;
entra, si sufres, a esta guarida;
verás la limpia mesa servida,
todos los labios te sonreirán.

La vida es dura; mas aun existe
quien al enfermo refugio da,
y a los desnudos arropa y viste...
Amigo mío, ya no estés triste;
hermano mío, no llores ya.

Hoy se inaugura tu noble y raro
alcázar; míralo: ¡es para ti!
Tendrás un lecho, calor, amparo,
afectos, aire puro, sol claro...
¡Qué bien se debe vivir aquí!

Los tersos prados, la luz riente,
verán tu idilio convaleciente;
y cuando caiga divino el sol,
pondrán sus rayos desde Occidente
una aureola sobre tu frente
y en tus cabellos un arrebol.

En las mañanas, el aire vivo
te dará fuerzas, y alegre, activo,
en los jardines te placerás;
y por las tardes, acaso esquivo,
tras las vidrieras, al pensativo
Poniente austero contemplarás...

Y cuando dejes este retiro,
ya sano y ágil, para tornar
al ardua lucha tras un respiro,
quizá te vuelvas con un suspiro
los blancos muros a contemplar;

quizá en las alas de los traviesos
vientos que pasan por estos llanos,
al noble asilo le mandes besos
¡a plenas manos, a plenas manos!

¡Benditos quienes en ti pensando,
para ti forman un suave y blando
nido, que empolla la Caridad!

¡Dulce aldehuela de rojos techos
y muros blancos que luce a trechos
en las orillas de la ciudad!

En este cúmulo de alegrías,
en este enjambre de bellos días
que regocijan a la nación,
tú eras el solo que no tenías
refugio digno de tu pasión;

las viejas casas de espesos muros,
las de glaciales claustros obscuros,
alimentaban tu enfermedad.
¡Qué diferencia con estos techos,
con estos muros blancos que a trechos
lucen a orillas de la ciudad!

Allá, el pasado (lo que no existe,
pero que deja huella sutil
e influencia enervadora), persiste.
Hasta la propia luz, allá, es triste,
y triste el cielo del mes de abril.

Aquí es alegre todo: los cielos,
los verdes planes de terciopelos,
de las mañanas el arrebol,
de los ocasos de lila puro,
y las montañas de azul obscuro
bajo la eterna piedad del sol.

Amigo mío desheredado,
hermano mío desconsolado:
ya tienes casa, ya tienes pan;
entra, si sufres, a esta guarida;
verás la limpia mesa servida,
todos los labios te sonreirán.

La vida es dura; pero aun existe
quien al enfermo refugio da,
y a los desnudos arropa y viste.
Amigo mío, ya no estés triste;
hermano mío, no llores ya.

VI

SEGÚN TODOS...

Según todos los autores
que tratan de la cuestión,
hay oculta relación
entre mujeres y flores.

Flor, mujer, triaca que ensalma,
llama olorosa que enciende:
las dos con una gran alma
sutil... que nadie comprende.

Las dos, cráteras divinas
que un mismo anhelo consume...
Flor: espinas y perfume;
Mujer: perfume y espinas.

Tiempo ha que con devoción
yo las traigo por mi mal:
Flor, prendida en el ojal;
Mujer, en el corazón.

Tiempo ha que, porque con loca
ternura las he besado,
llevo el rostro perfumado,
mas también sangre en la boca...

Tiempo ha que, porque sin miedos
a las dos reinas divinas
ansié cortar las espinas,
me destrozaron los dedos...

¿Y así queréis mi canción,
sin ver, parece mentira,
que no puedo herir la lira,
merced a tanto aguijón?

. . . .

Flor, mujer, copas divinas
que un mismo anhelo consume:
Flor: espinas y perfume...
Mujer: perfume y espinas...

Así, cuitado, exclamé,
cuando a venir me invitaron
a este edén que tanto amé,
y me dije: «Otros cantaron;
pero yo no cantaré...»

Y contento de escapar
a vuestro galante empeño,
volví tranquilo a mi hogar...
Mas he aquí que tuve un sueño
y os lo voy a relatar:

Soñé que una mujer cuya pupila
era maravillosamente lila,
me envolvió en su mirar
y me dijo: «Poeta,
yo soy la violeta;
¿no me quieres cantar?»

La seguía de cerca una chicuela,
muy rubia y muy locuela,
que llevaba en el cuello sin mancilla
una hermosa gorguera o gargantilla
de blancura sin par,
y que con su atiplada vocecita
«Eh, poeta, aquí está la margarita
—me gritó—, ¿no la quiere usted cantar?
Pues si sabe quién soy, quiera o no quiera,
la canta»; y prosiguió de esta manera:

«En las noches de abril, mansas y bellas,
en tanto que recuerdas o meditas,
subimos al azul las margaritas
trocándonos espléndidas estrellas.

»Cuando el sol en las mares infinitas
del oriente derrama sus centellas,
descienden a los campos las estrellas
convirtiéndose en blancas margaritas;

»Por eso, cuando, lleno de temores,
deshojas margaritas de alabastros,
auguran el olvido y los amores.
Conocen el futuro: han sido astros;
comprenden el amor: han sido flores...»

Así la margarita me dijo. Luego, puras,
envueltas en talares y blancas vestiduras,
místicas como cálices de plata de un altar,
llegaron unas vírgenes pálidas y serenas:
Eran los lirios, eran las níveas azucenas,
y exclamaron: «Poeta, ¿no nos quieres cantar?»

Y el sueño fué más bello después: sentí unos lazos
flexibles, leves, húmedos, que ligaban mis brazos:
era la hermana hiedra quien me abrazaba así...
En mi redor los rubios y bellos girasoles,
astrónomos silvestres, contemplaban los soles
y las locas campánulas repicaban por mí...

El azahar soñaba con las próximas bodas;
las dalias preguntaban por las últimas modas
de París, y las rosas se morían de amar...
Peinaban los crisántemos sus raras cabelleras,
y, en fin, todas las flores, como unas bayaderas,
danzaban, murmurando: «¿No nos quieres cantar?»

Y un pensamiento negro me dijo: «Tú, poeta,
ignoras nuestra ausencia mirífica y secreta:
te la voy a explicar,
y así sabrás al menos lo que valemos estas
estrellas perfumadas, que en prados y florestas
la mano de los ángeles a bien tuvo regar.

»Las flores realizamos, en la vida sañuda,
un intento divino por misterioso modo:
no anhelar nunca nada, mas soportarlo todo;
absorbernos en una enigmática y muda
inconsciencia; tal es nuestra prueba más ruda:
no anhelar nunca nada, mas soportarlo todo...

»Todas tenemos alma...
Todas, después de un lento
ciclo de ansias informes, sentimos con profundos
pasmos, en nuestra obscura conciencia en movimiento,
brotar, como un capullo de luz, el pensamiento,
y unir sus vibraciones al ritmo de los mundos...

»Todas tenemos alma...; tú, en cambio, ¿qué haces de ella?
La empañas, y nosotras, que vamos hacia los
futuros avatares, miramos cómo huella
tu instinto en tu conciencia, las trazas de tu estrella,
los rastros de tu origen, la estela de tu Dios...

»Mañana, cuando inútil su germen ya marchito,
los astros se deshojen como pálidas rosas,
las flores, vueltas almas, irán al infinito
brillando como nuevas estrellas misteriosas.»

Calló el pensamiento aquél,
y las flores, en un lento
vuelo, huyeron por el viento
guiadas todas por él...

Yo desperté con temor;
el aire, buen barrendero,
barrido había ligero
sombra y nubes en redor...

Tras el primer arrebol,
llenando el éter venía
todo el mar de luz del día,
toda la gloria del sol.

Resonaban en mi oído,
con acento singular,
los «¿no nos quieres cantar?»
que tanto escuché dormido...

Y canté..., canté las flores,
sus matices, sus olores,
su languidez, su primor.
Uní estos cantos dispersos,
y os traje un ramo de versos:
¿Os gusta? ¡Mucho mejor!

Tomadlo: no tiene aliño,
mas lo formé con cariño;
prendedlo a vuestro corpiño,
y aspiradlo si queréis.

Con su perfume discreto
vaga mi espíritu inquieto,
el cual os dirá un secreto
que jamás olvidaréis...

VII

EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO

I

PRIMERA PÁGINA

El mar es más constante que yo; las nubes rojas
del orto más que mi alma conservan su vestido;
yo tengo la impaciencia perenne de las hojas;
mi amor es un eterno gemelo de mi olvido.

Mi mente es un espejo rebelde a toda huella;
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire
del viento; el aerolito que cae, esa es mi estrella;
mis goces y mis penas son trazos en el aire.

El ansia del misterio me agita y desespera;
jinete en mis pegasos o nauta en mi galera,
corriendo voy tras todo señuelo que lo finge;
mi hermana la cigüeña me ha visto dondequiera
que el rojo sol proyecta la mitra de la esfinge.

Amo unos ojos mientras que su matiz ignoro,
amo una boca mientras no escucho sus acentos;
jamás pregunto el nombre de la mujer que adoro,
del César por quien lucho, del Dios a quien imploro,
del puerto adonde bogo, ni el rumbo de los vientos.

Criatura fugitiva que cruza el mundo vano,
temiendo que la alforja sus éxodos impida,
ni traje amor ni llevo; y así voy al arcano,
lanzando con un gesto de sembrador el grano
fecundo de mis versos al surco de mi vida.

II

FRENTE A IRLANDA

Qué tristes las olas van
a besar tu playa ignota,
donde parece que flota
toda la bruma de Ossián!

¿Saben acaso los mares
el tormento de tu raza
que, entre sollozos, abraza
los Cristos de sus altares?

Lo saben, y con querellas,
sus ondas ciñen en coro...
Irlanda, yo también lloro
tu servidumbre con ellas.

¿Que quién soy? Niebla que amasa
la vida, voz que se ahoga,
un espíritu que boga
y un pensamiento que pasa;

que al pasar, el duelo ve
en tu augusta faz impreso,
te mira, te manda un beso
y te dice... no sé qué.

¡Adiós, Erín! Yo, pequeño
como soy, también escondo
un sueño muerto... ¡tan hondo,
tan hondo como tu sueño!

Sólo que tú vivirás
años de años, y tu anhelo
tal vez cristalizarás,
y yo soy hoja que vuelo
nada más... ¡Ah!, ¡nada más!

III

LONDRES

Desde el vitral de mi balcón distingo,
al fulgor del crepúsculo, la ignota
marejada de calles, en que flota
la bíblica modorra del domingo.

La bruma lenta y silenciosa empieza,
fantasmagorizando los perfiles,
a envolver la metrópoli en sutiles
velos trémulos.—Yo tengo tristeza;

La bíblica tristeza de este día,
la tristeza de inútil romería
que remata en inviernos agresores;

el tedio de lloviznas pertinaces
y tu *spleen*, niebla límbica, que haces
manchas grises de todos los colores.

IV

EN BRETAÑA

De negro?—Sí, de negro de noche. Dios no quiera
robarme el solo traje que me quedó en mi huída.
—Pues, ¿y tus ropas albas?—Flotando en la ribera,
allá, lejos, muy lejos, tan lejos... Su amor era
la sola veste blanca que me vestí en la vida.

Al viento tiembla el fúnebre merino de mis tocas,
al viento de las tardes; la luna surge, riela
y baña en nácar lívido los dientes de las rocas.
Allá se van las velas como esperanzas locas:
una vela, otra vela, todavía otra vela...

¿Vendrá mi nave, aquella trirreme en cuya prora
tallado había un cisne divino? ¡Cuánto tarda!...
Mi alma es como esa moza bretona que a la aurora
miró partir la barca del pescador, y ahora,
midiendo con sus ojos el piélago, la aguarda.

V

VIEJO ESTRIBILLO

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
es un rayo de luna...

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
es un soplo de viento...

¿Di, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter?
—Son las nubes que pasan;
mira bien, son las nubes...

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo.
—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
es la imagen del cielo...

VI

UNA FLOR DEL CAMINO

La muerta resucita cuando a tu amor me asomo,
la encuentro en tus miradas inmensas y tranquilas,
y en toda tú... Sois ambas tan parecidas como
tu rostro, que dos veces se copia en mis pupilas.

Es cierto: aquélla amaba la noche radiosa,
y tú siempre en las albas tu ensueño complaciste.
(Por eso era más lirio, por eso eres más rosa.)
Es cierto, aquélla hablaba; tú vives silenciosa.
Y aquélla era más pálida; pero tú eres más triste.

VII

OTRA FLOR DEL CAMINO

Tuvo razón tu abuela con su cabello cano,
muy más que tú con rizos en que se enrosca el día,
para templar la fiebre de tu reír insano
con el fulgor de luna de su melancolía.

Aun me parece verla contar con mano seca
y trémula su viejo rosario de amatistas
al claro de las tardes, o hilándose en la rueca
—¡la pálida hilandera!—recuerdos y batistas.

Tú, en tanto, acurrucada junto a sus pies, con manos
más firmes que las suyas, pero no más hermosas,
de nuestra reina Blanca de nieve y sus enanos
desflorabas las bellas páginas milagrosas.

Hoy, si te viera presa de bravas agonías
ella, que duerme al cabo cubierta por las flores,
quizá te suspirara su queja: «Ya no rías
así, que tengo miedo de que mañana llores.»

Mas tú reías siempre con ímpetu que espanta;
tu carcajada estaba, como en las saturnales,
presta a sonar un áureo repique en tu garganta
o entre tus labios vivas campanas de corales.

Y al fin dilapidaste tus júbilos, María;
cuitada juglaresa, tus crótalos perdiste.
Tuvo razón tu abuela que nunca se reía:
ya ves, vivió cien años y siempre estuvo triste.

VIII

A UNA FRANCESA

El mal, que en sus recursos es proficuo,
jamás en vil parodia tuvo empachos:
Mefistófeles es un cristo oblicuo
que lleva retorcidos los mostachos.

Y tú, que eres unciosa como un ruego
y sin mácula y simple como un nardo,
tienes trágica crin dorada a fuego
y amarillas pupilas de leopardo.

IX

DESPUÉS DE LA EXPOSICIÓN

En tanto que en su fiebre de goce o de faena
París a París torna con ruido de colmena,
la turba de los cuatro rincones del planeta
se aleja como vino, cómicamente inquieta,
y en un sueño de fiesta cosmopolita absorta,
en pos de Roma, Glasgow o Buffalo...
No importa
adónde.—Van los buques vestidos de humo denso,
rayando con sus quillas el cinc del mar inmenso;
la pauta de los rieles resuena a todas horas
con la inquietud perenne de las locomotoras.

Iberas ideales que son rimas de Bécquer,
inglesas desabridas de Kodak y Baedeker,
románticas germanas de insípidos tocados,
eslavas de almas fieras y de ojos enlutados,

latino-americanas anémicas y hermosas,
inevitables yanquis, *blue stockings*... y otras cosas:

todas se alejan; una gran fiebre las abrasa,
y un insensato anhelo de ruido las «desola».
¡Partid, aviones locos! También yo torno a casa:
¡mi dama la Quimera me aguarda y está sola!

Ninguna de vosotras gemela es de mi amada,
para decir al alma sedienta, que la espera,
con cuál Orión distante cintila su mirada,
ni a cuál de los bohemios cometas va enredada
la crin maravillosa de su alma cabellera.

X

DIAFANIDAD

Yo soy un alma pensativa. ¿Sabes
lo que es un alma pensativa?—triste,
pero con esa fría
melancolía
de las suaves
diafanidades. Todo lo que existe,
cuando es diáfano, es sereno y triste.
—¡Sabino peregrino
que contempla en las vivas
transparencias del agua vocinglera
todas las fugitivas
metamorfosis de su cabellera,
peregrino sabino!

—Nube gemela de su imagen, nube
que navega en las fuentes y que en el cielo sube.
—Dios, en hondo mutismo
viéndose en el espejo de sí mismo.

La Vida toca
como una loca
trasnochadora:
«¡Abridme, es hora!»
«Desplegad los oídos—rimadores,
a todos los ruidos—exteriores.»
«Despliega tus oídos
a todos los ruidos.»
Mi alma no escucha, duermen mis sentidos.
Mi espíritu y mi oreja están dormidos.

—El pecado del río es su corriente;
la quietud, alma mía,
es la sabiduría
de la fuente.
Los astros tienen miedo
de naufragar en el perenne enredo
del agua que se riza en espirales;
cuando el agua está en éxtasis, bajan a sus cristales.

Conciencia,
sé clara;
pero con esa rara
inconsistencia

de toda proyección en un espejo,
devuelve a la importuna
vida sólo un reflejo
de su paso furtivo ante tu *luna.*
Alma, tórnate onda
para que cada flor y cada fronda
copien en ti su fugitiva huella;
para que cada estrella
y cada nube hirsuta
se equivoquen de ruta,
y en tu claro caudal encuentren una
prolongación divina de su abismo:
que así, merced a singular fortuna,
el infinito y tú seréis lo mismo.

XI

A UN ARTISTA

Cuando el lis taumaturgo de tu mano
al monstruo melodioso y taciturno
que se llama piano
arranca el soberano
y doliente embeleso de un *nocturno,*
mi alma quisiera, de lo humano franca,
y envuelta en esa voz que nada alegra,
morir en una tecla: la más blanca;
yacer en otra tecla: la más negra.

XII

A OTRO ARTISTA

Ten el santo valor de tu tristeza,
pues que Dios te hizo triste, y no demandes
al ajenjo opalino
un repique locuaz en tu cabeza,
donde hay penas más nobles y más grandes
que el júbilo bellaco de tu vino.

Ten el santo valor de tu tristeza
y sé triste hasta el fin del viaje breve,
como la madre Naturaleza,
cuando las tardes,
cuando el otoño,
cuando la nieve.

XIII

EN FLANDES

El Clavicordio —dijo Clara, la pensativa,
que del viejo castillo gusta ser la cautiva
y mirar silenciosa, en los campos escuetos,
las blancas ramazones de los blancos abetos—
es grato a mi alma como la dulce paz campestre,
y como las caricias de mi burgomaestre.

Dijo Adela, festiva mujer de rizos de oro,
la de opulentos flancos y tez de flor:—Adoro
el son de los violines heridos sabiamente
en la *kermesse,* al rayo del sol auricadente;
los violines magiares a cuyas blandas notas
bailo, en los frescos *polders,* minuetos y gavotas.
Dijo Balduina Van der Rotten:—Más que mis finas
blondas de Brujas, más que mis cofias de Malinas,
más que mis granjas úberes y que mis gordos quesos,
amo y busco la música sonora de los besos.—
Así dijo Balduina, la joven rubicunda,
y entreabría sus labios una risa jocunda.
Yo fuí juez, y anhelando ser un juez halagüeño,
dije:—Tú, Clara, eres la reina del Ensueño:
irás al son de flautas y pájaros que troven
al país de Mozart y el marmóreo Beethoven.
Tú, Adela, en tanto que tu existencia se enhebre,
hallarás en la danza la gloria de la fiebre.
Tus ilusiones, fuga vivaz de mariposas,
pasarán por la vida como sobre las rosas.
Balduina, que prefieres los besos a las artes,
en cuanto a ti, elegiste la mejor de las partes.
En premio a mi fallo, Clara dióme su alada
pasión; Adela, el vértigo de su ronda sagrada,
y Balduina, los besos de su boca divina.
Yo era, íntimamente, el gusto de Balduina,

XIV

A LUCERNA

Yo no sé qué gracia anima las alburas de tus hielos
en tus cúspides alpinas de perfiles siempre vagos;
si tus lagos son azules de mirar tanto tus cielos,
o tus cielos son azules de mirar tanto tus lagos.

Pero sé que quien te busca, pero sé que a quien tú besas,
ya no más ha de olvidarte mientras pene y mientras viva.
¡Veme, pues, con esos lagos que son húmedas turquesas,
que son húmedas turquesas de mirada pensativa!

¡Virgencita de las aguas, virgencita de la nieve,
pastorcita de los Alpes, *edelweiss* de sus barrancos,
guarda todos mis ensueños, que si no me muero en breve,
cuando torne habré de hallarlos más azules... o más blancos!

XV

EVOCACIÓN

Yo la llamé del hondo misterio del pasado,
donde es sombra entre sombras, vestiglo entre vestiglos,
fantasma entre fantasmas...
Y vino a mí llamado,
desparramando razas y atropellando siglos.

Atónitas, las leyes del tiempo la ceñían;
el alma de las tumbas, con fúnebre alarido,
gritábale: ¡detente!—Las épocas ansían,
cual garfios invisibles, su brial descolorido,
¡Mas todo inútil! Suelta la roja cabellera,
la roja cabellera que olía a eternidad,
aquella reina extraña, vestida de quimera,
corría desalada tras de mi voluntad.

Cuando llegó a mi lado, la dije de esta suerte:
¿Recuerdas tu promesa del año mil? —Advierte
que soy tan sólo sombra...
—Lo sé.
—Que estaba loca...
—¡Me prometiste un beso!
—¡Lo congeló la muerte!
—¡Las reinas no perjuran...!
Y me besó en la boca.

XVI

EN BOHEMIA

Gitana, flor de Praga: diez *kreutzers* si me besas.
En tanto que tu osezno fatiga el tamboril,
esgrimen los *kangiares* las manos juglaresas,
y lloran guzla y flauta—tus labios dame, fresas
de Abril.

Apéate del asno gentil que encascabelas:
los niños atezados, que bailan churumbelas,
harán al beso coro con risas de cristal.
Por Dios, deja tu rueca de cobre, y a mi apremio
responde. Si nos mira tu zíngaro bohemio,
no temas: ¡en Dalmacia forjaron mi puñal!

XVII

GENEALÓGICA

PARA ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

El bachiller Francisco Pintado de Cienfuegos,
mayor que fué entre grandes, máximo entre mayores,
docto en sagradas letras y en episodios griegos
como es usanza, amigo de inquisición y oidores,

me dió el ser, soy lobezno de la nodriz abruta
de los Dioscuros: mi almo perfil y los anales
de mi solar lo cuentan, y hay en mi faz enjuta
las palideces de los olivos provenzales.

Nací con un gran beso de amor entre la ardiente
boca, y un grande anhelo de gloria en l'alma esclava,
y llevo diez leyendas en mi brumosa frente,
con otras diez leyendas en mi melena brava.

XVIII

ALMA DE ITALIA

Para librarme de lo imprevisto,
cuando mi estancia se queda sola,
guardo en mis ropas un Santo-Cristo,
un Santo-Cristo y una pistola.

»Si quien me acecha, siendo un malvado,
también es hombre de religión,
valdrále el Cristo crucificado:
si no, el revólver de doble acción.

»Yo soy un alma que el miedo asedia;
mas ¡guay del hombre que me maltrata!
Como los frailes de la Edad Media,
la propia mano bendice o mata.

»Y por librarme de lo imprevisto,
cuando mi estancia se queda sola,
guardo en mis ropas un Santo-Cristo,
un Santo-Cristo y una pistola.»

XIX

A UN IMPOSIBLE

Paréntesis sentimental.

Y pensar que habrá ciegos
que, loando tus gracias,
no adivinen toda
la tranquila opulencia de tu alma
y el dulce parentesco de tus ojos
con las pálidas
estrellas—esos ojos que parecen
estar diciendo: *Sic itur ad actra*—,
y tu augusta cabeza en que alborea,
y tus alas!...

Y que yo, que el fulgor de los planetas
vi a través de tu santa carne diáfana
yo, que anhelo tus besos como una
celestial comunión en cáliz de ágata;
yo, que te amé sin conocer el nombre
que te dieron las hadas;
yo, que tan sólo sorprendí el murmullo
de tu voz tan lejana... tan lejana,
y en ella presentí todo el misterio
que se queja en los nervios de las arpas:
¡yo soy digno de lástima, señora,
yo soy digno de lástima!...

Porque tú eras mi espíritu gemelo,
según revelación del Padre Brahma,
y no he de poseerte mientras viva;
porque, para llegar a tu Walhalla,
me faltan dos montañas superpuestas
que fatigan el vuelo de mis águilas.

Mañana,
cuando apretando mi quimera incólume
contra mi corazón, desesperada-
mente, como Tarciso, el niño mártir,
sus hostias perseguidas, al fin parta;
mañana, oh criatura luminosa,
mañana,
ya que en mi vida inaccesible fuiste,
como un castillo sobre la cumbre de un Himalaya,
quiero ser a lo menos a la diestra del Padre,
en la gloria del Padre que te mima y te salva,
un destello —el más azul— de tu aureola
y una pluma—la más blanca—de tus alas.

XX

AINO ACKTÉ (1)

Ainó Ackté, lirio del Norte,
Ainó Ackté, gran rosa-té;
sueño de los fiords, consorte
de los vikings.—Ainó Ackté:

Ducal armiño de Suecia,
flor de hielo, alburas de
las *inmortales* de Helvecia;
ojos de azur.—Ainó Ackté:

En su garganta de cera
esconde al ruiseñor que
oía Luis de Baviera
entre la nieve.—Ainó Ackté:

Es la blanca *Sinfonía*
del viejo Theo Gautier.
Ainó Ackté: ¡Quién fuera un día
amado por Ainó Ackté!

(1) De la Grande Opéra.

XXI

RÓDEUSE...

Si te tornan pensativa los desastres de las hojas
que revuelan crepitando por el amplio bulevar;
si los cierzos te insinúan no sé qué vagas congojas
y nostalgias imprecisas y deseos de llorar;

si el latido luminoso de los astros te da frío;
si incurablemente triste ves al Sena resbalar,
y el reflejo de los focos escarlatas sobre el río
se te antoja que es la estela de algún trágico navío
donde llevan los ahogados de la Morgue a sepultar;

¡pobrecita! Ven conmigo: deja ya las puentes yermas.
Hay un alma en estas noches a las tísicas hostil,
y un vampiro disfrazado de galán, que busca enfermas,
que corteja a las que tosen y que, a poco que te duermas,
chupará con trompa inmunda tus pezones de marfil.

XXII

LA PRINCESA PEINABA SUS CABELLOS

La princesa peinaba sus cabellos,
peinaba sus cabellos de oro fino,
distraída, mirando vagamente,
a través de una ojiva del castillo,
la sementera en fruto,
el polvoso camino
por donde transitaban los gitanos,
o, mascullando rezos, los mendigos,
o, cubiertos de conchas y de tierra,
los peregrinos,
los barbudos romeros que de Italia
tornaban bajo el rudo sol de estío,
o bien al ahorcado
de ayer, que de una almena del vecino
atalaya mohoso
pendiendo está, gesticulante y rígido,
proyectando en el muro su sombra,
absurdo y ridículo.

La princesa peinaba sus cabellos;
con la siniestra, asíalos,
oblicuando el haz rubio
hacia el rostro bellísimo,
y en la diestra tenía el viejo piene,
gran peine de marfil, pálido y liso.

La princesa peinaba distraída,
peinaba sus cabellos de oro fino,
pensando: «Si viniera
el juglar de encarnado juboncillo,
de calzas verdes, caperuza negra
y sonoro laúd...

En el camino
seguían transitando los gitanos
de obscuro rostro antiguo.
Y en los hierros del puente,
del puente levadizo,
y en los sillares,
y entre los riscos,
palpitaban con vaivenes espasmódicos
y sumidas en sus éxtasis faquíricos,
lagartijas pintadas de oro y verde,
semejando pigmeos cocodrilos.

La princesa peinaba sus cabellos,
peinaba sus cabellos de oro fino.

XXIII

EUNICE MIERIS

Como una flor de lis
ornada de oro en fusión,
eras. ¡Oh, las *musardises*
del poeta de *l'Aiglon*

entre tus labios tan tersos
y tan rojos!—Sonreías
y, cantándolas, fingías
un ángel que dice versos.

Blanca estrofa eres tú de
un ritmo embelesador,
y, Mucha, pintándote
sobre un pétalo de flor,

acertara.—A todos plugo
tu rima, porque Rostand
era, merced a ti, tan
preciado como el Rey Hugo.

Pero merced a ti, estrella
que lo vestías de hechizos...

¡Cuán absurdamente bella
estabas, bajo aquella
transfiguración de rizos!

XXIV

Y EL BUDHA DE BASALTO SONREÍA..

Aquella tarde, en la Alameda, loca
de amor, la dulce idolatrada mía
me ofreció la eglantina de su boca.

Y el Buhda de basalto sonreía...

Otro vino después, y sus hechizos
me robó; dila cita, y en la umbría
nos trocamos epístolas y rizos.

Y el Budha de basalto sonreía...

Hoy hace un año del amor perdido;
al sitio vuelvo, y como estoy rendido
tras largo caminar, trepo a lo alto
del zócalo en que el símbolo reposa.
Derrotado y sangriento muere el día,
y en los brazos del Budha del basalto
me sorprende la luna misteriosa.

Y el Budha de basalto sonreía..,

XXV

ESPERANZA

Oh, sí! ¡Yo tornaré, París divino!
—¿En qué nave?
—Dios sabe...
¡Yo no sé!
Mas sé que ni la vida ni el destino
impedirlo podrán. Es un camino
fatal el que nos une. Tornaré.

Veré tus bosques tranquilos
en que dormitan los tilos.
Veré tus parques espesos
llenos de citas y besos.
Veré
¡todo, todo lo que amé!

Yo tornaré. Me aguardan los castaños
de un verde transparente, los huraños
muelles mohosos de tu grácil río.
Lejos de ti mis años no son años:
son nostalgia y pasión y angustia y frío...

Veré tus brumas livianas
que te arropan como en tules,
en tus divinas mañanas
azules.

Veré tus abriles breves,
llenos de aromas y broches,
y el armiño de tus nieves,
y la plata de tus noches.
Veré
¡todo, todo lo que amé!

¡Oh, sí, yo tornaré...! Mas si no alcanza
mi alma esta dulce aspiración suprema
¿qué haré? ¡Clavar, sañudo, mi esperanza
en el ancla divina, que es su emblema!

XXVI

GLOSA

Última página del Éxodo.

Estoy triste y sereno ante el paisaje,
y desasido estoy de toda cosa.
Ven, ya podemos emprender el viaje
a través de la tarde misteriosa.

Lleno parto de amores y de olvido:
olvido inmenso para todo ultraje,
y amor inmenso a los que me han querido.
El mar finge un titán de azur, dormido...
Estoy triste y sereno ante el paisaje.

Trabajé, padecí, fuí peregrino
resignado; en mi ruta borrascosa
vi los bienes y males del destino
como se ven las flores del camino,
y desasido estoy de toda cosa...

¡Oh, mi Señor!, tu juicio no me asusta:
ni llevo honores ni riquezas traje,
y fué mi vida de pasión adusta.
Cuán serena la tarde y cuán augusta...
¡Ven, ya podemos emprender el viaje!

Los astros, que nos miran de hito en hito,
parecen, con pestaña luminosa,
invitarnos al viaje que está escrito:
ese viaje sereno al infinito,
a través de la tarde misteriosa.

VIII

LOS JARDINES INTERIORES

A DON ENRIQUE C. CREEL,

mi amable Mecenas, mi distinguido amigo, dedico este libro.

A. N.

I

EXPONE LA ÍNDOLE DEL LIBRO

Hay savia joven: la de potentes glóbulos rica,
que las arterias del tronco núbil invade y llena,
y en policromo florón de pétalos se magnifica;
tórrida savia, jugo del Cáncer, que en la serena
noche de luna crepita y cruje de fuerza plena,
en el misterio donde la flauta de Pan resuena...

Hay savia enferma,
sangre doliente,
savia tardía,

que cuando brota, las ramazones del árbol cubre
con hojas mate, con hojas tenues... Tal es la mía.
Tal es la mía: savia del yermo, que sólo encubre
gérmenes locos de la futura yema insalubre,
y tiene pompa, mas es la pompa solemne y triste del viejo
[Octubre.

II

MI VERSO

Querría que mi verso, de guijarro,
en gema se trocase y en joyero;
que fuera entre mis manos como el barro
en la mano genial del alfarero.

Que lo mismo que el barro, que a los fines
del artífice pliega sus arcillas,
fuese cáliz de amor en los festines
y lámpara de aceite en las capillas;

Que, dócil a mi afán, tomase todas
las formas que mi numen ha soñado,
siendo alianza en el rito de las bodas,
pastoral en el índex del prelado;

Lima noble que un grillo desmorona
o eslabón que remata una cadena,
crucifijo papal que nos perdona
o gran timbre de rey que nos condena;

Que fingiese a mi antojo, con sus claras
facetas en que tiemblan los destellos,
florones para todas las tïaras
y broches para todos los cabellos;

Emblemas para todos los amores,
espejos para todos los encantos,
y coronas de astrales resplandores
para todos los genios y los santos.

Yo trabajo, mi fe no se mitiga,
y, troquelando estrofas con mi sello,
un verso acuñaré del que se diga:
Tu verso es como el oro sin la liga:
radiante, dúctil, poliforme y bello.

III

NOCTURNO

Y vi tus ojos: flor de beleño,
raros abismos de luz y sueño;
ojos que dejan al alma inerme,
ojos que dicen: duerme... düerme...

Pupilas hondas y taciturnas,
pupilas vagas y misteriosas,
pupilas negras, cual mariposas
nocturnas.

Bajo las bandas de tus cabellos
tus ojos dicen arcanas rimas,
y tus lucientes cejas, sobre ellos,
fingen dos alas sobre dos simas.

. . . .

¡Oh! plegue al cielo que cuando grita
la pena en mi alma dolida e inerme,
tus grandes ojos de sulamita
murmuren: «duerme»...

IV

TRISTE

Mano experta en las caricias,
labios, urna de delicias,
blancos senos, cabezal
para todos los soñares,
ojos glaucos, verdes mares,
verdes mares de cristal...

Ya sois idas, ya estáis yertas,
manos pálidas y expertas,
largas manos de marfil;
ya estáis yertos, ya sois idos,
ojos glaucos y dormidos
de narcótico sutil.

Cabecita auri-rizada:
hay un hueco en la almohada
de mi tálamo de amor;
cabecita de oro intenso:
¡qué vacío tan inmenso,
tan inmenso, en derredor!

V

TIBI REGINA

Oh, Divina! Son tus formas de una ingénita realeza;
de tus golas a lo Médicis se desprendende tu cabeza
como aurífero pistilo de una exótica corola.

¡Oh, Deidad! Tus ojos tienen lejanías de horizontes,
y tu lánguida hermosura, cual la nieve de los montes,
brilla sola, intacta y pura,
brilla pura, intacta y sola.

Ante ti puesto de hinojos, yo te juro, Reina y Dama
y te rindo el vasallaje que tu orgullo me reclama.
¡Oh, Magnífica señora!
Para ti el rondel hidalgo que a los próceres recrea,
los herretes de diamantes con su luz titiladora,
los sedeños escarpines y la grácil hacanea.

VI

DOCTRINANDO

Ya que de Dios en conversar te empeñas,
ya que desprecia tu cerebro helado
el amor que te di por el que sueñas,
háblame de ese Dios, mi bien amado!»

Y el teólogo de faz de crucifijo,
de gran melena y de mirar profundo,
feliz de doctrinar, «¡Oh! Blanca, dijo,
Dios es el alma inmaterial del mundo.

»Existe dondequiera en vario modo:
per se, por su virtud y su presencia;
per se, ya que lo invade y llena todo,
penetrándolo todo de su esencia;

»Por su virtud también, que sometidos
a Dios están y su mandato arguyen,
Favonio blando si columpia nidos,
o Boreas y Aquilón si los destruyen,

»Y en presencia porque es omnividente:
su pupila equilátera fulgura
en el disco del sol indeficiente,
en Arturo, en Capella, en Cinosura.

»Qué, ¿no adivinas con instinto infuso
de su eterna mirada el embeleso
alumbrando tu espíritu confuso?»

Y respondió:—«Tu Dios es muy abstruso;
yo prefiero tus labios... ¡Dame un beso!»

VII

INGENUA

Oh, los rizos negros y los ojos nubios!
¡Oh, los ojos claros y los rizos rubios!

Los enormes besos en que amor es ducho...
¡Besarse sin treguas y quererse mucho!

Ser grande, muy grande, ser bueno, muy bueno;
pero entre tus brazos y sobre tu seno.

Besarte la nuca, besarte los ojos
y los hombros blancos y los labios rojos...

¡Oh, mis dieciocho años! ¡Oh, mi novia ida!
Mi amor a la vida, mi amor a la vida...

La vida era dulce y el mundo era bueno;
¡pero entre tus brazos y sobre tu seno!

Las lunas de Mayo, si se lo preguntas,
te dirán que vieron *nuestras sombras juntas:*

El estero de aguas cuchicheadoras
lamió nuestra barca con lenguas sonoras.

Lamió nuestras barcas con lenguas sonoras,
en aquellas horas, en aquellas horas...

¿Dónde está la barca? ¿Dónde está el estero?
¿Dónde están las lunas?... ¡Tú mueres, yo muero!

¡Oh, mis dieciocho años! ¡Oh, mi novia ida!
Mi amor a la vida..., mi amor a la vida...

VIII

FUNAMBULESCA

Mis pesares son alegres y mi dicha llanto vierte;
son mis duelos danzarines y mis júbilos son frailes;
yo he sentido en los saraos la amargura de la muerte,
y he sentido ante la muerte la alegría de los bailes.

¡Cómo gimen las venturas en mi lívida cabeza!
¡Cómo canta en el cordaje de mis nervios la agonía!
Soy cigarra que se nutre con aljófar de tristeza
y que luego enhebra dianas al fulgor del mediodía.

Soy Heráclito y Demócrito a la vez, sol y nublado;
sorbo ajenjos en las risas y en el llanto sorbo mieles,
y es el sueño de mis noches un amor crucificado
que repica, sollozando, muchos muchos cascabeles.

IX

TRITONIADA

¡Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado!
El mar es mi padre augusto... Deja, deja que recuerde:
en los viejos episodios fuí tritón, enamorado
de una joven oceánica oji-verde.

Sus cabellos impregnaban de su olor mi cuerpo todo,
cuando trémulos mis brazos musculosos la ceñían;
sus cabellos algas eran verdinegras, que de iodo
y de ozono los perfumes embriagantes despedían.

¡Qué dichoso si los besos de sus labios escarlata
se posaban en mis labios, descendían por mi tronco
y, erizando de deleite mis escamas de oro y plata,
inspiraban a mi oblicuo caracol su canto ronco,

¡Cuántas veces en la noche, de la luna a los reflejos,
en la roca hospitalaria más distante y más esquiva,
constelada de rojizos carapachos de cangrejos,
entregábase a mis ansias, melancólica o lasciva!

¡Cómo hendíamos las olas irritadas o serenas,
con su mano entre mi mano y en la suya mi pupila,
y qué dulces serenatas nos brindaban las sirenas
en los hoscos arrecifes de Caribdis y de Scila!

. . . .

¿Quién dió muerte a mis venturas? Un delfín gallardo y
bruno.
¿Te burlaron? Me burlaron. ¿Te vengaste? ¡Sabiamente!
Demandando su tridente formidable al dios Neptuno,
¡los clavé sobre mi lecho de coral con el tridente!

¡Cómo surgen mis memorias ante el mar alborotado!
El mar es mi padre augusto... Deja, deja que recuerde:
En los viejos episodios fuí tritón, enamorado
de una joven oceánica oji-verde.

X

¡DÓNDE ESTÁS!

Qué dragones, qué tarascas en alcázares dorados
te custodian—¡oh, princesa de mis sueños incesantes!—
entre cofres herrumbrosos por los genios fabricados
y repletos de zafiros, de rubíes purpurados,
de amatistas nunca vistas y diamantes titilantes?

¿Qué Derlín de seculares barbas cándidas disfruta
de tus núbiles frescuras y tus gracias infinitas,
en lo espeso de una selva y al amparo de una gruta
do se cuajan los albores de cien mil estalactitas?

¿Qué delfín de aletas de oro, por las aguas ambarinas
te condujo, nauta monstruo, penetrando los cristales,
a los limbos penumbrosos de cavernas submarinas,
entre perlas, margaritas y obeliscos de corales?

¿O qué silfo, audaz tenorio con belleza y con fortuna,
te llevó sobre las alas de un hipógrifo nocturno,
o en las hebras cabalgando de algún haz de blanca luna,
a su alcázar verde y oro del anillo de Saturno?

¡Dime, dime dónde moras: iré a ti con loco empeño,
quebrantando los hechizos, los conjuros y los lazos;
si eres sombra seré sombra, si eres sueño seré sueño,
si eres nube seré nube, si eres luz seré risueño
rayo de alba o de Poniente por llegar hasta tus brazos!

XI

INCREPACIÓN

Que aquel que, recorriendo su ruta de asperezas,
haya abrevado su alma en mayores tristezas
que mis tristezas, alce la voz y me reproche...
Job, Jeremías, Cristo, Daniel: en vuestra noche,
toda llena de angustias de redención, había
un astro, el astro de una ideal teoría:
Dios vino hasta vosotros, Dios besó vuestra frente;
Dios abrió en vuestro cielo la brecha reluciente
de una ilusión...

En mi alma todo es sombra, y en ella
jamás, ¡jamás!, titilan los oros de una estrella;
mi alma es como la higuera por el Señor maldita,
que no presta ni fruto ni sombra, que no agita
sus abanicos de hojas; sus ramas, ¡ay!, desnudas,
servirán a la desesperación de algún Judas,
¡de algún ideal tránsfuga que me besó con dolo
y que, por fin, se ahorca desamparado y solo!

Que aquel que, recorriendo su ruta de asperezas,
haya abrevado su alma en mayores tristezas
que las mías, levante su voz de trueno. ¿En dónde
están los grandes tristes? ¡Ninguno me responde!
La eternidad es muda y el enigma cobarde...

Hermana, tengo frío: el frío de la tarde.

XII

LA CANCIÓN DE FLOR DE MAYO

Flor de Mayo, como un rayo
de la tarde se moría...
Yo te quise, Flor de Mayo,
tú lo sabes; ¡pero Dios no lo quería!

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, cantando irán.

Flor de Mayo ni se viste
ni se alhaja ni atavía;
¡Flor de Mayo está muy triste!
¡Pobrecita, pobrecita vida mía!

Cada estrella que palpita,
desde el cielo le habla así:
«Ven conmigo, Florecita,
brillarás en la extensión igual a mí.»

Flor de Mayo, con desmayo,
le responde: «¡Pronto iré!»
. . . .
Se nos muere Flor de Mayo,
¡Flor de Mayo, la Elegida, se nos fué!

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, llorando irán...

«¡No me dejes!», yo le grito:
«¡No te vayas, dueño mío,
el espacio es infinito
y es muy negro y hace frío, mucho frío!»

Sin curarse de mi empeño,
Flor de Mayo se alejó,
y en la noche, como un sueño,
misteriosamente triste se perdió.

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, ¡ay, cómo irán!

Al amparo de mi huerto
una sola flor crecía:
Flor de Mayo, y se me ha muerto...
Yo la quise, ¡pero Dios no lo quería!

ENVÍO

La canción que me pediste,
la compuse y aquí está:
cántala bajito y triste;
ella duerme (para siempre); la canción la arrullará.
Cántala bajito y triste,
cántala...

XIII

VAGUEDADES...

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.

El té canta en la tetera;
fuego dentro, hielo fuera,
que resbala por la vidriera.

Paso llegan o sonoras,
resonando turbadoras,
las procesiones de las horas.

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.

—¿Por qué llora ese piano
bajo el nácar de tu mano?
—Llora en él mi dolor, hermano.

—¡Eh! ¡Quién va! ¿Quién gime o reza
en la sombra de la pieza?
—Es mi madrina la Tristeza.

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.

—¿Y qué libro lees ahora,
a la luz vaciladora
de la pálida veladora?

¿Alguna bella conseja
de flamante moraleja?
—Es una historia ya muy vieja...

Como pupilas de muertos
de luz sobrenatural,
brillan los focos en los desiertos
laberintos del arrabal.

XIV

LOS DIFUNTOS VIEJOS

Yo no amo a los que viven, «putrefacción andante»;
yo busco a los que moran de la ciudad muy lejos
—bajo la tierra—, y amo la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos.

Cadáveres amigos, ¡qué calma semejante
hallar a vuestra calma! Ni compasión, ni dejos
de las antiguas penas mostráis en el semblante,
que alumbra en los osarios la luz agonizante
del sol, dándoles nimbos de cárdenos reflejos.

¡Oh, muerte! ¡Oh, paz!... ¡Yo adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

XV

EL METRO DE DOCE

El metro de doce son cuatro donceles,
donceles latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles;
el metro de doce galopa, galopa...

Eximia cuadriga de casco sonoro
que arranca al guijarro sus chispas de oro,
caballos que en crines de seda se arropan
o al viento las tienden como pabellones;
pegasos fantasmas, los cuatro bridones
galopan, galopan, galopan, galopan...

¡Oh, metro potente, doncel soberano
que montas nervioso bridón castellano
cubierto de espumas perladas y blancas,
apura la fiebre del viento en la copa
y luego galopa, galopa, galopa,
llevando el Ensueño prendido a tus ancas!

El metro de doce son cuatro garzones,
garzones latinos de rítmica tropa,
son cuatro hijosdalgo con cuatro bridones;
el metro de doce galopa, galopa...

RONDÓS VAGOS

I

¿LO RECUERDAS? UNA NOCHE SIN FULGORES, SIN BELLEZAS

Lo recuerdas? Una noche sin fulgores, sin bellezas,
el espectro de la ausencia consagraba con su mano
al dolor sin esperanza nuestras pálidas cabezas;
vanas eran nuestras luchas, todo vano, todo vano...
En mi espíritu rebelde suspiraban las tristezas,
las tristezas suspiraban en las cuerdas del piano.

—¡Adiós, virgen!, murmuraba con la voz de mis ternezas.
—¡Para siempre!—del piano respondía el son lejano.
En los campos iniciaban, entre juncos y malezas,
su macabra ronda lívida los fulgores del pantano,
y en mi espíritu rebelde se quejaban las tristezas,
las tristezas se quejaban en las cuerdas del piano...

¿Tornaremos a mirarnos? ¡Quién aplaca las fierezas
de la vida! ¡Quién penetra los rigores del arcano!
—¡Adiós, virgen!... —Para siempre! —respondió con aspereza
una *fuga,* y al perderme tras los árboles del llano,
en mi espíritu rebelde sollozaban las tristezas,
las tristezas sollozaban en las cuerdas del piano...

II

COMO BLANCA TEORÍA POR EL DESIERTO

Como blanca teoría por el desierto
desfilan silenciosas mis ilusiones,
sin árbol que les preste sus ramazones,
ni gruta que les brinde refugio cierto.

La luna se levanta del campo yerto
y, al claror de sus lívidas fulguraciones,
como blanca teoría mis ilusiones
desfilan silenciosas por el desierto.

En vano al cielo piden revelaciones;
son esfinges los astros. Edipo ha muerto,
y a la faz de las viejas constelaciones
desfilan silenciosas mis ilusiones
como blanca teoría por el desierto.

III

PASAS POR EL ABISMO DE MIS TRISTEZAS

PASAS por el abismo de mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares,
ungiendo lo infinito de mis pesares
con el nardo y la mirra de tus ternezas.

Ya tramonta mi vida; la tuya empiezas;
mas, salvando del tiempo los valladares,
como un rayo de luna sobre los mares
pasas por el abismo de mis tristezas.

No más en la tersura de mis cantares
dejará el desencanto sus asperezas;
pues Dios, que dió a los cielos sus luminares,
quiso que atravesaras por mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares.

IV

YO VENGO DE UN BRUMOSO PAÍS LEJANO

YO vengo de un brumoso país lejano,
regido por un viejo monarca triste...
Mi numen sólo busca lo que es arcano,
mi numen sólo adora lo que no existe;

tú lloras por un sueño que está lejano,
tú aguardas un cariño que ya no existe,
se pierden tus pupilas en el arcano
como dos alas negras, y estás muy triste.

Eres mía: nacimos de un mismo arcano
y vamos, desdeñosos de cuanto existe,
en pos de ese brumoso país lejano,
regido por un viejo monarca triste...

DAMIANA

My name is might have been...
DANTE GABRIEL ROSSETI

I

QUIEN ES DAMIANA

LA mujer que, en mi lozana
juventud, pudo haber sido
—si Dios hubiera querido—
mía,
en el paisaje interior
de un paraíso de amor
y poesía;
la que, prócer o aldeana,
«mi aldeana» o «mi princesa»
se hubiera llamado, esa
es, en mi libro, Damiana.

La hija risueña y santa,
gemela de serafines,
libélula en mis jardines
quizá, y en mi feudo infanta;

la que
pudo dar al alma fe,
vigor al esfuerzo, tino
al obrar, ¡la que no vino
por mucho que la llamé!;
la que aún mi frente besa
desde una estrella lejana,
esa
es, en mi libro, Damiana.

Y aquella que me miró,
no sé en qué patria querida
y, tras mirarme, pasó
(desto hace más de una vida),
y al mirarme parecía
que me decía:
—«Si pudiera detenerme
te amara...» La que esto al verme
con los ojos repetía;
la que, sentado a la mesa
del festín real, con vana
inquietud aguardo, esa
es, en mi libro, Damiana.

La que con noble pergeño
suele flüida vagar
como un fantasma lunar
por la zona de mi ensueño;

la que fulge en los ocasos,
que son nobleza del día;
la que, en la melancolía
de mi alcoba, finge pasos;
la que, puesto a la ventana,
con un afán que no cesa,
aguardo hace un siglo, esa
es, en mi libro, Damiana.

Todo lo noble y hermoso
que no fué;
todo lo bello y amable
que no vino;
y lo vago y lo misterioso
que pensé,
y lo puro y lo inefable
y lo divino.

El enigma siempre claro en la mañana,
y el enigma por las tardes inexpreso;
amor, sueños, ideal, esencia arcana...,
todo eso, todo eso, todo eso,
tiene un nombre en estas páginas: ¡Damiana!

II

ESTA NIÑA DULCE Y GRAVE

ESTA niña dulce y grave
tiene un largo cuello de ave,
cuello lánguido y sutil,
cuyo gálibo suave
finge prora de una nave,
de una nave de marfil.

Y hay en ella, cuando inclina
la cabeza arcaica y fina,
—que semeja peregrina
flor de oro—al saludar,
cierto ritmo de latina,
cierto porte de menina
y una gracia palatina
muy difícil de explicar...

III

NUESTRO AMO ESTÁ EXPUESTO

NUESTRO *Amo* está expuesto;
Nuestro Amo está expuesto.
Anda, dile a *Nuestro Amo,* Damiana,
que guarde tu almita de luz para el cielo.

Nuestro Amo
está expuesto en su enorme custodia,
como un sol de nieve
dentro de un sol de fuego;
en su enorme custodia,
donde, como flores de un país de ensueño,
dos querubes de alas en espiral, fingen
corolas de plumas.

Las damas del pueblo
enviaron sus canarios
para adorno del templo,
y esos luminosos
pájaros, batiendo
sus alitas de ocre, gorjean tan dulce
que así deben cantar las bandadas
de Dios en el cielo.

Hay matas de flores tan finas
como el terciopelo,
como mágicas sedas olorosas;
hay tiestos
rizados de musgo, naranjas doradas,
con mil flamulillas de oropel, que crujen
al soplo del viento,
al soplo del viento,
que hace esgrima con luces de cirios,
como con espadas de trémulo fuego,

Nuestro Amo está expuesto,
y la Santa Virgen, cubierta de joyas,
está en el crucero,
con su veste de tela de plata,
sonriendo
y ostentando en su diestra afilada
una gran camándula de vivos destellos,
y sortijas de antigua factura
prendidas al viejo marfil de sus dedos.
Anda, dile a la Virgen, Damiana,
que guarde tu almita de luz para el cielo.

Nuestro Amo está expuesto:
anda a visitarlo, Damiana. Te hincas
en el presbiterio;
ante el ascua de oro del altar bendito
rezas un padre-nuestro,
y le cuentas a Dios tus angustias,
tus deseos,
y le dices así: «Padre mío,
Tú formaste mi alma de diamante y quiero
seguir siendo en la vida un diamante,
para ser un diamante en el cielo
y acurrucarme
como un lucero
en la noche, que es el infinito
raso azul de tus santos joyeros.
Quiero ser un diamante,
y si las miserias y si el sufrimiento

vienen y obscurecen mis facetas diáfanas
para seguir siendo
diamante en la angustia, diamante en las lágrimas,
diamante en los duelos,
Tú, que sacas la luz de la sombra,
harás que me vuelvan todas las negruras
un diamante negro...»

¡Anda a ver a *Nuestro Amo,* Damiana,
anda a verlo!
¡Oye las campanas cómo cantan *Gloria*
in excelsis Deo!

Corre a la iglesia, retoño mío,
luz de mis años, flor de mis hielos...
Anda a ver a *Nuestro Amo,* Damiana,
Nuestro Amo está expuesto.

IV

TÚ VIENES CON EL ALBA

Tú vienes con el alba, por eso eres rosada;
tus ojos, que se acuerdan del trópico, son dos
gemelos del ensueño... ¡Mi almita enamorada,
que la ilusión te mime, que te bendiga Dios!

Mi verso fué paloma, paloma querellosa;
mas hoy turba es de abejas que giran en tropel,
buscando tus perfumes (¿acaso no eres rosa?),
libando en tus pistilos (¿acaso no eres miel?),

Un hada, mi madrina risueña y leve, un hada
que tuvo por alcázar el cáliz de una flor,
bendijo nuestras nupcias en fresca madrugada.
Yo me llamé *Tristeza,* me llamo hoy *Alborada;*
tú te llamaste *Infancia,* te llamas hoy *Amor.*

V

DE VUELTA

Salí al alba, dueño mío,
y llegué, marcha que marcha
entre cristales de escarcha,
hasta la margen del río.
¡Vengo chinita de frío!

De la escarcha entre el aliño,
era el dormido caudal
como un sueño de cristal
en un edredón de armiño.
(Emblema de mi cariño.)

Alegre estaba, señor,
junto a la margen del río,
alegre en medio del frío:
es que me daba calor
dentro del alma tu amor.

Te vi al tornar, mi regreso
esperando en la ventana,
y echó a correr tu Damiana
por darte más pronto un beso
—¿Por eso?—¡No más por eso!

VI

TAN RUBIA ES LA NIÑA QUE...

Tan rubia es la niña que,
cuando hay sol, no se la ve!

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas, y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

Si se asoma mi Damiana
a la ventana, y colora
la aurora su tez lozana
de albérchigo y terciopelo,
no se sabe si la aurora
ha salido a la ventana
antes de salir al cielo.

Damiana en el arrebol
de la mañanita se
diluye y, si sale el sol,
por rubia... no se la ve.

VII

CUANDO LLUEVE...

Ves, hija? Con tenue lloro
la lluvia a caer empieza.
—Sí, padre, y cayendo reza
como una monja en el coro.

—Damiana, hija mía,
ya enciende el quinqué;
yo tengo melancolía...
—Yo también ¡no sé por qué!

—Padre, el agua me acongoja;
vagos pesares me trae.
—Damiana, la lluvia cae
como algo que se deshoja.

—¿Oyes? Murmurando está
como una monja que reza...
—¡Damiana, tengo tristeza!
—Yo también... ¿Por qué será?

VIII

EXHALACIÓN

Cayó la tarde, y el taimado anhelo
que noche a noche la extensión explora
busca en vano la estrella donde mora
mi luminoso espíritu gemelo.

Como un ave de luz herida al vuelo,
que al caer bate el ala tembladora,
una blanca fotófuga desflora
la comba lapizlázuli del cielo.

¿Es lágrima de un dios ese astro errante?
¿Es «Ella» que dejó su edén distante
para buscarme en la existencia ingrata?

—Tú lo sabes, oh luna dulce y fría,
que trazas, dividiendo noche y día,
tu divino paréntesis de plata.

IX

DAMIANA SE CASA

Con mis amargos pensares
y con mis desdichas todas
haré tu ramo de bodas,
que no será de azahares.

Mis ojos, que las angustias
y el continuado velar
encienden, serán dos mustias
antorchas para tu altar.

El llanto, que de mi cuita
sin tregua brotando está,
tu frente pura ungirá
como con agua bendita...

—Señor, no penes; tu ceño
me duele como un reproche.
—¡Qué pálida estás, mi dueño!
—Es que pasé mala noche:
el amor me quita el sueño.

—¡Y te vas!...
—Me voy, es tarde,
me aguardan; el templo arde,
como un sol. ¡Tu mal mitiga,
Señor, y Dios te bendiga!
Damiana, que Dios te guarde...

X

SON LOS SUEÑOS QUE PASAN...

A veces tu recuerdo se condensa
en mil formas extrañas; huye el día,
y en rojo funeral, sobre la inmensa
extensión del azur, la tarde piensa,
y yo pienso con ella, vida mía.

¡Pienso en ti!
Cae el sol.
Alguien me nombra:
una voz—¡muy lejana!—de reproche;
y clavado de horror sobre la alfombra,
con los ojos abiertos en la sombra,
te busco entre los sueños de mi noche.

EL PRIMER SUEÑO

Y un sueño viene a mí. Cruza la sala
con vuelo de fantasma, y se divulga

un rumor ideal si bate el ala,
y es tan puro como una colegiala
vestidita de lino, que comulga:
¡La fe de mi niñez!

EL SEGUNDO SUEÑO

Oigo un escherso
inefable, que el ánima me arroba,
y otro sueño se acerca entre el disperso
enjambre, y es azul: el primer verso
que escribí, niño y trémulo, en mi alcoba...

EL TERCER SUEÑO

Y llega un sueño rosa—¡oh paraíso!—.
Y siento no sé qué dulces resabios.
Es el beso primer que, de improviso,
le dejé a una muchacha que me quiso,
cierta noche de abril, entre los labios.

EL CUARTO SUEÑO

Y luego un sueño púrpura. Ni el cielo
tan vivo luce cuando el sol navega...
Le conozco muy bien: ¡el primer celo!
¡Mas, si ya no sé odiar, si ya el Otelo
murió en mi corazón!
¡Qué tarde llega!

TÚ

Y por fin vienes tú; con el sedeño
pelo arropas mi frente atormentada,
y al oído me dices: —Pobre dueño,
lo mejor de mi ser es ser un sueño,
un copito de luz, un eco, nada...

Y suspiras: «¡Adiós!»; y en el tranquilo
azul, donde cada astro es como un broche
de trémulo cristal, hallas asilo;
mientras surge el menguante y, con su filo,
guillotina la testa de la noche.

XI

LA VIEJA CANCIÓN

I

Esta es la vieja canción
que, en una vieja guitarra,
un coplero, viejo y ciego,
a quien quiere oirla, canta:

«La Muerte es una madre,
la Vida una madrastra:
mortal, no te importe sufrir en el mundo,
el mundo es un *Valle de lágrimas.*»

«Resígnate a ser pobre
si pobre eres, y aguarda;
los pobres del mundo son los ricos del cielo,
los ricos allá no son nada.»

Esta es la vieja canción
que, en una vieja guitarra,
la Ilusión, viejo coplero,
a quien quiere oirla, canta.

II

Esta es la vieja canción;
mas por vieja ya no priva:
nadie escucha al pobre diablo
que la espeta en una esquina.

La Humanidad ya no sueña
y, de su fe desprovista,
más quiere un «¡ten!» aquí abajo
que dos «te daré» allá arriba.

III

Tú y yo, Damiana, los últimos
abencerrajes del Sueño,
somos acaso los solos
que oímos al pobre ciego.

La calle está solitaria,
la noche tiende en el cielo
sus alas imponderables,
agresivas de misterios.

Marchamos los dos del brazo
por el bulevar desierto,
y mientras que la canción
sigue sonando a lo lejos,
nos unimos en la sombra,
pensando: «Si fuera cierto...»

EL MAGO.—EL RETORNO.—CONDENACIÓN DEL LIBRO

I

EL MAGO

Yo marcho,
y un tropel de corceles piafadores
va galopando tras de mí.

Yo vuelo,
y me sigue un enjambre de condores
por la inviolada majestad del cielo.

Yo canto,
y las selvas de música están llenas,
y es arpa inmensa el florestal.
Yo nado,
y una lírica tropa de sirenas
va tras mí por el mar alborotado.

Yo río,
y de risas se puebla el éter vago,
como un coro de dioses.
Yo suspiro,
y el aura riza suspirando el lago;
yo miro, y amanece cuando miro.

Yo marcho, vuelo, canto, nado, río,
suspiro, y me acompaña el Universo
como una vibración: Yo soy el Verso,
¡y te busco, y me adoras, y eres mío!

II

EL RETORNO

Vuelvo, pálida novia, que solías
mi retorno esperar tan de mañana,
con la misma canción que preferías
y la misma ternura de otros días
y el mismo amor de siempre, a tu ventana.

Y elijo para verte, en delicada
complicidad con la Naturaleza,
una tarde como ésta: desmayada
en un lecho de lilas, e impregnada
de cierta aristocrática tristeza.

¡Vuelvo a ti con mis dedos enlazados
en actitud de súplica y anhelo,
—como siempre—y mis labios, no cansados
de alabarte, y mis ojos obstinados
en ver los tuyos a través del cielo!

Recíbeme tranquila, sin encono,
mostrando el deje suave de una hermana;
murmura un apacible: «Te perdono»,
y déjame dormir con abandono,
en tu noble regazo, hasta mañana...

III

CONDENACIÓN DEL LIBRO

EL PRELADO:

Condenamos este libro por exótico y perverso,
porque enciende sacros nimbos en las testas profanadas,
porque esconde, bajo el oro leve y trémulo del verso,
la dolosa podredumbre de las criptas blanqueadas.

Cierto: a veces algo emerge con virtudes misteriosas;
pero es más lo que se abate, lo que cede y se derrumba;
de la noche de estas rimas surgen raras mariposas;
pero son las agoreras mariposas misteriosas
que germinan en la tumba...

Y por tanto, Nos, Fidelio, por la gracia de la Sede Pontificia, Obispo *in partibus* de Quimera y Utopía, decretamos que este libro de tristeza y mofa, quede relegado a la ignominia y al olvido que precede
al abismo sin fronteras.

El Poeta:

Del abismo brota el día.

IX

EN VOZ BAJA

Alma, ven a ver mi alma sin ruido
que te quiero decir, así, al oído.

Madre, los muertos oyen mejor:
¡Sonoridad celeste hay en su caja!
A ti, pues, este libro de intimidad, de amor,
de angustia y de misterio, murmurado *en voz baja...*

EN VOZ BAJA

Favete linguis...
(HORACIO, Odas, III, 1, 2.)

I

QUISIERA

QUISIERA, noble hermana,
prender, en los encajes
del verso y de la prosa,
el alma triste, arcana,
sutil y misteriosa
que tienen los paisajes.

II

SILENCIO!...

UFANÍA de mi hombro,
cabecita rubia, nido
de amor, rizado y sedeño:
¡Por Dios, a nadie digas que tanto te nombro;
por Dios, a nadie digas que nunca te olvido;
por Dios, a nadie digas que siempre te sueño!

III

NO LE HABLÉIS DE AMOR

Es su faz un trasunto de ideal, tan completo!
¡Son sus ojos azules de tan raro fulgor!
Sella todos sus actos un divino secreto...
¡No le habléis de amor!

¡Es tan noble el prestigio de sus manos sutiles!
¡Es tan pálido el rosa de sus labios en flor!
Hay en ella el misterio de los viejos marfiles...
¡No le habléis de amor!

Tiene el vago embeleso de las damas de antaño,
en los lienzos antiguos en que muere el color...
¡No turbéis el silencio de su espíritu huraño!
¡No le habléis de amor!

IV

VIEJA LLAVE

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,

y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
solo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero,
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
nada es ya de lo que fué.

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
... y sin dientes, como una
vieja boca: si en mi hogar

ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal

de mi antigua casa obscura
(que en un día de premura
fué preciso vender mal).

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

V

HOJEANDO ESTAMPAS VIEJAS

DIME, ¿en cuál destas nobles catedrales,
hace ya muchos siglos —¡oh, Señora! —,
silenciosos, mirando los vitrales,
unimos nuestras manos fraternales
en la paz de una tarde soñadora?

Dime, ¿en cuál de los árboles copudos,
deste bosque, medrosos y desnudos,
oímos, en los viejos milenarios,
rugir a los leones solitarios
y aullar a los chacales testarudos?

Di si en esta enigmática ribera
me esperabas antaño, compañera,
sólo teniendo, en noches invernales,
por chal para tus senos virginales,
la húmeda y salobre cabellera.

¿En cuál destos torneos tus colores
llevé, y en cuál castillo tus loores
entonaron mis labios halagüeños?
Y si nunca te vi ni te amé viva,
¿por qué hoy vas y vienes pensativa?
por la bruma de nácar de mis sueños?

VI

RUEGO

A ANITA.

Fuí bueno para ti, como las rosas,
como el hilo de agua, como el día;
y te hice, en tus horas dolorosas,
la santa caridad de mi poesía.

En cambio, sé indulgente, como una
hermanita mayor; pon tu sonrisa
en esta lobreguez de mi fortuna...
¡Sé piadosa... como un rayo de luna!
¡Sé süave... como un soplo de brisa!

VII

TEL QU'EN SONGE

Ayer vino Blanca;
me miró en silencio,
y era más misteriosa que otras veces:
como se ven las cosas en los sueños...

Larga, largamente
me sonrió; pero
con la rara expresión con que sonríen
las bocas que miramos en los sueños...

¡Qué melancolías
en sus ojos negros!
¡Esas melancolías indecibles
que entristecen los rostros en los sueños...!

Me miró y se fué
con paso ligero,
más ligero que nunca: con el paso
con que andan los fantasmas en los sueños...

VIII

TAL VEZ

Este despego de todo,
esta avidez de volar,
estos latidos que anuncian
el advenimiento de la libertad;
esta pasión por lo arcano,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ¡como don Juan!

Esta nostalgia de mundos
¡ay!, que ni sé dónde están;
estas vislumbres de seres
y cosas sin nombre, que no vi jamás;
esta embriaguez de infinito,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ¡como don Juan!

Estos amagos de vértigo,
cual si mi espíritu ya
fuese flotando en el éter;
esta misteriosa sensación de paz,
estos perfumes de enigma,
me hacen a ratos pensar:
—Alma, tal vez estoy muerto
y no lo sé... ¡como don Juan!

IX

ES UN VAGO RECUERDO...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego, en la noche, desaparece;
que surge de un ignoto pasado;
que viene de muy lejos y como muy cansado;
que llega de las sombras de un tiempo indefinido;
un recuerdo de algo muy bello, que se ha ido
hace ya muchos siglos, hace... como mil años.
Sutiles añoranzas y dejos muy extraños...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego, en la noche, desaparece.

Es una vieja esencia que el alma me perfuma,
y que se desvanece después entre la bruma;
es el matiz de un pétalo de rosa desvaído;
es un resabio como de un gran amor, perdido
del tiempo en la frontera,
donde está lo que ha sido,
lo que fué y lo que era...

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego, en la noche, desaparece...

X

LA BELLA DEL BOSQUE DURMIENTE

Decidme, noble anciana, por vuestra vida:
¿yace aquí la princesa que está dormida,
esperando ha dos siglos un caballero?

—La princesa de que hablan en tu conseja
¡soy yo...!, pero, ¿no miras?, estoy muy vieja,
¡ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto
surqué... ¡Yo que he salvado montes y ríos
por vos!—¡Ay!, caballero, ¡qué desencanto!
... Mas no en balde por verme sufriste tanto:
tus cabellos son blancos ¡como los míos!

Asómate al espejo de esta fontana,
oh, pobre caballero... ¡Tarde viniste!
Mas, aún puedo amarte como una hermana,
posar en mi regazo tu frente cana
y entonar viejas coplas cuando estés triste.

XI

LANGUIDEZA

Yo no sé si estoy triste.
porque ya no me quieres
o porque me quisiste,
¡oh, frágil entre todas las mujeres!

Ni sé tampoco
si de ti lo mejor es tu recuerdo,
y si al adorarte fuí cuerdo
y si al olvidarte soy loco.

Un suave desgano
de todo amor invade el alma mía.
¡Qué grande y qué falaz era el oceano
en que nos internamos aquel día,
los ojos en los ojos y la mano en la mano!

Hoy siento que renace mi existencia
como una sutil convalecencia...
¡Llama soy que un suspiro apagaría!

Déjame junto a la ventana
sorprender en el lampo que arde
los pensamientos de la tarde,
las locuras de la mañana.

Si estoy enfermo, llamaré a la hermana:
a la hermanita azul y blanca (y pura),
cuya dulce vejez, aún lozana,
tiene la grave y plácida mesura
de Señora Santa Ana...

XII

EN LA ROCA MÁS HOSTIL

Clavó su castillo el conde
en la roca más hostil
del monte; como un milano
vivió en él, y murió allí.

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil,
y esquivas y silenciosas
proyectan en el turquí
de los cielos castellanos
su almenaje torvo y gris.

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil.

Conde, vuestros huesos áridos
tornáronse polvo y
ha siglos que nadie sabe
la tumba donde dormís.

Las crónicas que narraban
vuestros hechos en la lid,
son, en archivos obscuros,
manjar de insectos ruin.

Pero viven vuestras torres
berroqueñas, y su hostil
silueta, imperiosa y grave,
os evoca, conde, allí,
vestido de todas armas,
como gigante adalid.

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil.

Haber servido a su dama,
a su rey y a su país;
haber alzado una torre
en la roca más hostil;
haber confesado a Cristo,
besando su cruz morir...
¡quien sabe, conde, si al cabo
más vale esto que el trajín
y la historia de mi siglo,
que no acierta a donde ir,
que derriba y alza altares
con un ímpetu febril
y que, pudiéndolo todo,
no ha podido ser feliz!

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil.

... Pero no, mente influída
por los abuelos, no así
razones; ten fe en tu siglo,
que de uno en otro desliz,
que de uno en otro tanteo,
que de uno en otro sufrir,
que de uno en otro problema,
lleva en pos de excelso fin
su santo botón de enigma,
que en flor de luz se ha de abrir.

Luengos años duró el castillo,
sus rüinas duran ya mil.

Ven, clava tu pensamiento,
poeta, bajo el zafir
de los cielos, en la cresta
de la roca más hostil,
como almenaje de conde,
y erguido mantenlo allí,
luengos años más que el castillo
y más que sus rüinas, mil.

XIII

INMORTALIDAD

No, no fué tan efímera la historia
de nuestro amor: entre los folios tersos
del libro virginal de tu memoria,
como pétalo azul está la gloria
doliente, noble y casta de mis versos.

No puedes olvidarme: te condeno
a un recuerdo tenaz. Mi amor ha sido
lo más alto en tu vida, lo más bueno;
y sólo entre los légamos y el cieno
surge el pálido loto del olvido.

Me verás dondequiera: en el incierto
anochecer, en la alborada rubia;
y cuando hagas labor en el desierto
corredor, mientras tiemblan en tu huerto
los monótonos hilos de la lluvia.

¡Y habrás de recordar! Esa es la herencia
que te da mi dolor, que nada ensalma.
¡Seré cumbre de luz en tu existencia,
y un reproche inefable en tu conciencia
y una estela inmortal dentro de tu alma!

XIV

A LEONOR

Su cabellera es negra como el ala
del misterio; tan negra como un lóbrego
jamás, como un adiós, como un «¡quién sabe!»
Pero hay algo más negro aún: ¡tus ojos!

Tus ojos son dos magos pensativos,
dos esfinges que duermen en la sombra,
dos enigmas muy bellos... Pero hay algo,
pero hay algo más bello aún: tu boca.

Tu boca, ¡oh, sí!; tu boca, hecha divina-
mente para el amor, para la cálida
comunión del amor, tu boca joven;
pero hay algo mejor aún: ¡tu alma!

Tu alma recogida, silenciosa,
de piedades tan hondas como el piélago,
de ternuras tan hondas...
Pero hay algo,
pero hay algo más hondo aún: ¡tu ensueño!

XV

ENTONCES...

Eres helada como los metales,
y tu alma infantil y matutina
es clara aún como los manantiales:
ninguna imagen tiembla en sus cristales.
Pero, en llegando amor, serás divina.

Angélica y Oriana,
Melisandra y Cordelia,
Margarita y Ofelia
te llamarán hermana.

¡Oh! ¡Que no pueda yo, señora mía,
aguardar que el botón se vuelva rosa,
embotando del tiempo que me acosa
la tiranía!

Mas cuando empiecen esas soberanas
germinaciones de una savia loca,
ya regalarme no podrá tu boca
sino un beso de paz sobre mis canas.

XVI

INTERROGACIÓN

Si tus pálidas manos me bendicen,
iré, tras de la Esfinge, a los desiertos,
a preguntarle aquello que no dicen,
inexorables en callar, los muertos.

Dame el odre y la alforja; del romero
dame el nudoso báculo, pues quiero
ver esta misma tarde a la taimada,
¡y aunque sus uñas en mí clave airada,
sabré al fin por qué vivo y por qué muero!

No temeré tropiezos ni deslices,
ni emboscadas recelaré, ni vanos
espectros, si tú, Santa, me bendices
con tus pálidas manos...

—Mas.. ¿si calla la Esfinge?
—La encendida
noche respuesta me dará cumplida;
pues sé que no mintieron los poetas,
y que al cabo se acerca la venida
de *Aquél* que bajará de los planetas
a explicar el misterio de la vida!

XVII

DEPRECACIÓN A LA NUBE

Lleva en su cuello el cisne la inicial de *Süeño,*
y es como un misterioso sueño blanco que pasa;
¡pero es más misteriosa la nube, que se abrasa
en el poniente grave y en el orto risueño!

¡Nube, del invisible viento visible estela,
que eres cisne a la aurora, cuervo en la noche vana;
nube, de la veleta celeste prima hermana;
nube, que eres océano y onda y espuma y vela!

¡Nube, sé mi madrina! Baja piadosa, y viste
de transfiguraciones todo lo que en mi dude,
todo lo que de obscuro en mi cerebro existe.
Sea yo luminoso por lo que he sido triste,
aunque después, la racha que sopla, me desnude.

XVIII

VISIÓN

MELANCÓLICAMENTE
al tornar el rebaño
en la tarde tranquila,
dilata en el ambiente,
sobre el paisaje huraño,
con un intermitente
sonido que hace daño,
su vibración la esquila.

Dirígense al paseo
lo ciegos del hospicio,
seguidos de un hermano
que, con leve deseo,
va rezando el oficio,
mientras el parloteo
de la turba sin juicio
despierta el eco vano...

El ala pasajera
de nubecilla errante
proyecta sombra móvil
sobre la carretera,

por donde, resonante,
aparece en carrera,
febril, como gigante
batracio, un automóvil.

Desconcierto provoca
en los niños, su agudo
resollar repentino,
mientras que, visión loca,
pasa el *chauffeur* peludo,
con su aspecto de foca
o de buzo lanudo
devorando el camino...

Los ciegos olfatean
la estela vagarosa
del monstruo: la pupila
dilatan; parpadean
con rapidez nerviosa,
... y, al fin, quietos, pasean
su noche misteriosa
por la tarde tranquila.

XIX

NOVISSIMA VERBA

Yo no sé si la muerte pondrá un sello
de nobleza mayor a esto que escribo;
si tendré el privilegio de que exclamen:
«Murió después de haberlo escrito...
Se formó un cabezal para su sueño
postrer, con este libro...»

Pero, muerto o viviente, soy fantasma.
¡Somos fantasmas nada más, amigo!
El alma universal que nos anima
en los cuerpos encarna de contino
para sentirse y escucharse en ellos,
y son las existencias el efímero
«aquí estoy», las materializaciones
fugaces, el furtivo
disfraz de lo que vive tras la sombra
de Aquello que se emboza en el abismo,
de Aquello que resume el universo
de lo Inefable, de lo que es, ha sido
y por siempre será...
Mi buen hermano,
oye con atención esto que digo,
y que no te conturbe: ¡Dios sí existe!
... ¡Nosotros somos los que no existimos!

XX

YO ESTABA EN EL ESPACIO

Yo estaba en el espacio.
¿En qué punto? ¡Quién sabe!
El espacio es un círculo,
cuyo centro se halla en todas partes
y su circunferencia
en ninguna.

Yo estaba en alma y carne
en el espacio, libre y poderoso
como un ángel.

En mi torno bogaban los estrellas,
las estrellas gigantes,
como una imponderable flota de oro
incendiada, en un mar imponderable.

Recuerdo de dos soles,
verde el uno y el otro blanco; errantes
el uno eternamente en pos del otro,
buscándose los dos sin encontrarse.
¡Qué esmeralda!
¡Qué diamante!
¡Qué milagro de blancuras impolutas!
¡Qué prodigio de verdes ideales!

Recuerdo de un cometa
enorme, de verdosas tenuidades,
cuya cauda tenía
la forma de un alfanje
y que, bohemio sideral, cruzaba,
ingrávido, las noches inmutables,
sembrando acaso gérmenes de vida
en planetas distantes...

Y recuerdo de un sol sin sistema,
solitario coloso radiante,
que alumbraba tan sólo el vacío,
como fuego ya inútil, que arde.

Y recuerdo de soles extintos,
que en siniestro enjambre,
arrastraban sus negros planetas
en donde pensaron las humanidades...
¡Sus negros planetas helados!
¡Sus negros planetas cadáveres!

¡Oh!, no sé cómo estoy vivo ahora
después de ese viaje;
¡no sé cómo me atrevo a escribirlo!
Rojo padre Dante,
¡tú no viste las cosas tremendas
que me fué dado ver, rojo Padre!

Surgió una voz de pronto, que me dijo: «¡Detente!»
(Surgió dentro de mi alma, porque el espacio es mudo.)
Y me detuve lleno de horrores, y mi mente
quiso exhalarse en una plegaria, mas no pudo.

«¡Detente, un sol avanza por su órbita. Pudiera
cruzarse con tu ruta la línea misteriosa
que sigue, y como pluma que cae en una hoguera,
como perla de ámbar, como gota de cera,
fundir tu cuerpo en esa fotósfera espantosa!»

La estrella, en tanto, crecía,
y a medida que avanzaba,
el infinito invadía
y se desredondeaba
en tremendas explosiones,
en inmensas convulsiones;
y yo, viéndola, inmóvil estaba.

Pronto mi ángulo visual
fué a la estrella tangencial;
y aprecié la mole aquella:
¡Cuán terrible, mas cuán bella!
¡Oh, cuán bella era la estrella,
roja dalia sideral!

Me olvidé de mis temores
ante aquella portentosa
visión, y cual mariposa
que enloquecen los fulgores,

quise mis alas quemar
en el inmenso crisol,
en su pos quise volar...
Mas, ¡ay!, al irlo a intentar
¡ya había pasado el sol!

Un dios misterioso y fuerte,
que, como juglar divino,
en el éter se divierte,
lanza y recibe contino
sus enjambres de cometas,
de soles y de planetas,
en perenne torbellino.

Y a tales juegos y a tal
torbellino, la ilusión
de un inglés original
llamó la *Ley de atracción,*
de atracción universal.

Mas yo que ese juego vi,
yo que al juglar admiré,
raro canto le ofrecí,
más raro libro pensé;
y el canto... ¡lo traigo aquí!,
y el libro... ¡lo escribiré!

LA SOMBRA DEL ALA

I

LA SOMBRA DEL ALA

Tú que piensas que no creo
cuando argüimos los dos,
no imaginas mi deseo,
mi sed, mi hambre de Dios;

ni has escuchado mi grito
desesperante, que puebla
la entraña de la tiniebla,
invocando al Infinito;

ni ves a mi pensamiento,
que, empeñado en producir
ideal, suele sufrir
torturas de alumbramiento.

Si mi espíritu infecundo
tu fertilidad tuviese,
forjado ya un cielo hubiese
para completar su mundo.

Pero di, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por dondequiera
su torturador «¿quién sabe?»

Que vive ayuna de fe
y, con tenaz heroísmo,
va pidiendo a cada abismo
y a cada noche un *¿por qué?*

De todas suertes me escuda
mi sed de investigación,
mi ansia de Dios, honda y muda,
y hay más amor en mi duda
que en tu tibia afirmación.

II

¡MUERTA!

En vano entre las sombras mis brazos, siempre abiertos,
asir quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!
¡Oh! Padre de los vivos, ¿adónde van los muertos,
adónde van los muertos, Señor, adónde van?

Muy vasta, muy distante, muy honda, sí, muy honda,
¡pero muy honda!, debe ser, ¡ay!, la negra onda

en que navega su alma como un tímido albor,
para que aquella madre tan buena no responda
ni se estremezca al grito de mi infinito amor.

Glacial, sin duda, es esa zona que hiende. Fría,
¡oh, sí!, muy fría, pero muy fría debe estar,
para que no la mueva la voz de mi agonía,
para que todo el fuego de la ternura mía
su corazón piadoso no llegue a deshelar.

Acaso en una playa remota y desolada,
enfrente de un océano sin límites, que está
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada
los torvos horizontes escruta con mirada
febril, buscando un barco de luz que no vendrá.

¡Quién sabe por qué abismos hostiles y encubiertos
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán!
¡Quién sabe por qué espacios brumosos y desiertos!
¡Oh, Padre de los vivos, adónde van los muertos,
adónde van los muertos, Señor, adónde van!

Tal vez en un planeta bañado de penumbra
sin fin, que un sol opaco, ya casi extinto, alumbra,
cuitada peregrina, mirando en rededor
ilógicos aspectos de seres y de cosas,
absurdas perspectivas, creaciones misteriosas,
que causan extrañeza sutil y vago horror,

Acaso está muy sola. Tal vez mientras yo pienso
en ella, está muy triste; quizás con miedo esté.
Tal vez se abre a sus ojos algún arcano inmenso.
¡Quién sabe lo que siente, quién sabe lo que ve!

Quizá me grita: «¡Hijo!», buscando en mí escudo
(¡mi celo tantas veces en vida la amparó!),
y advierte con espanto que todo se halla mudo,
que hay algo en las tinieblas, fatídico y sañudo,
que nadie la protege ni le respondo yo.

¡Oh, Dios! ¡Me quiso mucho; sus brazos siempre abiertos,
como un gran nido, tuvo para mi loco afán!
Guiad hacia la Vida sus pobres pies inciertos...
¡Piedad para mi muerta! ¡Piedad para los muertos!
¡Adónde van los muertos, Señor, adónde van!

III

LA VIEJA CANCIÓN DE LOS CINTILLOS DEL HADA

Dióme el Hada un cintillo de topacios
en que un alma de oro se deslíe,
y los topacios me dijeron: «¡Ríe!»

¡Oh, buena Hada, que Dios multiplique
el tesoro de vuestra alegría!

Me dió el Hada un cintillo de esmeraldas,
y en el aro (de vieja plata era)
cada esmeralda murmuraba: «¡Espera!»

¡Oh, buena Hada, Dios os conserve
la santa virtud teologal!

Dióme el Hada un cintillo de amatista,
la santa piedra episcopal, y empieza
la amatista a decirme: «¡Reza, reza!»

¡Oh, buena Hada, Dios premie
el fervor de vuestra oración!

Mas el Hada un cintillo de zafiros
me dió, entre melancólica y risueña,
y los zafiros me dijeron: «¡Sueña!»

¡Oh, noble Hada, Dios vigorice
vuestras alas para todas las ensoñaciones!

Y después, en un trémulo cintillo,
dióme el Hada un rubí como una llama,
y el trémulo rubí me dijo: «¡Ama!»

¡Oh, hermosa Hada, que vuestro
gentil caballero, Reinaldo, Oberón,
Tanhauser, no falte jamás
a vuestra cita!

Mas el Hada partió, y en la ribera
un ópalo arrojóme, con un grave
«Adiós», y dijo el ópalo: «¡Quién sabe!»

¡Oh, buena Hada! ¿Tendrá Dios piedad de nosotros?

IV

AL VIENTO Y AL MAR

Poco sé decir,
poco sé pensar:
al viento y al mar
les voy a pedir
mi nuevo cantar.
¡Al viento y al mar!

Al agua y al viento
fío el pensamiento
de mis nuevas rimas
(¡oh, mar, cuéntame un cuento!);
a la onda enorme
y a la racha informe,
a cimas y a simas.

¡Oh, viento, compadre
de mi veleidad!

¡Oh, gran onda, madre
de la Humanidad!
Quiero, viento y onda,
vuestra poesía...
(¡Viento, cuéntame un cuento!)

¡Oh, mar, dame un ritmo de belleza rara,
dame tu sal para
mi descubrimiento,
y un rumor que arrulle mi melancolía.

V

POURQUOI FAIRE?

Por qué ir a otra estrella!
¡Qué veremos en ella!
Lucha, injusticia y llanto (si hay una Humanidad);
paisajes semejantes a los deste planeta:
bellos, cuando fingidos por mente de poeta;
pero tal vez monótonos, tristes, en realidad.

¡Por qué ir a otra estrella!
¡Qué veremos en ella!
¡No te dará ninguna lo que buscando vas!
Todos esos planetas que al sabio maravillan,
¡qué son sino pedruscos que a la luz del sol brillan,
pedruscos nada más!

¡Por qué ir a otra estrella!
¡Qué veremos en ella!
Si en ésta hay noches pródigas de tinieblas y horror,
suframos sin reproches,
poniendo en esas noches
la casta lucecita de nuestro viejo amor.

VI

A UN PROMETEO

El proverbio latino harta razón tenía:
Non est magnum ingenium sine melancholia!

Un halo misterioso de inefable tristeza,
¡oh, titán dolorido!, circunda tu cabeza,
y bajo de tu frente predestinada y mustia,
no sé lo que es más grande, si tu genio o tu angustia.

Yo no puedo emularte ni en el bien ni en el daño:
¡Para sentir, amigo, no soy de tu tamaño!
¡Y a veces basta un rayo de sol, basta una rosa
para alegrarme... tanto como a una mariposa;
y el gemido del viento y el día que se viste
de nubes, y hasta un poco de amor, me ponen triste!

Tu altura llama al rayo, y a ti y al monte llega
primero el rayo. A tu alma la fatalidad griega
le sienta bien: el odio de un dios, la peña sola
donde espumarajean las iras de la ola.

Aléjate de un siglo nervioso, inquieto, móvil,
en que el viejo Mercurio se trocó en automóvil,
y Jove reina, pero cambiando en lluvia de oro;
en donde las oceánidas que cantaban en coro
dejaron las salobres caricias de sus mares
por París, prefiriendo los grandes bulevares
a la onda piadosa que cantaba al mecerlas,
y conservando sólo su afición a las perlas...

¡Aléjate! Ya el mundo no conoce a los grandes.
Te quedan tus montañas: tu Cáucaso, tus Andes,
tus incontaminados y quietos Himalayas,
en los que ni las nubes sepan adonde vayas.

UN LIBRO AMABLE

I

¡ESTÁ BIEN!

Porque contemplo aún albas radiosas
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas:
en que tiembla el lucero de Belén,
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas:
gracias, ¡está bien!

Porque en las tardes, con sutil desmayo,
piadosamente besa el sol mi sien,
y aún la transfigura con su rayo:
gracias, ¡está bien!

Porque en las noches una voz me nombra
(¡voz de quien yo me sé!), y hay un edén
escondido en los pliegues de mi sombra;
gracias, ¡está bien!

Porque hasta el mal en mí don es del cielo,
pues que, al minarme va, con rudo celo,
desmoronando mi prisión también;
porque se acerca ya mi primer vuelo:
gracias, ¡está bien!

II

PAPÁ ENERO...

PAPÁ Enero, que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que sin embargo remueves
el celo ardiente de los gatos):

guarda en tu frío protector
el cuerpo y el ánima en flor
de mi niña de ojos azules
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor).

Mantén sus ímpetus esclavos;
mantén heladas sus entrañas
(como los *fiords* escandinavos
en su anfiteatro de montañas).

Pon en su frente de azahares
y en su mirar, hondo y divino,
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y claridad de lago alpino.

III

SENSACIONES DE ANTAÑO

En las tardes de Mayo,
después de la tormenta,
cuando el ambiente húmedo
trasciende a arcilla fresca,
nostálgico de antiguas
sensaciones de América,
desearía ir por calles
espaciosas, desiertas,
en donde hubiera casas
limitadas por rejas;
y tener una novia
que con la cabellera
mojada aún del baño,
me aguardase en la verja,
entre las campanillas
de las enredaderas.

O bien, en la ventana
de una casa de hacienda
leer alguno de esos
libros, en que se cuentan
aventuras de príncipes
perdidos en la selva;
mientras que las crecientes
que avanzan por las quiebras,
espumarajeando
de rabia entre las peñas,
arrastran desgajadas
ramazones, y reinan
en la atmósfera, vasta
palpitación eléctrica,
perfumes de resinas
y aliento de mareas.

IV

A CARMEN

Tu nombre es un verso,
dos versos tus ojos,
mil versos anidan de tus rizos negros
en el alboroto.

Tus dieciséis años son dieciséis versos:
dos octavas reales que cantan en coro,

y tus frescos labios, tus primaverales
labios de cerezas, un dístico rojo.
¡Feliz quien te diga «mi Carmen», y firme
tan lindo poema con besos gloriosos!

V

A LIB

LIBIO, yo estoy prendado de tal modo
de la naturaleza peregrina,
que ansiando en mi amor loarlo todo,

le grito *¡bis!* al ruiseñor que trina,
¡olé! a la onda que cuajó en espuma
y *¡hurra!* al sol que calienta y que ilumina.

¡Gracias! digo al clavel que me perfuma
o al lirio que brotó bajo mi planta,
y *¡bravo!* a la oropéndola que empluma.

Una estrellita azul, que se levanta
en mi alma, a raudales su luz vierte,
y a su influjo en mi vida todo canta,
y en éxtasis camino hacia la muerte.

VI

LOS PAPELILLOS DE COLORES

Los papelillos de colores
que de los altos corredores
lanzan al aire los chicuelos
como bandadas caprichosas,
en sus impensados vuelos
se figuran que son mariposas.

¡Cierto, los papelillos de colores
se figuran tropel de mariposas!

Que tienen alas imaginan;
locos los vuelve aquel momento
en que parece que dominan
el tenue y móvil elemento;
y en su embriaguez de vida nueva,
no creen que es el viento el que los lleva,
sino ellos que bogan por el viento.

¡Con qué deleite a los fulgores
del sol, en giros mil se mueven.
¡Insensatos, si hasta se atreven
a besar a las flores!

... ¡Claro, después de todo,
los pobres, estrujados,
van a parar al lodo,
y son pisoteados
allí... después de todo!

Breves fueron sus galas
y el favor de los vientos.
... Pero mueren contentos,
porque creyeron tener alas.

VII

JUBILEO NUPCIAL

(Improvisación para ser recitada por la niña Carmela Padilla Nervo, en las bodas de plata de sus padres don Luis G. Padilla y doña Angela Nervo de Padilla.)

VEINTICINCO años de amor,
rendidos, nobles, constantes...
son veinticinco diamantes
de incomparable fulgor...!

Son un joyel y un emblema
de los más puros y bellos;
son, en tus sienes, destellos
de la más rica diadema.

¡De tu íntima y noble historia
son veinticinco eslabones;
son veinticinco escalones
para llegar a la gloria!

Son veinticinco claveles
de fe, alegría y paz...
y juntos, forman un haz
que destila ricas mieles...

¡Feliz tú, que siempre fijos
en nosotros tus cuidados,
como retoños preciados
ves florecer a tus hijos!

Todos ¡madre! te decimos
con el más dulce reclamo,
y para formar un ramo
en torno a ti nos reunimos.

Y con la dulce cantiga
de amor que en nosotros arde,
rezamos: ¡Dios te bendiga,
madre amada, Dios te guarde...!

VIII

LAS HISTORIAS VIEJAS

Vástago de mi tiempo y de mi gente,
amo al siglo cual es: irreverente,
razonador, nervioso y altanero.
No más ritos ni dogmas ni consejas
ni fantasmas de espíritu...
—Sí, pero
a mí me gustan las historias viejas.

No me llevéis al pie del deslabrado
muro, no me llevéis junto al osado
castillo en ruinas, en cuyas bermejas
torres canta el misterio del pasado,
porque me gustan las historias viejas.

Que si murió Isabel en una estancia;
que si el rey don Fernando, al ir a Francia
por su bella Germana,
veló en la otra; que si doña Juana,
ya loca de remate,
hizo aquí algún sublime disparate
de amor, pensando en su Archiduque hermoso;
que si Carlos, el César poderoso,
con sus damasquinadas armaduras

estremeció estas cámaras obscuras;
o que si en el nocturno
silencio, don Felipe el Taciturno
a la de Eboli espió tras esas rejas...

No, no me digáis tal, si embebecido
mirarme no queréis, que estoy perdido
de amores, ¡ay!, por las historias viejas.

IX

PANORAMA

Un parque inmenso
con sus glorietas,
sus avenidas
y sus misterios.

Un verde estanque
con su agua inmóvil,
con sus barquillas
y con sus ánades.

Una montaña
con su castillo,
con su leyenda,
con su fantasma.



Una princesa
por entre el bosque,
junto al estanque,
tras de la almena.

Y sobre de ello,
princesa, bosque, castillo, estanque,
flotando apenas,
mi ensueño.

X

QUIMERA

Cuando con alas cándidas
hasta la tierra llegues,
a recoger mi espíritu
bajo los níveos pliegues
de tu impalpable túnica
bordada de fulgor
—oh, tú la esposa mística
por tanto tiempo ausente—,
y que con labios flúidos
poses sobre mi frente
glacial los santos ósculos
de su inmutable amor;

cuando los dos, impávidos,
por fin, ¡por fin! unidos
volemos, como aljófares
de un cáliz desprendidos,
como diamantes trémulos
al éter ideal;
y en redor nuestro, fúlgidos,
graviten los planetas
con grandes curvas rítmicas,
y vuelen los cometas
—viajeros enigmáticos
que envuelve un manto real—,

entonces, ¡oh seráfica
novia que esperé tanto,
oirás la estrofa única
que no cantó mi canto
en este mundo pálido
y erial donde nací;
la estrofa que los ángeles
gorjeaban en mi cuna
(celeste y melancólica
como un rayo de luna)
y que jamás sacrílego
dije a mujer alguna,
guardándotela, incólume
como la luz, a ti!

XI

MIS MUERTOS

Vita mortuorum in memoria
ivorum ets posita.
CICERÓN

ALMA, yo estoy unido con mis muertos,
con mis muertos tranquilos e inmutables,
con mis pálidos muertos
que desdeñan hablar y defenderse,
que mataron el mal de la palabra,
que solamente miran,
que solamente escuchan,
con su oído invisible y con sus ojos
cada vez más abiertos, más abiertos,
en la inmóvil blancura de los cráneos;
que, en posición horizontal, contemplan
el callado misterio de la noche,
y oyen el ritmo de las diamantinas
constelaciones en el negro espacio.

¡Yo vivo con la vida que mis muertos
no pudieron vivir. Por ellos hablo,
y río por lo que ellos no rieron,
y por lo que ellos no cantaron canto,
y me embriago de amores y de ensueño
por lo que ellos no amaron ni soñaron!

—Este beso, me digo, es por Honorio,
que tanto ansió los besos; y por Claudio,
que amó tanto los versos, esta estrofa
recitaré en los bordes de este lago.
Por Antonio, sediento de la sangre
del viejo vino, vaciaré mi vaso;
por Clara, que en las fiestas fué dichosa,
asistiré a los bailes y saraos,
y he de vivir en éxtasis por Blanca
que en éxtasis vivía; y remirando
me pasaré, los lirios y las rosas,
por Berta, que gozaba en cultivarlos
y a quien cortó la muerte, como a lirio,
o como a rosa mística, ha diez años...

Mientras yo viva vivirán mis muertos
y oiré en la sombra, que me place tanto,
su voz sutil que me murmura: «¡Gracias!»
su tenue acento que me dice: «¡Amado!»

XII

TRAGEDIA

La luna, gibosa, untaba
su luz sobre los *parterres,*
y el estanque nacaraba.
Un gato negro maullaba,
maullaba con muchas erres.

(¿No es una cosa muy oportuna,
en versos funambulescos,
pintar con trazos grotescos
a los gatos y a la luna?)

Surgían cantando en corro
las fuentes—hervor de plata—
y era cada leve chorro,
bajo su irisado gorro,
flautín de una serenata.

La rotonda de Carrara
se asomaba a la extensión
del estanque, como para
copiar en el agua clara
su ágil gracia de Trianón.

Y en los boscajes inciertos
en que temblaban los nidos,
los dioses de mármol, yertos,
aunque con ojos abiertos,
ha un siglo estaban dormidos.

Cité a mi ilusión allí,
porque aquella *mise en scène*
Luis XV cuadraba bien,
muy bien al ensueño, y

la locuela celestial
me envió a decir con la luna:
«No puedo ir, estoy mal;
un ángel me ha roto una
de mis alas de cristal.»

XIII

ORO Y PLATA

Lo sé: la Vida pasa nevando en nuestra frente
con sus lentas nevadas, cuyo armiño luciente
ya no se funde nunca... Blanquea nuestro pelo
el polvo del camino, como dijo Logfellow,
y acaso hay en mis sienes algún rizo de plata.

«Dejad que lo cortemos», piden riendo Cata
y María. Yo aplaco las actitudes fieras
con que mueven sus dedos las felonas tijeras,
y enfadado respondo: «¡Locuelas, más respeto!

Cada una de estas hebras esconde mi secreto.
¿No os parece cortarlas harto cruel cautela,
si son como un camino, si son como una estela,
si son como un retoño
de paz, como pistilos de la flor de mi otoño?

»No las cortéis, ¡oh Cata!; no las cortéis, María,
porque pensáis que acusan irreparables daños:
que sienta bien al oro de mi sabiduría
la plata de mis años.»

XIV

NO ME MUEVE, MI DIOS, PARA QUERERTE

Señor, sin esperanza de un bien terreno
ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno, en nombre de la belleza,
del ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Yo quiero estar sereno, siempre sereno,
como la santa madre Naturaleza
en las tardes de otoño, con la realeza
de un mar que late en calma como un gran seno.

Y quiero amarte sobre seres y cosas,
porque de las criaturas esplendorosas
eres el Arquetipo y el Soberano,

porque encarnas en todas las mujeres hermosas,
porque enciendes los astros y perfumas las rosas
y dilatas la hondura del rebelde Oceano,

XV

LA CANONESA

Os idolatro, marquesa,
de mi alma hicísteis presa:
ya sólo vuestra será.
¿Y vos?
—¡No sé qué dirá
mi tía la canonesa!

—De obediencia sois modelo;
mas vos, decid, vos, ¿me amáis?
¡Oh, sí!, ya que me dejáis
mirar, mirándoos, el cielo.

¡No me retardéis, pues, esa
blanca mano, reina mía!
—¿Y si no place a mi tía
la canonesa?

—Le placerá, ¡vive Dios!
... y perdonadme, Clarisa,
si he jurado desta guisa
estando cerca de vos...
Mas, ¡ay!, que mi alma os ansía,
y vos os mofáis así...

—Yo os amara; ¿pero y
la canonesa mi tía?

—¡Ingrata!, y aún apura
de su sarcasmo el rigor,
¡y ni la entibia mi amor
ni la mueve mi ternura!
Pues bien: muera yo, y que aquí
termine ya mi agonía...

—No, no hagáis tal, por mi tía
la canonesa... (¡y por mí!)

XVI

EPITALAMIO

A S. M. el Rey (1).

I

Señor: todos los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
contaban de las bodas de un Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril rïente,
con la bella Pricesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.

(1) Leído por su autor en el Ateneo de Madrid la noche de 28 de Abril de 1906.

Y estampas luminosas mostraban, ya a los dos
recibiendo en el templo la bendición de Dios,
ya, en una perspectiva de ensueño, a los fulgores
del sol, los milagrosos cortejos de colores:
Infantas de pureza lilial y ojos azules,
cubiertas de brocados, de joyas y de tules;
Abades, con su adusta comunidad, vestida
de blanco y negro (sombras y luz: ¡como la vida!);
Señores y Embajadas, radiantes de oro y plata,
morados Arzobispos o Nuncios escarlata...

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales,
siempre de esta manera: «Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos Príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años.»

II

Señor: Rey de una tierra de clásica hidalguía
en donde, en otros tiempos, el sol no se ponía,
Rey de esta madre Patria que miran como hijos
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos
hoy en ella sus ojos obscuros, con amor;
descendiente de claros monarcas, ¡oh Señor!,
en vos miramos todos los hijos de la Grey
hispana al joven símbolo de la raza. Sois Rey

aún, en cierto modo, de América, como antes;
Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes
melifique los labios y cante en las canciones
de dieciocho Repúblicas y cincuenta millones
de seres; mientras rija las almas y la mano
el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
Rey, mientras que una boca, con celeste reclamo,
pronuncie en nuestra lengua sin par un «¡Yo te amo!»;
Rey, mientras de unos ojos o de unos labios brote
ya el llanto, ya la risa, leyendo a *Don Quijote;*
Rey, mientras que no olviden, al palpitar las olas,
el ritmo que mecía las naos españolas;
Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
como un baluarte para defender el derecho;
Rey, como cuando el manto de torres y leones,
cobijaba dos mundos como dos corazones;
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta.

III

Señor: aquesta rima que os trae mi labio ufano,
que siempre se gloría de hablar el Castellano,
es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
el lírico homenaje de mi México amada;

de México, sirena que en dos mares se baña,
y a quien nuestros abuelos llamaron «Nueva España»,
porque en ella encontraron la imagen de este suelo:
la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo.

IV

Señor, como en los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
celebráis vuestras bodas, vos, Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril rïente,
con la bella Pricesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.

¿Qué desear ahora para vuestro contento
sino que todo acabe también como en un cuento,
y pueda repetirse con las sacramentales
palabras de los cuentos:
«Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos Príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años?»

XVII

EL VIEJO SOLAR

Oh, las torres cuadradas, en la paz de la villa!
¡Oh, las lomas bermejas y el panzudo batán!
¡Oh, severo paisaje del solar de Castilla,
con tus diáfanos cielos y tu tierra amarilla
y ambiente vasto, como para un inmenso afán!

Silueta de mancebo, que, cuando el surco labras,
del claro azul recortas tu agraria majestad;
torreones cenicientos al borde de las abras;
rebaños resonantes y trémulos de cabras,
que en la apacible tarde volvéis a la ciudad.

Toledo, altiva y prócer; Valladolid, Segovia,
Avila cinta en torres, ascético Escorial,
Burgos huraña, cuya viril tristeza agobia...
¡Oh!, tierra de Castilla, te quiero como a novia:
a mi esquivez complaces, y en ti está bien mi mal.

X

SERENIDAD

AUTOBIOGRAFÍA

Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones,
allí están mis poemas: yo, como las naciones
venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia: nunca me ha sucedido nada,
¡oh noble amiga ignota!, que pudiera contarte.

Allá en mis años mozos, adiviné del Arte
la armonía y el ritmo, caros al Musageta,
y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.
—¿Y después?
—He sufrido como todos y he amado.
—¿Mucho?
—Lo suficiente para ser perdonado...

APACIBLEMENTE

*Tene te primo in pace & tunc
pateris alios pacificare.*
(KEMPIS, lib. II, cap. III-I)

I

PRIMERA PÁGINA

He desdeñado todo lo pequeño
y tranquilo, enigmático, risueño,
paso la vida mía
hilando la hebra de oro de mi ensueño
en la rueca de mi melancolía.

II

MEDIUMNIDAD

Antrum adjuvat vatem

Si mis rimas fuesen bellas,
enorgullecerme dellas
no está bien,
pues nunca mías han sido
en realidad; al oído

me las dicta... ¡no sé *quién!*
Yo no soy más que el acento
del arpa que hiere al viento
veloz,
no soy más que el eco débil,
ya jubiloso, ya flébil,
de una voz...

Quizás a través de mí
van despertando entre sí
dos almas llenas de amor,
en un misterioso estilo,
y yo no soy más que el hilo
conductor.

NOTA DEL AUTOR.—Gran número de altos poetas han confesado el carácter mediumnímico de su inspiración.

Alfredo de Musset dijo:

«On ne travaille pas: on écoute; c'est comme un inconnu qui vous parle à l'oreille.»

Y Lamartine:

«Ce n'est pas moi qui pense, ce sont mes idées qui pensent pour moi.»

Y nuestro exquisito Gutiérrez Nájera expresó con delicado acierto:

Yo no escribo mis versos; no los creo:
Viven dentro de mí, vienen de fuera:
A ése, travieso, lo formó el deseo;
A aquél, lleno de luz, la Primavera.

III

SOLIDARIDAD

Alondra, ¡vamos a cantar!
Cascada, ¡vamos a saltar!
Riachuelo, ¡vamos a correr!
Diamante, ¡vamos a brillar!
Aguila, ¡vamos a volar!
Aurora, ¡vamos a nacer!
¡A cantar!
¡A saltar!
¡A correr!
¡A brillar!
¡A volar!
¡A nacer!

IV

OPTIMISMO

No sé si es bueno el mundo... No sé si el mundo es malo;
pero sé que es la forma y expresión de Dios mismo.
Por eso, ya al influjo de azote o de regalo,
nada en el fondo extingue mi tenaz optimismo.

Santo es llorar... y lloro si tengo alguna pena;
santo es reír... y río si en mi espíritu hay luz;
mas mi frente se comba siempre limpia y serena
ya brille al sol, o ya sude hielo en la cruz.

V

SOSIEGO

Ultra limen.

Más allá de la impaciencia
de los mares enojados,
la tranquila indiferencia
de los limbos irisados
y la plácida existencia
de los monstruos no soñados.

Más allá de la violencia
de ciclones y tornados,
la inmutable trasparencia
de los cielos estrellados...

Más allá del río insano
de la vida del bullir
pasional, el Oceano
Pacífico del morir...
Con su gris onda severa,

con su inmensa espalda inerte
que no azota volandera
brisa alguna...
¡Y mi galera
de ébano y plata, se advierte
sola, en el mar sin ribera
de la Muerte!

VI

LA MONTAÑA

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
muriendo van en mi alma temores y ansiedad:
la Vida se me muestra con amplias y severas
perspectivas, y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad.

Comprendo al fin el vasto sentido de las cosas;
sé escuchar en silencio lo que en redor de mí
murmuran piedras, árboles, ondas, auras y rosas...
Y advierto que me cercan mil formas misteriosas
que nunca presentí.

Distingo un santo sello sobre todas las frentes;
un divino *me fecit Deus,* por dondequier,
y noto que me hacen signos inteligentes
las estrellas, arcano de las noches fulgentes,
y las flores, que ocultan enigmas de mujer.

La Esfinge, ayer adusta, tiene hoy ojos serenos;
en su boca de piedra florece un sonreír
cordial, y hay en la comba potente de sus senos
blanduras de almohada para mis miembros llenos
a veces de la honda laxitud del vivir.

Mis labios, antes pródigos de versos y canciones,
ahora experimentan el deseo de dar
ánimo a quien desmaya, de verter bendiciones
de ser caudal perenne de aquellas expresiones,
que saben consolar.

Finé mi humilde siembra; las mieses en las eras
empiezan a dar fruto de amor y caridad;
se cierne un gran sosiego sobre mis sementeras;
mi andar es firme...
¡Y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad!

VII

VENGANZA

HAY quien arroja piedras a mi techo, y después
hurta hipócritamente las manos presurosas
que me dañaron...
Yo no tengo piedras, pues
sólo hay en mi huerto rosales de olorosas
rosas frescas, y tal mi idiosincrasia es,
que aun escondo la mano tras de tirar las rosas.

VIII

VIA, VERITAS ET VITA

VER en todas las cosas
de espíritu incógnito las huellas;
contemplar
sin cesar
en las diáfanas noches misteriosas,
la santa desnudez de las estrellas
¡Esperar!
¡Esperar!
¿Qué? ¡Quién sabe! Tal vez una futura
y no soñada paz...
Sereno y fuerte,
correr esa aventura
sublime y portentosa de la muerte.

Mientras, amarlo todo... y no amar nada,
sonreír cuando hay sol y cuando hay brumas;
cuidar de que en el áspera jornada
no se atrofien las alas, ni oleada
de cieno vil ensucie nuestras plumas.

Alma: tal es la orientación mejor,
tal es el instintivo derrotero
interior.

Aunque nada sepamos del destino,
la noche a no temerlo nos convida.
Su alfabeto de luz, claro y divino,
nos dice: «Ven a mí: soy el Camino,
la Verdad y la Vida.»

IX

ÉXTASIS

Serenidad! ¡Serenidad!
El mar,
como un gran poeta, nos anima
al ensueño, y el enjambre estelar
tan inmediato nos parece estar
cual si fuese a caérsenos encima,
derrumbándose como un inmenso altar...

Un gran fleco espumoso
se desgarra en la arena lentamente,
como encaje de albor fosforescente,
y a la vez —¡oh milagro!—melodioso.

El mar, así arropado
en la diáfana noche diamantina,
se nos figura más desmesurado
que cuando a plena luz lo hemos mirado:
¡siempre es más grande lo que se adivina!

¡Serenidad! ¡Serenidad!
La palma
con esbelteces núbiles, descuella
cual Sulamita en éxtasis,
... y el alma
comulga con la luz de cada estrella.

X

PAZ LUNAR

Llevas en ti mismo un amigo
sublime, a quien no conoces.

KRISHNA.

CUANDO en la sombría plata del cabello
su plata celestial posa la luna,
viene a mí una gran paz con su destello:
cierta vaga esperanza de algo bello
que tiene que llegar sin duda alguna.

Un instinto sutil, me dice: «Lucha
y aguarda: lo que sueñas no es mentira;
hay quizás un oído que te escucha,
y una mano invisible, siempre ducha
(no tu mano mortal), hiere tu lira.

»En lo más escondido de tu mente,
detrás de una enigmática barrera,
vive un ser misterioso, un dios silente,
un inmortal y arcano Subconsciente,
y ése tiene razón: Espera, espera.»

XI

LLEGÓ EL OTOÑO

Oh, mi dilecta paz laboriosa,
mis placideces de solitario
junto a la almita cándida, lírica y jubilosa
de mi canario!

¡Oh sutil aire lleno de arbóreas
emanaciones!, ¡oh cielo límpido que se descubre
de mis ventanas!, ¡oh loca esencia de mis marmóreas
varas de nardo (nieve olorosa del mes de octubre)!

¡Precoz blancura de la eminente
y augusta cumbre del Guadarrama!
¡Tinte ya sepia, pero riente
aún y suave del panorama!

¡Sol quizá triste, por lo distante;
mas con celeste blandura dando su luz y abrigo!
¡Sol que sonríe como el semblante
acaso pálido, mas bondadoso, de un viejo amigo!

Y en cada brote, flor o retoño,
cierta solemne gracia tardía
que nos murmura: «¡Soy el otoño! Soy el otoño
lleno de santa melancolía...»

«Pasó el verano que hace a la virgen tan seductora;
pasó el impulso febril que sexos y almas agita;
ya del silencio contemplativo llegó la hora...
Piensa serenamente en lo Arcano, ¡calla... medita!»

XII

RENUNCIACIÓN

Oh! Siddharta Gautama, tú tenías razón:
las angustias nos vienen del deseo; el edén
consiste en no anhelar, en la renunciación
completa, irrevocable, de toda posesión;
quien no desea nada, dondequiera está bien.

El deseo es un vaso de infinita amargura,
un pulpo de tentáculos insaciables, que al par
que se cortan, renacen para nuestra tortura.
El deseo es el padre del esplín, de la hartura,
¡y hay en él más perfidias que en las olas del mar!

Quien bebe como el Cínico el agua con la mano,
quien de volver la espalda al dinero es capaz,
quien ama sobre todas las cosas al Arcano,
¡ése es el victorioso, el fuerte, el soberano,
y no hay paz comparable con su perenne paz!

XIII

FIDELIDAD

De todo y todo lo que yo he amado,
sólo las rimas no me han dejado.
Conmigo moran bajo la tienda,
o vuelan ágiles a mi lado,
mientras claudico, ya fatigado,
por agria senda.

Doliente, triste..., mas resignado
a que ninguno mi mal comprenda,
en el Misterio me he refugiado.
En la comarca de lo soñado,
frente al castillo de la Leyenda,
vivo ignorado.
Pero las rimas no me han dejado:
conmigo moran bajo la tienda.

Vae soli!... dice, rugiendo airado,
el Viento, en torno de mi vivienda.
Vae soli! aúlla desesperado...

Y yo le grito (para que entienda):
—«No estoy tan solo, compadre alado:
tengo mis rimas; no me han dejado:
conmigo moran bajo mi tienda.»

XIV

HATHA-YOGA

Yo tengo la voluntad
en ejercicio perpetuo:
esa voluntad que acaba
por mandar (si persevero)
a las almas de los vivos
y a las almas de los muertos.

La voluntad, que en la lucha,
en el noble vencimiento
de sí mismo, a cada instante
va creciendo, va creciendo,
y al fin transporta montañas,
y al cabo enciende luceros.

Yo tengo la voluntad:
con ella todo lo tengo,
pues Dios mismo sólo es
una voluntad sin término,
que exterioriza, penetra
y mantiene el universo.

Yo tengo la voluntad...
mas no la gasto en terrenos
antojos, ni en procurar
privanzas, honras, empleos.
Mis alas suben más alto:
van lejos, mucho más lejos.
Mi reino no es de este mundo,
y he de llegar a mi reino.

XV

LA MUERTE, NUESTRA SEÑORA

La Muerte, nuestra Señora,
está llena de respuestas:
de respuestas para todos
los porqués de la existencia.

Silencio de los silencios
tal vez llamarla debieran;
mas, quien sabe interrogarla,
quien tiene fina la oreja,
escucha cosas muy hondas
en medio de las tinieblas.

Es una dama muy pálida
la Muerte; ¡mas tan serena!,
con unos ojos inmenscs
que miran de una manera...

Sobre sus hombros de mármol,
en que los besos se hielan,
cae en negros gajos fúnebres
la majestad de las trenzas.
¡Qué afiladas son sus manos!
¡Qué seguras y qué expertas!
¡Cogen nuestra alma al morirnos
con una delicadeza!...

¡Qué maternal su regazo!
¡Y qué benigna y qué tierna
su boca, que nos dará,
en voz baja, las respuestas
a los porqués angustiosos
que torturan la existencia!

XVI

HAY QUE...

Hay que andar por el camino
posando apenas los pies;
hay que ir por este mundo
como quien no va por él.

La alforja ha de ser ligera,
firme el báculo ha de ser,
y más firme la esperanza
y más firme aún la fe.

A veces la noche es lóbrega;
mas para el que mira bien
siempre desgarra una estrella
la ceñuda lobreguez.

Por último, hay que morir
al deseo y al placer,
para que al llegar la muerte
a buscarnos, halle que

ya estamos muertos del todo,
no tenga nada que hacer
y se limite a llevarnos
de la mano por aquel

sendero mravilloso
que habremos de recorrer,
libertados para siempre
de Tiempo y espacio. ¡Amén!

XVII

SERENA TU ESPÍRITU

SERENA tu espíritu, vive
tu vida en paz.
Si sólo eres sombra que traga
la eternidad,
¿por qué te torturas, por qué
sufrir, llorar?

¿Que fuiste infeliz una hora?
Pues buscalá...
¿En dónde se encuentra esa hora?
Pasó... ¡no es más!
Tu pobre vivir, malo, bueno,
cayendo va
en un pozo obscuro... Las dichas
¿que más te dan,
si apenas adviertes un goce
ya muerto está?

¡Serena tu espíritu, vive
tu vida en paz!

XVIII

YO NO SOY DEMASIADO SABIO...

Yo no soy demasiado sabio para negarte,
Señor; encuentro lógica tu existencia divina;
me basta con abrir los ojos para hallarte;
la creación entera me convida a adorarte,
y te adoro en la rosa y te adoro en la espina.

¿Qué son nuestras angustias para querer por ellas
argüirte de cruel? ¿Sabemos por ventura
si tú con nuestras lágrimas fabricas las estrellas,
si los seres más altos, si las cosas más bellas
se amasan con el noble barro de la amargura?

Esperemos, suframos, no lancemos jamás
a lo Invisible nuestra negación como un reto.
Pobre criatura triste, ¡ya verás, ya verás!
La Muerte se aproxima... ¡De sus labios oirás
el celeste secreto!

XIX

A QUÉ...

A qué tantos y tantos sistemas peregrinos!
¡A qué tantos volúmenes y tanta ciencia, a qué!
Si lo que más importa, que son nuestros destinos,
se nos esconde siempre; si todos los caminos
conducen al «¡no sé!»

Marchemos pensativos
por parajes inciertos,
tras el Deus Absconditus que nadie ver logró
y del cual no sabemos ni qué hace con los muertos,
ni por qué nos destruye, ni por qué nos creó.

(Le amamos, sin embargo; y en este cautiverio,
bebemos, bendiciéndole, su acíbar y su hiel.
Le amamos, sí, le amamos..., ¡quizá por el misterio
torturador, inmenso, divino; que hay en El!)

... Mas nunca entenderemos la esencia de las cosas,
y, pues que lo Absoluto siempre nos ha de huir,
dejemos lo Absoluto y aspiremos las rosas
(las pobres rosas pálidas, enfermas, espinosas
y mustias) del vivir...

Brille nuestra sonrisa, cual una mansa luz
crepuscular, en toda labor, en toda pena,
y, como Jesucristo, llevemos nuestra cruz,
con el alma dolida, pero noble y serena.

XX

TEMPLE

Estoy templado para la muerte,
templado para la eternidad,
y soy sereno porque soy fuerte:
la fuerza infunde serenidad.

¿En qué radica mi fuerza?
En una
indiferente resignación
ante los vuelcos de la fortuna
y los embates de la aflicción.

En el tranquilo convencimiento
de que la vida tan sólo es
vano fantasma que mueve el viento,
entre un gran «antes» y un gran «después».

XXI

ULTRAVIOLETA

Hay problemas que tienen claridades de luna
y otros con esplendores de mañana de abril.
Mi problema, luz vierte muy blanda y oportuna;
no es que esté obscuro, es una
claridad más sutil...

Claridad para ojos crepusculares, para
ojos contemplativos, avezados a ver
ese presentimiento de luz tan tenue y rara
que palpita en los ortos, antes de amanecer...

XXII

SOL

Mi alma, serena vive y sumisa.
Maté tristezas, ansia, inquietud.
Sobre el desastre de mi salud,
brilla el sol claro de mi sonrisa.

Nada mi firme sosiego altera.
La vida amasa barro a mis pies;
pero mi frente más limpia es
que un medio día de primavera.

Doliente amigo: ven de mí en pos.
Si estás por sombras obscurecido,
yo con los tristes mi sol divido:
¡hay luz bastante para los dos!

XXIII

LIMPIDEZ

No remuevas el poso de tu vida.
Si hay légamo en el fondo,
qué importa: está muy hondo,
y mancillar no logra los cristales.
Sobre el agua dormida,
puede aún retratarse la escondida
verdura de las frondas estivales...

El légamo no merma
la transparencia casta de la fuente,
a condición de que en el fondo duerma
perennemente,
o de que síntoma de su existencia
sea sólo la nítida presencia
de nenúfares blancos, desmayados
de amor sobre los límpidos espejos
del agua, y cuyos tallos alargados
nos dan la flor... ¡dejando el cieno lejos!

XXIV

COMUNIÓN

Son horas de infinita serenidad, muy bellas,
y en idéntico ensueño comulgamos los dos.
La noche nos regala con un montón de estrellas:
la paz está en las almas... ¡Bendigamos a Dios!

Dilata tus pupilas para que el firmamento
refleje y copie en ellas su augusta majestad.
¡Ensancha bien tu espíritu! Abre tu pensamiento,
¡para que en ellos quepa toda la eternidad!

XXV

CÉLULAS, PROTOZOARIOS

Células, protozoarios, microbios..., más allá
de vosotros ¿hay algo?
Pronto nos lo dirá
el microscopio intruso, pertinaz y paciente.
Mas tal vez la materia se empequeñecerá
tanto bajo su lente,
que un día, como espectro, se desvanecerá

ante el ojo del sabio, quedando solamente
la Fuerza creadora, cuyo oleaje va
y viene omnipotente,
y fuera de la cual nada es ni será...

XXVI

EL NUDO

Apretado era el nudo:
apenas si al mirar atentamente
se advertía el camino
de las diversas cintas
entrelazadas en estrecho abrazo
(como si en su inconsciencia se adoraran),
y formando una sola
protuberancia, que, maciza y fuerte,
desafiaba mis dedos.

Apretado era el nudo,
y yo estaba anheloso
de saber lo que, envuelto
en el blanco papel que sujetaba,
podría contenerse.

Apretado era el nudo y grande, grande
la tentación de hacer lo que Alejandro
hizo con el de Gordius, rey de Frigia.

Apretado era el nudo;
¡pero no lo corté! Pacientemente,
con los índices ágiles
y los chatos pulgares, lo deshice,
después de largo tiempo de faena.

Y quedé satisfecho de mí mismo
y me dije: no más he de cortar
los nudos, por difíciles que sean
de desatarse... Cuidadosamente,
hábilmente, serenamente, puestas
en ello la atención y la paciencia,
habré de desacerlos.
Jamás los filos rudos
de mis tijeras forzarán la unida
red de cintas...
¡Jamás cortaré nudos,
por estrechos que sean, en la vida!

XXVII

SOÑAR ES VER...

SOÑAR es *ver:* un ángel que llega callandito,
deshace nuestras vendas con dedos marfileños...
La noche es de los dioses; soñando, los visito.
¡Quién sabe qué ventanas que dan al Infinito
nos abren los ensueños!

XXVIII

CAMINO ADELANTE

Tranquilo voy por el espacio abierto
a mis firmes pisadas,
para Dios, vivo; para el hombre, muerto;
desdeñoso de halagos, de miradas,
y de toda existencia que no corre
por los cauces divinos del Ensueño.

Erguido hacia el azul, como la torre;
antiguo ya como las olimpiadas
y como el sol de Abril, claro y risueño.

La vida es mía: para mí almacena
sus tesoros de amor y de substancia
inmortal, que me brinda a mano llena.

Igualmente distante
de desalientos como de arrogancia,
con la frente serena,
voy camino adelante...

XXIX

ALMA MATER

Yo me figuro a la Naturaleza
como a la gran giganta
de Baudelaire. Ojos bovinos, baza
piel, labios gruesos y jugosa boca.

Sí, toda ella es obscura,
como la buena tierra,
como el tronco del árbol,
como el pan de centeno...

Y me imagino que sonríe plácida
y serena y augusta
y que, con sus dos manos sarmentosas,
acaricia mi frente
y la apoya en sus senos
de fecundo pezón ennegrecido,
y la recuesta sobre el ritmo blando
de esos senos enormes, y parece
decirme: «Ya no inquieras
ni penes más: ¿no ves que yo sonrío?
¡Duérmete, que yo habré de despertarte
cuando llegue el momento
de todo despertar, pobre hijo mío!»

XXX

DE PASADA

A mis presurosos años, que serenos
por el mundo marchan, al placer ajenos,
díceles la Dicha, viéndoles venir,
y ellos le responden lo que vais a oír:

—«¡Oh la turba pálida!, ¿por qué tan de prisa?
Descansad un rato, vuestra es mi morada;
os daré mi lecho, mi pan, mi sonrisa...»

—«Somos peregrinos; vamos de pasada;
no queremos nada.»

—«Aceptad al menos, para restauraros,
la cándida leche, recién ordeñada,
de mi vaca negra de los ojos claros...»

—«Somos peregrinos; vamos de pasada;
no queremos nada.»

—«Respirad un poco la ideal esencia
de mis bellas flores que el rocío baña:
hay lirios de Harlem, rosas de Florencia,
claveles de España...

Escuchad siquiera los diáfanos trinos
de mis ruiseñores bajo la enramada...»

—«Somos peregrinos;
vamos de pasada;
no queremos nada;

XXXI

MAR DE LA SERENIDAD

Mis ojos se han vuelto claros
de tanto mirar al mar;
de tanto verlo en mi vida;
las olas vienen y van
y hay horizontes sin límites,
de severa majestad.

Mi pensamiento, antes frívolo,
de tanto mirar al mar,
se ha vuelto apacible, grave;
y es tal su profundidad,
que en vano un buzo de almas
fondo habría de buscar.

Mis melancolías cantan
blandamente, como el mar,
la misma canción monótona,
al mismo viejo compás.

En mi corazón, enfriado
por la pena y por la edad,
reinan la quietud y el hielo
del océano glacial.

Recogido, silencioso,
esquivo y áspero, está
como una roca perdida
en la gris inmensidad.

Sólo hay algo que no tiene
mi espíritu como el mar:
las cóleras; no hay en mí
ya vientos de tempestad
ni espumas rabiosas. Nada
te puede encolerizar,
mar muerto, mar de mi alma,
«mar de la Serenidad».

XXXII

NEC SPES NEC METU

Ni *miedo ni esperanza...* ni angustia ni tristeza:
si quiere Dios, mendigo; si así le place, rey.
Mi mente late al ritmo de la naturaleza,
¡mi voluntad es una con la divina ley!

XXXIII

ESTOY CONTENTO

Estoy contento porque lo creado
no tiene límites: estoy contento
porque es fatal esta ascensión humana
hacia la luz: porque hay cientos de sabios
que, en sus laboratorios,
van arrancando a Isis sus secretos:
porque una fulgurante
legión de altos poetas
ahonda cada vez en el océano
del Subconsciente:
porque se acerca el plazo
en que, cual una aurora irresistible,
que invadirá y envolverá la tierra,
ha de venirnos la revelación...
La Ciencia y la Poesía
la traerán, cada una de la mano;
y entonces ya no habrá ningún arcano
y en las almas, ¡por fin!, será de día.

XXXIV

Lector: tal vez murmures (y tal vez con verdad),
después de que las páginas de este libro leíste,
que mi serenidad es un poquito triste...
¿No es así, por ventura, toda serenidad?

RIMAS IRÓNICAS Y CORTESANAS

I

DISCRETEOS

¡Cómo creer, marquesa, que vuestro afán responde
a mi afán! ¿Estáis loca? Ni siquiera soy conde,
ni esnob, ni deportista. Si voy a los salones,
recórrolos furtivo, como en discreta fuga,
luciendo mi pechera sin mácula ni arruga,
y mi solapa virgen de condecoraciones.

Odio el *bridge;* no tengo ni «Renault» ni «Mercedes»,
ni en mi haber una dama chic, caída en mis redes...
Todavía me gustan las cosas naturales,
los amores sin química ni amistad de maridos,
los embelesos jóvenes, aún semidormidos,
el pudor zahareño, los silvestres panales...

¡Esperad a la tarde, mi querida marquesa!
No importa que se amengüen esos tonos de fresa
de vuestros labios; pienso que besarán acaso
con más arte, del sol poniente a los reflejos...
Seremos refinados siendo un poco más viejos
¡y beberemos juntos nuestro postrero vaso!

II

MENSAJE

Dice la Dama, que *fué,*
que ya no *es,* que un barrunte
de nieve en su pelo ve...
—Decid a la Dama que
su tarde a mi tarde junte.

Decidla que hay un edén
en los besos otoñales
sobre la nuca o la sien;
decidla que huelen bien
en Septiembre los rosales;

que si el ardor que empleé
en requerirla de amor
excesivo acaso fué,
yo le aterciopelaré
en adelante ese ardor;

Que haré blandura mi afán,
y, por obviarla sonrojos,
nuestras manos se unirán
sin fiebre, y se encontrarán
pensativos nuestros ojos;

que nos embelesarán
un afecto grave y hondo;
que mi frente ansiosa está
de posarse un poco ya
sobre su seno redondo;

que aún germina el verdor
en nuestra alma de un retoño
tardío, quizá el mejor;
que hay todavía fulgor
en las tardes de mi otoño;

que mi soledad reclama
la suya; que somos dos
hielos que han menester llama...
Decid todo esto a la Dama,
¡oh! dueña, y que os guarde Dios.

III

EL SALUDO MEJOR

I

Su diadema es una flor,
y su collar diez y ocho años.
Las otras ostentan perlas
sobre los escotes blancos,

pedrerías en el pecho
y corona en los tocados.
A través de sutil blonda,
ella insinúa los trazos
breves, divergentes, firmes
de sus dos senos de mármol.

II

—Duquesa, ¡qué bello traje!
—Es, marquesa, vuestro encaje,
de rara magnificencia.

... Ella, no más una flor,
y el abrileño esplendor
de su azul adolescencia.

III

Preside la embajadora,
la duquesa va después,
en seguida la marquesa,
la condesa al fin se ve.
(Se dirigen a la mesa
ornada de rosas-té.)

... Y Ella al último; mas tienen
sus diez y ocho años sencillos
aspecto de pajecillos
que la cauda le sostienen.

IV

El joven rey casadero
llega y la advierte primero:
—¡Hola condesa! —¡Señor!
—¡Adiós, Blanca! —Sol, ¿qué tal?
Pues, ¿y vuestro embajador,
Madama? —¿Cede ese mal,
duquesa?
Luego, el mejor
saludo a ella: un temblor
leve en la diestra real...

IV

¡OH, LA RAPAZA!

Oh, la rapaza de quince abriles,
asustadiza como las corzas
y los antílopes...
¡No, no duquesas ni damiselas
llenas de nervios y de melindres,
de carnes flácidas,
embadurnadas de crema y tintes!

¡Estoy cansado de *pose* y seudo-
refinamiento, de esnobs y títeres!

Dame tu boca tan fresca,
dame tus brazos tan firmes,
dame tus ojos,
dame tu cuello;
¡dáteme toda tú, virgen!

V

NOCTURNO PARISIENSE

(Desde la terraza de un café.)

PASA la barba poética,
fluvial y profética,
de un bohemio que no come nada...

Pasa la paz apoplética
y congestionada
de un vividor...
                Pasa, hética,
alguna peripatética
trasnochada,
muy pintada...

Pasa un apache con una
golfa.—Queda el bulevar
encomendado a la luna
de París...
        ¡Voime a acostar!

—Bueno, y a qué tanta vana
verba...
—Pues pregúntalo
mañana:
Hoy es tarde y tengo gana
de faire dodo!

VI

CONSONANTE...

Consonante, redoble pueril, murga liviana,
que hace a todos los simples salir a la ventana;
obstáculo invencible del prócer pensamiento;
artificio feudal de juglería; viento
que impide oir los ritmos, llenos de aristocracia
(para el amor platónico, fórmula de eficacia
segura); cascabel de saltimbanqui; treta
que de tantos ingenios es la sola receta;
canutillo sonoro, lentejuela esplendente:
¡imposible dejarte! Soy tu forzado; siente
mi pie tu plomo esférico, tu pesada cadena...
Has cortado las alas al águila serena
de mi idea, por ti cada vez más ignota,
cada vez más esquiva, cada vez más remota.

Como alma de la carne, quizás el Verso puro
logrará, sin embargo, librarse del conjuro
de tu molicie gótica, llena de sortilegios,
de la cadencia bárbara que llora en tus arpegios...

Hallará la ecuación de la Belleza suma;
desnudo como Venus, surgirá de la espuma,
y en su hermético frasco del más limpio cristal,
encerrará, cual rayo de luz, al ideal.

VII

LOS CUATRO CORONELES DE LA REINA (1)

La reina tenía
cuatro coroneles:
un coronel blanco,
y un coronel rojo,
y un coronel negro,
y un coronel verde.

El coronel blanco nunca fué a la guerra;
montaba la guardia cuando los banquetes,
cuando los bautizos y cuando las bodas;
usaba uniforme de blancos satenes;
cruzaban su pecho brandeburgos de oro,
y bajo su frente,
que la gran peluca nívea ennoblecia,
sus límpidos ojos de un azul celeste
brillaban, mostrando los nobles candores
de un adolescente.

(1) Para complacer a la hermosa muchacha que me pidió «un cuento de reinas, muy raro».

El coronel rojo, siempre fué a la guerra
con sus mil jinetes
o, llevando antorchas en las cacerías,
con ellas pasaba cual visión de fiebre.
Un yelmo de oro con rojo penacho
cubría sus sienes;
una capa flotante de púrpura
al cuello ceñía con vivos joyeles,
y su estoque ostentaba en el puño
enorme carbúnculo ardiente.

El coronel negro para las tristezas,
los duelos y las
capillas ardientes;
para erguirse cerca de los catafalcos
y a las hondas criptas descender solemne,
presidiendo mudas filas de alabardas,
tras los ataúdes de infantes y reyes.

Mas cuando la reina dejaba el alcázar,
a furto de todos, recelosa y leve;
cuando por las tardes, en su libro de horas,
miniado por dedos de monje paciente,
murmuraba rezos tras de los vitrales;
cuando en el reposo de los escabeles
bordaba rubíes sobre los damascos,
mientras la tediosa cauda de los meses
pasaba arrastrando sus mayos floridos,
sus julios quemantes, sus grises diciembres;

cuando en el sueño sumergía su alma,
silencioso, esquivo, la guardaba siempre
con la mano puesta sobre el fino estoque,
el coronel verde...

El coronel verde llevaba en su pecho
vivo coselete
color de cantárida; fijaba en su reina
ojos de batracio, destilando fiebre;
trémula esmeralda lucía en su dedo,
menos que sus crueles
miradas de ópalo, henchidas de arcanos
y sabiduría, como de serpiente...

Y desde que el orto sus destellos lanza
hasta que en ocaso toda luz se pierde,
quizás como un símbolo, como una esperanza,
¡iba tras la reina su coronel verde!

VIII

¡PARÍS!

Se escuchan lejanas orquestas
que tienen no sé qué virtud.
El Bosque es un nido de fiestas...
¡Oh!, mi juventud!

Islotes de azul claridad,
cascada que en blando fluír
despeña su diafanidad,
¡dicha de vivir!

Mujeres que sólo se ven
aquí, como cisnes, pasar,
y prometedoras de un bien
que no tiene par...

Prestigio de flores de lis,
perfume de labios en flor...
¡París! ¡Oh, París! ¡Oh, París!
¡Invencible amor!

IX

¡OH, MADUREZ!

Oh, madurez, irónica y maldita!
Por dentro juventud, por fuera daños...
Siempre que veo una mujer bonita,
mi incorregible corazón palpita
¡sin acordarse de sus cuarenta años!

Mas si ella los advierte, preterido
soy por aquel insubstancial muchacho
que tal vez no podrá ser ni marido...
Todo, porque la sien ha emblanquecido
y hay pimienta con sal en el mostacho.

¿Morir?, sí, bien está: ¡morir amado
y amando hasta expirar!; mas ver perdida
por siempre a la mujer, porque ha nevado
en nuestra sien, no obstante que, colmado
corre el río potente de la vida,

¡es cruel! Es venganza de una ignota
hada vieja, incapaz de amor, que quiso
pagáramos nosotros su derrota,
y hurtó con aspavientos de devota
a la virilidad el paraíso.

X

PAS MÊME UN FUTURISTE...

Yo no sé nada de literatura,
ni de vocales átonas o tónicas,
ni de ritmos, medidas o cesura,
ni de escuelas (comadres antagónicas),
ni de malabarismos de estructura,
de sístoles o diástoles eufónicas...

O que cela m'attriste,
mais... je ne suis pas même un futuriste!

Abomino de la pedantería,
y el solo título de «Humanidades»

me indigesta el almuerzo...
Poesía,
polo eterno de las idealidades,
¡qué ajena eres a esa algarabía
de necios dómines! Mas no te enfades,
Diosa, ¡que aun nos queda la ironía!

O que cela m'attriste,
mais... je ne suis pas même un futuriste!

XI

PRODIGALIDAD

Ciertamente, no tengo la admiración muy fácil;
pero adjetivo bien a unas y otros; a ellas
les prodigo lo «chic», lo «lozano», lo «grácil»,
lo «estupendo»; a los hombres los subo a las estrellas.

Por escrito, despacho lo menos diariamente
diez «ilustres», dos «sabios», un «gran», cuatro protestas
de adhesión, tres «insignes», con algún «eminente»,
¡y otras cursilerías por el estilo destas!

Desfloro hasta los libros más malos... ¡Ah! bien sé
que muchos ni los abren, pero yo soy pulido

y, por si alguna vez el donante los ve,
la plegadera cómplice me ayuda para que (1)
si es ingenuo, se crea que me los he leído.

Leo poco y muy bueno. Mi vida, de contino
laborar, tiene tanto que aprender todavía...
Luego, la flor, el agua, la estrella, el sol, el trino
del ave, el árbol, piden mi beso de poesía,
diciendo: «Somos todo, ven: ¡lo demás no es sino
tedio y melancolía!»

XII

EL BRAZO DE CONCEPCIÓN

J'ai peur d'un baiser comme
d'une abeille...

VERLAINE

Soy cosa tan pequeñita,
que, con su brazo desnudo,
mi vecina Concepción
me incita...

Ella sonríe; saludo...
¡y me escapo del balcón,
lleno de susto y de cuita,
ante aquella tentación
maldita!

(1) La *e* de *que*, no es tónica—para rimar con *ve*, mi querida... Verónica.—*N. del Autor*.

—¡Y por qué!—dirás—¿No es bella?
—Es bella y rubia en verdad,
y yo libre y libre ella;
¡mas guardo fidelidad
a la que está en otra estrella!

... Y además, estoy enfermo,
y mi alma es un arenal
tan desolado, tan yermo,
que allí no prende un rosal.

¡Nada amo,
nada quiero,
nada busco, nada espero
ni reclamo!,

... pero
soy cosa tan pequeñita
que, en cuanto sale al balcón
mi vecina Concepción,
¡lleno de susto y de cuita,
huyo de la tentación
maldita!

XIII

WHISKEY AND SODA

Aun cuando yo no beba (quizás por no poder)
ni el familiar e inocuo vermut, no se incomoda
mi moral con el triste cuyo solo placer
es el topacio líquido de su *whiskey* con soda.

Si, como Baudelairte dijo, es fuerza estar ebrios
de algo (virtud, ensueño, vino, amor), yo querría,
más que el tosco excitante de glóbulos y nervios (1),
vivir borracho de éxtasis, de fe, de poesía...

¡Pero siento no sé qué atracción singular
por aquellos misántropos de soledad beoda
y lírica, que buscan en el fondo del bar
las mentales caricias de su *whiskey* con soda!

XIV

INMOVILIDAD

No te agites, que la inmovilidad
es la sabiduría de los dioses.
¡Nada logras con ires y venires

(1) Ebrios y nervios están rimados intencionalmente.—*N. del Autor.*

ardillescos! ¿Supones
que hallarás algo nuevo? Ya no hay
ninguna novedad bajo los soles
que, como gotas trémulas, salpican
el ropaje talar de nuestras noches.

Bien sabes que lo mismo es todo..., todo:
el amor, las mujeres y los hombres,
los negocios, el arte, la política,
las ciudades, el tren, el automóvil,
los hoteles, la turba de lacayos;
éstos y los antípodas... ¡No estorbes
el hormigueo imbécil de los otros!
... Compra el *Eclesiastés* cuando lo topes,
y no te agites: ¡la inmovilidad
es la sabiduría de los dioses!

XV

CREDO

Preguntas en qué creo de fijo? No recato
mi confesión de fe, muy simple y cristalina:
Creo en Dios, y en el noble sulfato de quinina,
y a veces creo en Dios..., ¡pero no en el sulfato!

Lo demás, es *acaso, puede ser* y *quizá;*
lo demás, son dos mil años de discusiones;
es mucha teología, muchas definiciones,
sobre algo indefinible que envuelto en sombra está.

... Pero si me preguntas qué es lo que amo, verás:
¡Amo a Cristo Jesús!
—¿Haya o no haya venido?
—¿No amamos tantas cosas que nunca han existido?
¿No amamos tantos seres que no veremos más?

¿Piensas que necesito dioses de carne y hueso
para adorarlos? Yo adoro las ideas
hechas dioses...
—¿Aun cuando nunca esos dioses veas?
—¡Quién sabe si los amo justamente por eso!

XVI

A UN GALÓFOBO

Cuando juzgas a Francia, tu dialéctica es
rabiosa... y, sin embargo, mi querido escritor,
lo único que vale de tu obra es francés.
París ha sido siempre tu colaborador.

Así, a pesar de todo, tu orgullo, tu arrogancia,
tu galofobia cáustica, tu mordaz acritud,
el oro de tus libros es buen oro de Francia,
y lo tuyo..., lo tuyo, ¡sólo es la ingratitud!

XVII

LO ETERNO

¿Vamos suprimiendo las dedicatorias,
amigos poetas? ¿Vamos suprimiendo
todos esos azúcares tontos,
ese adjetiveo
depreciado: los «grandes», «eximios»,
«eminentes», «geniales», «excelsos»...?

Una firma quizás... eso sólo;
y después de la firma, ¡talento!
La tersura serena del libro
y la gracia ondulante del verso.

XVIII

A UN AMIGO PIADOSO, TONTO Y BUENO

Según el humorismo del ático Anatolio,
Quirón, aquel centauro de Aquiles preceptor,
y Trajano, el honesto purpurado del solio,
hijo de España, «pío, felice y triunfador»,

se salvaron, cumpliendo con la ley natural;
y yo de aquí colijo, razonando a mi modo,
que si Quirón salvóse, siendo medio animal,
te salvarás mejor tú que lo eres del todo...

No discutas los dogmas; los dogmas te complican.
Observa, sí, los ritos, simples, a la española;
reza siempre que doblen; ríe cuando repican,
oye misa el domingo, y tendrás aureola.

¿Quién dice que no vales más que los que pretenden
hallar el mecanismo de los centros motores?
¡Los sabios!... ¡Si supieras lo poquito que entienden,
y qué obtusos cerebros son los de los doctores!

Yo te quiero, pues siempre me sabes escuchar;
ríes ingenuamente cuando suelo reír,
y callas como piedra cuando quiero callar.
Dios te lo toma en cuenta, y al fin te ha de salvar,
como a Quirón, que supo la ciencia de vivir.

XIX

RESUMEN

Resulta, pues, que huí del mundo fútil;
que no gocé, que ni amasé riqueza
ni honores...; que fuí, en suma, un ser inútil.
(¡Santa inutilidad de la Belleza!)

... Y mi amigo, el finchado, que se mofa
de aquello que no entiende, así me humilla:
—¡Menos estimo al que ensambló una estrofa,
que al carpintero que ensambló una silla!—

Sonrío yo, sin el más leve enfado,
y de mi voz poniendo en el registro
una suave ironía, le respondo:

—Pues por algo llegó usted a ministro
y académico; lo han condecorado
la mar, y es conde... mientras yo, me *escondo.*

AMOR

I

¡AMEMOS!

Si nadie sabe ni por qué reímos
ni por qué lloramos;
si nadie sabe ni por qué vinimos
ni por qué nos vamos;

si en un mar de tinieblas nos movemos,
si todo es noche en rededor y arcano,
¡a lo menos amemos!
¡Quizás no sea en vano!

II

CANTO DE AMOR (1)

I

He rasgado mi capuz,
y te muestro (¿no te asombra?)
el prodigio de una sombra

(1) Escrito en 1897 y hasta hoy no coleccionndo. *(Nota de la primera edición.)*

toda trémula de luz.
Espinas, gólgota, cruz:
¡no más!, ¡se han desvanecido!

Revientan la flor y el nido
en las ramas de mi huerto...
Amor, yo no estaba muerto:
¡estaba sólo dormido!

II

Eres, ¡oh gracia infinita!,
voz de vida y de batalla
que dice a la yema: ¡estalla!
y al corazón: ¡resucita!
¡Eres el numen que grita
con inflexión soberana:
el numen del *Ramayana,*
robusto como un atleta,
en el ánfora discreta
de una rima becqueriana!

III

Tus ojos son mar risueño
o doliente, adonde llega
tenue luz, y en que navega
cual góndola azul, el sueño...

¡Oh! tu mirar... ¡qué beleño
da a mi mal! ¡Qué singulares
radiaciones estelares
hay, ¡oh diosa!, en tu mirar,
ya lo empañes con pesar,
ya con sonrisa lo aclares!

IV

Para que mi mente ejerza
su vigor, la galvanizas,
la despiertas, la electrizas
con heroísmos de fuerza.
¿Quién hay que mi rumbo tuerza,
si mi alma no te resiste?
A ti voy, pues que tú hiciste
con tu ternura ideal
una aurora boreal
de mi luna enferma y triste.

V

A ti voy, dejando huella
del fulgor, joven señora.
¡Voy mudo, como la aurora,
pero radiante, cual ella!
La luz que mi ser destella,
inundará la creación,

y animará la pasión
en ti, con el centelleo
del fuego de Prometeo,
la estatua de Pigmalión.

VI

Seré Apolo y seré Marte
por ti; vigor, o desmayo.
Para protegerte, rayo,
y jazmín para tocarte...
Te vestiré toda de arte
para que tu alma presienta
el prodigio que me alienta,
y la canción que me inspiras
será un acorde de liras
glosado por la tormenta.

VII

Te labraré, sola y fiera,
en marfil de Singapur,
una lis en campo azur:
¡la realeza en la quimera!
Y en lampo de primavera,
con un rayito sutil,
dibujaré tu perfil

—tu perfil de medallón—,
¡que brillará en la extensión
en las mañanas de abril!

VIII

Oye: fuera un arrebol
por volverte nube hermosa;
oye: fuera nebulosa
¡con tal de volverte sol!
¡Oh! mi alma, girasol
de una estrella soberana,
que vas con angustia vana
demandando sus reflejos:
¿no ves que brilla muy lejos?
—Y el alma dice: «¡Mañana!»

IX

Di, ¿qué virtudes exhalas
que, aunque estoy de ti distante,
hay en mi cielo constante
peregrinación de alas?
¿Por qué en mi espíritu igualas
con tu beldad a la inmensa
visión de Dios?... ¡Cuán intensa
es la fe que te interroga!
Soy el cometa que boga,
y tú la estrella que piensa.

X

¡No! Yo no tengo en mi historia
un cariño al tuyo igual:
quererte es un ideal
y alabarte es una gloria.
¡Que perezca la memoria
de antiguas insensateces!
Sólo tú laudo mereces,
y ante tu alteza y mi amor,
he de ser siempre mayor,
puesto que tú me engrandeces.

XI

¡Oh!, mi Señora: un profundo
clamor diciéndome está
que eres un ángel que va
de incógnito por el mundo.
Tu poder al infecundo
estro donó la simiente,
y es hoy el estro potente,
hasta unir en sus querellas
al salmo de las estrellas
la rapsodia del torrente.

XII

Pero su fuerza no ignora
tampoco los cantos suaves:
¡Es mar que arrulla las naves
después de azotar la prora!
Para ti, mi emperadora,
pues que te quiero, no temas:
tendrá caricias supremas,
será leve como un tul
inmenso: un piélago azul
pródigo en iris y gemas.

XIII

Y si ayer los embelesos
de tus dieciséis abriles
cantó con versos gentiles
en que temblaban los besos,
hoy ya no más serán esos
tus pregones ideales:
pues que tus gracias son tales,
te labraré con mis brazos
estrofas a martillazos
en granitos inmortales.

III

LOS DOS

Complacencias de mis ojos,
lujo de mi corazón,
galardón
de mis lentos días tristes,
luz que vistes
mis harapos de ilusión.

Tú que te llamas de todos
los modos;
tú que me amas
por la rubia y la morena,
por la fría y por la ardiente:
tú llorosa, sonriente,
mala, buena,
según es la dirección
y el rumbo de mis antojos;
complacencia de mis ojos,
lujo de mi corazón:

¡No te apartes de mi vera!
¡Muere tú cuando yo muera!
Llévete yo, pues te traje...
Fuiste noble compañera
de viaje...

Rimemos nuestros destinos
para todos los caminos
futuros, que a mi entender
habremos de recorrer
en lo inmenso del Arcano;
y vayamos por la muerte de la mano,
como fuimos por la vida: ¡sin temer!

IV

LOS ÚLTIMOS

Dicen que el arte de los versos
está llamado a perecer;
que, pronto, no se oirá una estrofa
ni para mal, ni para bien;
que ni en la faz de las mujeres
habrá poesía (por más que
Bécquer opine lo contrario...)

Tanto mejor, mi rosa-té;
tanto mejor, mi loto místico;
mi lirio cándido, *tant mieux!*

Cuando la musa el vuelo tienda
ya para nunca más volver,
yo, con celeste exaltación

y de rodillas a tus pies,
diré la flor de mis estrofas
a tu belleza de mujer.

Y en los umbrales de ese mundo
lleno de tedio y de aridez,
tú la postrer inspiradora
serás, y yo el cantor postrer.

V

EL SECRETO

Hay en tus ojos azules
un gran secreto escondido,
y hay al mirarte, Señora,
una pregunta en los míos...

¿Cuál es la pregunta? ¿Cuál es el secreto?
¡Yo lo sé de sobra, pero no lo digo!
Tú, bien que lo sabes, pero te lo callas...

Digámoslo entrambos, si te place, a un mismo
tiempo y de manera que nadie lo escuche;
con los trémulos labios unidos...

VI

DOMINIO

Unos ojos verdes, color de sulfato de cobre;
unos rizos rubios, de pálido sol boreal;
un cuerpo alargado, con *ocho cabezas* de altura;
un extraño espíritu,
¡complejo, profundo, huraño y audaz!

Una voz que finge venir de muy lejos..., acaso
de un mundo en que todo lo nuestro será aberración,
y un amor tiránico, fatal, exclusivo, imperioso,
¡que ya para siempre,
con timbre de acero mi vida selló!

VII

EL VIEJO PALACIO

Sorbe el viejo Palacio de los Reyes de España,
vierte, místicamente, su palidez la luna,
impregnándolo todo de un éxtasis y de una
paz que alivian al alma, pensativa y huraña.

Sobre el viejo Palacio de los Reyes de España,
vierte, místicamente, su palidez la luna.

Nieblas inmateriales cobijan la campaña,
que va a soñar su sueño bajo la noche bruna,
y el enigma exquisito de la hora oportuna,
nos invade, nos cerca, nos satura, nos baña.

Sobre el viejo Palacio de los Reyes de España
vierte, místicamente, su palidez la luna.

Enorme, altivo y prócer, el gris alcázar, cuna
de tanta vieja historia y apolillada hazaña,
se impregna de añoranzas y su misterio aduna
al vaho de misterios que envía la montaña...

Vierte, místicamente, su palidez la luna
sobre el viejo Palacio de los Reyes de España.

—¡Oh!, ven tú, la Escogida, la que fué, cual ninguna,
celestial! Ven al seno de mi amor, que no engaña;
y a la noche de plata que nos envuelve, una
su temblorosa noche de seda tu pestaña.

Besa, místicamente, mi faz, bajo la luna,
junto al viejo Palacio de los Reyes de España.

VIII

BIEN HAYA LA VIDA

Entre el amor que se me va
y el amor nuevo que hoy asoma,
mi corazón, suspenso ya,
como el sepulcro de Mahoma,
entre dos imanes está.

Bien haya la Vida,
que si tanto al mar se lleva,
nos da en cambio una fe nueva
por cada fe perdida.

Adiós, rubia, que me ofreciste
lo más precioso que tenías;
y tú, morena, que viniste
esta mañana, ¡buenos días!

Bien haya la Vida,
que si tanto al mar se lleva,
¡nos da en cambio una fe nueva
por cada fe perdida!

IX

LOOR

Loor a la mujer que me ha mirado!
¡Loor a la que me haya sonreído!
Y aquella que me ha amado,
bendita por el éxtasis logrado,
por el supremo bien inmerecido.

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

Todavía, ¡oh Deidad! (aun cuando expiren
mis años mozos), quiero que me quieran,
suspiro porque amándome suspiren,
muero porque de amor por mí se mueran,
y me transporta el alma que me miren.

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

De ti vine, a ti voy, y hasta el descanso
rítmico de tu seno, irá la Parca
a cortar de mi vida el hilo manso.
Serán tus ojos postrimer remanso,
limpio, sereno, azul, para mi barca,

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

Mas, ¡ay dolor!, Octubre viene aprisa...
Me da miedo pensar que, cuando troven
mis versos con su música imprecisa,
puedan mis canas incitar a risa,
y por eso quisiera morir joven.

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

X

EL BALCÓN VIEJO

Ir por esos pueblos de Castilla, esquivos,
entre húmedas tapias y obscuros casones,
buscando con tristes ojos pensativos
el romanticismo de los callejones...

Tener una novia que, al blando reflejo
vespertino, salga, de negro vestida,
a mirarnos mucho desde el balcón viejo
de una vieja casa semiderruída...

(Desde el balcón vasto, donde con suprema
molicie, hila un gato sus ensueños quietos,
y un olor se exhala como de alhucema
y reina un mutismo lleno de secretos.)

Oír las campanas de los monasterios
en la paz unciosa, mientras que derramas,
¡oh! divina tarde, todos tus misterios
en la mansedumbre de los panoramas...

Por la noche, en íntimo rincón apartado,
del velón antiguo so la luz escasa,
componer el verso puro y delicado
que leerá la novia del traje enlutado,
en el balcón viejo de la vieja casa...

—Y mientras, la Vida sus aguas potentes
va rodando al margen de tu ilusión yerta,
en nobles, fecundas y claras corrientes.
Y tú no la miras, y tú no la sientes...
¡Poeta, despierta, despierta, despierta!

De la Musa pálida deja los hechizos,
no beses sus labios que besan tan quedo,
no alises el oro tenue de sus rizos...
Huye de sus grandes ojos enfermizos...
—Amigo, ¡qué quieres!, ¡no puedo!, ¡no puedo!

XI

UNA ESPAÑOLA

Deseo que me quiera una española
de tez mate, de obscura trenza lisa,
de ojos negros (Pilar, Carmen o Lola,
si gustáis...) Sosegada, fiel, sumisa.

Un poco maternal en su dulzura,
casta al darse, aunque tierna en su abandono,
y que sepa poner en mi ventura
cierto lánguido y tenue medio tono...

Que tenga mucha paz en la alma sana,
mucha luz en los ojos de trigueña,
y un timbre en el reír, de sevillana,
y un ritmo en el andar, de malagueña.

Que en un paraje viva, rodeado
de íntimo huerto, misterioso a veces,
en donde yergan, junto al olmo osado,
el terso tronco pardo los almeces.

Y allí, gozando su beldad morena,
mientras el oro de su voz escucho,
pasar mi vida, mansa, honda, serena,
viendo que ella me mima, que es muy buena,
que reza un poco ¡y que me besa mucho!

XII

SILENCIOSAMENTE...

Silenciosamente miraré tus ojos,
silenciosamente cogeré tus manos,
silenciosamente,
cuando el sol poniente
nos bañe en sus rojos
fuegos soberanos,
posaré mis labios en tu limpia frente,
y nos besaremos como dos hermanos.

Ansío ternuras castas y cordiales,
dulces e indulgentes rostros compasivos,
manos tibias..., ¡tibias manos fraternales!;
ojos claros..., ¡claros ojos pensativos!,

Ansío regazos que a entibiar empiecen
mis otoños; almas que con mi alma oren;
labios virginales que conmigo recen;
diáfanas pupilas que conmigo lloren.

XIII

COBARDÍA

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza
de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul!...
Pasó con su madre. Volvió la cabeza:
¡me clavó muy hondo su mirada azul!

Quedé como en éxtasis...
Con febril premura,
«¡Síguela!», gritaron cuerpo y alma al par.
... Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas, que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos, la dejé pasar!

XIV

YO NO NACÍ PARA REÍR

Yo no nací para reír; en vano
el sol baña en sus oros mi cabeza.
Soy gentilhombre del Dolor humano,
y envuelto voy al insondable arcano
en el manto imperial de mi tristeza,

Nunca supe de bien: supe de dolo,
de frío y soledad. Mi ser remeda
la noche pertinaz que cubre al polo.
Dejadme con mi angustia: estoy tan solo...
Si me quitan mi angustia, ¡qué me queda!

Me quieres, bien lo sé. Piadosa y franca
desciendes a mi mal con heroísmo,
y donde todo es negro tú eres blanca:
florecita de nieve en la barranca
y estrellita de paz en el abismo.

Me quieres, bien lo sé; pero me espanta
pensar que mi existencia es tan obscura,
que tu almita de luz, tu almita santa,
negra se volverá con sombra tanta
por querer que amanezca en mi negrura.

... Y el cielo prueba nuestro amor: el gozo
se alejó, gorjeando, de la reja
donde el sol alumbró tanto alborozo,
y hoy tú ya no eres más que un gran sollozo,
y yo ya no soy más que una gran queja.

¡Cuántas dichas ayer en nuestra escena!
Pero el ala de Dios cubrió el santuario,
y sin piedad de ti que eres tan buena,
te clavó en el madero de la pena,
te trocó en virgencita del calvario.

Mas ¡qué importa! El dolor es soberano
dispensador de gloria y de nobleza.
¡Mi estrellita, mi flor, dame la mano
y vayamos envueltos al Arcano
en el manto imperial de mi tristeza!

XV

CÓMO EN HERIRNOS LA CRUELDAD SE AFANA

Cómo en herirnos la crueldad se afana!
¡Cómo a esquivarnos la piedad empieza!
¡Si parece mentira, mi Damiana,
que siendo tan pequeña el alma humana
pueda en ella caber tanta tristeza!

¡Oh, sombra sin luceros, bien te ensanchas!
¡Oh, hierro, bien escarbas nuestra herida!
¡Mas qué importan, Dolor, tus *avalanchas*
de angustia! ¡Nuestras almas son dos manchas
muy blancas en lo negro de la vida!

¡Valor! Tú eres virtud y yo denuedo.
Antes de herirnos temblará la daga,
y acaso rompa tan mezquino enredo.
No temas: el puñal tiene más miedo
que el noble corazón a quien amaga...

Ama, sufre, ora, aguarda, y no te asombre,
si siendo buena tu tormento crece.
¿Qué es la ventura en la existencia? Un nombre.
¿Qué es la vida? Un sollozo. ¿Qué es el hombre?
Un átomo de noche que padece...

Ama y aguarda: la creación entera
amando radia y aguardando enflora.
Mira el nido y la rosa en la pradera:
Todos los nidos te dirán: «¡espera!»;
todas las rosas te dirán: «¡adora!»

Sufre y aguarda: en la existencia vana,
nuestro amor será luz que siempre arde,
y que siempre arderá, triste o ufana.
Si ayer fué como el sol en la mañana,
hoy será como Vésper en la tarde.

Ora y aguarda: la fortuna inquieta
romper no puede nuestros firmes lazos.
Cuando llegues conmigo hasta la meta,
¡con cuánta fe te cantará el poeta!
¡Con cuánto amor te arrullará en sus brazos!

XVI

DIVINIZACIÓN

Te divinizaré como si fuera
yo poderoso emperador romano,
y una vez vuelta diosa,
tendrás tu ofrenda a diario.

La ofrenda de mis besos, que son otra
deificación; la ofrenda de mis brazos,
que ceñirán tu talle, respetuosos
y ardorosos al propio tiempo, y ávidos
como sierpes de fuego;
la ofrenda de mi espasmo...

Diosa mía, mi diosa, paraíso
único de mis años;
he de pintar tus santas formas vírgenes,
y a tus pies ha de abrir el gran milagro
de su azul y enjoyada suficiencia
el olímpico pavo,
soberbio y voluptuoso como yo,
y como tú maravilloso y vano.

AD ASTRA...

I

PÁJARO MILAGROSO (1)

Pájaro milagroso, colosal ave blanca
que realizas el sueño de las generaciones:
tú que reconquistaste para el ángel caído
las alas que perdiera luchando con los dioses;
pájaro milagroso, colosal ave blanca,
jamás mis ojos, hartos de avizorar el orbe,
se abrieron más que ahora para abarcar tu vuelo,
mojados por el llanto de las consolaciones.

¡Por fin!, ¡por fin!, clamaba mi espíritu imperioso;
¡por fin!, ¡por fin!, decía mi corazón indócil;
¡por fin!, cantaba el ritmo de la sangre en mis venas;
¡por fin tenemos alas los hijos de los hombres!

Padre, que ansiabas esto, que moriste sin verlo;
poetas que por siglos soñasteis tales dones,
Icaros lamentables que despertabais risas,

(1) Después de un concurso de Aviación.—IX-1910.

¡hoy, sobre vuestras tumbas, vuela zumbando, enorme,
el milagroso pájaro de las alas nevadas,
que cristaliza el sueño de las generaciones!
¡Y se abren para verle más aún vuestras cuencas,
y vuestros huesos áridos se coronan de flores!

¡Oh Dios!, yo que cansado del trajín triste y frívolo
del mundo, muchas veces ansié la eterna noche,
hoy te digo: ¡más vida, Señor, quiero más vida
para poder cernerme como un águila sobre
todas las vanidades y todas las bellezas,
proyectando sobre ellas mi vasto vuelo prócer!

¡Ya tenemos de nuevo pegaso los poetas!
¡Y qué pegaso, amigos, nos restitnye Jove!

Exaltación divina llene nuestros espíritus
un *Tedeum Laudamus* de nuestros labios brote,
y mueran sofocadas por las manos viriles
viejas melancolías, vagas preocupaciones.

¡A vivir! ¡A volar! ¡Borremos las fronteras!
¡Gobiernos, vanamente queréis hacer un óbice
de lo que es un gran signo de paz entre los pueblos!
¡No mancilléis al pájaro celeste con misiones
de guerra: él las rechaza; nació para el mensaje
cordial, y siembra besos de paz entre los hombres!

II

SI ME DAN A ESCOGER...

Si me dan a escoger una tarde,
quiero aquélla que, augusta y tranquila,
se despide; la que sin alarde
muere en calma sobre un fondo lila...

Si me dan a escoger una bella,
quiero aquélla, nada más aquélla
que, del alma mitad, la completa
(un lucero en su frente destella).

¡Si me dan a escoger una estrella,
quiero ir a una estrella violeta!

III

IMÁN

Hay en la misteriosa geometría
de las constelaciones
un imán tan potente de mis ojos
(girasoles obscuros de las noches),
que tal vez cuando muera, mis dos ávidas
pupilas se transformen
en dos destellos ágiles

que vayan a fundirse con los vórtices
ígneos de Aldebarán, Sirio, Capella,
Rigel, Arturo y sus septentriones,
o con la dulce Vega de la Lira,
en pos de cuyo azul, remoto acorde,
marcha el sol con su coro de planetas
describiendo espirales por los orbes...

Sí, mis ojos irán a las estrellas,
siendo en su luz dos mínimos fulgores,
dos gotas en su mar de oro convulso,
dos chispas en su hoguera multiforme,
dos puntos más en esa geometría
misteriosa de las constelaciones...

IV

LOS COMETAS

La luna en creciente, con
su *terminador* dentado,
finge en la azul extensión
un peine de luz, forjado
para peinar cabelleras
de cometas errabundos,
que en la noche sin riberas
van derramando fecundos
gérmenes de venideras
especies sobre los mundos.

De ellos habrán de salir
los Cristos del Porvenir,
los Sócrates de mañana,
la potente raza humana
que ignore lo que es morir.

Ríes... «¡Sueño de poetas!»,
dices. ¡Bueno! Yo te adoro
porque ese sueño completas:
tienes, como los cometas,
la cabellera de oro...

V

EL VIAJE

Viéndome adviertes las huellas
de una ruta portentosa:
la espiral vertiginosa
que conduce a las estrellas.

Piensas que a Sirio llegué
(y envidias tamaño lauro)
o que el Alpha del Centauro
con mis ojos *desdoblé*...

Te engañas: más lejos fuí
que la estrella más lejana.
(Noche: misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo di...)

Al Vértice omnirradiante
de donde todo dimana
tal vez llegué, tal vez ante
Aquél en cuyo semblante
hay más luz que en la mañana.

(Tu lo sabes, expectante
noche, misteriosa hermana...)

VI

EL COLOR DE LA LUNA

Quién pudiera decirnos el color de la luna!
Los pintores jamás tuvieron la fortuna
de sorprenderlo. Nunca lo definió el poeta.
No tiene nombre en la habla ni tono en la paleta...

Hace miles de años que los tristes la miran.
Hace miles de años que los novios suspiran
de pena o de placer a su luz oportuna,
¡y nadie sabe aún el color de la luna!

De fijo que no es oro, de fijo que no es plata,
ni nácar ni alabastro, esa claridad grata,
para la dicha, cómplice; para el dolor, discreta;
farol de los ausentes y de la serenata,
sudario misterioso de un ya muerto planeta,

Los que hemos contemplado tras los reveladores
vidrios de un objetivo esos *terminadores*
que fingen filigranas tenues, inmateriales
casi, los que, asomados a los limpios cristales
del ocular, miramos amanecer en esas
montañas que destacan de las sombras espesas
cada cúspide cual estrella diminuta,
mientras yacen sus moles en tiniebla absoluta;

los que vemos, ¡oh luna!, esa *luz cenicienta*
que en tu hemisferio obscuro tímida nos orienta
y que proviene acaso de nuestro fulgor mismo,
del *claro de la tierra,* que a través del abismo
va a alumbrate en las noches, apreciamos mejor
el raro y delicioso matiz de tu fulgor...

Mas, a pesar de todo, comprendemos también
que no existen palabras que lo concreten bien;
y que hay en ese beso divino que nos das
el prestigio celeste de que nunca jamás
podremos definirlo con expresión completa:
¡no tiene nombre en la habla ni tono en la paleta!

¿Quién logrará en futuras edades la fortuna
de acertar a decirnos el color de la luna?

VII

EL CONVENTO

Oh! soñado convento
donde no hubiera dogmas,
sino mucho silencio...
Una gran biblioteca,
un vastísimo huerto
con recodos de sombra,
de quietud y misterio,
y en él un telescopio
para asomarse al cielo,
¡para mirar siquiera
la Patria desde lejos,
mientras llega el instante
de volver a lo eterno!

VIII

VOCES

Dios

Mi Verbo va creando en todos
los instantes formas y modos.

Sirio y coro de estrellas

—Bogamos

alumbrando los mundos; brillamos,
ardemos...

LOS VIENTOS

—Cantamos, rugimos,
y mil impalpables gérmenes sembramos
en nuestro perenne volar.

LOS MARES

—Latimos, latimos,
al compás del viento;
nuestras ondas arrullan la Vida.

LA TIERRA

—Germino, transformo, sustento
prodigando mi savia escondida...
(Enmudecen, y se oye un lamento.)

EL HOMBRE

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

PIEDAD

I

SUPREMO ARRULLO

Cuando en el ponto sonoro,
el sol, milagro de oro,
diaria transfiguración,
derrama en la onda sumisa
como una sonrisa
sus rayos que hacían cantar a Memmón,
las viejas sirenas repasan en coro
una nueva canción.

Tiene la canción, divino
ritmo, lento, cristalino
(que recuerda un responso latino),
y hecha está para arrullar
a las víctimas de cada submarino
que rotos los flancos, en un torbellino
de espumas, al fondo desciende del mar.



II

HOSPITALIDAD

Cristo, la ciencia moderna
te arroja sin compasión
de todas partes; ¡no tienes
donde residir, Señor!

Las teorías positivas
y la experimentación
materialista, no dejan
sitio en los orbes a Dios.
En cuanto al alma del hombre,
a piedra y cal se cerró
hace tiempo a todo ensueño.
En el umbral, la Visión
muerta de angustia, de frío
y de soledad quedó...

En las moradas humanas
ya tan sólo caben hoy
la vanidad, el deseo
voluptuoso y la ambición.

¡Ya no tienes casa, Cristo!
... ¿Más cómo has de irte por
esos caminos si apenas
has sonado el aldabón

de una puerta, te la cierran
con estruenda y ronca voz?

El pájaro tiene nido,
cubil el raposo halló,
y tú, en cambio, vas expuesto
a la intemperie, al horror
de las noches congeladas,
a tanto abandono...
Yo
no valgo dos cuartos, Cristo:
mi corazón (tú mejor
que nadie lo sabe) tiene
poco espacio y poco sol;
pero, qué le hemos de hacer
si en esta comarca no
hay otro... ¡Ven, y permite
que confuso, con temblor
de vergüenza, yo te hospede
en mi propio corazón!

III

SALMO

Oh Señor!, *¡no te enojes con la brizna de yerba!*
Mi nada no merece la indignación acerba
de un Dios... ¿Es ley que emplees la flamígera espada
de tu resplandeciente Miguel contra mi nada?

Piedad para la oruga, Rey manso de Judea:
Tú, que jamás rompiste *la caña ya cascada,*
Tú, que nunca apagaste *la mecha que aún humea.*

IV

CONFIANZA

Dios es mejor de lo que opina el cura.
Hay más piedad de la que espera él mismo
en las entrañas de la esfinge obscura.
Hay más luz de la que él mira, en la hondura,
más amor del que él piensa, en el abismo.

¡Alma, no tengas miedo! Ya en la meta
recobrarás al ángel que se fué;
y encontrarás perdón. Vive quieta
y di lo que al morir dijo el poeta (1):
Dieu me pardonnera; c'est son métier!

V

SÍ, POBRE VIEJECITA...

Si, pobre viejecita, ya ninguno te escucha!
Los fastidias a todos con tu buena memoria.
Tu lentitud es grande; su frivolidad, mucha...,
y te huyen porque siempre narras la misma historia

(1) Heine.

Pero yo soy paciente, y sentado a tu puerta,
escucharé. No temas; puedes hablar tranquila,
mientras menea el viento las ramas de la huerta
y se muere a lo lejos un crepúsculo lila.

Déjalos que se vayan, en su atolondramiento,
a decir ellos y ellas, palabras mentirosas,
y cuéntame, abuelita, tu mismo viejo cuento,
al compás de tus manos largas y sarmentosas.

PENUMBRA

I

ESO NO MÁS

PAGINA primordial de la vida,
trémulos pardaeos del alba,
límpido borbotar de la fuente,
prístino verberar de las alas,
¡no conturbéis mi espíritu
con vuestras añoranzas!

Nébulas del ensuño naciente
(¡nítidas, risueñas, ingrávidas!),
férvido regocijo de amores,
éxtasis de las hondas miradas,
¡no conturbéis mi espíritu
con vuestras añoranzas!

Místico fulgurar de la gloria,
hálitos de soberbia y pujanza,
júbilos infantiles del verso,
vítores y laureles y hosannas,
¡no conturbéis mi espíritu
con vuestras añoranzas!

¡Plácido tu callar es, memoria!
¡Déjame para siempre, fantasma!
Mística desnudez de deseos,
búhdico reposar de nirvana,
¡eso no más quieren
mi cuerpo y mi alma!

II

SUAVIDAD

Ha tantos lustros ya que estoy penando,
que al fin con mi penar marcho tranquilo.
Mi perenne dolor es como un filo
que, a fuerza de cortar, se va gastando.

Bronca al principio; mas hoy casi leda,
pasa mi angustia por los eriales
del mundo, y el cilicio de mis males,
en un tiempo de crin, hoy es de seda.

Mi tristeza de ayer, hosca, importuna,
hoy se esconde y esquiva los alardes:
es ya crepuscular, como las tardes,
y mansa como el claro de la luna...

Siempre más tenue, siempre más suave,
el estribillo ingenuo de mi queja
parece una romanza ya muy vieja,
arrancada al marfil de un viejo clave...

Por igual en mis rimas se deslíen
aljófares y lágrimas radiantes,
¡y al mirarlos caer como diamantes
nadie sabe si lloran o si ríen!

III

EL MENTOR MUERTO

Aún vibra en mi oído tu acento sonoro,
aún miro en mis sueños tu faz monacal,
tu lejano aspecto de leyenda de oro,
tus largos cabellos, tu barba fluvial.

Aún veo tus manos exangües y largas,
pródigas de dones y de bendición,
subrayar las prédicas unciosas o amargas
que me conducían a la perfección.

¡Oh padre!, ¡oh custodio!, ¿por qué te me fuiste?
Bien ves que me faltas, bien ves que me pierdo
en los laberintos de la vida triste
y que ansiosamente, desde que partiste,
vivo asomado a tu recuerdo...

IV

DE TODO MI PASADO

De todo mi pasado;
de todas mis tristezas; de todos mis contentos;
de lo mucho perdido,
de lo poco ganado,
de lo que he sonreído
y de lo que he llorado,
¿qué me queda? Una cosa no más: ¡remordimientos!

¿Por qué no fuí mejor
con los que me quisieron?
¿Por qué no pude darles tanto amor, tanto amor
como el que ellos me dieron?

¿Por qué me causó escándalo
vivir mal comprendido?
¿Por qué ante la injusticia no fuí yo como el sándalo,
«que llena de perfumes el hacha que lo ha herido»?

¿Por qué, sintiendo siempre el celeste apetito
de lo eterno, a la tierra demasiado miré?
¿Por qué no pudo mi alma cernerse en lo infinito,
desdeñando miserias mundanales, por qué?

¡Oh Señor! ¿No me es dado vivir una vez más
para llenar de nuevo mis ánforas vacías
del vino generoso que Tú al nacer nos das?
Ennoblece a lo menos mis postrimeros días,
y si hubo muchos yerros... ¡ya los perdonarás,
teniendo en cuenta las
tan raras alegrías!

V

MIEDO

Dicen que un muerto es un ser elevado
al Misterio absoluto... (1).
Tú, pues, amigo diáfano, que amabas
la claridad socrática; tú, el justo,
ingenuo y candoroso, eres ahora
el misterio por excelencia, el único,
el más abrumador de los misterios...

Nada en ese tu simple vivir hubo
de inextricable, nada de enigmático,
de arcano ni de obscuro.
¡Eras la propia limpidez del aire!
... Y hoy todos los secretos en ti juntos
florecen, y tu sombra es cual la sombra

(1) Novalis.

del ala de la esfinge. En vano busco
la santa nitidez de tus pupilas:
ya todo tú eres negro, ya el sañudo
prestigio de la eternidad te envuelve;
ya ves la cuarta dimensión, en cuyo
contrasentido abísmase la lógica.

¡Tengo miedo de ti!, y en mi convulso
sueño angustioso, yo, que ansiaba verte
y hablarte siempre, pávido formulo
esta orden mental: —Vete, fantasma;
¡no te materialices! Vuelve al húmedo
agujero en que estás; si eres la ansiada
revelación del más allá, renuncio
a ella, torna allí donde te pudres;
¡no quiero saber nada de otros mundos!

VI

¡QUIÉN SABE!

Les morts font des longs voyages

ESA indefinible devoción lejana
que vibra en tus cartas, está bien, hermana.

Ese amor vestido de melancolía,
tiene una sutil y honda poesía.

Me place que digas que me conociste
quizá en otros mundos, que por mí estás triste;
que en vano me llamas... Me place. Me place.

¡Oh! espíritu ausente, ¿cuánto tiempo hace
que los dos vivimos?
Tal vez tú recuerdes en dónde vivimos...

Eso de existencias anteriores, gusta
a muchos. A mí me gusta... ¡y me asusta
por la inenarrable, por la atroz fatiga
de ir viviendo vidas sin cesar, amiga!

¡Qué horror en el dogma brahmánico cabe!
Mas, después de todo, quién sabe..., quién sabe...

Y si el *karma* quiso, si hoy ya no lo quiere,
es cruel que a mi alma tu pobre alma espere
junto a un mar de sombras, viendo con afán
las olas que vienen, las olas que van...

¡Qué horror en el dogma brahmánico cabe!
Mas, después de todo, ¡quién sabe!, ¡quién sabe!...

VII

TEDIO

Magna me cibi satietas

TENGO el peor de todos los cansancios:
¡el terrible cansancio de mí mismo!
¿Dónde ir que a mí propio no me lleve,
con el necio gritar de mis sentidos
y el vano abejear de mis deseos
y el tedio insoportable de lo visto
y el gran desabrimiento de los labios
después del amargor de lo bebido?

¡Oh! qué hambre de paz y de penumbra
y de quietud y de silencio altivo
y de serenidad... ¡Dormir, dormir!
¡Toda una eternidad estar dormido!

VIII

ARCANIDAD

CUANDO me asomo a mí como a un cristal
diáfano, sí, mas insondable, siento
en redor un sutil vaho de enigma,
un glacial calosfrío de misterio...,

¿Soy acaso uno solo o bien soy muchos?
¿Quién tiene autoridad en el colegio
discordante y al par disciplinado
de mis células, quién dice: «yo quiero»?
¿Quién lucha cual Jacob con ese ángel
que anida de mí dentro?
¿Quién clama: «¡no!», mientras que clama: «¡sí!»
un instintivo *yo*... que yo detesto?

¡Qué necedad la de los que imaginan
escudriñar las cosas... Si no vemos
jamás lo que en sí son las cosas!
Tontos
que edificáis sobre apariencias, necios
que investigáis el documento humano
(el más obscuro de los documentos):
¡y con cinco sentidos, siempre erróneos,
pretendéis calibrar el universo!

IX

INMORTALIDAD

Nosotros, que no más somos fantasmas,
queremos perdurar en la memoria
de otro fantasma: la posteridad,
que ha de surgir mañana de la sombra
en que nosotros nos desvanecemos,

y se irá sin remedio algunas horas
después, arrebatada por el viento...
¡Y a perdurar así llamamos gloria!

Pedimos un esfuerzo a los humanos
para que nos recuerden, cuando locas
sus míseras cabezas se derrumban
a cada instante en las tinieblas lóbregas...

Fijar ansias en el torbellino
en que giran los seres y las cosas
por un momento nuestra estrella pálida...
En la balumba inextricable y pródiga
de gritos de dolor, hacer queremos
que los demás escuchen nuestra historia,
que repitan siquiera nuestro nombre
una vez, entre aullidos de congoja...
¡Y es ésta, amigos, la celebridad!
¡Esta es, *inmortales,* vuestra gloria!

X

¿Y POR QUÉ NO?

Pregunta el hombre, triste y serio:
—¿Vive quizás el que murió?
¿Es un engaño el cementerio?
—¡Quién sabe!—dícele el Misterio:—
¿Y por qué no?

Pregunta el hombre:—¿Y el consuelo
íntimo y dulce, que solió
prometerme un futuro vuelo,
es por ventura voz del cielo?
Dice el Misterio:—¿Y por qué no?

—¿Debe esperar, pues, refrigerio
para su mal el que penó
en este obscuro cautiverio?
—¡Quién sabe!—dícele el Misterio:—
¿Y por qué no?

Y así marchamos por la vida,
con la ilusión bien encendida
para alumbrar lo que soñó
nuestra pobre alma entelerida.
Así marchamos por la vida
entre un «¡quién sabe!» y un «¡por qué no!»

XI

NO ES CULPA MÍA...

Si alternan la fe y la duda
como la noche y el día
en mi alma yerma y desnuda,
¡no es culpa mía!

Culpa es del siglo, que forja
sistemas a discreción,
y que no trae en su alforja
ni una afirmación.

Culpa es de la obscuridad,
de la esquiva lobreguez,
del no dar con la verdad
ni una vez;

del duro insomnio, que acecha,
en la esquiva cerrazón,
el relámpago, la brecha
de luz de mi convicción;

Del silencio que responde
a nuestro ansioso por qué;
del vano preguntar: *¡dónde!*
para que digan: *¡no sé!*

. . . .

Si, pues, alternan fe y duda
como la noche y el día
en mi alma yerma y desnuda,
¡no es culpa mía!

... Sin embargo, allá, en el fondo
del obscuro laberinto,
muy hondo, mucho, muy hondo,
habla un instinto.

Es como un *sí* que confirma
mi raro *sí* de creyente
y que, cuando niego, afirma
tímidamente.

Es... yo no sé qué simpática
insinuación oportuna
y discreta; es, como una
voz enigmática...

Como vago cuchicheo
que surge apenas de los
abismos de mi deseo
y que murmura: «¡Yo creo
en Dios!...»

XII

CANSANCIO

Está cansada ya de gritar mi laringe,
interrogando a cada mundo del firmamento;
está cansado ya mi pobre pensamiento
de proponer enigmas a la inmutable Esfinge...

¡A qué pensar, a qué lanzar nuestro reproche
a lo Desconocido!
¡Comamos y bebamos!
Quizá es preferible que nunca comprendamos
el enorme secreto que palpita en la noche!

XIII

LA PREGUNTA

Y qué quieres ser tú?—dijo el Destino.
Respondí: —Yo, ser santo;
y repuso el Destino:
«Habrá que contentarse
con menos...»
                Pesaroso,
aguardé en mi rincón una pregunta
nueva:

«¿Qué quieres ser?—dijo el Destino
otra vez:—Yo, ser genio, respondíle;
y él irónico: «Habrá que contentarse
con menos...»
                Mudo y triste
en mi rincón de sombra, ya no espero
la pregunta postrer, a la que sólo
responderá mi trágico silencio...

XI

LA AMADA INMÓVIL

VERSOS A UNA MUERTA

MYTYL, cherchant dans le gazón.—*Où sont ils les morts?*
TYLTYL, cherchant de même.—*Il n'y a pas de morts.*

MAETERLINCK: *L'oiseau bleu* (IV).

Je t'aimerai au delà de la vie!

LACORDAIRE.

... Si quid mea carmina possunt,
nulla dies unquan memori vos eximet aevo.

VIRGILIO: Eneida, 433-34.

Oh Tierra madre: sé leve para ella.
Ha pesado tan poco sobre ti!

MELEAGRO.

EN MEMORIA DE ANA

Encontrada en el camino de la vida el 31 de Agosto de 1901.

Perdida—¿para siempre?—el 7 de Enero de 1912.

OFERTORIO

Deus dedid, Deus abstulit.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!
Me lo robó la muerte
... y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo, Señor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

PENSAMIENTOS AFINES

Yo no soy más que arcilla sin valor... pero y algún tiempo con la rosa.

SAADI.

Un esprit vetu de noir guide nos pas: c'est la Douleur!

LEON DENIS.

Noir chevalier masque qui chevauche en silence
la Douleur a percé mon vieux coeur de sa lance,

PAUL VERLAINE.

Il faut s'habituer a tout dans la vie: même a l'Eternité.

G. LEVROUX.

Todos los hombres desean únicamente librarse de la muerte; pero no saben librarse de la vida.

LAO-TSEU-TAO-TE-KING.

Somos tan pequeños como nuestra dicha... sí, pero somos tan grandes como nuestro dolor.

HEBBEL.

La mort a des rigueurs a nulle autre pareilles,
On a beau la prier,
la cruelle qu'elle est se bouche les oreilles
et nous laisse crier.

MALHERBE.

Nous sommes plongés dans un invisible milieu spirituel, d'où une aide nous vient, notre âme ne faisant mistérieuse-

ment qu'un avec une âme plus grande dont nous sommes les instruments.

(La Philosophie de l'experience. *Traducción francesa de W. James, Biblioteca Alcan, 1909).*

Not dead, but gone before.

ROGERS, Human life.

Es la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella... Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida.

QUEVEDO.

Une fois, il vit dans le cimetière
une tombe neuve, un nouveau cyprès!
il comprit pour quoi! la nuit tout entière
il pleura sa mie, et mourut après.

RONSARD, La Ballade de Roland.

La voilà, j'ai coupé seulement ces deux tresses
dont elle m'enchaînait hier dans ses caresses
et je n'ai gardé que cela!

LAMARTINE.

Seigneur, je reconnais que l'homme est en délire
s'il ose murmurer!
je cesse d'accuser, je cesse de maudire!
mais laissez moi pleurer!

VÍCTOR HUGO.

... Y morir es muy distinto de lo que todos suponen y más feliz. ¿Alguien ha pensado que nacer es una ventura? Me apresuro a manifestarle que morir es igualmente venturoso: Yo lo sé.

WALT WHITMAN.

I

¿LLORAR? ¡POR QUÉ!

Este es el libro de mi dolor:
lágrima a lágrima lo formé;
una vez hecho, te juro, por
Cristo, que nunca más lloraré.
¿Llorar? ¡Por qué!

Serán mis rimas como el rielar
de una luz íntima, que dejaré
en cada verso; pero llorar,
¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio
un haz de notas que regaré,
y habrá una risa por cada arpegio,
¿Pero una lágrima? ¡Qué sacrilegio!
Eso ya nunca. ¿Por quién? ¿Por qué?

II

«MÁS YO QUE YO MISMO»

Oh, vida mía, vida mía!,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.

¡De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí!

Faro de mi devoción,
perenne cual mi aflicción
es tu memoria bendita.
¡Dulce y santa lamparita
dentro de mi corazón!

Luz que alumbra mi pesar
desde que tú te partiste
y hasta el fin lo ha de alumbrar,
que si me dejaste triste,
triste me habrás de encontrar.

Y al abatir mi cabeza,
ya para siempre jamás,
el mal que a minarme empieza,
pienso que por mi tristeza
tú me reconocerás.

Merced al noble fulgor
del recuerdo, mi dolor
será espejo en que has de verte,
y así vencerá a la muerte
la claridad del amor.

No habrá ni noche ni abismo
que enflaquezca mi heroísmo

de buscarte sin cesar.
Si eras *más que yo mismo,*
¿cómo no te he de encontrar?

¡Oh vida mía, vida mía!
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.
De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí.

Febrero de 1912.

III

GRATIA PLENA

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía.
Era *llena de gracia,* como el Avemaría;
¡quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como Margarita sin par,
al influjo de su alma celeste amanecía...
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.

Más que muchas princesas, princesa parecía:
era llena de gracia como el Avemaría;
¡quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia como el Avemaría;
¡quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fué mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!
¡Era llena de gracia, como el Avemaría,
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Marzo de 1912.

IV

¡PUELLA MEA!

Muchachita mía,
gloria y ufania
de mi atardecer,
yo sólo tenía
la santa alegría
de mi poesía
y de tu querer.

¿Por qué te partiste?
¿Por qué te me fuiste?
Mira que estoy triste,
triste, triste, triste,
con tristeza tal
que mi cara mustia
deja ver mi angustia
como si fuera de cristal.

Muchachita mía,
¡qué sola, qué fría
te fuiste aquel día!
¿En qué estrella estás?
¡En qué espacio vuelas!
¡En qué mar rielas!
¿Cuándo volverás?
—¡Nunca, nunca más!

Marzo de 1912.

V

SU TRENZA

BIEN venga, cuando viniere,
la Muerte: su helada mano
bendeciré si hiere...
He de morir como muere
un caballero cristiano.

Humilde, sin murmurar,
¡oh Muerte!, me he de inclinar
cuando tu golpe me venza;
... ¡pero déjame besar,
mientras expiro, su trenza!

¡La trenza que le corté
y que, piadoso, guardé
(impregnada todavía
del sudor de su agonía)
la tarde en que se me fué!

Su noble trenza de oro:
amuleto ante quien oro,
ídolo de locas preces,
empapado por mi lloro
tantas veces..., tantas veces...

Deja que, muriendo, pueda
acariciar esa seda
en que vive aún su olor:
... ¡Es todo lo que me queda
de aquel infinito amor!

Cristo me ha de perdonar
mi locura, al recordar
otra trenza, en nardo llena,
con que se dejó enjugar
los pies por la Magdalena...

Marzo, 19-1912.

VI

ESCAMOTEO...

Con tu desaparición
es tal mi estupefacción,
mi pasmo, que a veces creo
que ha sido un *escamoteo,*
una burla, una ilusión;

que tal vez sueño despierto
que muy pronto te veré,
y que me dirás: «¡No es cierto,
vida mía, no me he muerto;
ya no llores..., bésame!»

Marzo de 1912.

VII

¿QUÉ MÁS ME DA?

In angello cum libello.
KEMPIS.

Con ella, todo; sin ella, nada!
Para qué viajes,
cielos, paisajes.
¡Qué importan soles en la jornada!

Qué más me da
la ciudad loca, la mar rizada,
el valle plácido, la cima helada,
¡si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...

Venecias, Romas, Vienas, Parises:
bellos sin duda; pero copiados
en sus celestes pupilas grises,
¡en sus divinos ojos rasgados!
Venecias, Romas, Vienas, Parises,
qué más me da
vuestra balumba febril y vana,
si de mi brazo no va mi Ana,
¡si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...

Un rinconcito que en cualquier parte me preste abrigo;
un apartado refugio amigo
donde pensar;
un libro austero que me conforte;
una esperanza que sea norte
de mi penar,
y un apacible morir sereno,
mientras más pronto más dulce y bueno:
¡qué mejor cosa puedo anhelar!

Marzo de 1912.

VIII

¡QUIÉN SABE POR QUÉ!

PERDÍ tu presencia,
pero la hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré!

Tú fuiste en mi senda
la única prenda
que nunca busqué;
llegaste a mi tienda
con tu noble ofrenda,
¡quién sabe por qué!

¡Ay!, por cuánta y cuánta
quimera he anhelado
que jamás logré...
y en cambio, a ti, santa,
dulce bien amado,
te encontré a mi lado,
¡quién sabe por qué!

Viniste, me amaste;
diez años llenaste

mi vida de fe,
de luz y de aroma;
en mi alma arrullaste
como una paloma,
¡quién sabe por qué!

... Y un día te fuiste.
¡Ay triste!, ¡ay triste!;
... pero te hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré.

Marzo 19 de 1912.

IX

MI SECRETO

¿Mi secreto? ¡Es tan triste! Estoy perdido
de amores por un ser desaparecido,
por un alma liberta,
que diez años fué mía, y que se ha ido...
¿Mi secreto? Te lo diré al oído:
¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes—tú que buscas los *visibles*
transportes, las reales, las tangibles

caricias de la hembra, que se plasma
a todos tus deseos invencibles —
ese imposible de los imposibles
de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido
y será!
Si por mí solo ha latido
su noble corazón, hoy mudo y yerto,
¿he de mostrarme desagradecido
y olvidarla, no más porque ha partido,
y dejarla, no más porque se ha muerto?

Marzo, 25 de 1912.

X

METAFISIQUEOS

De qué sirve al triste la filosofía!
Kant o Schopenhauer o Nietzsche o Bergson...
¡Metafisiqueos!
En tanto, Ana mía,
te me has muerto, y yo no sé todavía
dónde ha de buscarte mi pobre razón.

¡Metafisiqueos, pura teoría!
¡Nadie sabe nada de nada: mejor
que esa pobre ciencia confusa y vacía,
nos alumbra el alma como la luz del día,
el secreto instinto del eterno amor!

No ha de haber abismo que ese amor no ahonde—,
y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde!
¿Cuándo? No me importa... ¡pero te hallaré!
Si pregunto a un sabio, «¡Qué sé yo!»—responde—.
Si pregunto a mi alma, me dice: «¡Yo sé!»

27-III-912.

XI

UNIDAD

No, madre, no te olvido;
mas apenas ayer ella se ha ido,
y es natural que mi dolor presente
cubra tu dulce imagen en mi mente
con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria
como oriente y ocaso de mi historia,
como principio y fin de mi sendero,
como nido y sepulcro de mi gloria;
¡pues contigo, nací; con ella, muero!

Ya viviréis las dos en mis amores
sin jamás separaros;
pues, como en un matiz hay dos colores
y en un tallo dos flores,
en una misma pena he de juntaros!

Marzo, 28 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Mais elle était du monde où les plus belles choses
ont le pire destin!
et rose, elle a vécu ce qui vivent les roses,
l'espace d'un matin.

MALHERBE.

Elle est venue; elle a souri: elle a passé.

EPITAFIO ANTIGUO.

Vous qui pleurez, venez à ce Dieu, car il pleure.
Vous qui souffrez, venez à lui, car il guérit.
Vous qui tremblez, venez à lui, car il sourit.
Vous qui passez, venez à lui, car il demeure.

VÍCTOR HUGO.

Je me souviens
des jours anciens
et je pleure.

VERLAINE.

El más rápido corcel para conducir a la perfección es el sufrimiento.

EL MAESTRO ECKHARDT. Obras. Vol. I, pág. 492.

Death is the crown of life.

YOUNG, High. thoughts.

I

EL FANTASMA SOY YO

Vivants, vous etes des fantômes.
C'est nous qui sommes les vivants.

V. H.

Mi alma es una princesa en su torre metida,
con cinco ventanitas para mirar la vida.
Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó.
Y tu alma, que desde antes de morirte volaba,
es un ala magnífica, libre de toda traba...
Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen,
no como son de suyo, sino como aparecen
a los cinco sentidos con que Dios limitó
mi sensorio grosero, mi percepción menguada.
Tú lo sabes hoy todo...; ¡yo, en cambio, no sé nada!
Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

5 Abril 1912.

II

TRES MESES

Mi amada se fué a la Muerte,
partió al Misterio mi amada;
se fué una tarde de invierno;
iba pálida, muy pálida.

Ella que, por su color,
gloriosamente rosada,
parecía un ser translúcido
iluminado por llama
interna...
¡Qué lividez
aquella, la de mi Ana,
y qué frialdad! ¡Si tenía
hasta las trenzas heladas!

¡Se fué a la Muerte, que es
nuestra Madre, nuestra Patria
y nuestra sola heredad
tras este valle de lágrimas!

Hoy hace tres meses justos
que se la llevaron trágica-
mente inmóvil, y recuerdo

con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama.

¡Tres meses de viaje! ¡Nunca
fué nuestra ausencia tan larga!
Noventa días sin verla,
y sin una sola carta...

Abismo de los abismos,
distancia de las distancias,
hondura de las honduras,
muralla de las murallas,
¿dónde tienes a mi muerta?
¡Dámela! ¡Dámela! ¡Dámela!

¡En vano en la noche lóbrega
suena y resuena la aldaba
con que llamo a la gran puerta
del castillo que se alza
en la cima misteriosa
de la fúnebre montaña!

Cierto, detrás de esa hostil
fortaleza, alguien se halla...
Se adivina no sé qué,
un confuso rumor de almas...

De fijo nos oyen, pero
nadie nos responde nada,

y resuena solamente,
con vibraciones metálicas,
en los ámbitos inmensos
el golpazo de la aldaba.

Hoy hace tres meses justos
que se la llevaron, trágica-
mente inmóvil, y recuerdo
con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama;
y recuerdo también que
al cruzar por las barriadas
de Madrid me sollozó
una tétrica gitana:
«¡Señorito, una limosna
por la difunta de su *arma!*»

8 de Abril de 1912.

III

HUGUEANA

Ay de mí! Cuántas veces, arrobado
en la contemplación de una quimera,
me olvidé de la noble compañera
que Dios puso a mi lado.

—¡Siempre estás distraído!—me decía;
y yo, tras mis fantasmas estelares,
por escrutar lejanos luminares
el íntimo lucero no veía.

Qué insensatos antojos
los de mirar, como en tus versos, Hugo,
las estrellas en vez de ver sus ojos,
desdeñando, en mi triste desatino,
la cordial lucecita que a Dios plugo
encenderme en la sombra del camino...

Hoy que partió por siempre el amor mío,
no me importan los astros, pues sin ella
para mí el universo está vacío.
Antes, era remota cada estrella:
hoy, su alma es la remota, porque en vano
la buscan mi mirada y mi deseo.

Ella que iba conmigo de la mano,
es hoy lo más lejano:
los astros están cerca, pues los veo.

Abril, 9-912.

IV

CUANDO DIOS LO QUIERA

SANTA florecita, celestial renuevo,
que hiciste de mi alma una primavera,
y cuyo perfume para siempre llevo:
¿Cuándo en mi camino te hallaré de nuevo?
—¡Cuando Dios lo quiera, cuando Dios lo quiera!

—¡Qué abismo tan hondo! Qué brazo tan fuerte
desunirnos pudo de tan cruel manera!
... Mas ¡qué importa! Todo lo salva la muerte
y en *otra ribera* volveré yo a verte...
—¡En otra ribera... sí!, ¡cuando Dios quiera!

Corazón herido, corazón doliente,
mutilada entraña: si tan tuya era
(carne de tu carne, mente de tu mente,
hueso de tus huesos), necesariamente
has de recobrarla...—¡Sí, cuando Dios quiera!

Abril de 1912.

V

LE TROU NOIR

> Y todos los modernos sobreentienden,
> quiénes más, quiénes menos,
> esa inmortalidad del otro lado
> del agujero negro.
>
> FLAUBERT, *Correspondence.*

PARA el que sufre como yo he sufrido,
para el cansado corazón ya huérfano,
para el triste ya inerme ante la vida,
bendito agujero negro!

¡Para el que pierde lo que yo he perdido
(luz de su luz y hueso de sus huesos),
para el que ni recobra ya ni olvida,
bendito agujero negro!

¡Agujero sin límites, gigante
y medroso agujero,
cómo intriga a los tontos y a los sabios
la insondabilidad de tu misterio!

¡Mas si hay alma, he de hallar la suya errante;
si no, en la misma nada fundiremos
nuestras áridas bocas, ya sin labios,
en tu regazo, fúnebre agujero!

Abril, 4 de 1912.

VI

TODO INÚTIL

Inútil es tu gemido:
no la mueve tu dolor.
La muerte cerró su oído
a todo vano rumor.

En balde tu boca loca,
la suya quiere buscar:
Dios ha sellado su boca:
¡ya no te puede besar!

Nunca volverás a ver
sus amorosas pupilas
en tus veladas arder
como lámparas tranquilas.

Ya sus miradas tan bellas
en ti no se posarán:
Dios puso la noche en ellas
y llenas de noche están...

Las manos inmaculadas
le cruzaste en su ataúd,
y estarán siempre cruzadas:
¡ya es eterna su actitud!

Al noble corazón tierno
que sólo por ti latió,
como a pájaro en invierno
la noche lo congeló.

—¿Y su alma? ¿Por qué no viene?
¡Fué tan mía...! ¿Dónde está?
—Dios la tiene, Dios la tiene:
¡El te la devolverá
quizá!

Abril, 19 de 1912.

VII

¡CÓMO SERÁ!

Si en el mundo fué tan bella,
¿cómo será en esa estrella
donde está?
¡Cómo será!

Si en esta prisión obscura,
en que más bien se adivina
que se palpa la hermosura,
fué tan peregrina,
¡cuán peregrina será
en el más allá!

Si de tal suerte me quiso
aquí, ¿cómo me querrá
en el azul paraíso
en donde mora quizá?
¡Cómo me querrá!

Si sus besos eran tales
en vida, ¡cómo serán
sus besos espirituales!
¡Que delicias inmortales
no darán!
Sus labios inmateriales,
¡cómo besarán!

... Siempre que medito en esa
dicha que alcanzar espero,
clamo, cual Santa Teresa,
que muero porque no muero:
hallo la vida muy tarda
y digo: ¿cómo será
la ventura que me aguarda
donde ella está?
¡Cómo será!

Abril 21 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Así como entre el eco sordo de las aguas y los diversos rumores que se escuchan cuando se abre un túnel oímos de vez en cuando el ruido de los barreteros que vienen hacia nosotros del lado opuesto, así también a intervalos escuchamos los golpes de la piqueta de nuestros camaradas, los que se fueron al más allá...

SIR OLIVER LODGE
(Rector de la Universidad de Birmingham.)

El alma, cuando dormimos, tiene ojos de lince.

ESQUILO. Euménides.

Ils n'ont accepté de la terre que l'effort seul qu'elle nécessite pour s'en détacher.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM.

¡Oh, Christ, that it were possible
for one short hour to see
the souls we loved, that they might tell us
what and where they be!

TENNYSON, Maud, Pt. IV, III.

I

LA CITA

> Llamaron quedo, muy quedo,
> a la puerta de tu casa...
>
> VILLAESPESA.

HAS escuchado?
Tocan la puerta...
—La fiebre te hace
desvariar.
—Estoy citado
con una muerta,
y un día de estos ha de llamar...
Llevarme pronto me ha prometido;
a su promesa no ha de faltar...
Tocan la puerta. Qué, ¿no has oído?
—La fiebre te hace desvariar.

Abril, 26 de 1912.

II

NADIE CONOCE EL BIEN

Había un ángel cerca de mí,
mas no le vi...
Posó las plantas maravillosas
entre las zarzas de mi erial, y
yo, en tanto, estaba viendo otras cosas.

Cuando, callado, tendió su vuelo
y quedó al irse torvo mi cielo,
mi vida huérfana, mi alma vacía,
comprendí todo lo que perdía.

Alcé los ojos despavorido,
llamé al ausente con un gemido,
plegó mis labios convulso gesto...

Mas pronto el ángel dejó traspuesto,
con vuelo de ímpetu soberano,
las lindes negras del mundo arcano,
y todo vano fué..., ¡todo vano!

¡Quién del espacio devuelve un ave!
¡Qué imán atrae a un dios ya ido!
Dice el proloquio que nadie sabe
el bien que tiene..., ¡sino perdido!

Abril, 27, 1912.

III

REPARACIÓN

En esta vida no la supe amar!
Dame otra vida para reparar,
¡oh Dios!, mis omisiones,
para amarla con tantos corazones
como tuve en mis cuerpos anteriores;
para colmar de flores,
de risas y de gloria sus instantes;
para cuajar su pecho de diamantes
y en la red de sus labios dejar presos
los enjambres de besos
que no le di en las horas ya perdidas...

Si es cierto que vivimos muchas vidas
(conforme a la creencia
teosófica), Señor, otra existencia
de limosna te pido
para quererla más que la he querido,
para que en ella nuestras almas sean
tan *una,* que las gentes que nos vean
en éxtasis perenne ir hacia Dios
digan: «¡Cómo se quieren esos dos!»

A la vez que nosotros murmuramos
con un instinto lúcido y profundo

(mientras que nos besamos
como locos): «¡Quizás ya nos amamos
con este mismo amor en otro mundo!»

Abril, 28.

IV

¡CÓMO CALLAN LOS MUERTOS!

Que despiadados son
en su callar los muertos!
Con razón
todo mutismo trágico y glacial,
todo silencio sin apelación
se llaman: *un silencio sepulcral.*

Abril, 29.

V

ME BESABA MUCHO

Me besaba mucho, como si temiera
irse muy temprano... Su cariño era
inquieto, nervioso.
Yo no comprendía

tan febril premura. Mi intención grosera
nunca vió muy lejos...
¡Ella presentía!

Ella presentía que era corto el plazo,
que la vela herida por el latigazo
del viento, aguardaba ya..., y en su ansiedad
quería dejarme su alma en cada abrazo,
poner en sus besos una eternidad.

Mayo, 4 de 1912.

VI

AQUEL OLOR...

Era un' amicizia «di terra lontana».
GABRIELE D'ANNUNZIO.

En qué cuento te leí?
¿En qué sueño te soñé?
¿En qué planeta te vi
antes de mirarte aquí?
¡Ah!, ¡no lo sé..., no lo sé!

Pero brotó nuestro amor
con un *antiguo* fervor,
y hubo, al tendernos la mano,
cierta emoción *anterior*,
venida de 'o lejano.
Tenía nuestra amistad,

desde el comienzo un cariz
de otro sitio, de otra edad,
y una familiaridad
de indefinible matiz...

Explique alguien (si lo osa)
el hecho, y por qué, además,
de tus caricias de diosa
me queda una misteriosa
esencia sutil de rosa
que viene de un siglo atrás...

Marzo, 7, 1912.

VII

HÉLAS!

HÉLAS! *je ne suis plus un poète, un artiste.*
Je ne suis plus qu'un coeur profondément meurtri;
je ne suis qu'un esprit las et farouche et triste.
qui veut saisir un rêve d'amour évanoui...

La Mort a mis devant mes yeux ses lourdes [voiles,
pour m'empêcher de suivre Celle *qui s'envola;*
mais mon âme opiniâtre, cherche dans les étoiles,
fouille les noirs abîmes, et la retrouvera.

11-V-1912.

VIII

REGNUM TUUM

Fuera, sonrisas y saludos,
vals, esnobismo de los clubs,
mundanidad oropelesca.
Pero al volver a casa, tú.

En el balcón, en la penumbra,
vueltos los ojos al azul,
te voy buscando en cada estrella
del misterioso cielo augur.

¿Desde qué mundo me contemplas?
¿De qué callada excelsitud
baja tu espíritu a besarme?
¿Cuál el astro cuya luz
viene a traerme tus miradas?

¡Oh! qué divina es la virtud
con que la noche penetra
bajo su maternal capuz!

Hasta mañana, salas frívolas,
trajín, ruidos, inquietud,
mundanidad oropelesca,
poligonales fracs, abur.

Y tú, mi muerta, ¡buenas noches!
¿Cómo te va? ¿Me amas aún?
Vuelvo al encanto misterioso,
a la inefable beatitud
de tus lejanos besos místicos.
¡Aquí no reinas más que tú!

Mayo, 16 de 1912.

IX

NEARER TO THEE!

AVANT *de t'en aller vers le sombre rivage,*
chaque jour, chaque instant, te separait de moi,
car la barque approchait pour l'eternel voyage...
Maintenant, chaque jour nous unit d'avantage,
je suis tous les instants plus près, plus près de [toi!

Aujourd'hui, plus qu'hier, et plus encor
Ainsi, combien de soirs, je pense avec émoi:
«Qui sait si elle me tend déjà la blanche main
pour m'aider à franchir son abîme lointain!»
Et je me sens plus près, toujours plus prés de toi!

21-V-1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Que ferai-je de la lyre,
de la vertu, du destin?
Hélas; et, sans ton sourire,
que ferai-je du matin?
Que ferai-je seul, farouche,
sans toi, du jour et des cieux,
de mes baisers sans ta bouche
et de mes pleurs sans tes yeux;

V. H.

La vie des morts est plus durable que celle des vivants.

GUSTAVE LE BON.

Mi diestra sea olvidada. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti me olvidare.

SALMOS, 137, 5, 6.

Mejor es la buena fama que el buen ungüento,
y el día de la muerte que el día del nacimiento.

ECLESIASTÉS, 7, 1.

Mi alma espera a Jehovah, más que los centinelas la mañana.

SALMOS, 130, 6.

La muerte no es quizás más que un cambio de sitio.

MARCO AURELIO.

I

ESTE LIBRO

Un rimador obscuro
que no proyecta sombra,
un poeta maduro
a quien ya nadie nombra,
hizo este libro, amada,
para vaciar en él
como turbia oleada
el ánfora colmada
de lágrimas y hiel.

Humilde florilegio,
pobre ramo de rimas,
su solo privilegio
es que acaso lo animas
tú, con tu santo soplo
de amor y de ternura
desde el astro en que que estás.

¡Un dolor infinito
labró en él con su escoplo

tu divina escultura,
como en recio granito,
para siempre jamás!

Mayo, 23, 1912.

II

YA TODO ES IMPOSIBLE

Dios no ha de devolvértela porque llores!
Mientras tú vas y vienes por la casa
vacía; mientras gimes,
la pobre está pudriéndose en su agujero.
¡Ya todo es imposible!

Así llenaras veinte lacrimatorias
con la sal de tus ojos; así suspires
hasta luchar en ímpetu
con el viento que pasa, destrozando
las flores de tus jardines;
así solloces hasta herir la entraña
de la noche sublime,
nada obtendrás: la Muerte no devuelve
sino cenizas a los tristes...
La pobre está pudriéndose en su agujero.
¡Ya todo es imposible!

Dios lo ha querido... Inclina la cabeza,
humíllate, humíllate
y aguarda, recogido, en las tinieblas,
el beso de la Esfinge!

Mayo, 31 de 1912.

III

ESPERANZA

Y por qué no ha de ser verdad el alma?
¿Qué trabajo le cuesta al Dios que hila
el tul fosfóreo de las nebulosas,
y que traza las tenues pinceladas
de luz de los cometas incansables
dar al espíritu inmortalidad?

¿Es más incomprensible por ventura
renacer que nacer? ¿Es más absurdo
seguir viviendo que el haber vivido,
ser invisible y subsistir, tal como
en redor nuestro laten y subsisten
innumerables formas, que la ciencia
sorprende a cada instante
con sus ojos de lince?

Esperanza, pan nuestro cotidiano;
esperanza, nodriza de los tristes:
murmúrame esas íntimas palabras

que en el silencio de la noche fingen,
en lo más escondido de mi mente,
cuchicheo de blancos serafines...
¿Verdad que he de encontrarme con mi muerta?
Si lo sabes, ¡por qué no me lo dices!

Junio, 2-12.

IV

EL RESTO ¡QUÉ ES!

Tú eras la sola verdad de mi vida,
el resto ¡qué es!
Humo... palabras, palabras, palabras...
¡mientras la tumba me hace enmudecer!

Tú eras la mano cordial y segura
que siempre estreché
con sentimiento de plena confianza
en tu celeste lealtad de mujer.

Tú eras el pecho donde mi cabeza
se reposó bien,
oyendo el firme latir de la entraña
que noblemente mía sólo fué.

Tú lo eras todo: ley, verdad y vida...
El resto ¡qué es!

Junio, 4.

V

NIHIL NOVUM...

¡Cuántos, pues, habrán amado
como mi alma triste amó...,
y cuántos habrán llorado
como yo!

¡Cuantos habrán padecido
lo que padecí,
y cuántos habrán perdido
lo que perdí!

Canté con el mismo canto,
lloro con el mismo llanto
de los demás,
y esta angustia y este tedio
ya los tendrán sin remedio
los que caminan detrás.

Mi libro sólo es, en suma,
gotícula entre la bruma,
molécula en el crisol
del común sufrir, renuevo
del Gran Dolor: ¡Nada nuevo
bajo el sol!

... Mas tiene cada berilo
su manera de brillar,
y cada llanto su estilo
peculiar.

Junio, 10.

VI

POR MIEDO

La dejé marcharse sola
... y, sin embargo, tenía
para evitar mi agonía
la piedad de una pistola.

«¿Por qué no morir?» —pensé.
¿Por qué no librarme desta
tortura? ¿Ya qué me resta
después que ella se me fué?»

... Pero el resabio cristiano
me insinuó con voces graves:
«¡Pobre necio, tú qué sabes!»
Y paralizó mi mano.

Tuve miedo..., es la verdad;
miedo, sí, de ya no verla,
miedo inmenso de perderla
por toda una eternidad.

Y preferí—no vivir,
que no es vida la presente—,
sino acabar lentamente,
lentamente, de morir.

Junio, 11, 1912.

VII

¡CUÁNTOS DESIERTOS INTERIORES!

Cuántos desiertos interiores!
Heme aquí joven, fuerte aún,
y con mi heredad ya sin flores...
Némesis sopló en mis alcores
con bocanadas de simún.

De un gran querer, noble y fecundo,
sólo una trenza me quedó...
¡y un hueco más grande que el mundo!
Obra fué todo de un segundo.
¿Volveré a amar? ¡Pienso que no!

Sólo una vez se ama en la vida
a una mujer como yo amé;
y si la lloramos perdida
queda el alma tan mal herida,
que dice a todo: —«¡Para qué!»

Su muerte fué mi premoriencia,
pues que su vida era razón
de ser de toda mi existencia.
Pensarla es ya mi sola ciencia...
¡Resignación!, ¡resignación!

Junio, 13.

VIII

ESO ME BASTA

Este libro tiene muchos precedentes (1),
tantos como gentes
habrán sollozado
por un bien amado,
desaparecido,
por un gran amor extinguido.

Tal vez muchos otros lloraron mejor
su dolor que yo mi inmenso dolor,
quizás (como eran poetas mayores)
había en sus lágrimas muchos más fulgores...

(1) Este libro tiene muchos precedentes. Muchos grandes amantes lloraron antes que yo en rimas eternas. Alighieri, a Beatriz; Petrarca, a Laura; Miguel Angel, a Victoria Colonna.

Muchos hermanos míos por la estatura, también: Espronceda, a Teresa; Isaacs, a María; Lieva, a su hermana; Balart, a Dolores; Villaespesa... y una gran peregrinación de dolientes futuros seguirá la nuestra: pastoreados todos por nuestra Reina la Muerte.—*Nota del autor.*

Yo en mis tristes rimas no pretendo nada:
para mí es bastante
con que mi adorada,
para siempre ida,
detrás de mi hombro las lea anhelante
y diga: «Este sí que es un buen amante
que nunca me olvida.»

Junio, 10.

IX

¡QUÉ BIEN ESTÁN LOS MUERTOS!

Qué bien están los muertos,
ya sin calor ni frío,
ya sin tedio ni hastío!

Por la tierra cubiertos,
en su caja extendidos,
blandamente dormidos...

Qué bien están los muertos.
con las manos cruzadas,
con las bocas cerradas.

¡Con los ojos abiertos,
para ver el arcano
que yo persigo en vano!

¡Qué bien estás mi amor,
ya por siempre exceptuada
de la vejez odiada

del verdugo dolor...
Inmortalmente joven,
dejando que te troven

su trova cotidiana
los pájaros poetas
que moran en las quietas

tumbas, y en la mañana,
donde la Muerte anida,
saludan a la vida!.

17 de Junio de 1912.

X

BON SOIR...

Donc, bon soir, mon mignon, et a demain;

(Palabras que Ana me dejó escritas una noche
en que tuvimos que separarnos.)

Buenas noches, mi amor, y hasta mañana!
Hasta mañana, sí, cuando *amanezca,*
y yo, después de más de cuarenta años

de incoherente soñar, abra y estriegue
los ojos del espíritu,
como quien ha dormido mucho, mucho,
y vaya lentamente despertando,
y, en una progresiva lucidez,
ate los cabos del ayer de mi alma
(antes de que la carne la ligara)
y del hoy prodigioso
en que habré de encontrarme, en ese plano
en que ya nada es ilusión y todo
es verdad...
¡Buenas noches, amor mío,
buenas noches! Yo quedo en las tinieblas
y tú volaste hacia el amanecer...
¡Hasta mañana, amor, hasta mañana!
Porque, aun cuando el destino
acumulara lustro sobre lustro
de mi prisión por vida, son fugaces
esos lustros; sucédense los días
como rosarios, cuyas cuentas magnas
son los domingos...
Son los domingos, en que, con mis flores,
voy invariablemente al cementerio
donde yacen tus formas adoradas.
¿Cuántos ramos de flores
he llevado a tu tumba? No lo sé.
¿Cuántos he de llevar? Tal vez ya pocos.
¡Tal vez ya pocos! ¡Oh, qué perspectiva
deliciosa!

¡Quizás el carcelero
se acerca con sus llaves resonantes
a abrir mi calabozo para siempre!
¿Es por ventura el eco de sus pasos
el que se oye, a través de la ventana,
avanzar por los quietos corredores?
¡Buenas noches, amor de mis amores!
Hasta luego, tal vez..., o hasta mañana.

Junio, 25, 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Et j'ai vu quelque fois ce que l'homme a cru voir.

ARTURO RIMBAUD

Mourir «proprement», comme disait M. Farcot, simplement, dignement, paisiblement. In pace, in idipsum, dormiam et requiescam.

LE P. HYACINTHE LOYSON.

¡Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión volar al cielo!

FRAY LUIS DE LEÓN.

¡Oh, muerte, ven callada,
como sueles venir en la saeta!

ANÓNIMO SEVILLANO.

Cuando Dios, que al que llora recompensa,
se apiade al fin de lo que he sufrido,
en silencio me iré como he venido...
Quiero en la sombra entrar. Tengo una inmensa
necesidad de olvido.

ANTONIO ZARAGOZA.

Vex not the bard; his lyre is broken.
his last song, sung, his last word spoken.

Tous mes étonnements sont finis sur la terre,
tous mes adieux sont faits, l'âme est prête á faillir
pour atteindre à ses fruits protegés de mystère
que la pudique mort a seule osé cuellier.

MARCELINE DESBORDES-VALMORE.

I

SONETO

Qué son diez años para la vida de una estrella!
... Mas para el triste amante que encontró la mitad
de su alma en el camino, y se enamoró della,
diez años de connubio son una eternidad.

Diez años, cuatro meses y siete días quiso
el Arcano, que encauza las vidas paralelas,
juntarnos no en meloso y estulto paraíso,
sino en la comunión de las almas gemelas.

Conducidos marchamos
por un amor experto;
del brazo siempre fuimos,

y tal nos adoramos,
que... ¡no sé quién ha muerto,
o si los dos morimos!

Junio, 29 de 1912.

II

BENDICIÓN A FRANCIA

Bendita seas, Francia, porque me diste amor!
En tu París inmenso y cordial, encontré
para mi cuerpo abrigo, para mi alma fulgor,
para mis ideales el ambiente mejor
... ¡y, además, una dulce francesa que adoré!

Por esa mujer noble, tuyo es, Francia querida,
mi reconocimiento; pues que, merced a ella,
tuve todos los bienes: ¡el gusto por la vida,
la intimidad celeste, la ternura escondida,
y la luz de la lámpara y la luz de la estrella!

Yo no sé qué demiurgo la substrajo a mi anhelo
tras una amputación repentina y cruel,
y ya tú sola, Francia, puedes darme consuelo:
con un refugio amigo para llorar mi duelo,
tu maternal regazo para verter mi hiel,
la sombra de algún árbol en tu florido suelo
... ¡y acaso, en tus colmenas, una gota de miel!

Julio, 3 de 1912.

III

SEIS MESES...

Seis meses ya de muerta! Y en vano he pretendido
un beso, una palabra, un hálido, un sonido...
y, a pesar de mi fe, cada día evidencio
que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Si yo me hubiese muerto, ¡qué mar, qué cataclismos,
qué vórtices, qué nieblas, qué cimas ni qué abismos
burlaran mi deseo febril y omnipotente
de venir por las noches a besarte en la frente,
de bajar con la luz de un astro zahorí,
a decirte al oido: «No te olvides de mí!»

Y tú, que me querías tal vez más que te amé,
callas inexorable, de suerte que no sé
sino dudar de todo, del alma, del destino,
¡y ponerme a llorar en medio del camino!
Pues con desolación infinita evidencio
que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Julio, 7 de 1912.

IV

PIEDAD

No porque está callada
y ya no te responde, la motejes;

no porque yace helada,
severa, inmóvil, rígida, la huyas;

no porque está tendida
y no puede seguirte ya, la dejes;

no porque está perdida
para siempre jamás, la sustituyas!

Julio, 9 de 1912.

V

POBRECITA MÍA

Bien sé que no puedes,
pobrecita mía,
venir a buscarme.
¡Si pudieras, vendrías!

Acaso te causan
dolor mis fatigas,

mis ansias de verte,
mis quejas baldías,
mi tedio implacable,
mi horror por la vida,
¡no puedes traerme consuelo!

¡Si pudieras, vendrías!

¡Qué honda, qué honda
debe ser la sima
donde caen los muertos,
pobrecita mía!

¡Qué mares sin playas
qué noche infinita
qué pozos danáideos,
qué fieras estigias
deben separarnos de los que se mueren
desgajando en dos
almas una misma,
para que no puedas venir a buscarme!

Si pudieras, vendrías...

Julio, 11 de 1912.

VI

LOS MUERTOS MANDAN

Los muertos mandan», ¡sí, tú mandas, vida mía!
Si ejecuto una acción, digo: «¿Le gustaría?»
Hago tal o cual cosa, pensando: «¡Ella lo hacía!»

Busco lo que buscabas, lo que dejabas dejo,
amo lo que tú amabas, copio como un espejo
tus costumbres, tus hábitos... ¡Soy no más tu reflejo!

Julio, 13 de 1912.

VII

LEJANÍA

Parece mentira que hayas existido!
Te veo tan lejos...
Tu mirada, tu voz, tu sonrisa,
me llegan del fondo de un pasado inmenso...

Eres más sutil
que mi propio ensueño;
eres el fantasma de un fantasma,
eres el espectro de un espectro...
Para reconstruir tu imagen remota
he menester ya de un enorme esfuerzo.

¿De veras me quisiste? ¿De veras me besabas?
¿De veras recorrías la casa, hoy en silencio?
¿De veras, en diez años, tu cabecita rubia
reposó por las noches, confiada, en mi pecho?

¡Ay qué perspectivas esas de la muerte!
¡Qué horizontes tan bellos!
Cuál os divinizan, ¡oh difuntas jóvenes,
con sus lejanías llenas de misterio!
¡Qué consagraciones tan definitivas
las que da el Silencio...
cuál os vuelve míticas, casi fabulosas!
¿Qué tristes mujeres de carne y de hueso,
con sus pobres encantos efímeros,
podrían venceros?

Tenéis un augusto prestigio de estatua,
y por un fenómeno de rareza lleno,
mientras más distantes, más imperiosas
vais agigantandoos en el pensamiento.

Julio, 17 de 1912.

VIII

HUELGA DE CÉLULAS

Este concurso de células,
unánimes en su intento
misterioso de que dure
la intensa vida en mi cuerpo

esos miles de millones
de pequeñitos cerebros,
que, con una disciplina
admirable en el esfuerzo,
se dividen el trabajo
de mis órganos diversos,
y mantienen el fenómeno
de mi existir en el tiempo,
un día, quizá cercano
(mañana, tal vez hoy mesmo),
han de declararse en huelga,
porque en el reloj eterno
sonó el instante...
¡Qué júbilo
entonces. el del colegio
aquel, más de cuarenta años
a mi espíritu sujeto!

¡Qué alegría en el cotarro
innúmero y turbulento!

Cada grupo ha de tirar
por su lado, con estruendo:
—¡Vuelvo a la rosa!, dirá
uno; y otro: —¡Al aire vuelvo!;
y otro: —¡Al agua!; y otro: —¡Al barro!;
y otro: —¡Al carbón!; y otro: ¡Al hierro!;
y otro: —¡A la cal!; y otro: —¡Al fósforo!;
y otro: —¡A la mar!; y otro: —¡Al cielo!

Y mi espíritu entretanto,
verá feliz, sonriendo,
la disociación bendita
que restituye al Acervo
lo prestado...
Más, de pronto,
movido por el recuerdo
más hondo, más persuasivo,
más amante, más inmenso,
se preguntará a sí mismo:
—Bien, y yo, ¿adónde me vuelvo?
—¡A mis brazos!—gritará
en la eternidad tu acento...

Y cuando los dos, fundidos
en una sola alma estemos,
el océano infinito
nos absorberá en silencio...

Julio, 21 de 1912.

IX

... PERO TE AMO

Yo no sé nada de la vida,
yo no sé nada del destino,
yo no sé nada de la muerte;
¡pero te amo!

Según la buena lógica, tú eres luz extinguida;
mi devoción es loca, mi culto, desatino,
y hay una insensatez infinita en quererte;
¡pero te amo!

Julio, 25, 1912.

X

Vivir sin tus caricias es mucho desamparo;
vivir sin tus palabras es mucha soledad;
vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro,
es mucha obscuridad...

Julio, 25, 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

... L'homme est capable de culbuter toutes les résistances et de franchir bien des obstacles e même *peut-être a mort.*

BERGSON.

Soy un cadáver: ¿cuándo me entierran?
Soy un ausente: ¿cuándo me voy?

DÍAZ MIRÓN.

On n'emporte en mourant que ce qu'on a donné.

EMILE DESCHANEL.

Le silence éternel de ces espaces infinis, m'effraie.

PASCAL (Pensées).

Un désespoir paisible et sans reproches au ciel, est la sagesse même.

ALFRED DE VIGNY (Journal, 1824).

Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

LAMARTINE.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte, en traje de dolor, envía
señas da su desdén de cortesía:
más tiene de caricia que de pena.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Si nous avons l'oreille fine, nous pouvons en-tendre la chute de nos instants dans le néant, comme un vase qui se vide goutte à goutte.

HENRY BORDEAUX (Deux méditations surt le mort).

I

POR ESTA SELVA...

Por esta selva tan espesa,
donde nunca el sol penetró,
buscando voy una princesa
que se me perdió.

Entre los árboles copudos,
entre las lianas verdinegras
que trepan por los desnudos
troncos, como culebras;

entre las rocas de hosquedad
hostil y provocativa
y la pavorosa soledad
y la penumbra esquiva,

buscando voy una princesa
rubia como la madrugada
que ha partido y que no regresa
desta espesura malhadada,

Dicen que al fin de aquella ruta,
que bordan el ciprés y el enebro,
hay una reina muy enjuta
que mora en un castillo muy negro;

que guarda en fieros torreones
otras princesas como la mía,
y que es sorda a las rogaciones
del desamparo y de la agonía.

... Mas, acaso si yo pudiese
ver a la reina, y su huella
seguir astuto, al cabo diese
con el castillo negro... ¡y con Ella!

Pero el más seguro instinto
no se sentiría capaz
de guiarse por el laberinto
desta penumbra pertinaz.

Es que el espíritu presiente
algo fatal que se avecina,
y en que acaso es más imponente
que lo que vemos claramente,
lo que tan sólo se adivina.

Heme aquí, pues, con l'alma opresa
en medio de la obscuridad,

enamorado de una princesa
que se perdió en la selva espesa
tal vez por una eternidad...

Julio, 31, 912.

II

EL VIAJE

Para calmar a veces un poco el soberano,
el invencible anhelo de volverte a mirar,
me imagino que viajas por un país lejano
de donde es muy difícil, ¡muy difícil! tornar.

Así mi desconsuelo, tan hondo, se divierte;
doy largas a mi espera, distraigo mi hosco esplín,
y, pensando en que tornas, en que ya voy a verte,
un día, en cualquier parte, me cogerá la muerte
y me echará en tus brazos, ¡por fin!, ¡por fin¡, ¡por fin!

Agosto, 2 de 1912.

III

SIN RUMBO

Por diez años su diáfana existencia fué mía.
Diez años en mi mano su mano se apoyó,
... ¡y en sólo unos instantes se me puso tan fría,
que por siempre mis besos congeló!

¡Adónde iréis ahora, pobre nidada loca
de mis huérfanos besos, si sus labios están
cerrados, si hay un sello glacial sobre su boca,
si su frente divina se heló bajo su toca,
si sus ojos ya nunca se abrirán!

Agosto, 14, de 1912.

IV

DESPUÉS

DESPUÉS de aquella brava agonía,
ya me resigno..., ¡sereno estoy!
Yo, que con ella, nada pedía,
hoy, ya sin ella, sólo querría
ser noble y bueno... ¡mientras me voy!

En su bendito nombre, que adoro,
ser noble y bueno, y al expirar,
poder decirme: «¡Nada atesoro:
di toda mi alma, di todo mi oro,
di todo aquello que pude dar!»

Desnudo torno como he venido;
cuanto era mío, mio no es ya:
como un aroma me he difundido,

como una esencia me he diluído,
y, pues que nada tengo ni pido,
¡Señor, al menos vuélveme*la!*

Agosto, 20, de 1912.

V

¡OH MUERTE!

MUERTE, ¡cómo te he deseado!,
¡con qué fervores te he invocado!,
¡con qué anhelares he pedido
a tu boca su beso helado!
¡Pero tú, ingrata, no has oído!

¡Vendrás, quizá, con paso quedo
cuando de partir tenga miedo,
cuando la tarde me sonría
y algún ángel, con rostro ledo,
serene mi melancolía!

Vendrás, quizá, cuando la vida
me muestre una veta escondida
y encienda para mí una estrella.
¡Qué importa! Llega, ¡oh Prometida!:
¡siempre has de ser la bienvenida,
pues que me juntarás con ELLA!

Agosto, 22, de 1912.

VI

ALQUIMIA

Bien sé que para verte
he menester la alquimia de la muerte
que me transmute en alma, y delirante
de amor y de ansiedad, a cada instante
que llega, lo requiero
diciéndole: «¡Ah!, ¡si fueses tú el postrero!»

Es tan desmesurado, tan divino
y tan hondo el futuro que adivino
a través de las rutas estelares,
y de uno en otro de los avatares,
siempre contigo, noble compañera,
que por poder morir, ¡ay, qué no diera!

Agosto, 24 de 1912.

VII

DIÁLOGO

EL DESALIENTO

Por qué empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder!
Si Dios no se deja ver,
alma, ¿cómo le has de hallar?

... Y aún pretendes lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga dónde
recobrarás a tu muerta.

¡Ilusa, llama a otra puerta,
que en esta nadie responde!

LA ESPERANZA

—Hay que empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder.
Si Dios no se deja ver,
alma, le tienes de hallar
por fuerza.
Y has de lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga dónde
recobrarás a tu muerta.

¡Si la Fe llama a una puerta,
el Amor siempre responde!

Septiembre, 20 de 1912.

VIII

TAL VEZ...

Tal vez ya no le importa mi gemido
en el indiferente edén callado
en que el espíritu desencarnado
vive como dormido...
Tal vez ni sabe ya cómo he llorado
ni cómo he padecido.

En profundo quietismo,
su alma, que antes me amara de tal modo,
se desliza glacial por ese abismo
del eterno mutismo,
olvidada de sí, de mí, de todo...

Septiembre, 30 de 1912.

IX

LUX PERPETUA

Si ha de ser condición de mi dicha el olvido
de ti, quiero estar triste siempre (como he vivido).
Prefiero la existencia más árida y doliente
al innoble consuelo de olvidar a mi ausente.

Por lo demás, ¡qué tengo sin ti de cosa propia,
que me halague o sonría en esta dura inopia,
ni qué luz en mis noches me quedará, si pierdo
también la lamparita cordial de tu recuerdo!

Octubre, 2 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

Il-y-a pas de mort.

MAETERLINCK.

Les voies de la mort sont apaisantes et sereines.

HENLEY.

E, quando noi cominciamo ad aprire gli occhi sui visibile, gia eravamo da tempo ade enti all'invisibile.

G. D'ANNUNZIO (Contemplazione della Morte.)

Celui qui croit vaut mieux, pèse davantage, contient plus de vie que celui qui doute. S'il se trompe, tant pis: c'est de la force gaspillé; du moins, c'est de la force.

JACQUES RIVIERE.

La science nous donne la télégraphie, la lumière eléctrique, la medecine. La Religion sous telle de ses formes, nous donne la sérénité, l'equilibre moral, le bonheur.

EMILE BOUTROUX.

I

UN SIGNO

ETERNIDAD: ¡devuélveme lo que me has substraído!
Abismo: ¡restitúyeme lo que sorbió tu hondura!
Esfinge: ¡abre tu oído!.
¡Compadécete ya, Noche obscura!

Oye mi imploradora
voz, ¡oh Isis! desgarra tu capuz
... y tú, lucero ignoto en que ella mora,
¡por piedad, hazme un signo de luz!

Octubre, 16 de 1912.

II

¿POR QUÉ?

POR qué tú que me amabas con esa multiforme
solicitud celeste me dejas hoy? ¿Por qué
no acudes a mis lágrimas?
—Es un misterio enorme...
—Es un misterio enorme... ¡pero yo lo sabré!

Octubre, 22 de 1912.

III

ETERNIDAD

La muerte! Allí se agota todo esfuerzo,
allí sucumbe toda voluntad!

¡La Muerte! ¡Lo que ayer fué nuestro Todo
hoy sólo es nuestra Nada!... ¡Eternidad!
¡Silencio!... El máximo silencio
que es posible encontrar.
¡Silencio!... ¡Ultra-silencio!,
y no más! ¡Oh, no más!

¡Ni una voz en la noche
que nos pueda guiar!

Ana, razón suprema de mi vida,
¿dónde estás, dónde estás, dónde estás?

Se abisma en el abismo el pensamiento,
se enlobreguece ¡al fin! todo mirar
en esta lobreguez inexorable,
y desespera, a fuerza de esperar,
la más potente de las esperanzas.
¡Eternidad, eternidad!

Octubre, 23 de 1912.

IV

EL ENCUENTRO

Por qué permaneciste siempre sorda a mi grito?
¡Dios sabe cuántas veces, con amor infinito,
te busqué en la tinieblas, sin poderte encontrar!
... Hoy—¡por fin!—te recobro: todo, pues, era cierto...
¡Hay un alma! ¡Qué dicha! No es que sueñe despierto...
¡Te recobro! ¡Me miras y te vuelvo a mirar!

—Me recobras, amigo, porque ya eres un muerto:
De fantasma a fantasma nos podemos amar.

Octubre, 29 de 192.

V

IMPACIENCIA

Soy un viajero que tiene prisa
de partir.
Soy un alma impaciente e insumisa,
que se quiere ir.
Soy un ala que trémula verbero...
¿Cuándo vas, oh Destino, a quitar
de mi pie tu grillete de acero
y—¡por fin!—a dejarme volar?

Octubre, 31 de 1912.

VI

DILEMA

O no hay alma, y mi muerta ya no existe
(conforme al duro y cruel «polvo serás»),
... o no puede venir, y está muy triste;
pero olvidarse de mi amor, ¡jamás!

Si de lo que ella fué sólo viviese
un átomo consciente, tras la fría
transmutación de los sepulcros, ¡ese
átomo de conciencia me amaría!

Noviembre, 1.° de 1913.

VII

7 DE NOVIEMBRE (1912)

La noche en que estaba tendida —hoy hace diez meses— era la noche última que iba a pasar en su casa, bajo nuestro techo acogedor. ¡En su casa, donde siempre había sido el ama, y la luz y todo! ¡En su casa, donde la adorábamos con la más vieja, noble y merecida ternura; donde cuanto la rodeaba era suyo, afectuosamente suyo!

... ¡Y habría que echarla fuera al día siguiente! Fuera, como a una intrusa... Fuera en pleno invierno, entre el trágico sollozar de los cierzos. Y habría que alejarla de nos-

otros como a una cosa impura, nefanda; ¡que esconderla en un cajón enlutado y hermético!, y llevarla lejos, por el campo llovido, por los barrizales infectos, para meterla en un agujero sucio y glacial. ¡A ella, que había disfrutado por más de diez años la blancura tibia de la mitad de mi lecho! ¡A ella, que había tenido mi hombro viril y seguro como almohada de su cabecita luminosa! ¡A ella, que vió mi solicitud tutelar encendida siempre como una lámpara sobre su existencia!

¡Oh, Dios, dime si sabes de una más despiadada angustia, y si no merezco ya que brille para mí tu misericordia!...

VIII

LA SANTIDAD DE LA MUERTE

La santidad de la muerte
llenó de paz tu semblante,
y yo no puedo ya verte
de mi memoria delante,
sino en el sosiego inerte
y glacial de aquel instante.

En el ataúd exiguo,
de ceras a la luz fatua,
tenía tu rostro ambiguo
quietud augusta de estatua
en un sarcófago antiguo.

Quietud con yo no sé qué
de dulce y meditativo;
majestad de lo que fué;
reposo definitivo
de quien ya sabe el *porqué*.

Placidez honda, sumisa
a la Ley; y en la gentil
boca breve, una sonrisa
enigmática, sutil,
iluminando indecisa
la tez color de marfil.

A pesar de tanta pena
como desde entonces siento,
aquella visión me llena
de blando recogimiento
y unción..., como cuando suena
la esquila de algún convento
en una tarde serena...

Noviembre, 15 de 1912.

PENSAMIENTOS AFINES

La mort n'arrive qu'une fois et se fait sentir à tous les moments de la vie: il est plus dur de l'apprehender que de la souffrir.

LA BRUYERE.

C'est l'amour qui, à la fin, aura raison...

A. NERVO.

Una muerte pronta es la ventura suprema de la vida.

PLINIO.

Si tuviese fuerza bastante para sostener la pluma, escribiría lo fácil y delicioso que es morir.

WILLIAM HUNTER. (Ultimas palabras.)

La douleur seule entre assez avant dans l'âme pour l'agrandir. Elle y réveille des sentiments qu'on n'avait point encore soupçonnés. Il y a dans l'âme des places très elevées où dort la vitalité et que la douleur seule peut atteindre.

BLANC SAINT-BONNET.

Au fond, rien n'est perdu d'un passé, même effacé; «inconscient» n'équivaut pas à «inexistant», mais à «inefficace»...

J. DESAYMARD (La Pensée d'Henri Bergson.)

Le Passé: Autant que le Présent, bien plus que l'Avenir, il est tout entier dans notre pensée et constamment dans notre

main... «Le Passé est passé» disons-nous; et cela n'est pas vrai: le passé est toujours présent.

MAETERLINCK (Le temple enseveli).

Rien ne m'est plus, plus ne m'est rien.

(Divisa de VALENTINA DE MILÁN).

Et pourquoi le monde ne se composerait-il pas de sphères de réalités climates, mais interférentes, si bien que nous ne pourrions, nous, l'apprehender qu'en usant alternativement des différents symboles et en prenant des attitudes diverses?

EMILE BOUTROUX.



I

IMPOTENCIA

Señor, piedad de mí porque no puedo
consolarme... Lo intento, mas en vano.
Me sometí a tu ley porque eras fuerte:
¡El fuerte de los fuertes!... Pero acaso
es mi resignación sólo impotencia
de vencer a la Muerte, cuyo ácido
ósculo corrosivo,
royendo el corazón que me amó tanto,
royó también mi voluntad de acero...
¡La Muerte era titánica; yo, átomo!

¡Señor, no puedo resignarme, no!
¡Si te digo que ya estoy resignado,
y si murmuro *fiat voluntas tue,*
miento, y mentir a Dios es insensato!

¡Ten piedad de mi absurda rebeldía!
¡Que te venza, Señor, mi viril llanto!
¡Que conculque tu ley tu piedad misma!...
Y revive a mi muerta como a Lázaro

o vuélveme fantasma como a ella,
para entrar por las puertas del Arcano
y buscar en el mundo de las sombras
el deleite invisible de sus brazos.

Noviembre, 16.

II

BENDITA...

Bendita seas, porque me hiciste
amar la muerte, que antes temía.
Desde que de mi lado te fuiste,
amo la muerte cuando estoy triste;
si estoy alegre, más todavía.

En otro tiempo, su hoz glacial
me dió terrores; hoy, es amiga.
¡Y la presiento tan maternal!...
Tú realizaste prodigio tal.
¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga!

Noviembre, 19.

III

AL ENCONTRAR UNOS FRASCOS DE ESENCIA

HASTA sus perfumes duran más que ella!
Ved aquí los frascos, que apenas usó,
y que reconstruyen para mí la huella
sutil que en la casa dejó...

Herméticamente encerrada
la esencia en sus pomos, no se escapará.
... Mientras que el espíritu de mi bien amada,
más imponderable, más tenue quizá,
voló de sus labios, redoma encantada,
¡y en dónde estará!

Diciembre, 1.°

IV

SEÑUELO

LA Muerte nada quiere con los tristes.
Subrepticia y astuta,
aguarda a que riamos
para abrirnos la tumba

y, con su dedo trágico, de pronto
señalarnos la húmeda
oquedad, y empujarnos brutalmente
hacia su infecta hondura.

Mas yo tengo tal gana de que venga,
que voy a ser feliz para que acuda,
para que sea mi reír señuelo,
y ella caiga en la trampa de venturas
ruidosas, que en el fondo son tristezas...

¿La engañaré? ¡Quizá, si tú me ayudas
desde la eternidad, oh inmarcesible
amada, oh novia única,
cuyos besos de sombra
he de reconquistar, pese a la Enjuta
que te mató a mansalva hace once meses,
dejando a un infeliz por siempre a osbcuras!

Diciembre, 7, 1900.

V

YO NO DEBO IRME...

Yo no debo irme: tengo que esperar
hasta que la muerte me venga a llamar,
¡Tengo que esperar!

¡Cuánto tarda, cuánto!
... Pero el tiempo corre
y a veces escucho, cerca de mi torre,
entre las tinieblas, cauteloso andar.
... Mucho tarda, pero tiene de llegar.

Rejas insidiosas, rejas que vedáis
para mí la vida, que cuadriculáis
para mí los aires; impasibles rejas,
duras a mis dedos, sordas a mis quejas:
habrán de limaros mis firmes anhelos,
y quizá una noche me abriréis los cielos.

Mucho, tal vez mucho tengo de esperar;
pero al fin la muerte me vendrá a llamar.

Diciembre, 10.

VI

RESURRECCIÓN

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco...
Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor.
Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco
por él en estatura espiritual, Señor,

¡Oh Dios, no me lo quites! El es la sola puerta
de luz que yo vislumbro para llegar a Ti.
El es la sola vida que vive ya mi muerta:
mi llanto, diariamente, la resucita en mí.

Diciembre, 26.

VII

¡REYES!

Oh Reyes, me trajísteis hace un año un presente
excepcional: un gran dolor.
Fuisteis conmigo pródigos, cual monarcas de Oriente,
Baltasar, Gaspar y Melchor.

Durante las tristísimas horas de vuestra noche,
terribles horas de expiación,
mi solo bien, mi frágil azucena, su broche
plegaba ya sin remisión.

Todo fué inútil: llanto, plegarias. Y al siguiente
día vi agostarse mi flor.
Fuisteis conmigo pródigos, monarcas del Oriente;
vuestros tres dromedarios trajéronme el presente
más grande, ¡oh Baltasar, oh Gaspar, oh Melchor!

6 de Enero, 1913.

VIII

HASTA MURIÉNDOTE

Hasta muriéndote me hiciste bien,
porque la pena de aquel edén
incomparable que se perdió,
trocando en ruego mi vieja rima,
llevó mis ímpetus hacia la cima,
pulió mi espíritu como una lima
y como acero mi fe templó.

Hoy, muy dolido, mas ya sereno,
por ti quisiera ser siempre bueno;
de los que sufren tengo piedad;
en mi alma huérfana, sólo Dios priva,
nada mi vuelo mental cautiva,
y es mi esperanza cual siempreviva
que se abre a un beso de eternidad.

Enero, 13-913.

IX

¡QUÉ IMPORTA!

Qué importa que no sepas cómo te sigo amando
más allá del sepulcro, si lo sé yo con creces!
¡Qué importa que no escuches cómo estoy sollozando
si escucho mi sollozo yo, que soy tú dos veces!

Febrero, 5-1913.

PENSAMIENTOS AFINES

En mettant les choses aux mieux, notre vie est comme un enfant revêche qu'il faut amuser sans cesse, si l'on veut qu'il reste tranquille, jusqu'au moment où il s'endort; et c'est la fin de nos soucis.

FRÉDÉRIC LOCKER LAMPSON.

... Todos los seres proceden del mismo espíritu, que tiene diversos nombres: justicia, amor o sabiduría, en sus diversas manifestaciones, como el océano recibe otros nombres cuando baña otras riberas.

EMERSON.

La grandeur de l'homme se mesure à celle des mystères qu'il cultive ou devant lesquels il s'arrête.

MAETERLINCK (La Mort).

Puesto que hemos tenido el privilegio de existir, hemos tenido el privilegio de entrar de lleno en el misterio del universo, y somos forzosamente una porción—por pequeña que sea—de ese misterio.

A. N.

Il sait (le mystique) que l'univers entier, aussi bien que lui même, est en securité entre les mains paternelles de son Dieu. Il a l'intuition que tous seront sauvés, en dépit des portes de l'enfer et de toutes les apparences contraires.

WILLIAM JAMES. (L'Experience Religieuse.
Trad. de F. Abunzit.)

... Où est Dieu, les ruines et les naufrages ne sont jamais définitifs.

LOID.

There is no room for death.

EMILY BRONTE.

... Et les baisers de moins et les rides de plus!

VÍCTOR HUGO.

I

BIENAVENTURADOS

BIENAVENTURADOS,
bienaventurados,
los dignificados
por la dignidad glacial de la muerte;
los invulnerables ya para los hados,
una y misma cosa ya con el Dios fuerte!

¡Bienaventurados!

Bienaventurados los que destruyeron
el muro ilusorio de espacio y guarismos;
los que a lo absoluto ya por fin volvieron;
los que ya midieron todos los abismos.

Bienaventurada, dulce muerta mía,
a quien he rezado como letanía
de fe, poesía
y amor, estas páginas... que nunca leerás.
Por quien he vertido, de noche y de día,
todas estas lágrimas... que no secarás.

Marzo, 15, 1913.

II

QUEDAMENTE...

Me la trajo quedo, muy quedo, el Destino,
y un día, en silencio, me la arrebató;
llegó sonriendo; se fué sonriente;
quedamente vino;
vivió quedamente;
queda... quedamente desapareció!

Abril, 25-1913.

III

EL QUE MÁS AMA...

Si no te supe yo comprender,
si alguna lágrima te hice verter,
bien sé que al cabo perdonarás
con toda tu alma... ¡Qué vas a hacer!
¡El que más ama perdona más!

Abril, 26 de 1913.

IV

¡SI PUDIERA SER HOY!...

Como verte es el único ideal que persigo,
sin vivir en mí estoy,
y muriendo del ansia de reunirme contigo,
cada día me digo:
«¡Si pudiera ser hoy!»

Abril, 28 de 1913.

V

PERDÓN

Perdóname, Ideal, para que pueda
irme en paz al venir mi última hora...
Es tan dulce el perdón: ¡prerrogativa
de los Dioses! Perdóname, Inmortal:
«El que todo lo sabe lo perdona
todo», y hoy, Ideal, todo lo sabes
con la sabiduría de la muerte.

Que tu perdón en mi alma se derrame
como un rayo de luna en el silencio
de una mística noche...

Que caiga como pétalos de lirio
sobre el hondo cansancio de mi vida.

Perdóname, Ideal, para que pueda
morir en paz.

Junio, 4 de 1913.

PENSAMIENTOS AFINES

O mon Dieu, je reviens d'un long voyage amer
où j'ai laissée mon coeur, et d'où je ne rapporte,
que stériles regrets d'avoir tenté la mer.
Mon ivresse est tombée et ma superbe est morte;
l'universel ennuit creuse son nid en moi;
l'espoir, sans s'arrêter, passe devant ma porte;
Le jour quand il renaît m'inspire de l'effroi;
la nuit roule sur moi pleine d'horreur glacée;
je marche comme en rêve et sans savoir pourquoi

LUIS LE CARDONNEL.

Nous sommes des êtres invisibles.

MAETERLINCK (Le tresor des humbles.)

Une parole mystique peut seule par moments representer un être humain.

MAETERLINCK *(Idem.)*

PEPÍN. — *Quel est le sommeil de ceux qui sont éveillés?*
ALCUIN. — *L'eperance.*

(*Di putatio.* Documento del tiempo de Carlo Magno.)

La muerte es una ley: no es un castigo.

SÉNECA.

I

LA APARICIÓN

Cristo dijo que allí donde nos reuniésemos en su nombre, estaría él en medio de nosotros. No es, pues, extraño que aquella noche misteriosa en que hablábamos de él con unción cordial de su inmensa alma diáfana, de su ternnra grande como el universo, de su espíritu de sacrificio incomparable, del sabor místico de su caridad, que nos penetra y nos envuelve, El se presentara de pronto, suavemente, en el corro.

Lejos de sorprendernos, su aparición divina nos pareció natural. Quizá no se trataba propiamente de una aparición; más bien le sentíamos dentro de nosotros; pero la realidad de su presencia era absoluta, imponente, superior a toda convicción.

En vez de turbarnos, experimentamos todos un bienestar infinito.

Cristo nos bendijo y, sonriéndonos, con aquella indecible sonrisa, nos preguntó: —¿Qué deseáis que os dé antes de volver al Padre?

—Señor —dijo Rafael—, deseo que me perdones mis pecados.

—Perdonados están —respondió Jesús, siempre sonriendo.

—Yo, Señor —dijo Gabriel—, ansío estar contigo...

—Pronto estarás —replicó Cristo amorosamente—. Y tú —me preguntó—, ¿qué quieres, hijo?

Iba a decirle algo de mi muerta; pero no sé por qué, al ver la expresión divina de su rostro, comprendí que no era preciso decirle nada; que los muertos estaban en paz en su seno, junto a su corazón, y que todas las cosas que sucedían eran paternalmente dispuestas o reparadas.

—¿Qué anhelas, hijo? —repitió Jesús, y yo respondí:

—Señor, ¿qué puedo anhelar si todo está bien? Yo sólo deseo que se haga en mí tu voluntad...

Cristo me miró con ternura (¡qué mirada de éxtasis!); pasó su mano traslúcida por mis cabellos...

Después se alejó sonriendo, como había venido.

II

TANATOFILA

Oh Muerte, en otros días, que recordar no puedo
sin emoción profunda, te tenía yo miedo!...
En medio de la noche, incapaz de dormir,
clamaba congojado: «Yo tengo que morir...
¡Yo tengo que morir irremisiblemente!»
Y sudores glaciales empapaban mi frente.

¿A quién tender la mano ni de quién esperar?
Estaba solo, solo de la vida en el mar...
Tenía un formidable aislador: la pobreza,
y ningún seno d'hembra brindaba a mi cabeza
febril una almohada.
Estaba solo, solo; ¿de quién esperar nada?
. . . .

Mas pasaron los años, y un día, una chiquilla
bondadosa me quiso. ¡Era noble, sencilla;
la fortuna la había tratado con rigor:
Nos unimos... y, juntos, nos hallamos mejor!

Entonces, si la muerte volvía, con su quedo
andar, yo le tenía ya mucho menos miedo.
Buscaba, despertando, la diestra tan leal
de mi amiga, y con ímpetu resuelto, fraternal,
la estrechaba, pensando: «¡Con ella nada temo!»
Con tal de marchar juntos, ¿qué importan tu supremo
horror y tus supremos abismos, oh, callada
Eternidad?... Con ella no temo nada, nada.

¿El infierno?—¡El infierno será donde ella falte!
¿Y el cielo?—Pues donde ella se encuentre... Que me exalte
o me deprima tanto como quiera mi estrella:
¿Qué importa, si desciendo y asciendo yo con ella?
¿Qué más me dan las hondas negruras del Arcano,
si voy por los abismos cogido de su mano?
. . . .

¡Pero tanta ventura enojó no sé a quién
en las tinieblas, y una hoz me segó mi bien!
Una garra de sombra solapando su dolo,
me la mató... ¡y entonces me volví a quedar solo!
Solo, pero con una soledad más terrible
que antes.
Sollozando, buscaba a la Invisible
y pedía piedad a lo desconocido;
abriendo bien los ojos y aguzando el oído,
en un mutismo trágico, pretendía escuchar
siquiera una palabra que me hiciese esperar...

Mas no plugo a la Esfinge responder a mi grito
y ante el inexorable callar del Infinito
(tal vez indiferente, tal vez hosco y fatal)
escondí en lo más hondo del corazón mi mal,
y apático y ayuno de deseo y de amor,
entré resueltamente dentro de mi Dolor
como dentro de una gran torre silenciosa...

Mis pobres rimas fieles me decían: «Reposa,
y luego, con nosotras, canta el mal que sufriste;
ven, duerme en nuestro dulce regazo, no estés triste.
¡Aún hay muchas cosas que cantar..., cobra fe!»

Y yo les respondía: «¡Para qué! ¡para qué!
... Mas ellas insistían; en mi redor volaban,
y como eran las únicas que no me abandonaban,
acabé por oirlas...
Un libro, gota a gota,

se rezumó, con lágrimas y sangre, de la rota
entraña; un haz de rimas brotó para el Lucero
inaccesible, un libro de tal suerte sincero,
tan íntimo, tan hondo, que si desde su fría
quietud ella lo viese... me lo agradecería.

Después de haberlo escrito, quedé más resignado,
como si en su fiel ánfora hubiese yo vaciado
todo lo crespo y turbio de mi dolor presente,
dejando en l'alma sólo la linfa transparente,
el caudal cristalino, diáfano de mi pena,
profundo cual la noche, cual la noche serena.

Y aquel fantasma negro, que miraba temblando
yo antes, blandamente se fué transfigurando...
En la pálida faz del espectro, indecisa
como un albor naciente, brotaba una sonrisa;
brotaba una sonrisa tan cordial, de tal suerte
hospitalaria, que me pareció la Muerte
más madre que las madres; su boca, ayer horrible,
más que todas las bocas d'hembras apetecible;
sus brazos, más seguros que todos los regazos...
¡Y acabé por echarme, como un niño, en sus brazos!

Hoy, ella es la divina barquera en quien me fío;
con ella, nada temo; con ella, nada ansío.
En su gran barca d'ébano, llena de majestad,
me embarcaré tranquilo para la Eternidad.

Junio de 1913.

III

RESTITUCIÓN

ENCONTRARÁ la ciencia las almas de los muertos
un día, y a la angustia y el llanto que los van
buscando, del Enigma por los limbos inciertos,
responderá la boca del abismo: «Aquí están»?

¿Descubriremos ondas etéreas que transmitan
a los desaparecidos la voz de nuestro amor,
y habrá para lo que ellos decirnos necesitan
algún maravilloso y oculto receptor?

¡Oh milagro, tu sola perspectiva nos pasma!
Pero ¿qué hay imposible para la voluntad
del hombre, que a su antojo tenaz todo lo plasma?
¡Ante el imperativo del genio, mi fantasma
tendrás que devolverme por fuerza, Eternidad!

9 de enero de 1914.

IV

BUSCANDO...

ENTRE el dudoso cortejo
de sombras, peregrinando
voy una sombra buscando

En el místico reflejo
de la noche constelada
quiero hallar una mirada.

Asir anhela mi oído
una voz que se ha extinguido
entre los ecos lejanos.

Al pasar por un jardín
finge el roce de un jazmín
la caricia de *sus* manos.

¡Oh sombra, mirada, voz,
manos!; el vórtice atroz
de la eternidad callada
os sorbió. ¡Triste de mí,
que no tengo nada, nada;
que ya todo lo perdí!

Enero, 18 de 1914.

V

INDESTRUCTIBLE

Bien ves, si me estás mirando,
que desde que te perdí,
mi vida se va pasando
piadosamente pensando
en ti;

que incólume, sin desgaste,
¡oh Ideal! has de vivir
en el alma en que anidaste,
y lo que edificaste
ni Dios lo querrá destruir.

Febrero, 2-14.

VI

LA BELLA DEL BOSQUE DURMIENTE

Tu amada muerta es como una princesa que duerme.
Su alma, en un total olvido de sí misma, flota en la noche.
Mas si tú persistes en quererla,
Un día esta persistencia de tu amor la recordará.
Su espíritu tornará a la conciencia de su ser, y sentirás en lo íntimo de tu cerebro el suave latido de su despertar y el influjo inconfundible de su vieja ternura que vuelve...
Comprenderás entonces, merced a estos signos misteriosos, que una vez más el amor ha vencido a la muerte.

VII

E DOV' ELLA? DE SUBITO DIS'IO

DANTE: *Paraíso*

Si tras el negro muro de granito
de la muerte hay un mundo, un más allá,
al cruzar el dintel del infinito

mi pregunta primer, mi primer grito,
ha de ser: «Y ella, y ella, ¿dónde está?»

Y una vez que te encuentre, penetrado
de una inmensa y sublime gratitud
para quien quiso fuera de ti amado
y me permite haberte recobrado,
¡a qué pedir más beatitud!

Enero, 10, 1915.

VIII

LOS MUERTOS

El paraíso existe;
pero no es un lugar (cual la creencia
común pretende) tras el hosco y triste
bregar del mundo; el paraíso existe;
pero es sólo un estado de conciencia.

Los muertos no se van a parte alguna,
no emprenden al azul remotos viajes,
ni anidan en los cándidos celajes,
ni tiemblan en los rayos de la luna...

Son voluntades lúcidas, atentos
y alados pensamientos
que flotan en redor, como diluídos

en la sombra; son límpidos intentos
de servirnos en todos los momentos;
son amores custodios, escondidos.

Son númenes propicios que se escudan
en el arcano, mas que no se mudan
para nosotros; que obran en las cosas
por nuestro bien; son fuerzas misteriosas,
que, si las invocamos, nos ayudan.

¡Feliz quien a su lado
tiene el alma de un muerto idolatrado
y en las angustias del camino siente
sutil, mansa, impalpable, la delicia
de su santa caricia,
como un soplo de paz sobre la frente!

Enero, 18-15.

IX

SÓLO TÚ...

CUANDO lloro con todos los que lloran,
cuando ayudo a los tristes con su cruz,
cuando parto mi pan con los que imploran,
eres tú quien me inspira, sólo tú.

Cuando marcho sin brújula ni tino,
perdiendo de mis alas el albor,
en tantos barrizales del camino,
soy yo el culpable, solamente yo.

Cuando miro al que sufre como hermano;
cuando elevo mi espíritual azul;
cuando me acuerdo de que soy cristiano,
eres tú quien me inspira, sólo tú.

Pobres a quienes haya socorrido,
almas obscuras a las que di luz:
¡no me lo agradezcáis, que yo no he sido!
Fuiste tú, muerta mía, fuiste tú...

IV-15.

X

BENEDICTA

No sé adónde llevóse la marea
de la muerte tu ser, pero yo exclamo,
con el inmenso amor con que te amo:
«¡Dondequiera que esté, bendita sea!»

Octubre, 1917.

XI

NO LO SÉ

Crepitan ya las velas en la ría;
tú, ¿por qué no te embarcas, alma mía?
—Porque Dios no lo quiere todavía.

—Mira: piadosamente las estrellas
nos envían sus trémulas centellas...
—¡Bien quisiera vestirme toda de ellas!

—Tu amiga, la más tierna, ya se fué.
Los que te aman se van tras ella; ¿qué
vas a hacer tú tan sola?
—No lo sé.

Enero, 28 de 1918.

XII

EL CELAJE

Adónde fuiste, Amor; adónde fuiste?
Se extinguió del poniente el manso fuego,
y tú, que me decías «hasta luego,
volveré por la noche»..., ¡no volviste!

¿En qué zarzas tu pie divino heriste?
¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego?
¿Qué nieve supo congelar tu apego
y a tu memoria hurtar mi imagen triste?

... Amor, ¡ya no vendrás! En vano, ansioso,
de mi balcón atalayando vivo
el campo verde y el confín brumoso;

y me finge un celaje fugitivo
nave de luz en que, al final reposo,
va tu dulce fantasma pensativo.

XII

ELEVACIÓN

I

PRIMERA PÁGINA

Oh, Arcano,
para subir a ti, dame la mano!
  Dame, noche encendida,
luz; y tú dame vida
(pues el viaje es muy largo, el tiempo breve),
más tiempo aún para escalar la nieve
perpetua, donde el sol no tiene velos
ni hay ya la «azul mentira» de los cielos,
sino el glacial vacío, el astro hirsuto,
con sus lenguas de hidrógeno inflamado,
lamiendo la negrura del abismo.
... Y después, el vapor de lo ABSOLUTO,
donde está el INCREADO,
en silencio, mirándose en sí mismo.

II

JACULATORIA A LA NIEVE

Qué milagrosa es la Naturaleza!
Pues ¿no da luz la nieve?
                                        Inmaculada
y misteriosa, trémula y callada,

paréceme que mudamente reza
al caer...
¡Oh nevada!:
tu ingrávida y glacial eucaristía
hoy del pecado de vivir me absuelva
y haga que, como tú, mi alma se vuelva
fúlgida, blanca, silenciosa y fría.

Enero, 17 de 1914.

III

NOCHE

Madre misteriosa de todos los génesis, madre
portentosa, muda y fiel de las almas excelsas;
nido inmensurable de todos los soles y mundos;
piélago en que tiemblan los fiats de todas las causas!
¡Oh camino enorme que llevas derecho al enigma;
reino de los tristes, regazo de nuestra esperanza;
taciturno amparo de males de amor sin remedio;
madrina enlutada de bellas adivinaciones;
ámbito en que vuelan las alas de azur de los sueños:
sean mis pupilas espejo que copie tus orbes;
sea tu silencio sutil comunión de mi vida;
sean tus arcanos divino aguijón de mi mente;
sea tu remota verdad, tras la tumba, mi herencia!

Febrero, 15 de 1914.

IV

RESOLUCIÓN

ALMA, tienes por fuerza que alcanzar en la vida
el Ideal sublime que a seguir te convida
por entre breñas ásperas.
Alma en vano recelas
del Dolor: mis propósitos son como dos espuelas
que te harán sangre... Fuerza será, cuando te pares,
que sientas, despiadada, clavarse en tus ijares
mi voluntad de acero; fuerza será subir...
¡Contempla, allá, muy lejos, la cima de zafir,
adonde has de llegar antes que la jornada
termine!
¡Alma, no esperes de mí piedad ni nada
que no sea espolazo, aguijón y castigo!

... Hoy has de sonreír al cruel enemigo
que ayer te hincó su dardo...
Bien sé que anhelarías
quebrantar su soberbia; que sin duda podrías
hundir su obscura frente en la tierra que pisa;
mas sólo habrás de darle la flor de tu sonrisa,
y por cada punzante, por cada dolorosa
espina que te clave, ¡devolverle una rosa!

Abril, 18 de 1914.

V

LUGAR COMÚN...

LUGAR común, seas
loado por tu límpida prosapia,
y nunca más desdéñente los hombres.
Expresión dicha ya por cien millones
de bocas, está así santificada.
Cien millones de bocas
han clamado: «Dios mío», y cien millones
de veces el Eterno
encarnó en ese grito.
  Cien millones de bocas
dijeron: «Yo te amo»,
y al decirlo engendraron cien millones
de veces al amor, padre del mundo.

  Hay todavía locos que pretenden
decirnos algo nuevo, porque ignoran
los libros esenciales
en que está dicho todo (1).
Buscan las frases bárbaras,
las torcidas sintaxis,
los híbridos vocablos nunca juntos

(1) Se necesita ser un tonto o un ignorante para imaginar que se tiene una idea que ningún hombre ha tenido antes. — GOETHE: *Fausto*.

antes, y gritan: «Soy un genio, ¡eureka!»
... Mas los sabios escuchan y sonríen

¡Oh, tú, Naturaleza, madre santa!
¡Oh, tú, la siempre igual y siempre nueva,
monótona, uniforme, simple, como
la eternidad: bendita seas siempre!
Bendito seas, mar, cantor perpetuo
de la misma canción... Bendito seas,
viento, que hieres las perennes cuerdas
de los árboles quietos y sumisos.
Benditos seáis, moldes
de donde surge el mundo cada día
semejante a sí propio,
bendita la unidad de las estrellas;
bendita la energía
de donde todo viene, y que es idéntica
bajo diversas fases ilusorias.
Hablemos cual los dioses,
que siempre hablan lo mismo.
Digamos las palabras
sagradas que dijeron los abuelos
al reír y al llorar,
al amar y al morir...
Mas al decir: «amor», «dolores», «muerte»,
digámoslo en verdad,
con amor, con dolores y con muerte.

Mayo, 14 de 1914.

VI

HOY HE NACIDO

Cada día que pase, has de decirte:
«¡Hoy he nacido!
El mundo es nuevo para mí; la luz
ésta que miro
hiere, sin duda, por la vez primera
mis ojos límpidos;
la lluvia que hoy desfleca sus cristales
es mi bautismo.
»Vamos, pues, a vivir un vivir puro,
un vivir nítido.
Ayer, ya se perdió: ¿fuí malo?, ¿bueno?
...Venga el olvido,
y quede sólo, de ese ayer, la esencia,
el oro íntimo
de lo que amé y sufrí mientras marchaba
por el camino.
»Hoy, cada instante, al bien y a la alegría
será propicio,
y la esencial razón de mi existencia,
mi decidido
afán, volcar la dicha sobre el mundo,
verter el vino
de la bondad sobre las bocas ávidas
en redor mío.

»Será mi sola paz la de los otros;
su regocijo
mi regocijo, su soñar mi ensueño;
mi cristalino
llanto, el que tiemble en los ajenos párpados;
y mis latidos,
los latidos de cuantos corazones
palpiten en los orbes infinitos.»
Cada día que pase, has de decirte:
«¡Hoy he nacido!»

Julio, 12 de 1914.

VII

¡OH SANTA POBREZA!

Oh santa pobreza,
dulce compañía,
timbre de nobleza,
cuna de hidalguía:
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te vía!

Pero te aguardaba,
y austero pasaba
la existencia mía.

¡Oh santa pobreza,
crisol de amistades,
orto de verdades,
venero de alteza
y aguijón de vida:
ven, entra en mi pieza,
seas bienvenida!

Callado y sereno
me hallarás, y lleno
del alto Ideal
que en los rubios días
de mis lozanías,
y ahora en mi ocaso,
aviva mi paso
por el erial.
¡Oh santa pobreza,
dulce compañía:
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te vía!

Noviembre, 23 de 1914.

VIII

¡RENOMBRE!

RENOMBRE, renombre!, ¿qué quieres de mí?
¡Déjame en mi sombra, tu vuelo detén,
calla de tus trompas el son baladí...!

¡Si hicieses ruído se iría de aquí
Dios, único bien!

(Celoso es el numen, de veras celoso.
Muy más que el *virtuoso,*
que al interpretar
las obras sublimes de su repertorio
impone silencio tal a su auditorio
que se ofende casi de su respirar...)

¡Renombre, renombre, vete! Muchos quieren
que halagues su oído;
muchos que se mueren
de hambre y sed de elogios... Olvídame a mí,
con un gran olvido:
como si jamás hubiera existido.
... Y no hagas ruido
que estoy bien así.

Enero, 15 de 1915.

IX

EL DON

¡Oh! vida, ¿me reservas por ventura algún don?
(Atardece. En la torre suena ya la oración.)
¡Oh! vida, ¿me reservas por ventura algún don?

Plañe en las ramas secas el viento lastimero;
se desangra el crepúsculo en un vivo reguero...
¡Oh! vida, ¡dime cuál será ese don postrero!

¿Será un amor muy grande tu regalo mejor?
(¡Unos ojos azules, unos labios en flor!)
¡Oh, qué dicha, qué dicha si fuese un gran amor!

¿O será una gran paz: ésa que necesita
mi pobre alma, tras tanto peregrinar con cuita?
¡Sí, tal vez una paz..., una paz infinita!

... ¿O más bien el enigma del camino en pos
se aclarará, encendiéndose como una estrella en los
hondos cielos, y entonces, ¡por fin!, hallaré a Dios?

¡Oh! vida, que devanas aún esta porción
de mis días obscuros: suena ya la oración;
cae la tarde... ¡Apresúrate a traerme tu don!

Febrero, 2 de 1915.

X

TODO YO

Todo yo soy un acto de fe.
Todo yo soy un fuego de amor.
En mi frente espaciosa lee,
mira bien en mis ojos de azor:

¡hallarás las dos letras de FE
y las cuatro, radiantes, de AMOR!

Si vacilas, si deja un porqué
en tu boca su acerbo amargor,
¡ven a mí, yo convenzo, yo *sé!*

Mi vida es mi argumento mejor.
Todo yo soy un acto de FE.
Todo yo soy un fuego de AMOR.

Febrero, 9 de 1915.

XI

LA GALERA SOMBRÍA

Si deseas que pronto de tus mares se aleje
la galera sombría que te trae las penas,
ten paciencia y aguarda: la paciencia es el eje
moral y el gran secreto de las almas serenas.

La paciencia hizo el mundo, lo rige la paciencia;
el arte es una larga paciencia (¿y el amor?)
La santidad más alta, la más profunda ciencia,
de una maravillosa paciencia son la flor.

Sé paciente y aguarda que fulgure tu día.
¿Sabes tú si las perlas de la santa alegría

con que sueñas anidan en las heces del vino?
Bebe, pues, todo el cáliz... No hay bonanza tardía,
ni existencia que acabe sin cumplir su destino.

Febrero, 14 de 1915.

XII

¡ENSÉÑAME EL CAMINO!

QUÉ tiempo tienes tú para estar triste,
si toda tu existencia es de los otros?
Jamás bajaste al fondo de ti misma,
e ignoras el océano
de claridad que llevas.
Espejo es tu alma, que, apacible, copia
la santidad remota de los astros.
Pero tú no lo sabes.
Tú, en un ardor de caridad perpetua
te derramas; tus penas
son las penas del mundo; en tus entrañas
de mujer, llora y ríe
la Humanidad entera.
Cuando te extingas para siempre, acaso
ni siquiera sabrás la luz que diste.
«¡El cielo!»... ¡Y para qué, si tú lo llevas
dentro de ti! ¡Qué goce puede darse
a quien realiza en todos los minutos
la suprema ventura!

¡Qué visión beatífica
vais a ofrecer a quien es uno mismo
con Dios...!
¡Oh, mi hermanita, mi hermanita,
déjame contemplar tus tocas blancas,
que irradian un fulgor de nieve pura
entre la sombra de la estancia, donde
agoniza el enfermo a quien asistes,
y por quien amorosa te desvelas!
Déjame contemplar tus nobles canas,
tus arrugas, que son como celestes
surcos en donde el Sembrador divino
su simiente inmortal sembró...
Permite
que me mire en tus claros ojos dulces,
inocentes y castos, en que brilla
la promesa de transfiguraciones
cercanas... ¡Santifíqueme tu influjo!
Enséñame, hermanita,
enséñame el camino
para llegar a Dios...
¡Por la infinita
soledad yo le busco de contino,
con un alma viril..., pero marchita,
que su riego divino
sobre todas las cosas necesita!
Enséñame, hermanita,
enséñame el camino...

Febrero, 24 de 1915.

XIII

FIDES

No te resignes antes de perder
definitiva, irrevocablemente,
la batalla que libras. Lucha erguido
y sin contar las enemigas huestes.
¡Mientras veas resquicios de esperanza,
no te rindas! La suerte
gusta de acumular los imposibles
para vencerlos en conjunto, siempre,
con el fatal y misterioso golpe
de su maza de Hércules.

¿Sabes tú si el instante
en que, ya fatigado, desesperes,
es justo aquel que a la definitiva
realización de tu ideal precede?

Quien alienta una fe tenaz, el hado
más torvo compromete
en su favor. El sino a la fe sólo
es vulnerable y resistir no puede.

La fe otorga el divino privilegio
de la casualidad, a quien la tiene
en grado heroico.

Cuando las tinieblas
y los espectros y los trasgos lleguen
a inspirarte pavor, ¡cierra los ojos,

embraza tu fe toda, y arremete!
¡Verás cómo los monstruos más horribles,
al embestirlos tú, se desvanecen!
Cuanto se opone a los designios puros
del hombre, es irreal; tan sólo tiene
la imaginaria vida
que le dan nuestro miedo y nuestra fiebre.
Dios quiso en su bondad que los obstáculos
para aguzar las armas nos sirviesen;
quiso que el imposible
estuviera no más para vencerle,
como está la barrera en los hipódromos,
a fin de que la salten los corceles.
Búrlate, pues, de cuanto en el camino
tu altivo impulso detener pretende.
¡No cedas ni a los hombres ni a los ángeles!
(Con un ángel luchó Jacob, inerme,
por el espacio entero de una noche,
... y el ángel le bendijo, complaciéndose
en la suprema audacia del mancebo,
a quien llamó Israel, porque era FUERTE
CONTRA Dios...)
¡Ama mucho: el que ama embota
hasta los aguijones de la muerte!
¡Que tu fe trace un círculo de fuego
entre tu alma y los monstruos que la cerquen,
y si es mucho el horror de los fantasmas
que ves, cierra los ojos, y arremete!

Marzo, 3 de 1915.

XIV

AMABLE Y SILENCIOSO

Amable y silencioso ve por la vida, hijo.
Amable y silencioso como rayo de luna...
En tu faz, como flores inmateriales, deben
florecer las sonrisas.

Haz caridad a todos de esas sonrisas, hijo.
Un rostro siempre adusto es un día nublado,
es un paisaje lleno de hosquedad, es un libro
en idioma extranjero.

Amable y silencioso ve por la vida, hijo.
Escucha cuanto quieran decirte, y tu sonrisa
sea elogio, respuesta, objeción, comentario,
advertencia y misterio...

Marzo, 5 de 1915.

XV

EL MILAGRO

Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
Muy pronto mis tinieblas se enjoyarán de luz...
Hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Mi frente, ayer marchita y obscura, se levanta
hoy, aguardando el místico beso del Ideal.
Mi corazón es nido celeste, donde canta
el ruiseñor de Alfeo su canción de cristal.

... Dudé —¿por qué negarlo? —, y en las olas me hundía,
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero tú me tendiste la diestra, y sonreía
tu boca murmurando: «¡Hombre de poca fe!»

¡Qué mengua! Desconfiaba de ti, como si [fuese
algo imposible el alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor, no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor.

Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles fragua
una fe de diamante mi excelsa voluntad.
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún frescura, y el tiempo eternidad.

Marzo, 10 de 1915.

XVI

LA HONDURA INTERIOR

Desde que sé las cosas bellas,
los mil incógnitos veneros
de luz, las fuerzas misteriosas
que el hombre lleva en su interior,
¡ya no me importan las estrellas

ni los cometas agoreros
ni las arcanas nebulosas,
con su fosfóreo resplandor!

Ya no me importa del planeta
la claridad prestada y quieta;
ya no contemplo al taciturno
y melancólico Saturno,
con sus anillos y el cortejo
de diez satélites, errar
por la extensión como un dios triste
bajo la pompa que lo viste...
Ya no me encanta el oro viejo
de nuestra luna familiar.

¡Qué vale en suma todo eso!
(materias cósmicas, exceso
de vano gas en combustión...)
¡Qué vale en suma, ante el abismo
vertiginoso de uno mismo
que nos espanta la razón!

¡A qué mirar constelaciones
en el profundo azul turquí!
¡A qué escrutar las extensiones!
¿Qué nos diréis, astros distantes,
inmensos orbes rutilantes?
¡El gran misterio no está allí!

... En el silencio de mi pieza,
en tantas noches de tristeza,
en que la copa del vivir
hay que apurar hasta las heces,
¡oh, cuántas veces, cuántas veces
cerré los ojos sin dormir!

Y vi, sin ver, luces tan puras,
tanto fulgor, arquitecturas
de una tan vasta concepción,
enigma tal, tales honduras,
que ya no miro las alturas,
y está cerrado mi balcón.

Descansa en paz, anteojo mío,
en tu gran caja de nogal:
ya no te asomes al vacío
con tu pupila de cristal.
Descansa en paz, anteojo mío,
en tu gran caja de nogal.

Marzo, 8 de 1915.

XVII

SE VA UNA TARDE MÁS...

Se va una tarde más... ¿Viviremos mañana?
¿Volveremos a veros, crepúsculos de grana?
¿Tornaremos a oirte, plañidera campana?

Se va una tarde más. Suena en la ENCARNACIÓN,
incomparablemente mística, la oración.
Se bañan ya de sombra los muros del convento,
mientras que de la esquila solloza el ritmo lento.

Quizás en este instante, muchas monjas extáticas
con el divino Esposo mantienen dulces pláticas,
y gozan de sublimes caricias interiores...

En tanto que tú, presa de continuos dolores,
con tus anhelos libras la más porfiada lucha,
e inútilmente pides la paz al escondido
Señor que mora en tu alma; pero que no te escucha,
porque no lo mereces... ¡o porque está dormido!

¡Recuérdalo! Quién sabe si *su corazón vela*
para que no zozobre tu barca en la procela...
Sacúdelo con fuerza si prosigue durmiendo:
clama en su oreja misma con desusado brío.
Verás cómo a la postre despierta sonriendo,
te ampara entre tus brazos y murmura: «¡HIJO MÍO!»

Marzo, 16 de 1915.

XVIII

EN PAZ

Artifex vitae, artifex sui.

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;

porque veo al final de mi rudo camino
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

... Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Marzo, 20 de 1915.

XIX

LA INJUSTICIA

Qué tienes? ¿Por qué tiemblas, tú, que nunca
has sabido temblar? ¿Por qué te agitas,
tú, el de serenidad incomparable,
el de alma diamantina?

¿Por ventura se vuelca el oceano
sobre los continentes? ¿Se desquicia
por ventura el planeta? ¿Por ventura
se extingue ya en la bóveda infinita
la majestad de las constelaciones?

—Más grave es la razón, amiga mía,
de mi miedo: hace apenas una hora
iba yo a cometer una injusticia...
¡y no hay conflagración ni cataclismo
que deba dar más pánico en la vida!

Mayo, 3 de 1915.

XX

EXPECTACIÓN

Siento que algo solemne va a llegar en mi vida.
¿Es acaso la muerte? ¿Por ventura el amor?
Palidece mi rostro; mi alma está conmovida,
y sacude mis miembros un sagrado temblor.

Siento que algo sublime va a encarnar en mi barro,
en el mísero barro de mi pobre existir.
Una chispa celeste brotará del guijarro,
y la púrpura augusta va el harapo a teñir.

Siento que algo solemne se aproxima, y me hallo
todo trémulo; mi alma de pavor llena está.
Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo.
Mientras, yo, de rodillas, oro, espero y me callo,
para oír la palabra que el ABISMO dirá.

Mayo, 6 de 1915.

XXI

TANTO AMOR

HAY tanto amor en mi alma que no queda
ni el rincón más estrecho para el odio.
¿Dónde quieres que ponga los rencores
que tus vilezas engendrar podrían?

Impasible no soy: todo lo siento,
lo sufro todo... Pero como el niño
a quien hacen llorar, en cuanto mira
un juguete delante de sus ojos
se consuela, sonríe,
y las ávidas manos
tiende hacia él sin recordar la pena,

así yo, ante el divino panorama
de mi ideal, ante lo inenarrable
de mi amor infinito,
no siento ni el maligno alfilerazo
ni la cruel y afilada
ironía, ni escucho la sarcástica
risa. Todo lo olvido,
porque soy sólo corazón, soy ojos
no más, para asomarme a la ventana
y ver pasar el inefable Ensueño,
vestido de violeta,
y con toda la luz de la mañana,
de sus ojos divinos en la quieta
limpidez de fontana...

Mayo, 16 de 1915.

XXII

TÚ

Señor, Señor, Tú antes, Tú después, Tú en la inmensa
hondura del vacío y en la hondura interior:
Tú en la aurora que canta y en la noche que piensa;
Tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor.

Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir; Tú en todas
las transfiguraciones y en todo el padecer;
Tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas;
Tú en el beso primero y en el beso postrer,

Tú en los ojos azules y en los ojos obscuros;
Tú en la frivolidad quinceañera, y también
en las graves ternezas de los años maduros;
Tú en la más negra sima, Tú en el más alto edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;
si sus labios te niegan, yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita: «Yo creo».
¡Y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!

Junio, 8 de 1915.

XXIII

EL CASTAÑO NO SABE...

El castaño no sabe que se llama castaño;
mas al aproximarse la madurez del año
nos da su noble fruto de perfume otoñal;
y Canopo no sabe que Canopo se llama;
pero su orbe coloso nos envía su llama,
y es de los universos el eje sideral.

Nadie mira la rosa que nació en el desierto;
mas ella, ufana, erguida, muestra el cáliz abierto,
cual si mandara un ósculo perenne a la extensión.
Nadie sembró la espiga del borde del camino,
ni nadie la recoge; mas ella, con divino
silencio, dará granos al hambriento gorrión.

¡Cuántos versos, ¡oh, cuántos!, pensé que nunca he escrito,
llenos de ansias celestes y de amor infinito,
que carecen de nombre, que ninguno leerá;
pero que, como el árbol, la espiga, el sol, la rosa,
cumplieron ya, prestando su expresión armoniosa
a la INEFABLE ESENCIA, que es, ha sido y será!

Junio, 23 de 1915.

XXIV

SUBSTITUCIÓN

CÓMO han envejecido
tus manos!
¡Tus afiladas manos
de palidez ascética!

Tu rostro es todavía
joven, y tu cabeza
altiva aun no se ciñe
su corona de plata.

Tus ojos claros saben
penetrar en la hondura
del alma que se esquiva;
como dos estiletes
luminosos de acero,
penetran en las carnes.

Tu frente muestra arrugas;
pero son como surcos
que aró tu pensamiento,
para sembrar las flores
de la meditación.

Sólo tus pobres manos,
sarmentosas y exangües,
dicen toda la lucha
de tu vivir potente;
hablan de los combates
continuos en que, al cabo,
venciste al enemigo
cruel que hay en nosotros:
al ansia sibarítica,
que pide siempre goces,
a la ley del pecado
que anida en las entrañas

Tu rostro nunca supo
gesticular... Inmóvil
y claro como espejo,
devolvía a la vida
sus imágenes vanas,
imperturbable siempre.

Leíase en tus ojos
la paz de la conciencia,
conquistada por fin;

el perfecto equilibrio
entre tu alma y el mundo

¡Pero tus pobres manos
sabían la verdad!
Ellas gesticulaban
en lugar de tu rostro,
porque no se amenguase
la majestad augusta
de tu expresión serena...

No hay un dolor que en ellas
no haya quedado impreso.
Son libro de diez páginas,
rugosas y amarillas,
cada una de las cuales
narra muchas historias,
cuenta muchos martirios.

¡Oh bien nutridas hojas!,
¡oh poema conciso,
lleno de intimidades
misteriosas y excelsas!
¡Pobres manos sagradas,
fáciles al augurio,
claras al quiromante!

¡Nobles manos verídicas,
llenas de ingenuidad,

que revelan tu diáfana
y pródiga faena!

¡Quiero besar tus manos!
Quiero poner tu diestra
sobre mi corazón.
Quiero apoyar su palma
fría sobre mi frente:
quizás me reconforte
con su influjo potente;
quizás por siempre corte
la fiebre de mi alma.

Junio, 1915.

XXV

TÚ FILOSOFA...

Alii disputent, ego mirabor.

SAN AGUSTÍN.

Tú filosofa, mientras yo sueño,
cerebro mío... Filosofa mientras.
Yo, con mi adoración, donde no entras,
entraré: más que el tuyo es fiel mi empeño.

Con el farol de tu filosofía
no hallarás nunca a Dios, ¡oh mente esclava!,

sino con el amor: ¡quien más le amaba
—San Francisco de Asís—más le veía!

Cinco mil años hace, por lo menos,
que los doctos, metafisiqueando,
la explicación del ser andan buscando:
¡magines vacuos, de palabras llenos!

Y mientras van, cómicamente serios,
devanando su enredo silogístico,
un éxtasis le basta a cualquier místico
para sondar los más altos misterios.

El filósofo de hoy, inconsecuente,
ríe de los de ayer: ¡él solo sabe!
Y dentro de muy poco, en cuanto acabe
el divagar inútil de su mente,

otro reirá también de sus premisas
y de sus conclusiones; y así estamos
perdiendo el oro del vivir, y vamos
de las risas de ayer a nuevas risas.

Mientras que el «despreciable» iluminado,
no pierde el tiempo en discutir, ni duda:
¡ve cara a cara la Verdad desnuda,
y se funde con Dios porque le ha hallado!

Julio, 8 de 1915.

XXVI

DOS SIRENAS

Dos sirenas que cantan: el Amor y el Dinero.
Mas tú sé como Ulises, previsor y sagaz:
tapa bien las orejas a piloto y remero,
y que te aten al mástil de tu barco ligero;
que, si salvas la sirte, ¡tu gran premio es la paz!

Es engaño el Dinero y el Amor es engaño:
cuando juzgas tenerlos, una transmutación
al Amor trueca en tedio; trueca al oro en estaño...
El Amor es bostezo y el placer hace daño.
(Esto ya lo sabías, ¡oh buen rey Salomón!)

Pero el hombre insensato por el oro delira,
y de Amor vanamente sigue el vuelo fugaz...
Sólo el sabio, el asceta, con desprecio los mira.
Es mentira el Dinero y el Amor es mentira:
si los vences, conquistas el bien sumo: ¡la Paz!

Julio, 9 de 1915.

XXVII

DICE EL CARITATIVO

Dice el caritativo: «Que aumenten mis denarios,
¡oh, Padre! Quiero oirlos derramando al pasar.
La mies de pena es mucha; *pocos los operarios,*
y el corazón del hombre muy duro para dar...

»En vez de ser el rico del pobre tesorero,
—como Tú lo querías—ajeno a la piedad,
con anodinos próceres reparte su dinero,
da de comer al harto... ¡Ceba a la vanidad!

»¡Enciende, ¡oh Padre!, tantos corazones de hielo,
y enseña al opulento que Tú en el pobre estás;
que es dar la dicha máxima; la caridad un vuelo
sublime, y que las rosas extáticas del cielo
florecen en las almas que se difunden más!»

Julio, 24 de 1915.

XXVIII

SI UNA ESPINA ME HIERE...

Si una espina me hiere, me aparto de la espina,
... pero no la aborrezco!
Cuando la mezquindad
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,

esquívase en silencio mi planta, y se encamina
hacia más puro ambiente de amor y caridad.

¿Rencores? ¡De qué sirven! ¡Qué logran los rencores!
Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores,
y no prodiga savias en pinchos punzadores:
si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,

se llevará las rosas de más sutil esencia;
y si notare en ellas algún rojo vivaz,
¡será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer vertió, al herirme con encono y violencia,
y que el rosal devuelve, trocada en flor de paz!

Julio, 13 de 1915.

XXIX

SÉ COMO LA MONTAÑA

Sé como la montaña, que mira al sol primero
que el valle. ¿Por ventura con la Poesía, el don
no se te dió más alto, más noble y verdadero,
la ventana escondida por donde el prisionero
yo se asoma al arcano del mundo; la Intuición?

Sé también como torre, que platea la luna
antes que el caserío, y sé como fanal

que atalaya el océano más que mirada alguna.
Empina bien tu ensueño, para que a su oportuna
luz divises más pronto tu lejano Ideal.

Julio, 26 de 1915.

XXX

ÉXTASIS

Cada rosa gentil ayer nacida,
cada aurora que apunta entre sonrojos,
dejan mi alma en el éxtasis sumida...
¡Nunca se cansan de mirar mis ojos
el perpetuo milagro de la vida!

Años ha que contemplo las estrellas
en las diáfanas noches españolas
y las encuentro cada vez más bellas.
¡Años ha que en el mar, conmigo a solas,
de las olas escucho las querellas,
y aun me pasma el prodigio de las olas!

Cada vez hallo a la Naturaleza
más sobrenatural, más pura y santa.
Para mí, en rededor, todo es belleza;
y con la misma plenitud me encanta
la boca de la madre cuando reza
que la boca del niño cuando canta.

Quiero ser inmortal, con sed intensa,
porque es maravilloso el panorama
con que nos brinda la creación inmensa;
porque cada lucero me reclama,
diciéndome al brillar: «¡Aquí se piensa
también, aquí se lucha, aquí se ama!»

Agosto, 9 de 1915.

XXXI

COMO EL VENERO

Recibe el don del cielo, y nunca pidas
nada a los hombres; pero da si puedes;
da sonriendo y con amor; no midas
jamás la magnitud de tus mercedes.

Nada te debe aquél a quien le diste;
por eso tú su ingratitud esquiva.
El fué quien te hizo el bien, ya que pudiste
ejercer la mejor prerrogativa,

que es el dar, y que a pocos Dios depara.
Da, pues, como el venero cristalino,
que siempre brinda más del agua clara
que le pide al sediento peregrino.

Agosto, 16 de 1915.

XXXII

MI FILOSOFÍA

Yo te destilo mi filosofía,
porque así la comprendas, niña mía,
con ella tus anhelos atemperes,
y, contemplando en paz la lejanía
de tu seguro edén, ames y esperes.

Cada vez que te quejas de impotencia,
cada vez que resurge tu impaciencia
por no asir el ensueño, aún lejano,
yo te predico, amor, que la existencia
nunca a los buenos les promete en vano.

Que las flores que ansías para ahora
secretan ya su miel embriagadora,
y a su tiempo han de abrir el rojo broche;
que el bien que no llegó para la aurora,
sin duda llegará para la noche,

por el imán de tu querer traído,
y siempre será bien, y bienvenido;
pues con una opulencia milagrosa,
ha de pagarte todo lo sufrido.
La rosa que más tarde ha florecido,
dice Aubigné que es la más bella rosa...

Agosto, 21 de 1915.

XXXIII

CONTIGO

Espíritu que no hallas tu camino,
que hender quieres el cielo cristalino
y no sabes qué rumbo
has de seguir, y vas de tumbo en tumbo,
llevado por la fuerza del destino:

¡Detente! Pliega el ala voladora:
¡buscas la luz, y en ti llevas la aurora;
recorres un abismo y otro abismo
para encontrar al Dios que te enamora,
y a ese Dios tú lo llevas en ti mismo!

¡Y el agitado corazón, latiendo,
en cada golpe te lo está diciendo,
y un misterioso instinto,
de tu alma en el obscuro laberinto,
te lo va noche a noche repitiendo!

... ¡Mas tú sigues buscando lo que tienes!
Dios en ti, de tus ansias es testigo,
y, mientras pesaroso vas y vienes,
como el duende del cuento, El va contigo.

Septiembre, 7 de 1915.

XXXIV

CORAZÓN

Corazón, sé una puerta cerrada para el odio:
de par en par abierta siempre para el amor.
Sé lámpara de ensueños celestes, y custodio
de cuanto noble germen nos prometa una flor.

Corazón, ama a todos, late por todo anhelo
santo, tiembla con todo divino presentir;
da sangre a cuanto impulso pretenda alzar el vuelo;
calor a todo intento de pensar y vivir.

Sé crátera de vino generoso, que mueva
a los grandes propósitos. Sé vaso de elección,
en donde toda boca sedienta la fe beba.
Sé roja eucaristía de toda comunión,
corazón.

Septiembre, 8 de 1915.

XXXV

CALLEMOS...

Cuánto, cuánto se habla
sin ton ni son; qué declamar perpetuo
de retóricas nulas!
¿No es mejor por ventura el silencio?

Que el ESPÍRITU selle nuestra boca
con sus siete sellos,
y florezcan en paz nuestros enigmas...
¡Callemos, callemos!

¡Oh! la estéril balumba... ¡Y ser la VIDA
tan honda como es! ¡Ser el misterio
tan insondable!

Triste afán de ruido que mancilla lo ETERNO
que palpita en nosotros...
¡Callemos, callemos!

Los ángeles vendrán a reposarse
en las ramas del árbol mudo y quieto,
como divinos pájaros de nieve.
¡Hay tantas cosas que callar con ellos!

Debe callarse todo lo sublime,
todo lo excelso.
Hasta los nombres que a las cosas damos,
empañan el espejo
del SER, en que se mira
el ARQUETIPO, trémulo
de luz, de santidad y de pureza,
¡Callemos, callemos!

En el callar hay posibilidades
sin límite, hay portentos

celestes, hay estrellas, más estrellas
que en todo el firmamento.

El alma y Dios se besan, se confunden,
y son una sola alma en el inmenso
mar del éxtasis, manso, inalterable...
¡Callemos, callemos!

Octubre, 10 de 1915.

XXXVI

ARMONÍA

Nous ne voyons jamais
qu'un seul coté des choses.
V. H.

Así como nos muestra sólo una faz la luna,
de la propia manera no vemos más que una
sola faz de las cosas, como pensó el poeta.
La otra está en la sombra... Y por ser incompleta
la visión, ve asperezas en donde hay armonía,
y noche en el nublado que disimula el día.

San Agustín nos dijo que el mundo es un dechado
visto al revés: encima, Dios borda; al otro lado,
multicolores hebras con su red caprichosa
despistan nuestros juicios... ¡Oh! labor misteriosa

del bordador divino: ya todos te veremos,
cuando en nuestra ascensión milenaria lleguemos
al vértice del ángulo final, de cuyo punto
se abarca la sublime plenitud del conjunto.

Entretanto, poeta, no murmures. Tu verso
sea uncioso, cual salmo de amor al universo.
Quien trazó el plan del Cosmos, no puede a la razón
naciente de los hombres dar una explicación
que convenza: su lógica no es la tuya de hormiga.

No juzgues, pues: adórale y deja que prosiga
sus intentos arcanos, su labor portentosa.
Que rice en espirales de luz la nebulosa;
que prenda sus translúcidas caudas a los cometas;
que plasme entre sus manos de titán los planetas;
que encienda las divinas antorchas estelares;
que empine las montañas y que ahonde los mares...

Octubre, 19 de 1915.

XXXVII

NO TODOS...

No todos los muertos contemplan a Dios.
¿Tú piensas que basta morir para ver
ese gran misterio del que vas en pos?
¿Que el velo de Isis habrás de romper?
¡Iluso creer!
¡No todos los muertos contemplan a Dios!

En cambio, las almas austeras y grandes,
en vida—si saben «subir»—le verán,
como ven el alba florecer los Andes,
¡cuando aún los llanos en la noche están!

Octubre, 27 de 1915.

XXXVIII

¡OH DOLOR!

Oh dolor!, buen amigo, buen maestro de escuela,
gran artífice de almas, incomparable espuela
para el corcel rebelde..., hiere, hiere hasta el fin!
¡A ver si de ese modo,
con un poco de lodo,
forjas un serafín!

Noviembre, 6 de 1915.

XXXIX

¡OH MUERTE!

Morir es un verdadero acto filosófico.

NOVALIS.

Oh muerte! Tú eres madre de la filosofía
Tú ennobleces la vida con un ¡QUIÉN SABE! y das
sabor a nuestras horas con tu melancolía.
En todo lo que es grande—dolor, amor—tú estás.

Arco triunfal de mármol negro, por donde pasa,
dignificada, el alma que sin cesar luchó,
cual héroe taciturno; regalo, abrigo, casa,
de quien desnudo y solo la dura tierra holló...

Tú avaloras las vidas más vacuas y vulgares:
Sancho Panza agoniza, y hay en él majestad.
Tú perfilas los rostros con líneas singulares,
¡mirífica escultora de la Serenidad!

Es tuyo todo el oro del silencio. (La plata
de la elocuencia dejas para el necio vivir.)
Más dice tu mutismo que nuestra catarata
verbal de milenarios, en su vano fluir.

La puerta de la estancia cierra tu mano pálida,
y ya no vemos nada, ya no sabemos más.
¿Se metamorfosea detrás de una crisálida?
¿Qué alquimia portentosa se realiza detrás?

¡Oh muerte!, creadora del misterio: tú hiciste
que la inquietud volase por vez primera en pos
del Ideal. Mirando tu faz augusta y triste,
el hombre alzó los ojos y se encontró con Dios.

Noviembre, 1915.

XL

EL VASO

Pobre amigo, ya pronto se vaciará tu vaso.
No pienses que fué un vaso más grande que los otros.
Hay en el mundo tanto dolor, que toca mucho
a cada alma; la tuya recibió su porción
bien servida...; mas, ¡ay!, cuántas almas mejores
padecieron la dura preferencia de Cristo,
que sólo a los más grandes concede el privilegio
de los grandes dolores.

Pero vacío el cáliz, ya no es dulce ni amargo.
El paladar no tiene memoria de sabores,
y al salir del letargo,
¡quién piensa en lo bebido!
—¿Morir es por ventura como no haber vivido?
—¡Morir es un olvido
de todas las espinas..., recordando las flores!

Noviembre, 25 de 1915.

XLI

SICUT NAVES...

Ships that pass in the night...

LONGFELLOW.

Los hombres son *cual naves que pasan en la noche...*
¡Adónde van, adónde!
¡Qué negro está en redor
el mar! Chocan las olas con el casco, y producen
un plañido monótono... Hace frío. Los astros
se recatan; el viento su látigo implacable
chasquea entre las sombras.

El pobre nauta tiembla de miedo. Las heladas
garras de un gran enigma su corazón oprimen;
sus esperanzas gimen
solas y abandonadas,
uniendo a los plañidos del agua su reproche.
En redor ¡cuántas cosas hostiles e ignoradas!
Los hombres son *cual naves que pasan en la noche...*

Pero de pronto el nauta mira al cielo: ¿es de un astro
ese rayito pálido que desgarró la nube?
¡Fué la visión tan breve!... Mas un sutil instinto,
un no sé qué, en lo hondo del conturbado espíritu,
le dice: «No estás solo. La noche es un engaño,

Dios hizo las tinieblas para obligar al triste
a que cierre los ojos y mire en su interior
la verdad escondida.
Si los ojos abiertos son para ver la vida,
con los ojos cerrados es como ve el amor.

»La rosa del arcano tiene invisible broche,
pero tenaz perfume, que denuncia el camino.
Los hombres son *cual naves que pasan en la noche*:
¡mas en el alma llevan un timonel divino!»

Diciembre, 17 de 1915.

XLII

YA NO TENGO IMPACIENCIA...

Ya no tengo impaciencia, porque no aguardo nada...
Ven, Fortuna, o no vengas; que tu máquina alada
llegue al toque del alba, llegue al toque de queda;
con el brote abrileño, con la hoja que rueda...
Ya no tengo impaciencia, porque no aguardo nada.

Al fulgor de las tardes, del balcón anchuroso
de mi estancia tranquila, con un libro en la mano,
yo contemplo el paisaje, siempre austero y hermoso;
y mi espíritu plácido, con fervor religioso,
tiende amante las alas de oro en pos del Arcano.

Nadie turba las aguas deste lago dormido
de mi ser, deste lago de caudal puro y terso.
No hay afán que me inquiete; nada quiero ni pido,
¡y del cáliz de mi alma, cual aroma elegido,
brota cándido, uncioso y apacible, mi verso!

Diciembre, 1915.

XLIII

ME MARCHARÉ...

Me marcharé, Señor, alegre o triste;
mas resignado, cuando al fin me hieras.
Si vine al mundo porque tú quisiste,
¿no he de partir sumiso cuando quieras?

Un torcedor tan sólo me acongoja,
y es haber preguntado el pensamiento
sus porqués a la Vida... ¡Mas la hoja
quiere saber dónde la lleva el viento!

Hoy, empero, ya no pregunto nada:
cerré los ojos, y mientras el plazo
llega en que se termine la jornada,
mi inquietud se adormece en la almohada
de la resignación, en tu regazo.

Diciembre, 22 de 1915.

XLIV

¡OH CRISTO!

Ya no hay dolor humano que no sea mi dolor;
ya ningunos ojos lloran, ya ningún alma se angustia
sin que yo me angustie y llore;
ya mi corazón es lámpara fiel de todas las vigilias,
¡oh Cristo!

«En vano busco en los hondos escondrijos de mi ser
para encontrar algún odio: nadie puede herirme ya
sino de piedad y amor. Todos son yo, yo soy todos,
¡oh Cristo!

»¡Qué importan males o bienes! Para mí todos son bienes.
El rosal no tiene espinas: para mí sólo da rosas.
¿Rosas de Pasión? ¡Qué importa! Rosas de celeste esencia,
purpúreas como la sangre que vertiste por nosotros,
¡oh Cristo!»

Enero, 6, 1916.

XLV

PECAR...

En la armonía eterna, pecar es disonancia;
pecar proyecta sombras en la blancura astral.
El justo es una música y un verso, una fragancia
y un cristal.

En la madeja santa de luz de los destinos,
pecar es negro nudo, tosco nudo aislador.
Pecar es una piedra tirada en los caminos
del amor...

Pecar es red de acero para el plumaje ingrávido;
membrana en la pupila que quiere contemplar
el ideal; parálisis en el ensueño, ávido
de volar.

¡Oh mi alma!, ya no empañes tu pura esencia ignota;
no te rezagues de la bandada, que veloz
traza una gran V trémula en la extensión remota.
¡Oh mi alma!, une al gran coro de los mundos la nota
de tu voz...

Enero, 15 de 1916.

XLVI

SI TÚ ME DICES «¡VEN!»

Si tú me dices: «¡Ven!», lo dejo todo...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...
Pero dímelo fuerte, de tal modo
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Si tú me dices: «¡Ven!», todo lo dejo.
Llegaré a tu santuario casi viejo,
y al fulgor de la luz crepuscular;
mas he de compensarte mi retardo,
difundiéndome, ¡oh Cristo!, ¡como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar!

Enero, 20 1916.

XLVII

LA MEJOR POESÍA

Silence is deep as Eternity,
speech is shallow as Time.
CARLYLE.

No escribiré más versos, ¡oh misteriosos númenes!,
no imprimiré más vanos y sonoros volúmenes»
—el poeta decía—.
«De hoy más, sea el silencio mi mejor poesía.
De hoy más, el ritmo noble de mis actos diversos,
sea, celestes númenes, el ritmo de mis versos.
De hoy más, estos mis ojos, de mirar claro y puro,
cerca de cuya lumbre todo verso es obscuro,
traduzcan lo inefable de mis ansias supremas,
mejor que las estrofas de los hondos poemas...»
«Y lo que su silencio no supiere expresar,
leedlo en las estrellas, las montañas, el mar;
en la voz temblorosa de una amante mujer
(siempre y cuando su enigma sutil sepáis leer);

en las brisas discretas, en el trueno salvaje,
y en la nube andariega que siempre va de viaje.»
«¡Oh diáfano hilo de agua: lo que yo callo di!
¡Oh rosa milagrosa: haz tú versos por mí!»

Febrero, 4 de 1916.

XLVIII

MÚSICA

Dijo el poeta al numen: «Ya que inspirarme quieres,
inspírame algo nuevo,
que jamás por los hombres haya sido pensado...

»Ancho es el Cosmos, numen; tan ancho, tan profundo,
que ni siquiera logra la razón asignarle
un límite... Y en este semillero de soles,
de mundos, de cometas, de nebulosas tenues
como mantos de hadas,
como la tela misma del ensueño, ¿no puedes
tú, invisible potencia, mente sutil y pura,
cosechar el gran lirio
de un pensamiento nunca por los hombres pensado?

»Tiende las alas, numen,
las alas impalpables.
Boga como un gran soplo sobre el mar de las causas.
Contempla los jardines místicos que florecen
en lejanos planetas;
escucha al ave de oro que derrama sus trinos

en los bosques de Venus,
al borde de los anchos canales del rojizo
Marte o en los milagrosos anillos de Saturno.
Salva nuestro sistema, y al ALFA del CENTAURO,
sol duplo y el más próximo,
de nuestro sol, acércate.
Llega a Sirio si puedes: ígneo coloso azul,
cuyo «punto de vista» preocupaba a Renán...
Escucha a los filósofos
que en algún manso valle de algún remoto mundo,
departen de las cosas arcanas y esenciales.

»Y cuando vuelvas, todo salpicado del trémulo
y diamantino polvo de las constelaciones,
numen, dime al oído tu hallazgo prodigioso,
a fin de que, expresándolo, me torne yo inmortal.»

Y el numen le responde: «¡La idea que codicias
existe, y yo te diera sus divinas primicias;
pero tú no eres músico, y ella es toda orquestal!

»Sólo las claves, sólo las pautas y las notas,
revelarán al mundo sus bellezas ignotas.
Platón oyó a los orbes su concierto ideal,
y Beethoven, a veces, lo escuchó en el mutismo
nocturno. Todo es música: los astros, el abismo,
las almas... ¡y Dios mismo
es un Dios musical!»

Febrero, 16 de 1916.

XLIX

SI ERES BUENO

Si eres bueno, sabrás todas las cosas,
sin libros; y no habrá para tu espíritu
nada ilógico, nada injusto, nada
negro, en la vastedad del universo.

El problema insoluble de los fines
y las causas primeras,
que ha fatigado a la Filosofía,
será para ti diáfano y sencillo.

El mundo adquirirá para tu mente
una divina transparencia, un claro
sentido, y todo tú serás envuelto
en una inmensa paz...

Marzo, 6 de 1916.

L

DIOS TE LIBRE, POETA

Dios te libre, poeta,
de verter en el cáliz de tu hermano
la más pequeña gota de amargura.

Dios te libre, poeta,
de interceptar siquiera con tu mano
la luz que el sol regale a una criatura.

Dios te libre, poeta,
de escribir una estrofa que contriste;
de turbar con tu ceño
y tu lógica triste
la lógica divina de un ensueño;
de obstruir el sendero, la vereda
que recorra la más humilde planta;
de quebrantar la pobre hoja que rueda;
de entorpecer, ni con el más suave
de los pesos, el ímpetu de un ave
o de un bello ideal que se levanta.

Ten para todo júbilo, la santa
sonrisa acogedora que lo aprueba;
pon una nota nueva
en toda voz que canta,
y resta, por lo menos,
un mínimo aguijón a cada prueba
que torture a los malos y a los buenos.

Marzo de 1916.

LI

UNA Y OTRA

TAN misteriosa es la vida
como la muerte, poeta!

Esta inmersión del espíritu
en la materia
(o en lo que así llamamos), estos grillos,
esta ceguera;
este gran desfilar de las cosas,
y la inconsistencia
de todo lo que amamos;
este adiós sin remedio que nos da cuanto alienta,
¿no son acaso un enigma,
y un gran enigma, poeta?

Este rodar de los años,
este arder de las estrellas,
esta ley inexorable del número y el espacio
que al cosmos liga y sujeta,
¿no son más inexplicables,
si bien se piensa,
que el persistir de tu yo,
que la simple vida etérea
y sutil de nuestras almas,
su vibración que no cesa,

en los planos invisibles
de la REALIDAD ETERNA?

¡Tan misteriosa es la vida
como la muerte, poeta!

Marzo, 5 de 1916.

LII

EL DOLOR VENCIDO

DOLOR, pues no me puedes
quitar a Dios, ¡qué resta a tu eficacia!
«¡Dónde está tu aguijón!»
Huyen las horas,
y entre sus alas lleva cada una
cierta porción de tu energía negra.

¡Oh dolor, tú también eres esclavo
del tiempo; tu potencia
se va con los instantes desgranando:
mientras que el Dios que en mi interior anida,
más y más agigántase, a medida
que más le voy amando!

Marzo, 15 de 1916.

LIII

BENEDICTUS

Dios os bendiga a todos
los que me hicisteis bien.

Dios os bendiga a todos
los que me hicisteis mal, y que a vosotros,
los que me hicisteis mal, Dios os bendiga
más y mejor que a los que bien me hicieron;
porque éstos, ciertamente,
no han menester de bendición ninguna,
ya que su bien en sí mismo llevaba
toda la plenitud y todo el premio.

¡Vosotros, sí, los de mi mal autores,
necesitáis la bendición del Padre
que hace nacer el Sol para que alumbre
por igual a los malos y a los buenos!

Que se derrame, pues, en vuestras almas
la más potente de las bendiciones
divinas, y os dé el don por excelencia:
el don de comprender...

Marzo, 28 de 1916.

LIV

SOLEDAD

Soledad, yo he sorbido todos tus éxtasis
y toda la rudeza del cáliz tuyo,
que los fuertes tan sólo beber osaron.

El hombre a quien tu piedra de toque prueba,
o siente que zozobran en la locura
sus débiles potencias, o que su espíritu
adquiere la suprema prerrogativa
de estar en paz, ajeno por siempre a todo
tedio, a toda tristeza y a todo beso
mordente y despiadado de neurastenias.

Soledad, yo conozco tus amarguras
también: ¡tus amarguras, en cuyo fondo
hay siempre inesperadas gotas de miel!

Soledad, yo he bebido todos tus goces.
Soledad muda y sabia, tú a Dios conoces:
¡llévame a Él!

Abril, 9 de 1916.

LV

HASTA LA MEDULA

Te amo hasta la medula de mis huesos, Dios mío!
¿Por qué tu faz me ocultas con persistente y honda
lobreguez? No permitas, Señor, que se me esconda,
¡sin ella mi pobre alma se me muere de hastío!

Te amo hasta la medula de mis huesos, y fío
al poderoso instinto con que ese amor ahonda
en la noche, tu encuentro; y a fin de que responda
tu voz, con mis clamores voy poblando el vacío.

Tengo la enfermedad sutil de lo absoluto:
por eso ni la fama, ni el amor que conquisto,
colman mis danaidescas ansias; y tal escrutan

los abismos recónditos, que habré de hallarte... Mientras,
pregunto a cada estrella fugaz dónde te encuentras;
y a cada errante y pálido cometa, si te ha visto.

Abril, 18 de 1916.

LVI

DE TI PODRÁ DECIRSE...

De ti podrá decirse:
«tuvo un incandescente
anhelo, una gran ansia

de santidad. Quería
llegar a la excelencia
cristiana; *ser perfecto
como el Padre Celeste
es perfecto;* soñaba
con devolver caricias
a quien clavó el colmillo
de sus malevolencias
en él, hasta cebarse.
Amaba a Dios, acaso
como pocos le aman
(Dios, que lo ve, lo sabe).
Mas fué tal su miseria,
su endeblez para el vuelo
divino, que las pobres
alas lo traicionaron...
Y se quedó en el fondo
de su charca... Miraba
pasar aves y nubes,
con blando volar quedo,
y le decían: «¿Subes?»,
y él gemía: «¡No puedo!»

Abril, 23 de 1916.

LVII

INACCESIBLE

Dios es inaccesible al instrumento
científico, al crisol, a la retorta...
Pero es siempre accesible para el alma.

Nunca despejarán su inmenso enigma
la suficiencia y el orgullo humanos,
cual si fuese ecuación. El telescopio
no habrá de sorprenderle entre los orbes,
ni la lente del ultramicroscopio
le encontrará en las células.

El dió su ley al universo, y calla,
recatando su faz en lo absoluto.

Pero que el triste y conturbado espíritu
le busque como al súmum de los bienes,
y allá en lo más profundo de sí mismo,
la voz maravillosa del ABISMO
le dirá con amor: ¡AQUÍ ME TIENES!

Mayo, 7 de 1916.

LVIII

LA LECCIÓN

Ya te acercas al final;
tu lección está aprendida
y tu gema fué pulida
y dió rosas tu rosal.
Una esfera de cristal
es, por su unidad, tu vida.

Ya pasó la turbulencia
de tu atolondrado día.
Hay una melancolía
mansa y grave en tu existencia,
y cobra una transparencia
celeste tu poesía.

Goza, pues, tu atardecer,
con sosiego, sin temor.
Dile a tu amigo el dolor:
«¡Anda en paz, sombra de ayer!»
Y vuelve a Dios el amor
que pusiste en la mujer.

En Él está el embeleso
de la rubia y la morena;
en Él está la urna llena

de los deleites del beso;
Él es la fuente serena
e inmortal de todo eso...

De todo eso que encanta
nuestra peregrinación;
de cuanta noble ilusión
nos reconforta, de cuanta
mental transfiguración
al éxtasis nos levanta.

Este mundo, Él lo pensó.
Él, saliendo de sí mismo,
la identidad del abismo
con formas diferenció.
Él la gran malla tejió
del espacio y del guarismo.

Y aunque es el Dios escondido
tras persistente capuz,
hay dos escalas de luz
que Él al alma le ha tendido:
la oración... y aquel gemido
intercesor de la cruz.

No hay grito al que no responda
ni angustia que le hable en vano.
Echa, espíritu, la sonda
de tu amor en este Arcano

del DIVINO AMOR: ¡cuán honda
su vastedad de oceano!

¡Cuán bella su plenitud,
que ningún alma es capaz
de medir! ¡Cuán eficaz
contra el dolor, su virtud!
¡Cuán inmensa su quietud!
¡Cuán misteriosa su paz!
. . . .

Ya te acercas al final;
tu lección está aprendida
y tu gema fué pulida
y dió rosas tu rosal.
Una esfera de cristal
es, por su unidad, tu vida.

Mayo, 31 de 1916.

LIX

¿QUÉ ESTÁS HACIENDO, ROSA...?

QUÉ estás haciendo, rosa?
—Estoy en éxtasis.
—Agua, ¿qué estás haciendo?
—Aparta, aparta:
no perturbes mi espejo con tu imagen...

Estoy copiando un ala.
Estoy copiando un ala peregrina,
¡blanca, muy blanca!

—Inmóviles follajes de los olmos,
¿por qué están silenciosas vuestras arpas?
Se dijera que, en vez de dar conciertos,
los escucháis...
—¡Por Dios, aguarda, aguarda!
que estamos aprendiendo melodías
misteriosas, que pasan
en la inquietud augusta de estas noches
estivales: son almas
que revuelan cantando...
¡Si tú escuchar pudieras lo que cantan,
ya no más a las músicas terrestres
les pedirías nada!

Junio, 15 de 1916.

LX

EL PUENTE

Dime, ¿has estado en éxtasis alguna vez? ¿Sentiste
uno de esos instantes en que el pensar no existe
porque—lo dijo Wordsworth—«expiró en la alegría»,
en que mueren las dudas, en que se explica todo;

la excelencia del astro, la ignominia del lodo,
y el mundo es como un símbolo de sutil poesía?

¡Qué blanduras entonces nos ofrece el camino!
Tienen seres y cosas un sentido divino,
amoldándose a una misteriosa justicia.
El dolor para siempre nos parece proscrito,
y se anegan las almas en un mar infinito
de suprema delicia.

Para tales momentos fué creado el poeta:
es el solo que puede traducir la secreta
concordancia del hombre con su Dios siempre ignoto.
Es el mágico puente de fulgor dulce y tenue,
arrojado en el piélago de la noche perenne
como el trémulo rayo de un lucero remoto...

Julio, 1.° de 1916.

LXI

ESPACIO Y TIEMPO

... Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida.

SANTA TERESA.

Espacio y tiempo, barrotes
de la jaula
en que el ánima, princesa
encantada,

está hilando, hilando cerca
de las ventanas
de los ojos (las únicas
aberturas por donde
suele asomarse, lánguida).

Espacio y tiempo, barrotes
de la jaula:
ya os romperéis, y acaso
muy pronto, porque cada
mes, hora, instante, os mellan,
¡y el pájaro de oro
acecha una rendija para tender las alas!

La princesa, ladina,
finge hilar; pero aguarda
que se rompa una reja...
En tanto, a las lejanas
estrellas dice: «Amigas,
tendedme vuestra escala
de luz sobre el abismo.»

Y las estrellas pálidas
le responden: «Espera,
espera, hermana,
y prevén tus esfuerzos:
ya tendemos la escala!»

Agosto, 13 de 1916.

LXII

EN LAS HELADAS CUMBRES...

En las heladas cumbres
del propio vencimiento,
del dominio absoluto
de sí mismo, radía
un sol perenne, sol
que lo ilumina todo
sin calentarlo, sol
que te torna visibles
y palpables las cosas
más obscuras y arcanas.

¡Duro ascender!
Cual Sísifo,
cuando llevas la roca
de tu anhelo más alto,
miras que se despeña,
y hay que empezar de nuevo...
¡Oh! las blancas sirenas
de este mar de la vida,
¡cómo cantan!
Unánimes
te buscan... ¡Qué promesas
hay en sus verdes ojos!

A veces, tú no puedes
ya más, y de la altura
te arrojas a sus brazos.
Pero la voz aquella
implacable, que dice:
«¡arriba!», y el azote
que tortura tus lomos,
te fuerzan... ¡Es preciso
recomenzar! La ruta
serpentea a lo largo
de la montaña.
                Sube,
pues, ¡desdeña el momento
ilusorio y fugaz!
¡Salva el zarzal hirsuto!

Más allá de la nube
que opaca el firmamento,
te aguarda lo ABSOLUTO
con su divina paz.

Septiembre, 3 de 1916.

LXIII

COLABORACIÓN

AYUDA con tus obras al intento divino
de mejorar el mundo: sé colaborador
de Dios, ve despejando de zarzas el camino
de su divino
amor.

Siendo quien es el PADRE—Fuerza y Gracia infinita—;
siendo quien es el PADRE—todo eficacia y
Potencia—, tu alma libre su voluntad limita:
Dios necesita
de ti.

¡Ayúdale! ¡Si vieras qué bello es el programa
celeste! ¡Qué estupendos y prodigiosos los
trazos del arquitecto! ¡Qué inmenso el panorama!...
¡Labora y ama
con Dios!

Septiembre, 15 de 1916.

LXIV

SIMPLICITAS

¡ES tan llano entenderlo todo,
cuando lo oímos con humildad!
¡Es tan fácil mirarlo todo
cuando se marcha en la soledad,

dispuesta y ágil la conciencia
para escuchar la confidencia
de cuanto nos rodea;
y, a través de la transparencia
de la ingenua y simple natura
—que como niña se delata—,
contemplar toda la hermosura
que ella jamás recata!

... Pero nos complicamos
con palabras, con clasificaciones;
y así sucede que ignoramos
todo, menos las expresiones
con que al fenómeno llamamos.

Viene el orgullo a complicar
luego el magín, y a poco andar
sale un mirífico señor,
profundo en eso de ignorar
(por lo cual llámanle doctor...)

Pónese a disparatar
sin tregua, y, como el calamar,
nos va empañando en rededor
la claridad de nuestro mar
¡con su negror!

¡Cómo castigas con cegar
a quien no quiere verte, AMOR!

Octubre, 1916.



LXV

SEÇURITAS

MURIERON los QUIÉN SABE,
callaron los QUIZÁ:
el corazón es copa de amor, en donde cabe
todo el divino vino que la esperanza da.

No ignora ya la nave
qué rumbo seguirá,
ni desconoce el ave
dónde su nido está.

Murieron los QUIÉN SABE,
callaron los QUIZÁ.

¡Oh! misterioso y suave
AMANECER: no habrá
sombra que menoscabe
tus esplendores ya.

Cuando una luz acabe,
otra se encenderá
dentro del alma grave.

Murieron los QUIÉN SABE,
callaron los QUIZÁ.

Noviembre, 3 de 1916.

LXVI

AMEN

LECTOR: Este libro sin retórica, «sin procedimiento», sin técnica, sin literatura, sólo quiso una cosa: elevar tu espíritu. ¡Dichoso yo si lo ha logrado!

Diciembre, de 1916.

XIII

EL ESTANQUE DE LOS LOTOS

El agua que rodea a la flor del loto no moja sus pétalos.

BUDHA.

El alma está simbolizada por el loto, que yergue su flor soberbia por encima de las aguas contaminadas de donde nace.

WALTER WINSTON KENILWORTH.

Estad en el mundo, pero no seáis del mundo como la flor del loto, cuyas raíces se hunden en el cieno, pero que permanece siempre pura.

VIVEKANDA.

LA CONQUISTA

Al lector:

Lector mío, estos versos, que son prosa (rimada),
llegan a tu alma humildes y sin pedirte nada.
No quieren tus elogios... Mas sería mi gusto
que pudieses leerlos al terminar el día,
a los fulgores cárdenos de algún poniente augusto,
que fuese como el marco de mi filosofía...

I

LA REDOMA QUE SE ABRE

No quería decirlo. Su espíritu altanero
puso a los impacientes labios timbre de acero.
No quería decirlo; moriría inconfeso...
Hubiera dado toda su vida por el beso
de aquella boca virgen, fuente de la ilusión,
por un instante solo de plena posesión.
Mas confesar sus ansias, qué terrible dilema:
o alcanzar al instante la ventura suprema
o caer en la sima del supremo dolor,
según que la respuesta fuese desdén o amor.
¡Oh!, callaría siempre, callaría muriendo,
moriría callando su martirio tremendo,

Pero un día, el simún pasional, rudo y bronco,
sacudió más las ramas, agitó más el tronco.
... O quizás ella estaba más bella que solía,
o tal vez él la quiso más aún aquel día,
y la hermética boca, que tan tenaz callara,
se abrió como redoma, dejando que escapara
irremediablemente, del corazón repleto,
la esencia misteriosa de su santo secreto.

II

«PERAS AL OLMO»

Ella se puso roja (¿no es esto de rigor?)
Tal una aurora súbita, se derramó el rubor
por la tranquila nieve de su rostro de estrella.
¡Ay!, y, naturalmente, se volvió así más bella:

Pero después, cual sol tras esa alba indecisa,
surgió el rayito pálido de una tenue sonrisa,
y rompiendo el encanto sin par con inarmónica
crueldad, aquella tenue sonrisilla fué irónica.
La malcriadez ingénita de la niña mimada
surgió brutal, de pronto, como una bofetada:
«¡Imposible, Miguel; ha puesto usted el colmo
a su audacia...! ¡Eso fuera pedir peras al olmo!
¿Yo con mis diez y ocho años esposa de usted? ¡Ca!
¿Cómo decir: «te quiero» sin añadir «papá»?
Amigos, sólo amigos; pienso que ya es bastante.
... ¡Y, sobre todo, ni una palabra en adelante!»

Nada más...
El doctor, ante el desdén crecido,
mordió los necios labios que no habían sabido
callar, que imbécilmente le vendían al cabo,
tras su inútil silencio, para volverle esclavo.
Esclavo de la hembra instintiva, inconsciente,
incomprensiva y hosca para un amor ardiente;
siervo ya de quien, siendo la sierva milenaria,
cuando el dueño se humilla, ríe de su plegaria,
y que, sumisa sólo al amor que maltrata,
adora si la pegan, y si la adoran, mata (1).

(Lectora, no te ofenda la frase que antecede:
el pobre enamorado resuella por la herida,
y un poco de despecho, ¿no es cosa permitida?
¡Cada uno se consuela de su mal como puede!)

III

DIÁLOGO INTERIOR

Y callar para eso tres años, y bregar
para eso tres años, y tres años velar
con los ojos abiertos en la tiniebla helada,
por ver mejor el rostro de la mujer amada!

(1) La mujer es un animal a quien hay que pegar, alimentar bien y encerrar. — SCHOPENHAUER.

«¡Infeliz! En tres años se vence uno a sí mismo,
se expugna el Himalaya, se sondea el abismo,
se desgarran de Isis los más tupidos velos
o se forjan las llaves del Reino de los Cielos.

»¡En tres años se escribe un excelso poema;
en tres años se alcanza la ventura suprema,
que es encontrar a Dios, *en el que nos movemos*
y vivimos y somos, y a quien, míopes, no vemos.

»¡Infeliz! En tres años, un ideal fecundo
y potente, es capaz de redimir al mundo.
No hay titán que en tres años no podamos vencer.
... ¡Y tú los has perdido queriendo a una mujer!

»¡Esclavo de una carne que cambia y se transforma
en todos los instantes, víctima de la forma,
galán del espejismo, girasol del reflejo:
adoras una imagen que tiembla en un espejo,

mientras que a tus espaldas, radiante de beldad,
te tiende vanamente sus brazos la Verdad!»
«—¡La Verdad..., buen señuelo para los mentecatos!
A Jesús, *quid est veritas?*—le preguntó Pilatos.

«Veritas est quod est...», dice Agustín muy serio.
Veritas est quod est... ¿y qué es lo que es? ¡Misterio!
La verdad va desnuda, mas morirá doncella;
la verdad de la rosa no es verdad en la estrella;

la verdad en Arturo no es verdad en Rigel.
¿Dónde encontrarla entonces? ¿En dónde está su asiento?»
«—En todas partes, menos en el entendimiento;
si la verdad existe, se encuentra fuera de él.

Buscarla con la lógica es buscar imposibles:
Dios, el Bien, la Verdad, son ininteligibles,
ni definirse pueden, ni se pueden pensar (1).
¡El amor es la flecha que los sabe encontrar!»

«—¿Niegas, pues, los conceptos? ¿Rechazas la razón?
Miguel, te has vuelto loco; ¡te turba la pasión!
¡Pasión menguada y ciega!»
«—Ciega, sí; no menguada:
pasión de amor, si es honda, se nos vuelve sagrada.

Cuando tiene los ímpetus, la amplitud, la nobleza
de la mía, redímese de toda su impureza.
El propio amor carnal, al crecer, se convierte
en un impulso místico que ríe de la muerte,

que llega a las más altas cimas de la oblación
y en cuyo gran latido late la creación.»
Y así, consigo mismo discutiendo el doctor,
vanamente luchaba con su infinito amor.

---

(1) Una causa primera es tan absolutamente impensable como el principio del tiempo o el límite del espacio. SCHOPENHAUER.

A solas con sus penas, aquel sabio tan niño,
agitábase, presa del tardío cariño,
preguntándose ingenuo: «¿Por qué la adoro así?»,
y oyendo una voz íntima responder: «¡Porque sí!»

¡Con qué fin doctorarse, si cuando se presenta
el amor, diez y ocho años pueden más que cuarenta!
Si allá, dentro del alma, una voz baladí
a los porqués más hondos responde: *porque sí!*

¿A qué tanto desvelo si una chiquilla frustra
tres décadas de estudio, de labor pertinaz;
si en sus ojos se abisma para siempre la paz
de un filósofo austero?
... *Also sprach Zarathustra!*

IV

LA CIGARRA LÍRICA

Como amor es más fuerte que los orgullos todos,
el pobre hombre acabó por hundirse en los lodos
de las indignidades y las humillaciones.
Habló de *conveniencias,* prometió muchos dones,
a trueque de una mano, que es, si se da, el mejor
regalo, y si se compra, el oprobio mayor.

Pero, dichosamente, para tales menguados,
dieciocho abriles suelen ser desinteresados.

La mocedad, mirando entre su luz y el frío
del invierno lejano las pompas del estío,
cual la cigarra lírica no piensa en los graneros;
enhebra al sol de mayo sus trinos lisonjeros
y vive de rocío.
Así, pues, la muchacha respondió sonriendo
a la oferta de dones: «¡Ni doy amor, ni vendo!»

V

TÁNTALO

Naturalmente, tanto desdén trajo el delirio,
el torcedor constante del deseo, martirio
sin tregua de los tántalos, para cuyo desvelo,
no más la certidumbre de la muerte es consuelo.
. . . .

Pasada ya la crisis, la voz de su esperanza
se dejó oir, diciéndole: «La voluntad alcanza
siempre su fin; el mundo se subordina a ella;
todo le pertenece: la montaña y la estrella,
los hoy y los mañanas...» Y su filosofía
corroboró, terciando, no sin pedantería:
«El hombre es voluntad, la voluntad visible,
como por lo demás toda materia (1), y

(1) La materia es la simple visibilidad de la voluntad. SCHOPENHAUER.

no hay intento ninguno que le sea imposible.
La voluntad es todo, ¡ella es *la cosa en sí!*
Ella es el NUMENON, ella es de la conciencia
el exclusivo objeto; ella hizo la existencia;
ella perennemente sus fines eslabona:
... ¿Por ventura olvidaste ya tu jerga teutona?»

«Irremisiblemente, a la larga, a la corta,
Helena será tuya. UBI ET QUANDO, ¡no importa!
¡Con tu perseverancia lograrás la corona
a la hora de sexta o a la hora de nona!»

Y él respondió: «Sin duda que espada es, bien templada,
mi voluntad; mas ¿cómo manejaré esa espada?
VENCER... eso se dice de muy fácil manera;
mas tú, que sabes tanto, ¿cómo quieres que quiera?»

VI

EL DIOS INTERIOR

ENTONCES, de los senos profundos de su vida
surgió una voz augusta, nunca jamás oída;
una voz de reproche tal vez, tal vez de amor,
más sugestiva y fuerte que todo otro rumor.

Era el YO que en el fondo del alma vive quieto,
y que le dijo: «Escucha, voy a darte el secreto:

¿Ansías, por ventura, saber si tu heroísmo
puede vencer a Helena? Pues véncete a ti mismo
primero; si en tu espíritu dominas este amor,
para el dominio de ella tendrás fuerza mayor.
La voluntad lo externo subordina y domeña,
si con antelación de sí misma se adueña.
Nada resiste al hombre que sabe resistir
a sus propios deseos. Para vencer, morir
antes es fuerza; tuyo será el mundo después.
¡No seas, y podrás más que todo lo que es! (1).

»Desde hoy has de mirar ese tu amor tirano
como algo muy seguro..., pero que está lejano.
Como se ve en invierno el campo húmedo y frío,
pensando: ¡ya se acerca la gloria del estío!
¡Como se ven las ramas en marzo, y se presiente
la savia milagrosa que sube ocultamente,
que ha sentido ya el beso del sol, y a cada rayo
responde con promesas de frondas para mayo!
¿A qué cuando navegas preguntar por el puerto?
Pon la proa en buen rumbo: tu arribo será cierto.
¡Marcha derechamente detrás de tu destino,
sin inquirir los días que faltan de camino,
a fin de que la espera no clave sin remedio
en tu ecuanimidad los colmillos del tedio!

(1) FRAY JUAN DE LOS ANGELES. *Diálogos de la conquista del Reino de Dios.*—Diálogo II. —(Citado por Unamuno).

VII

HELENA

Reconfortado el triste con la doctrina aquella,
y resuelto a observarla, fuése a ver a su bella.
Habíase operado la natural reacción,
y recibióle Helena, no sin cierta efusión...

—¡Doctor, muy bienvenido...! Fuí quizás algo dura
con usted... ¿Me perdona...? Pero con su locura
excitó usted mis nervios... Yo no quise agraviarle...
... ¡Si nunca más me hablara de amor!
—Sólo he de hablarle
cuando usted me lo ordene. Mientras, he de callar
y en lo hondo del alma viviré de esperar.
—¿De veras?
—Esta mano franca es la garantía
de mi resolución...
—¡Pues aquí está la mía!

¿Vendrá usted con frecuencia?
—Si usted misma me tasa
los días...
—Yo los lunes me quedo siempre en casa.

VIII

UN AÑO

Un año de visitas y de amabilidades.
¡Ay!, trescientas sesenta y cinco eternidades,
sin dejar que escapase del labio prisionero,
el penado a cadena perpetua: «¡Yo te quiero!»

Noche de plenilunio. Un florido balcón
propicio al dulce vuelo de la contemplación.
Olor blando de acacias y lilas en abril;
ambiente saturado de un deleite sutil...

¡Y en aquel bello marco, un cumplido social,
alguna frase hecha y algún gesto trivial!
Un «ya llegó la noche...», un «se acerca el estío...»,
un «entremos, Helena, va usted a sentir frío...»

Pero el santo consejo interior ya lograba
su fin... La voluntad al deseo domaba;
lo domaba en la propia palestra, en lo más rudo
del combate, en el campo agresivo y desnudo.

Y al cabo —fecha santa—, Miguel pudo exclamar:
—¡Ya rompí mis cadenas; ya estás muerto, anhelar!

Ya destruí del MAYA la malla resistente;
ya no temo a las cuerdas húmedas del sendero

que fingen a las plantas del medroso viajero
contacto de serpiente (1).
Escalé ya la cima de la excelencia humana,
y tomé por asalto la ciudad del Nirvana.

Por fin a la eminencia del gran reposo llego:
maté ya toda angustia, vencí ya todo apego.
¡Yace a mis pies el ansia turbadora y tenaz!
¡Estoy en paz..., estoy en paz..., estoy en paz!

IX

LA APARICION

AQUELLA misma noche —realidad o visión—,
un gran fantasma cándido hizo su aparición
en la alcoba en que el sabio, silencioso, velaba.
Su faz ambigua de ángel en la sombra radiaba;
sus labios se entreabrieron para decir así:
«¿Te acuerdas de aquel santo consejo que te dí?
Yo soy el ser oculto que a veces en ti gime,
el divino extranjero, EL AMIGO SUTIL (2)

(1) *Evangelio de Budha...*
(2) Krishna.

que en lo hondo de ti da silenciosas voces;
el Fuerte que te alienta, pero a quien no conoces:
el que se mira en tu alma como en pálido espejo,
y que te dió, hace un año, su excelente consejo.

...Pues bien, Helena es tuya. Te quiere; tu mutismo
floreció: fructifica tu callado heroísmo;
te quiere y sólo anhela que tus labios le den,
con un *te adoro* trémulo, las dichas del edén,
o de lo que llamáis edén los pobres hombres,
amigos de inflar pompas de jabón e hinchar nombres.

Ve, búscala mañana, pues la quieres: de cierto
que, como una gran rosa, su corazón abierto
te acogerá. Ya es tuya. ¡Premio yo así a tu fe!
Tómala.»

Y el filósofo respondió:—«¡Para qué!»
¿He de ser, por ventura, tan necio, tan menguado,
que te deje por ella después de haberte hallado?
¡Qué bien, qué paraíso, qué delicias de amor
igualan al encuentro del Ego Superior!
¡Con qué placeres vanos, con qué don baladí
pudiera contentarme teniéndote yo a ti!
¡Qué deleites podría darme la creación
análogos al éxtasis de tu contemplación!
¡Oh! mi Señor, ¡oh! gloria mía, de mi ser:
no hay canto de sirena ni beso de mujer
que valga un instante de la dulce quietud

en que anegas al alma; tú eres la beatitud,
tú el reposo divino, tú la verdad que brilla
dulcemente en el alma; tú el camino, tú el puente
que lleva a la otra orilla
del torrente... (1).

Y desde aquel instante, fué Miguel en la vida
como el loto simbólico sobre el agua dormida;
como el loto que el cieno de los estanques fragua,
mas que florece lejos y sin tocar el agua,
copiándose, trasunto de Budha, su corola
maravillosamente contemplativa y sola (2).

Resbaló caudalosa para él la serena
y apacible corriente de un vivir cristalino,
y no volvió a encontrarse ya nunca con Helena
en el dulce sosiego de su largo camino...

Madrid, abril-mayo de 1915.

---

(1) Después de haber destruído el deseo, has franqueado el torrente y haces pasar esta generación a la otra orilla.—*Evangelio de Budha.*

(2) Pero aquel en quien el YO está extinguido, se halla libre de la concupiscencia; no desea ningún placer mundanal ni celeste, y la satisfacción de sus necesidades no le mancha... El agua que rodea a la flor del loto no moja sus pétalos.—*Evangelio de Budha.*

LOS LOTOS

I

KALPA

—¿Queréis que todo esto vuelva
a empezar?
—¡Sí! —responden a coro.
ALSO SPRACH ZARATHUSTRA

En todas las eternidades
que a nuestro mundo precedieron,
¿cómo negar que ya existieron
planetas con humanidades;

y hubo Homeros que describieron
las primeras heroicidades,
y hubo Shakespeares que ahondar supieron
del alma en las profundidades?

Serpiente que muerdes tu cola,
inflexible círculo, bola
negra que giras sin cesar,
refrán monótono del mismo
canto, marca del abismo,
¿sois cuento de nunca acabar?...

Enero, 30 de 1914.

II

FATALIDAD

Desde que sé lo que quiero
con certidumbre perfecta
—me dijo aquel hombre austero
de ancha frente y rostro enjuto—
mi vida es un derrotero
de luz, una línea recta,
trazada ya en lo absoluto...

»Ninguna vacilación
turba mi ecuanimidad
ni agita mi corazón:
Dios puso en la voluntad
una eficacia de acción
de fuerza y continuidad
tal, que es la Fatalidad
misma de la creación.

»Se que cristalizará
mi anhelo, porque adivino
que en este querer está
el querer de mi destino,
que grita en mi alma: «¡Será»!,
¡y abriéndome campo va,
torvo, inmutable..., divino!»

Febrero, 21 de 1914.

III

EL SILENCIO

Después de unas cuantas voces
de amor, de dolor, de miedo,
que lanzamos en la vida,
nos reconquista el Silencio.
¡El gran Silencio, que fué
antes de los vanos ecos
de este mundo, y que será
cuando cesen todos ellos!

¡Un Silencio sin fronteras
más que inmóvil, más que muerto,
definitivo reposo,
en cuyo inmutable seno,
ya no se desgranará
el collar de los momentos
ilusorios y fugaces,
porque ya no habrá más Tiempo!
¡Descanso de la Energía,
que en sí misma recogiendo
su vibración creadora,
reabsorberá el universo!

Julio, 6 de 1914.

IV

EPITAFIO

Il avait «la maladie de l'Absolu».

(Palabras de un crítico acerca de Amiel.)

Fué, con un delirante misticismo,
buscándose él en Dios, y la presencia
de Dios en lo más hondo de sí mismo:
en el espejo azul de su conciencia.

¡Intentó, con ardor, pero sin fruto,
resolver la ecuación de lo absoluto...
hasta que, al fin, cayó en el lago quieto
en cuyo fondo estaba el gran secreto!

Septiembre de 1914.

V

EL ENMASCARADO

Presientes que más tarde, cuando ya se precisa
la gran visión del Término, tu mente contristada
va a hallar, al fin, el santo secreto de la risa?,
¿Qué encontrarás el todo no teniendo ya nada?

¿Qué en la clara lente de tu humildad sincera
vas a estimar precioso lo menor de la vida,
y a calibrar las cosas ya muy de otra manera,
adivinando en todas la excelencia escondida?

Razonas bien: no hay dicha como no tener nada,
como no buscar nada, porque toda riqueza
la llevamos nosotros en la veta ignorada
que, al cavar de los años, a relucir empieza.

Mineros excelentes son los años, famoso
buzo el Tiempo, que, a fuerza de ahondar en lo mejor
de las almas, tropieza con un ser misterioso:
con el enmascarado sutil y silencioso
que, tras su negra máscara, sonríe en tu interior.

Enero, 9, de 1915.

VI

LO IMPREVISTO

Si para tus angustias morir sólo es remedio;
si han de oscilar tus horas entre el dolor y el tedio;
si nada ha de aliviarte tu mal de cuanto ves;
si en el erial, que nunca fecundará tu llanto,
no se oye más que el bíblico refrán del desencanto
que llora en los versículos del viejo *Eclesiastés;*

Encógete, callado, y estoicamente espera
que el Karma (inexorable, pero justo) te hiera
hasta el fin. Ve, resuelto, de tu castigo en pos.
... ¡Mas, abre bien, poeta, los ojos avizores:
acaso, cuando menos lo piensen tus dolores,
te encuentres, en tu noche, con la piedad de Dios!

Enero 29, de 1915.

VII

EL MAYA

Eres uno con Dios: en tu alma llevas
tu paraíso.
Lo exterior, que te turba y entristece,
no cobra realidad sino en ti mismo:
tú formas las imágenes, y luego
las deseas, trocándolas en ídolos.

El resultado de tus sensaciones
para ti constituye el Universo,
y son tus sensaciones cualidades
puras de tu mortal entendimiento.
No hay objetividad sino en ti propio:
tú sólo eres tu fin y tu comienzo.

La personalidad es ilusión
de las formas efímeras; los vasos

que contienen el agua son distintos
al parecer, mas uno es el océano
que los llena, y al cual el noble líquido
habrán de restituir en breve plazo.

El fenómeno (relatividad
entre tú y la materia) por ti tiene
vida... Mas tú desdéñalo, recógete
en ti mismo: verás que no te hiere,
y ya libre tu espíritu del MAYA,
en divina quietud nadará siempre.

VIII

AL CRUZAR LOS CAMINOS

AL cruzar los caminos, el viajero decía
—mientras, lento, su báculo con tedioso compás
las malezas hollaba, los guijarros hería—.
Al cruzar los caminos, el viajero decía:
«¡He matado al Anhelo, para siempre jamás!

¡Nada quiero, ya nada, ni el azul ni la lluvia,
ni las moras de agosto ni las fresas de abril,
ni amar yo a la trigueña ni que me ame la rubia,
ni alabanza de docto ni zalema de vil!

»Nada quiero, ya nada, ni salud ni dinero,
ni alegría, ni gloria, ni esperanza, ni luz.
¡Que me olviden los hombres, y en cualquier agujero
se deshaga mi carne sin estela ni cruz!

»Nada quiero, ya nada, ni el laurel ni la rosa,
ni cosecha en el campo ni bonanza en el mar,
ni sultana ni sierva, ni querida ni esposa,
ni amistad ni respeto... Sólo pido una cosa:
Que me libres, ¡oh Arcano!, del horror de pensar!

»Que me libres, ¡oh Arcano! del demonio consciente;
que a fundirse contigo se reduzca mi afán,
y el perfume de mi alma suba a ti mudamente.
Sea yo como el árbol y la espiga y la fuente,
que se dan en silencio, sin saber que se dan.»

Abril de 1915.

IX

LAMENTACIÓN DEL VOLUPTUOSO

Causae Causarum, miserere mei

I

De hoy más la besaré casta, muy castamente:
mi boca huirá sus labios para buscar su frente.
Son, ¡ay!, sus labios húmedos la más honda delicia;
están todas sus mieles en su tibia caricia.
Pero es fuerza esquivarlos... ¡Quiérelo el Ideal!
¡Adiós, divina copa de purpúreo cristal!

II

¿Por qué, Demiurgo, hicieron tus designios obscuros
más sabrosos los labios que los frutos maduros?
¿Por qué diste a la hembra líneas en cuya gracia
hay avasalladora y sutil eficacia?
¿Por qué tiembla en sus ojos tan invencible imán?
¿Por qué cuando nos miran nos causan tanto afán?

¿Por qué es el MAYA artero tan cruel engañador?
¿Por qué es irresistible la fuerza del AMOR,
si luego quienes comen la codiciada pulpa
sólo hallan acíbar, como si la gran culpa
estuviera en la fuente del nacer escondida,
y el mal por excelencia fuese el mal de la vida;
como si el gran deleite que el sexo lleva oculto
para un hosco Ahrimán significase insulto?

III

¡Oh! febril, ¡oh! brioso corcel de mi deseo,
a cuyo lomo, atado cual Mazeppa, me veo;
cadena despiadada, que con tus eslabones
me ligas a los CICLOS de las REENCARNACIONES,
fundiendo cuna y cuna, soldando muerte y muerte,
¡cuándo querrá mi KARMA que pueda yo romperte!»

IV

¡Mas, ay de mí, que ansío dominar la Pasión
que es una fuerza cósmica, cual la gravitación!
Primordial torbellino, cómo impedir que arrecie
tu empuje, si eres ímpetu supremo de la Especie,
¡si es la Especie quien gime y anhela en cada pecho
y hace estallar el molde cuando lo encuentra estrecho!
... ¡Vencer!: ¡tanto valdría con mano de titán,
tapar la boca al *geyser,* el cráter al volcán!
¡Tanto valdría, loco, razonar un delirio,
o detener en su órbita fatal la estrella Sirio!

V

¡Blasfemia! OTROS PUDIERON...¡ Querer es lo que importa!
¡QUERER! *¡Todo lo puedes en Dios que te conforta!*
Alíate a los ángeles; reclama del ABISMO
la suprema victoria de vencerte a ti mismo.
Acógete al ESPÍRITU, que vela lo invisible.
y ruega por nosotros con gemido indecible» (1).

VI

—¡Sí haré! Quizá la angustia sin tregua que me oprime
sacuda las entrañas de la NOCHE sublime!

(1) Romanos, 8-26.

Tal vez el grito inmenso de mi dolor taladre
la oreja de la ESFINGE, que al fin y al cabo es madre.
Que puso en nuestros ímpetus de Amor, sin ley ni nombre,
un soplo de absoluto que pasa por el hombre;
que nos formó con nieblas y luz, con alma y lodo,
¡y todo lo perdona porque lo sabe todo!

VII

¡Esperaré rogando que esa esfinge sombría
a la piedad se abra, como la flor al día!
... Mas ¿en qué Libia, mientras, voy a esconder mi anhelo,
como el mar indomable y sin fin como el cielo?
¡Con qué flagelaciones y ayunos de eremita
mitigaré un instante no más mi sed maldita!
¡En qué boreales témpanos revolcaré mi fiebre!
¿Qué tálamo de púas encontraré, que quiebre
mi voluntad de goces, mi agudo frenesí?
¡Oh Causa de las causas, ten compasión de mí!

Abril de 1915.

X

ENVEJECER...

ENVEJEECR, envejecer... con una
alma inmortal, que crece cada día
en ardor y terneza: luz de luna,

lumbre de sol; viril como ninguna;
¡mas... templada por la melancolía!

Envejecer con un EGO potente
que nunca tuvo edad, en quien la huella
no existe del pasado ni el presente;
emanación de la Causa Eficiente,
sin fin y sin principio, como ella.

¡Envejecer, envejecer en medio
de tantas rosas! Con pereza y tedio
ir arrastrando por la vida triste
un cuerpo que se pudre sin remedio...
¡Oh ARCANO, qué castigo el que nos diste!

¡Mas no! Como el leproso que cantaba
en su agujero sórdido, mirando
caer su carne vil, porque se estaba
con ella la prisión del alma esclava
para siempre jamás desmoronando.

Quiero loar a la Vejez austera:
silenciosa y nevada carretera
que conduce derecho al Gran Convite;
a la Santa Vejez, que manumite
y es último escalón de la escalera.

Mayo, 19 de 1915.

XI

LA ACCIÓN

POETA, haz versos tónicos,
haz versos que conforten,
di palabras que alienten:
los hombres nada esperan; temen mucho los hombres...

Poeta, por Dios, deja
ya los «procedimientos»
y manidas retóricas:
¡glorifica la acción, canta el esfuerzo!

El esfuerzo, que tiene
todos los sortilegios;
la acción, «que era al principio»,
según el doctor Fausto, en vez del Verbo.

La acción no era al principio:
la acción es, siempre ha sido,
será... Todo es acción;
no hay más que acción: ¿verdad, oh filósofos indos?

Pensar no es sino acción;
vivir, un torbellino.
Nada en el universo
es estático, todo vibra hasta el infinito.

Imagen de Brahmán,
que como el lago límpido
palpita, eso es el Cosmos.
¡Brahmán está soñando..., soñando en el vacío!

Escribe estrofas cándidas,
poeta, siempre ingenuas,
y por eso geniales:
¡el genio es el candor por excelencia!

Que cuando mueras, piensen
quienes lean tu obra:
«¡Ese hombre no tenía
más que fe, y nos la dió, nos la dió toda!»

Junio, 15 de 1915.

XII

LAS DOS REDES

Dos redes arrojé—me dijo el nauta—
al fondo del Abismo
en que van buceando las preguntas
y en que se pierde todo raciocinio.
Fué la red del ANÁLISIS, primero;
tras ella, todo el cable del navío
desenrollé, y al cabo de los tiempos
pasados en errar, sin luz ni tino

por la llanura negra en que no haya playas,
enrollando fuí el cable del navío.
Con tembloroso anhelo
examiné las mallas, hilo a hilo,
y de la red vi el fondo, con angustia,
y estaba el fondo de la red vacío!»

«Dos redes arrojé—me dijo el nauta—
al fondo del Abismo
en que van las preguntas buceando
y en que se pierde todo raciocinio:
fué la segunda la INTUICIÓN, el hondo
sentir, la malla firme del instinto,
el ojo misteriosamente abierto,
imperturbablemente claro y límpido,
que mira desde el fondo de las almas,
en lo más inviolado de uno mismo;
y al enrollar, después de breve tiempo,
el cable del navío,
encontré flora y fauna indescriptibles;
perlas enormes de oriente magnífico,
criaturas, de tan tenues, irreales,
y de tan bellas, sin igual prodigio;
un mundo, un mundo nuevo, todo un mundo,
hasta ayer, por mi mal, desconocido...»

«Dos redes arrojé—me dijo el nauta—
al fondo del Abismo.»

Septiembre de 1915.

XIII

IDENTIDAD

«Tat tvam asi» (1)

El que sabe que es uno con Dios, logra el NIRVANA:
un NIRVANA en que toda tiniebla se ilumina;
vertiginoso ensanche de la conciencia humana,
que es sólo proyección de la Idea Divina
en el Tiempo...
El fenómeno, lo exterior, vano fruto
de la ILUSIÓN, se extingue: ya no hay PLURALIDAD,
y el YO, extasiado, abísmase por fin en lo ABSOLUTO,
¡y tiene como herencia toda la eternidad!

XIV

BRAHMA NO PIENSA...

Ego sum qui sum.

Brahma no piensa: pensar limita,
Brahma no es bueno ni malo; pues
las cualidades en su infinita
substancia huelgan. Brahma ES LO QUE ES.

---

(1) Tú eres esto: es decir, tú eres uno y lo mismo que cuanto te rodea; tú eres la *cosa en sí*.

Brahma, en un éxtasis perenne, frío,
su propia esencia mirando está.
Si duerme, el Cosmos torna al vacío;
¡mas, si despierta, renacerá!

Octubre, 12 de 1915.

XV

EL TORBELLINO

Espíritu que naufraga
en medio de un torbellino,
porque manda mi destino
que lo que no quiero haga;

«frente al empuje brutal
de mi terrible pasión,
le pregunto a mi razón
dónde están el bien y el mal;

»quién se equivoca, quién yerra:
la conciencia, que me grita:
¡Resiste! llena de cuita,
o el titán que me echa en tierra.

»Si no es mío el movimiento
gigante que me ha vencido,
¿por qué, después de caído,
me acosa el remordimiento?

»La peña que fué de cuajo
arrancada y que se abisma,
no se pregunta a sí misma
por qué cayó tan abajo;

»mientras que yo, ¡miserable!,
si combato, soy vencido,
y si caigo, ya caído
aún me encuentro culpable,

»¡y en el fondo de mi mal,
ni el triste consuelo siento
de que mi derrumbamiento
fué necesario y fatal!»

Así, lleno de ansiedad
un hermano me decía,
y yo le oí con piedad,
pensando en la vanidad
de toda filosofía...,

y clamé, después de oír:
«¡Oh mi sabio no saber,
mi elocuente no argüir,
mi regalado sufrir,
mi ganancioso perder!»

Noviembre, 22 de 1915.

XVI

LA PERLA

Todas las noches lanzas tu conciencia
al abismo enigmático del sueño,
y todas las mañanas la recoges,
la pescas en la red de tu cerebro;

mas un día, tan hondo habrá caído,
que ya no la hallarás... El mudo piélago,
como perla de Oriente, misterioso,
la guardará en su seno.

Diciembre, 20 de 1915.

XVII

DORMIR

Yo lo que tengo, amigo, es un profundo
deseo de dormir!...
¿Sabes?: el Sueño
es un estado de divinidad.
El que duerme es un dios...
Yo lo que tengo,
amigo, es gran deseo de dormir,

El Sueño es en la vida el solo mundo
nuestro, pues la vigilia nos sumerge
en la ilusión común, en el océano
de la llamada REALIDAD. Despiertos
vemos todos lo mismo:
vemos la tierra, el agua, el aire, el fuego,
las criaturas efímeras... Dormidos
cada uno está en su mundo,
en su exclusivo mundo:
hermético, cerrado a ajenos ojos,
a ajenas almas; cada mente hila
su propio ensueño (o su verdad: ¡quién sabe!)

Ni el ser más adorado
puede entrar con nosotros por la puerta
de nuestro sueño. Ni la esposa misma
que comparte tu lecho
y te oye dialogar con los fantasmas
que surcan por tu espíritu
mientras duermes, podría,
aun cuando lo ansiara,
traspasar los umbrales de ese mundo,
de TU MUNDO mirífico de sombras.

¡Oh, bienaventurados los que duermen!
Para ellos se extingue cada noche,
con todo su dolor el universo
que diariamente crea nuestro espíritu.
Al apagar su luz se apaga el COSMOS.

El castigo mayor es la vigilia:
el insomnio es destierro
del mejor paraíso...

Nadie, ni el más feliz, restar querría
horas al sueño para ser dichoso.
Ni la mujer amada
vale lo que un dormir manso y sereno
en los brazos de Aquél, que nos sugiere
santas inspiraciones...
«El día es de los hombres; mas la noche,
de los dioses», decían los antiguos.

No turbes, pues, mi paz con tus discursos,
amigo: mucho sabes;
pero mi sueño sabe más... ¡Aléjate!
No quiero gloria ni heredad ninguna:
yo lo que tengo, amigo, es un profundo
deseo de dormir...

Enero, 2 de 1916.

XVIII

EL SUBCONSCIENTE

Cada vida le ofrece su cosecha
y se extingue después.
Cada alma va hacia él como una flecha,
y en su gran alma chispa nueva es.

Cada tránsito en él es enseñanza:
cada humana aflicción
un ala nueva, para su esperanza
de perfección.

El la clave posee de tu estado,
él ha pesado
cada desliz;
él comprende por qué eres desgraciado,
por qué fuiste feliz.

Es el dueño y señor por quien laboras;
es tu conciencia; mas con vastedad
vertiginosa, él sabe cuanto ignoras,
y lleva en sí tu eternidad.

El vela cuando duermes, y en tu mente
es un genial relámpago, un tropel
de rimas, trémulo y resplandeciente.
Tú pasas, sí, mas él es permanente;
tú mudas, sí, mas él es siempre fiel.
Sólo vives para tu Subconsciente,
y mueres sólo para él.

Febrero, 27 de 1916.

XIX

EL DIAGNÓSTICO

SIENTO un deseo agudo de partir; una trémula
y nerviosa impaciencia me va invadiendo. Ansío
subir al tren que marcha. El airón multiforme
de las locomotoras,
visto de mis balcones, aviva mis anhelos.
Nunca miré a las aves con más envidia; nunca
los nobles vuelos ágiles
del aviador, mi espíritu movieron de esta suerte.
Las nubes andariegas me hipnotizan; el viento,
nuestro compadre el viento,
parece que a mi oído va murmurando: «¡Márchate!»

Mi corazón redobla sus penosos latidos.
No sé qué sentimiento de expectación azuza
el corcel de mis ansias.
Un invisible látigo parece que restalla
cerca de mí; una inquieta
premura sin motivo suele avivar mi paso.
«Doctor, dame un diagnóstico deste mi mal...»
—«¡Acaso
vas a morir, poeta!»

Marzo, 21-1916.

XX

LA VIDA MÓVIL

La vida móvil, la vida divina
por dondequiera su paso encamina;
derrama formas: ya la peregrina,
ya la horrible, adopta. Canta su salterio
de infinitos modos,
y por sobre todo y por sobre todos,
misterio, misterio...

Hondamente amemos las cosas fugaces,
puesto que un instante después pasarán.
Retengamos ávidos las furtivas formas
en nuestro sensorio, porque todas han
algo divino; lo manifestado
de Dios está en ellas un momento; son
la fisonomía visible, aquello
que no tiene nombre; todas lucirán
un instante no más, y al Venero
de las infinitas posibilidades
todas volverán...

Abril, 1916.

XXI

LA VENDA

Oh lóbrego misterio, ¡dime cómo me llamo!
Dime quién soy, qué velo tupido de ilusión
oculta al verdadero ser que me rige, al amo
imperioso y radiante de quien mis horas son.

Como a un hombre vendado a quien no se le muestra
la orientación siquiera del sitio adonde va,
una potente mano, cogido de la diestra,
me lleva a un fin oculto, que acaso cerca está.

Y me rebelo, a veces, y en mi congoja quiero
no más un solo instante la venda deshacer:
mas, ¡ay!, al intentarlo, la gran mano de acero
tritura mis falanges ¡y sigo así, sin ver!

¡Oh, enigma...! Y sin embargo, si con tesón concentro
en mí todo mi anhelo, toda mi voluntad,
hay una perspectiva de luz que se abre dentro,
y orea mi alma un soplo frío de eternidad.

Marzo, de 1916.

XXII

EL GUERRERO

«Busca al Guerrero y deja que pelee en ti.»

Combate a mi lado, Guerrero sublime;
combate de todas tus armas vestido:
la selva es obscura, yo vago perdido,
y el miedo me hiela y el ansia me oprime.

¡Son muchos los tragos!, y al pobre viajero
lo invaden continuas angustias y alarmas:
combate a mi lado, sublime Guerrero,
combate vestido de todas tus armas.

Sé que hay un abismo de horror, escondido
muy cerca: si caigo ya ¡quién me redime!
¡Combate a mi lado, Guerrero sublime,
combate de todas tus armas vestido!

Septiembre de 1916.

XXIII

SPES

Señor, cuán hondamente metiste la esperanza
en nuestro corazón!
Callan los muertos..., callas Tú también: la Razón

a encontrarte no alcanza,
porque sólo el espíritu puede ver tu visión.
En la intrincada selva ni un rayo de luz cabe.

Mas la Diosa del Ancora, dentro del alma sola,
nos murmura: «¡QUIÉN SABE!»
y los desesperados arrojan la pistola,
y sumiso, callado, melancólico y grave,
prosigue el peregrino su peregrinación...

Octubre, 12 de 1916.

XXIV

LLÉVETE YO

LLEVEN otros galeras de marfil por el río
de la vida: otros lleven acopio de ilusión;
otros, rockfellerescos tesoros, señorío...
¡Llévete yo, Dios mío, dentro del corazón!

Llévete yo, Dios mío, como perla divina
en el trémulo estuche del corazón que te ama;
llévete yo en la mente como luz matutina;
llévete yo en el pecho como invisible llama.

Llévete yo en la música de todo cuanto rime;
en lo más puro y noble de mi canción palpita,
y sé para mi espíritu el AMIGO SUBLIME
que anuncian tus palabras en el *Baghavadgita.*

Febrero de 1917.

XXV

EL ESPECTADOR

Yo no he sido sino para ser.
Fuí antes para poder decir: ¡SOY!
Encontraste incompleto mi ayer;
pero ya en él estaba mi hoy.»

«Yo no soy más que un gran devenir.
Ni un instante mi transmutación
ha cesado. Cambiar es vivir.
Vivo sólo por transformación.»

«Más arriba del perenne hervor,
sobre el ir y venir espacial;
más allá del placer y el dolor,
es mi espíritu el espectador
del gran drama... soñado o real.»

Marzo, 18 de 1917.

XXVI

LA DIOSA

Cuando todos se marchen, tú llegarás callada.
Nadie verá tu rostro, nadie te dirá nada.
Pasarán distraídos,
con el alma asomada
a los cinco sentidos.

Espiando tu llegada,
yo seré todo ojos, yo seré todo oídos.

Tu hermosura divina
no tentará el anhelo
de esa caterva obscura,
que nunca alzó los ojos para mirar al cielo,
ni con trémulas manos quiso apartar el velo
que cubre tu hermosura.

Tu mirada, espaciosa como el mar, y tus labios,
de donde sólo fluyen, cual versos de poetas
eternos, las verdades
que allá en las soledades
persiguieron los sabios
y oyeron los ascetas,

serán para mí, únicamente, Diosa; no más
yo besaré, temblando, la orla de la túnica
que encubre las sagradas bellezas que me das.

En tanto, la manada
seguirá en su balido
de amor y de deseo...

Después se irá, apretada
y espesa, hacia el establo del deleite prohibido,
y a ti, la incomparable, nadie te dirá nada,
nadie te habrá advertido.

Marzo de 1917.

XXVII

LE TIENES...

PUES busco, debo encontrar.
Pues llamo, débenme abrir.
Pues pido, me deben dar.
Pues amo, débeme amar
Aquel que me hizo vivir.

¿Calla? Un día me hablará.
¿Me pone a prueba? Soy fiel.
¿Pasa? No lejos irá;
pues tiene alas mi alma, y va
volando detrás de EL.

Es poderoso, mas no
podrá mi amor esquivar.
Invisible se volvió,
mas ojos de lince yo
tengo, y le habré de mirar.

Alma, sigue hasta el final
en pos del Bien de los Bienes,
y consuélate en tu mal
pensando como Pascal:
«¿Le buscas? ¡Es que le tienes!»

Mayo, 11 de 1917.

XXVIII

EL GRAN VIAJE

Quién será, en un futuro no lejano,
el Cristóbal Colón de algún planeta?
¿Quién logrará, con máquina potente,
sondar el oceano
del éter, y llevarnos de la mano
allí donde llegarán solamente
los osados ensueños del poeta?

¿Quién será en un futuro no lejano
el Cristóbal Colón de algún planeta?

¿Y qué sabremos tras el viaje augusto?
¿Qué nos enseñaréis, humanidades
de otros orbes, que giran
en la divina noche silenciosa,
y que acaso hace siglos que nos miran?

Espíritus a quienes las edades
en su fluir robusto
mostraron ya la clave portentosa
de lo Bello y lo Justo,
¿cuál será la cosecha de verdades
que deis al hombre, tras el viaje augusto?

¿Con qué luz nueva escrutará el arcano?
¡Oh la esencial revelación completa
que fije nuevo molde al barro humano!

¿Quién será en un futuro no lejano
el Cristóbal Colón de algún planeta?

Octubre de 1917.

XXIX

NO MÁS MÚSICA

Tú ya no eres poeta. Ya los númenes
que hablaban por tu boca
enmudecieron para siempre.
Nada
te quedó de sus dones y mercedes,
y cual la Pitia a Sócrates, pudiera
una voz murmurarte:
«¡Y ahora, amigo mío,
no más música...!»
Pero
algo mejor que el sortilegio antiguo,
que el ingenuo artificio, nimio a veces
del verso, permanece en ti, y se llama
el AMOR, el AMOR por todo, a todos;
el AMOR, en que tiembla y se retrata
el Universo entero;

el AMOR, que es, de veras, Dios: más grande
y bello que aquel Dios menor, pomposo,
triste o regocijado, que lloraba
o reía en tu «música de cámara»:
el AMOR, que tiene ímpetus de vuelo
más amplios y potentes que las musas.

El dictará desde hoy tu simple, grave
(y acaso alada) prosa,
y de su mano irás por el sendero,
sin escuchar al pájaro que canta;
de todo inútil fardo tan ligero,
tan ligero de planta,
que los caminos no guarden tus huellas.
... ¡Pero mirando mucho en la espesura,
por ver si hay un dolor, una negrura
que puedas alumbrar con luz de estrellas!

Octubre de 1917.

XXX

DEIDAD

COMO duerme la chispa en el guijarro
y la estatua en el barro,
en ti duerme la divinidad.
Tan sólo de un dolor constante y fuerte
al choque, brota de la piedra inerte
el relámpago de la deidad,

No te quejes, por tanto, del destino,
pues lo que en tu interior hay de divino
sólo surge merced a él.
Soporte, si es posible, sonriendo,
la vida que el ARTISTA va esculpiendo,
al duro choque del cincel.

¿Qué importan para ti las horas malas,
si cada hora en tus nacientes alas
pone una pluma bella más?
Ya verás al condor en plena altura,
ya verás concluída la escultura,
ya verás, alma, ya verás...

Octubre, 22 de 1917.

XXXI

LIBERACIÓN

AYER

LIBERTAD divina, ¿dónde anidarás?

Todo aquí nos liga, todo aquí nos ata.
El hombre, del hombre grillo es, que maltrata.
Cepo despiadado es la Sociedad.

¿En qué orbes remotos, en qué estrella grata
brillas, Libertad?

El TIEMPO, el ESPACIO, hierros invisibles;
El Amor, el Oro, cadenas no más.
¿En qué misteriosos planos invisibles
te gozan los dioses fríos y apacibles?

Libertad divina, ¿dónde anidarás?

Libertad, yo tengo la sed de tus besos:
¿cuándo con tus dulces labios rozarás
el marfil de un rostro que lleva ya impresos
nostalgias y anhelos del mundo en que estás?

Acaso tus ósculos entibien mis huesos...

¡Libertad divina, dónde anidarás!

HOY

¡Canta el divino canto de la liberación!
Tuyo es el don ansiado, tuyo es el sumo don.
Canta el divino canto de la liberación.

Ya sabes lo que el mundo es y lo que tú eres;
ya sabes lo que buscas, ya sabes lo que quieres.
Rompiste ya la malla tenaz de la ilusión.
Canta el divino canto de la liberación.

No más pérfidos lazos ni redes engañosas
que retengan el vuelo de tus alas aquí.

Ya no estás en las cosas:
ellas están en ti.

En ti lo llevas todo,
sin la limitación
del tiempo, del espacio, de la forma y el modo...
En ti lo llevas todo:
canta el divino canto de la liberación.

Octubre de 1917.

XXXII

SIN TI, POR ELLOS...

Quia melior est dies una in atriis tuis super millia.

«Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos.»—*Salmos,* 84-10.

Señor, no puedo huir a la montaña,
no puedo ir a buscarte en el desierto,
porque es fuerza morar entre los hombres.
El engranaje de mi vida quiso
que lazos irrompibles
me ligasen a innúmeros de ellos,
y dicen todas las filosofías
que el precepto esencial es el de amarlos.

Pero, tú bien lo sabes,
sus voces vanas me ensordecen; sufro
un tedio irremediable de sus risas,
de sus plebeyos goces,
de su incipiencia hinchada,
de su incesante y fútil hormigueo.

Yo sé que sólo un día
a tus pies, contemplándote en silencio
con la interior mirada del espíritu,
vale más que otros mil bajo las tiendas
de los tristes humanos.

Y es ésta, ya lo ves, la prueba máxima
de amor que puedo darte:
no estar contigo, por estar con ellos...
Por escuchar sus quejas, ¡ay!, dejarte;
por ayudarles, padecer el frío
de tu ausencia, bien mío;
trocar por sus negruras tus destellos,
¡y por amarlos, parecer no amarte!

Octubre de 1917.

XXXIII

BIEN SABES

Bien sabes que no hay cosa
en nombre de la cual yo no te ame:
en nombre de la ortiga y de la rosa,

del monstruo y de la diosa,
del astro sumo y de la charca infame.

Y sabes, ¡oh Ideal!, que no hay criatura
a quien no ame por ti: celeste o impura,
vulgar o excelsa...
Pongo sobre todas
tu majestad como una investidura,
tu divina blancura
como un traje de bodas.

Ante la mezquindad los ojos cierro,
y así voy, sin mirar, por mi destierro,
burlando los escollos y el abismo;
abierta en cambio la interior pupila,
para verte en la honda, en la tranquila
fuente del alma, llena de ti mismo.

Noviembre, 5 de 1917.

XXXIV

UNO CON «ÉL»

Eres uno con Dios, porque le amas.
¡Tu pequeñez qué importa y tu miseria,
eres uno con Dios, porque le amas!

Le buscaste en los libros,
le buscaste en los templos,
le buscaste en los astros,

y un día el corazón te dijo, trémulo:
«¡aquí está!», y desde entonces ya sois uno,
ya sois uno los dos, porque le amas.

No podrán separaros
ni el placer de la vida
ni el dolor de la muerte.

En el placer has de mirar su rostro,
en el dolor has de mirar su rostro,
en vida y muerte has de mirar su rostro.

«¡Dios!» dirás en los besos,
dirás «Dios» en los cantos,
dirás «¡Dios!» en los ayes.

Y comprendiendo al fin que es ilusorio
todo pecado (como toda vida),
y que nada de Él puede separarte,
uno con Dios te sentirás por siempre:
uno solo con Dios, porque le amas.

Noviembre, 8 de 1917.

XXXV

EL FOCO

El ánima está pronta, pero la carne es débil.
A fuerza de bañarnos en luz del Ideal,
soñamos en cosechas heroicas de virtudes;
y cuando más erguidas nuestras cabezas van,
los pobres pies viajeros tropiezan en los riscos
y un gran derrumbamiento sigue al alto soñar.

Así la humilde tela del cine, en que proyecta
todos sus sortilegios la lente, si pensar
pudiese un sólo instante, creyérase orgullosa
la magia de las magias, conjunto sin igual
de escenas, de paisajes, de luces, de colores,
hasta quedar de pronto sola en la obscuridad
su burda lona blanca donde tembló el prodigio,
toscamente enrollada sobre un palo trivial.

Veis hoy una doncella: todo luz son sus ojos,
es toda transparencia su piel; hay en su andar
un ritmo que esclaviza las almas, y que lleva
tras sí como una cauda de anhelos... Preguntad
después de breves lustros a vuestras viejas ansias
frente de cierta dama de aspecto episcopal,
¿en dónde están las dulces gallardías de antaño?

El foco de la gracia ya no proyecta más
su cono de luz viva, pródigo de milagros,
en aquel pobre rostro velludo de mamá...

Hombre soberbio y vano que juzgas gloria propia
privilegio de estrella, toda la majestad
con que la misteriosa luz de Dios se dignaba,
prestándole excelencias, tu ser transfigurar:
humíllate amorosamente cuando te dore
el foco del eterno, del distante Ideal,
y cuando quede a obscuras de nuevo el alma, alégrate,
pensando que en otra alma sin duda brillará.
Murmura: «¡gracias, gracias!», y espera entre las sombras
que el haz maravilloso te vuelva a iluminar.

XXXVI

REMANSO

Oh, cuán bueno es pasar inadvertido,
dulce Fray Luis!. Que no diga ninguno:
«Ahí va el eminente, el distinguido...»

¡Qué suave regazo el del olvido!
¡Qué silencio mullido!
¡Qué remanso de paz tan oportuno!

Simplemente, al arrimo
de la Naturaleza, madre santa,
hacer la obra, dar el fruto opimo,
como brinda su néctar el racimo,
la fuente brota y el pardillo canta.

No pedir galardón ni recompensa,
feliz del fruto que cuajó en la rama.
Cordialmente pensar con cuanto piensa,
férvidamente amar con cuanto ama.

Sentirse uno por siempre con la esencia
misma de la perenne creación:
chispa consciente en su inmortal conciencia,
y latido en su inmenso corazón.

Noviembre, 17 de 1917.

XXXVII

LOS LENTES

A veces, cuando los senos
del Enigma hurgando vas,
hallas que, por saber más,
cada día entiendes menos.

Y que en vano se encarama
a las cúspides tu pie:
pues, de más alto, se ve
más inmenso el panorama.

Se pierde más y se esfuma
el plan, y en la lejanía
sucumbe la luz del día
más y más entre la bruma.

Pesaroso y humillado
desciendes hasta la falda
del monte, y hundes la espalda
en el césped de algún prado.

Quieres dormir a la ingrata
curiosidad de saber,
y juras nunca más ver
lo que un misterio recata.

Y cuando, ya de vencido,
todo lo reputas vano,
un burlón acento arcano
decir parece a tu oído:

«Tus tanteos, infeliz,
semejan por lo inocentes,
los de quien busca sus lentes
con ellos en la nariz.»

Noviembre, 26 de 1917.

XXXVIII

REVELACIÓN

Deja que los seres y las cosas hablen;
si sabes mirarlos y escucharlos bien,
tornáranse lentamente cristalinos,
hasta deslumbrarte con su limpidez.

Deja que los seres y las cosas hablen;
si sabes mirarlos y escucharlos bien,
te dirán los cínifes por qué te desangran,
te dirá la abeja por qué acendra miel,
te dirá la rosa por qué te perfuma,
te dirán las olas por qué su vaivén,
te dirá el cometa cuál de sus remotas
peregrinaciones el misterio es.

Deja que los seres y las cosas hablen;
deja que se muestren en su desnudez.
Más o menos tarde, si los miras mucho,
leerás en los ojos de toda mujer;
hasta el más astuto de tus enemigos
dejará que asome su alma a flor de piel;
y la propia Esfinge, si arrostras impávido,
si contemplas firme su glacial mudez,
venderá su enigma...
Ni los dioses vencen
la perseverancia de un tenaz ¡POR QUÉ!

Noviembre, 16 de 1917.

XXXIX

QUOSQUE TANDEM...

Y cuándo acabarás
de pasear tu tedio por las cosas o por
los hombres, entre quienes como fantasma vas?
Tú eres el espectáculo y tú el espectador:
tristeza (¡cuán amarga tristeza!) lo demás.

Adéntrate en ti mismo,
digiere lo que viste,
húndete en el mutismo
de tu mundo interior,
y asómate, si puedes, al edén que perdiste...
Todo lo que vislumbres, dentro de tu alma existe,
y es tu propio espectáculo, y tú, el espectador.

Noviembre, 30 de 1917.

XL

COMPRENSIÓN

Por qué empeñarse en *saber*
cuando es tan fácil *amar?*
Dios no te manda entender;

no pretende que su mar
sin playas pueda caber
en tu mínimo pensar.

Dios sólo te pide amor:
dale todo el tuyo, y más,
siempre más, con más ardor,
con más ímpetu... ¡Verás
cómo, amándole mejor,
mejor le comprenderás!

Diciembre, 3 de 1917.

XLI

MÍO

NADA es mío? Mentira: todo es mío,
pues que mío eres tú.
Tú, en quien están los anchos universos;
tú, en quien anidan posibilidades
sin fin.

Rico desmesuradamente,
soy contigo: poseo
la creación perpetua, que cual río
turbulento, en mil giros se revuelve
sin cesar; de ti nace y a ti vuelve.
Todo lo tengo, pues que tú eres mío.

Diciembre, de 1917.

XLII

JESÚS

Jesús no vino al mundo de «los cielos».
Vino del propio fondo de las almas;
de donde anida el yo: de las regiones
internas del Espíritu.

¿Por qué buscarle encima de las nubes?
Las nubes no son trono de los dioses.
¿Por qué buscarle en los candentes astros?
Llamas son como el sol que nos alumbra,
orbes de gases inflamados... Llamas
no más.
¿Por qué buscarle en los planetas?
Globos son como el nuestro, iluminados
por una estrella en cuyo torno giran.

Jesús vino de donde
vienen los pensamientos más profundos
y el más remoto instinto.

No descendió: emergió del océano
sin fin del subconsciente;
volvió a él, y ahí está, sereno y puro.

Era y es un eón.
El que se adentra
osado en el abismo
sin playas de sí mismo,
con la luz del amor, ése le encuentra.

Diciembre, 20 de 1917.

XLIII

LOS MANANTIALES

Lee los libros esenciales,
bebe leche de leonas; gusta el vino
de los fuertes: tu Platón y tu Plotino,
tu Pitágoras, tu Biblia, tus indos inmemoriales:
Epicteto, Marco Aurelio... ¡Todo el frescor cristalino
que nos brindan los eternos manantiales!

Diciembre, 21 de 1917.

LXIV

LA DOCTORA

Si por leer apasionadamente
los libros no contemplas
el tembloroso libro de los astros
en los límpidos cielos invernales;
si pretendes hallar en los filósofos

lo que la Noche, la DOCTORA suma,
en silencio te ofrece:
la convicción augusta y formidable
de su Dios infinito,
allá tú...
Cegarás junto a tu lámpara,
cuando tantos luceros
del abismo sin límites, envían
un mensaje de luz a tu mirada,
y a tu mente extasiada
un mensaje que dice: «¡le buscamos,
como le buscas; en amor ardemos
por El; ardiendo, nos purificamos,
y, ya purificados, le hallaremos!»

XLV

TIMONEL PENSATIVO

TIMONEL pensativo, misterioso
timonel que a seguirte me convidas:
yo cruzaré en tu barco luminoso
este mar de locura de las vidas.

¿Dónde va tu bajel? ¡Qué importa eso!
Iré contigo a cualesquiera playas.
Bien sé que nuestro viaje es un regreso,
y que mi patria está donde tú vayas.

Enero, 6 de 1918.

XLVI

HERÁCLITO

Mira todas las cosas curioso, embelesado;
mas sin querer asirlas: como ves el reflejo
de la luna en las aguas del estero encantado;
como la sombra trémula de una nube en un prado;
como la imagen móvil de un rostro en un espejo.

Y acertarás, sin duda, porque nada se plasma
fuera de ti; ninguna forma realidad es,
y aun cuando su ilusoria corporeidad te pasma,
si vas resueltemente a su encuentro, el fantasma
te dejará que pases de su engaño a través.

Febrero, 11 de 1918.

XLVII

DIFUSIÓN

Enfocado hacia ti mismo,
de ti querrás olvidarte,
en vano, y, por descentrarte,
llegas hasta el heroísmo.

Ansiarías derramarte
por el vario e inmenso abismo
del Todo; más tu egoísmo
no consentirá en dejarte.

Estando en todo, serías
feliz, porque diluirías
tu mal de absoluto modo;

mas si esto no puede ser,
entra en ti muy hondo, a ver
si entrando en ti, estás en todo.

Febrero, 11 de 1918.

XLVIII

LIBROS

Libros, urnas de ideas;
libros, arcas de ensueño;
libros, flor de la vida
consciente; cofres místicos
que custodiáis el pensamiento humano;
nidos trémulos de alas poderosas,
audaces e invisibles;
atmósferas del alma;
intimidad celeste y escondida
de los altos espíritus.

Libros, hojas del árbol de la ciencia;
libros, espigas de oro
que fecundara el verbo desde el caos;
libros en que ya empieza desde el tiempo
el milagro de la inmortalidad;
libros (los del poeta)
que estáis, como los bosques,
poblados de gorjeos, de perfumes,
rumor de frondas y correr de agua;
que estáis llenos, como las catedrales,
de símbolos de dioses y de arcanos.

Libros, depositarios de la herencia
misma del universo;
antorchas en que arden
las ideas eternas e inexhaustas;
cajas sonoras donde custodiados
están todos los ritmos
que en la infancia del mundo
las musas revelaron a los hombres.

Libros, que sois un ala (amor la otra)
de las dos que el anhelo necesita
para llegar a la Verdad sin mancha.

Libros, ¡ay!, sin los cuales
no podemos vivir: sed siempre, siempre,
los tácitos amigos de mis días.

Y vosotros, aquellos que me disteis
el consuelo y la luz de los filósofos,
las excelsas doctrinas
que son salud y vida y esperanza,
servidle de piadosos cabezales
a mi sueño en la noche que se acerca.

Febrero, 28 de 1918.

XLIX

A MI HERMANA LA MONJA

SÁLVATE tú, hermana, con tu sencillez;
sálveme yo con mi complejidad...

Distinta es la senda, distinta es la vez,
y aun siendo la misma, otra es la verdad.

Sigue tras las nubes buscando el fulgor
de tu antropomorfa celeste deidad,
mientras yo me asomo todo a mi interior,
hambriento de enigmas y de eternidad.

¡Hay algo en nosotros igual: el AMOR,
y ése ha de lograrnos, al fin, la UNIDAD!

¡Salva seas, pues, tú con tu candor,
salvo yo con toda mi complejidad!

Marzo, 3 de 1913.

L

¡SOY UN VIEJO!

Soy un viejo» significa: «Ya está cercana la hora
de cosechar»; significa: «La liberación me aguarda,
y tras ella al ancho espacio, la Verdad consoladora,
cuya cita esperé ansioso, murmurando: ¡lo que tarda!»

Cuando dices: «Ya soy viejo» quieres decir: «Me aproximo
a la vida y condición naturales propias mías;
volveré al Regazo inmenso por cuyo calor y arrimo
suspiraba... Cesa el sueño; va a amanecer: buenos días!»

«Soy un viejo» es tanto como exclamar: «Nobles amigos,
fieles órganos, ministros de mis complejas funciones,
de mis actos instrumentos, de mis andanzas testigos,
ya vais a holgar. Como premio pienso daros vacaciones.»

«Seréis élitros fugaces, nidos tal vez..., tal vez rosas;
latiréis quizás en otro corazón lleno de fuego;
miraréis acaso en otras pupilas esplendorosas;
besaréis en otros labios... (¡besad mucho, yo os lo ruego!)»

«Soy vieja» es, amiga mía, como insinuar: «¡Seré joven!
Lo que llevo no envejece; lo que envejeció ya dejo;
¡pobre sexo desdeñado, tiempo habrá de que te troven
de nuevo...! Arrugas, ¡mañana seréis gloria de otro espejo!»

«Soy un viejo» decir quiere: «Caed en buena hora, galas,
vueltas harapos. Ya vienen los bellos lujos que espero.
Rómpete, capullo inútil, porque estorbas a mis alas;
ataúd, sé cuna blanda... ¡Voy a nacer, pues que muero!

Marzo, 7 de 1918.

LI

LA SED

Inútil la fiebre que aviva tu paso;
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad,
por mucho que bebas...
El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad.

¡Qué mísero eres! Basta un soplo frío
para helarte... Cabes en un ataúd;
¡y en cambio a tus vuelos es corto el vacío,
y la luz muy tarda para tu inquietud!

¿Quién pudo esconderte, misteriosa esencia,
entre las paredes de un vil cráneo? ¿Quién
es el carcelero que con la existencia
te cortó las alas? ¿Por qué tu conciencia,
si es luz de una hora, quiere el sumo bien?

Displicente marchas del orto al ocaso;
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad
por mucho que bebas... ¡El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad!

LII

LA BEATITUD

UNA mirada plena, de observador profundo
y embelesado siempre, que ve sin inquietud
el panorama múltiple del universo mundo,
eso es la beatitud.

Pensar, pensar sin tregua y admirar; mas sintiendo
que nada nos afecta ni afectará jamás
del devenir y el cambio sin fin que estamos viendo;
que somos, ante el piélago, presencia nada más.

Que mónada inmutable, pura y simple conciencia,
inconmovible en toda su primordial virtud,
de su aseidad segura, confiada en su inmanencia,
nuestra alma estará toda y en todo como esencia,
saber y sentir esto: ¡he aquí la beatitud!

LIII

RIDENDO

ADÓNDE marcha el Cosmos? Hacia un fin: enterarse,
ver, comprender su inmensa substancia, contemplarse
en su totalidad polimorfa.
El Abismo
pretende sin cesar conocerse a sí mismo.

En devenir perpetuo sube toda existencia,
reptando hacia la cima de luz de la conciencia,
Coloides, protozoarios,
rizópodos, amibos, seres rudimentarios,
la miope seudo-ciencia, presuntuosa, engreída,
exclama al contemplaros: «¡Ya sé lo que es la vida:
reacción físico-química, una simple reacción,
lo mismo nuestra idea que nuestra sensación!»

Y el numen, que palpita dondequiera, buscando
la intelección cabal y plena de sí propio,
si investigas, doctor, también investigando
se encuentra en tu cerebro; y si miras, mirando
contigo está la lente del ultramicroscopio.

Y mientras que tú agitas, lleno de afectación,
la cabeza y exclamas: «Reacción físico-química:
eso es el pensamiento y eso es la sensación»,
¡el numen, que en ti escucha tu hueca afirmación,
se ríe de tus humos y de tu bufa mímica!

LIV

EL DESFILE

Asisto a un desfile pepetuo. Yo soy
parte del desfile. Con la Especie voy
marchando, y a un tiempo la veo pasar.
¿Somos uno? ¿Muchos? ¿El espectador
mira con los ojos de todos?
Señor,
qué mínimo y vano nuestro preguntar...

Asisto a un desfile perpetuo, y no sé
si al morirme, ¡oh Dios!, no más andaré,
o si en otros sigo mi peregrinar;
si con las que ajenas plantas imagino
he de hollar el triste polvo del camino
siempre, sin cesar,
o si en tu regazo, pobre peregrino,
hallaré refugio donde descansar...

Junio, de 1918.

LV

PASTOR...

Pastor, te bendigo por lo que me das.
Si nada me das, también te bendigo.
Te sigo riendo si entre rosas vas.

Si vas entre cardos y zarzas, te sigo.
¡Contigo en lo menos, contigo en lo más,
y siempre contigo!

Junio, de 1918.

LVI

¡PERO NO!

Parece que está cerrada la puerta de las mercedes.
Parece que el dulce fiat del Padre ya enmudeció.
Parece que tus intentos son alas presas en redes;
voluntad, voluntad mía, parece que nada puedes...
¡Pero no!

¡Pero no!
Sigue queriendo tenazmente, y con iguales
esfuerzos hiere la roca del destino, voluntad.
No consientas en tus grillos, no consientas en tus males.
y opón sin cesar a tantas limitaciones fatales
tu propia fatalidad.

Julio, 20 de 1918.

LVII

LA ORACIÓN

No será lo que quieres —murmura el desaliento—:
tu plegaria es inútil; no verá tu pupila
el dulce bien que sueñas... ¡Imposible es tu intento!»

Yo escucho estas palabras como el rumor del viento
y sigo en mi oración, obstinada y tranquila.

Agosto, 12 de 1918.

LVIII

ESTE DÍA...

Este día quedó santificado
por angustia sin tasa, sin medida;
este día ya fuiste desgraciado
por diez años de vida;

este día, a través de la hosca, estrecha
y despiadada senda en que caminas,
los dioses arrojaron la cosecha
de diez años de espinas;

este día, el destino, que te forja
sin cesar grillos, cepos, ligaduras,
arrojó ante tus pobres pies la alforja
de todas tus toruras;

este día, cumpliendo una condena,
al Himalaya del dolor subiste,
y en sus cimas estuvo tu alma en pena
heroicamente triste;

este día, en que a solas tu conciencia
y tú, locos de angustia ya los dos,
hicieron la más trágica experiencia,
... ¡es el día mejor de tu existencia,
porque en él ni un instante faltó Dios!

Septiembre, 5 de 1918.

EL PANORAMA

(El poeta, que ha estado asomándose a su propio espíritu, viendo en el espejo de sí mismo el universo, sale fuera por unas horas, y contempla el panorama del mundo... Los seres y las cosas pasan, pasan..., pasan. «Maya» teje y desteje sus redes.)

I

LA MAL PAGADA CANCIÓN

La trémula serenata
que en la noche azul y plata
bajo unas rejas plañó
por desdenes de una ingrata,
la trémula serenata
ha siglos que se extinguió.

Mas queda aún el labrado
barandal, y el ulcerado
muro de aquel torreón
esquivo, y está narrado

el amor infortunado
en pergamino rugado
en un archivo de León.

Queda, en iglesia vetusta,
en que el eco, al resonar
en las bóvedas, asusta,
una cripta secular,
donde duerme en paz la augusta
infanta que cerró, adusta,
sus oídos al cantar.

Queda, en lóbrego crucero,
el busto del caballero,
dentro de un nicho severo,
donde reza una inscripción
que fué en lides el primero,
defendiendo con su acero,
contra el muslín algarero,
la Patria y la Religión.

Queda, para que la aprenda
todo amante a quien encienda
el alma el rapaz con venda,
la canción del trovador;
y queda, en fin, como prenda
de la mal pagada ofrenda,
el perfume de leyenda
de aquella cuita de amor.

II

LA TONTA

Permanece a la puerta largo tiempo sentada,
sumergiendo en quién sabe qué abismos su mirada,
y cuando los patanes se mofan de ella, y cuando
le preguntan: —«¿Qué haces?» Responde: «¡Estoy pensando!»
—«¡Está pensando!», todos corean con voz pronta.
«¿Lo oís? ¡Está pensando Sebastiana la tonta!»

Mas ella no se inmuta, y sus claras pupilas,
con misterioso ahinco clávanse en las tranquilas
lontananzas bermejas del crepúsculo vivo,
que, sin pensar, parece cual ella pensativo...

¿Qué miran esos ojos fulgurantes a ratos,
verdes y estriados de oro como los de los gatos?

¿Qué atisban en las nubes —ingrávidas viajeras—
qué pasan proyectando sus sombras en las eras?
¿Qué acechan en los cielos, qué buscan, en fin, cuando
la tonta a los patanes responde: «Estoy pensando»?

Su alma está en ese punto de la Cicunferencia
divina en que se funden la ciencia y la inconsciencia;
donde los dos extremos eslabones se traban,
donde empiezan los simples y los genios acaban.

La madrastra la riñe sin cesar: nunca acierta
la tonta a contentarla... Mas, después, a la puerta
de la casucha sórdida, Bastiana se desquita,
mirando con sus ojos de jade la infinita
lontananza en que sangra la tarde agonizando,
mientras murmuran todos: «La tonta está pensando...»

III

LOS POZOS

Madre, madre, me muero de sed!
Si supieras qué sueño he tenido...»
—«¿Qué soñabas, mi amor?»—«Pues soñaba
que vivía en un raro planeta,
glacial, cristalino.
En un raro planeta de hielo,
habitado por seres blanquísimos
y de un rubio ideal, que moraban,
muy felices en medio del frío.

»Los enormes, translúcidos témpanos
azulados, a la luz de un tímido
satélite verde, fingían fantasmas
envueltos en linos
irreales o montes absurdos
de amatistas, topacios, zafiros...,

»Y recuerdo también, madre mía,
que en ocultos sitios
llenos de misterio,
vigilados siempre por custodios rígidos,
gigantescos, mudos, había unos pozos,
unos pozos hondos..., hondos, *¡de aire líquido!*

»Era ciento ochenta grados bajo cero
su temperatura...»
—«¡No delires, hijo!»
—«*¡Ciento ochenta grados bajo cero,* madre!
Y si por descuido
un bloque de hielo caía en un pozo,
hirviendo al contacto de aquel cuerpo «ígneo»,
se alzaban columnas de «vapor de aire»
lanzando, rabiosas, sus agudos silbos...

»Esos pozos estaban cubiertos,
y muy recatados y muy escondidos.
...Pero yo, muriendo de sed, fuí a buscarlos,
fuí a buscarlos, madre, por entre los riscos
de hielo, con ansias de apagar la lumbre
de mis fauces ávidas (mientras que, dormidos,
los rubios guardianes yacían al borde
de cada hoyo estigio).

»Y abriendo la tapa de uno, del más grande,
por inadvertencia resbalé al abismo.
¡Resbalé a la sima negra, en cuyo fondo
había aire líquido!

»¡Oh, qué sensaciones deliciosas, madre!,
¡qué estupendo frío!
¡Por fin a estos labios de brasas, la fuente
mayor de frescura refrigeraríalos!

»¡Pero no acababa de caer al fondo!
¡No llegaba al líquido!
Nunca terminaba mi derrumbamiento:
¡sólo iba creciendo mi frío!

... »¡Al fin llegué, madre, llegué, qué ventura!
¡qué baño divino!
¡qué inmersión silenciosa en las linfas
insondables del pozo dormido...!

»Mas ¡ay! que al contacto de aquellos caudales,
de aquellos caudales claros y tranquilos,
sentí que mi cuerpo se cristalizaba
como un gran diamante, volviéndose nítido.
¡Era yo un cadáver de cuarzo! ¡Un cadáver
infinitamente frío, frío, frío!

... ¡Pero libre, madre, de sed para siempre!
¡de esa sed inmensa que ya no resisto!

»¿Por qué he despertado? ¿Por qué volví al horno
de este lecho...? ¡Madre, tu vaso está tibio!
... ¡Llévatelo! ¡Quiero que me des un vaso
de aquel aire líquido!»

IV

EL MAYOR DE LOS BIENES

Mientras Luz se retuerce bajo el trémulo filo
del dolor, en un ángulo de la estancia, en quietud
armoniosa, un trasunto de la Venus de Milo
perpetúa el milagro de su augusta actitud.

Luz, que fué, por falacias de un Don Juan, seducida
(¡como tantas!), la fuga supo ya del infiel;
y pensando en su honra, para siempre perdida,
llora todas sus lágrimas, vierte toda su hiel.

Entretanto, la diosa, que vivió en un pasado
sin igual, en que el cuerpo, con divino impudor,
se ostentaba orgulloso, y amar no era pecado,
con sus ojos sin lumbre mira aquel gran dolor.

¡Oh modelo de Fidias, noble carne desnuda:
esos brazos que faltan a tu estatua sin par,
si cobrarlos pudieses, los tendieras sin duda
a la hermana que llora su delito de amar!

Rodearas con ellos su cabeza, sus sienes,
en tus pechos altivos descansara quizá,
y a su oído dijeras: «¡oh mujer!, ya no penes;
amar es, aun con lágrimas, el mayor de los bienes;
¡el amor, aun sin honra, dios por siempre será!»

V

UNA DAMA SENTIMENTAL

I

Una dama sentimental,
entrada ya en los treinta y...
Una tibia tarde otoñal.
Escenario: calle ideal
de algún umbroso *Sans-souci.*

¿Versos? ¡También! Pero mejor
la melodía que al fluir
canta el rizado surtidor,
loco de saltar y reir.

Como un celaje blanco por
la serenidad del zafir,
cruzan las alas del amor.

II

Sueña la dama que un amante
maduro ya, fino, elegante,
la mano en la mano, al oído
le dice cosas de ternura...

Allá en ocaso, un desvaído
lila, trémulo, malherido,
sucumbe al fin a la negrura...

III

Decir a la dama oyeron:

«Amor, ¿por qué no te vas,
si ya las hojas cayeron,
si ya las nieves vinieron,
si el mirlo no canta más?
Amor, ¿por qué no te vas?

»Turbas con fiebre funesta
un alma que estaba presta
a partir, y en su desdén
por todo humano prurito
buscaba en el infinito
el solo, el máximo bien.

»Agitas un corazón
en que la primer pasión
nació veinte años atrás...
Golpeando el aldabón
de un portal ruinoso estás.
¿Oyes? ¡Suena la oración!
Amor, ¿por qué no te vas?»

IV

La oyeron aún decir:

«¡Mi cáliz he de beber...!
Ya no quisiera vivir,
pero vivo sin querer...

¡No sé ni cómo sufrir,
pero sufro sin saber!

»¡Amar si sé, con ardor!
Toda yo me entrego así...
¡Mas, de qué sirve ese amor
si no me quieren a mí!

»Amor tal es flor precaria
que nadie viene a aspirar;
¡es estrella solitaria
que muere sin alumbrar!»

Pobre dama sentimental
entrada ya en los treinta y...
Si hiela un hálito glacial
toda flor en torno de ti,
si a nadie mueves con tu mal,
pobre dama sentimental,
yo te querré... quiéreme a mí.

VI

LA NOVIA

Vigilate, quia nescitis qua hora Dominus venturus sit.

MAT. XXIV. 221.

La sutil destemplanza de una tarde marcera
enfermó sus pulmones; su invisible puñal
le clavaron los cierzos en la espalda de cera,

y hela allí entre las rosas que ofreció primavera,
cual friolentas primicias para su funeral...

El ajuar de la novia terminado se hallaba,
y ya el novio, impaciente, con febril anhelar,
los minutos, las horas y los días contaba.
El ajuar de la novia terminado se hallaba,
cuando vino el Esposo que no sabe esperar...

Cuando vino el Esposo que nos hiela el deleite,
que sorprende a las vírgenes en la noche falaz,
y requiere las lámparas que no tienen aceite...
¡Cuando vino el Esposo que nos hiela el deleite
y nos sella los labios con un beso de paz!

Ella supo, no obstante, cuál sería su sino;
la voz queda de un ángel al oído le habló
y le dijo: «No temas; será blando el camino,
y tu beso de bodas el más dulce y divino
de los besos de bodas...»
Y sonriendo murió.

VII

CABECITAS

Muchachas, cabecitas sin pensamiento,
¡pero tan bellas!
Con esas actitudes tan armoniosas,

cuando parece que estáis mirando nubes y estrellas
con la mano en la barba..., ¡y estáis mirando muy otras cosas!

¡Los límpidos cristales de vuestras mentes
con cúan pocas ideas se han empañado!
Sois divinas por eso, como las fuentes,
que, sin saber, reflejan soles fulgentes,
y jamás ha una huella contaminado.

¡Columnas de la raza, del laberinto
del amor, venideras dulces Ariadnas,
en vuestra joven alma late el instinto
primordial, sin mancilla de ciencias vanas!

Dios hizo de vosotras el instrumento
del ser; si vuestras bocas, lindas doncellas,
dicen sí, de la vida cuaja el portento...
Muchachas, cabecitas sin pensamiento,
pero tan bellas...

VIII

LA NUBE

Qué de cuentos de hadas saldrían de esa nube
crepuscular, abismo celeste de colores!
¡Cuánta vela de barco, cuánta faz de querube,
cuánto fénix incólume, que entre las llamas sube;
cuánto dragón absurdo, cuántas divinas flores!

¡Cuánto plumón de cisne, cuánto sutil encaje,
cuánto pavón soberbio, de colas prodigiosas;
cuánto abanico espléndido, con áureo varillaje,
cuánto nimbo de virgen, cuánto imperial ropaje,
cuántas piedras preciosas!

Mas ella no lo sabe, y ensaya vestiduras
de luz y vierte pródiga sus oros y sus cobres,
para que la contemplen tan sólo tres criaturas:
¡un asno pensativo, lleno de mataduras,
y dos poetas líricos, muy flacos y muy pobres!

IX

LA CARICIA

Abril. Cesó la lluvia. Finge el prado
cosecha de diamantes, cristalino
reguero de esmeraldas. El nublado
majestuoso se aleja como vino.

Glorifica el cenit, transfigurado,
un solemne crepúsculo ambarino.
... ¡Yo me detengo a oler, embelesado,
las húmedas matitas del camino!

Tonicidad eléctrica me inunda.
Me siento ágil y mozo; una delicia
nueva y sutil me invade, me circunda.

Todo es color, virginidad, primicia;
mi espíritu se anega en paz profunda.
¡Parece que Dios mismo lo acaricia!

X

EL LUCERO

QUIÉN sabe si el sufrir rejuvenece!
A ti, cuya alma en pena sangra y llora;
a ti, que sólo eres dolor, parece
que con cada tormento te amanece
en el pálido rostro nueva aurora.

Ninguno al verte presumir podría
toda la magnitud de tu agonía.
La urna de tu espíritu, cerrada,
fielmente esconde sus angustias...
Pero
¡con qué doliente luz tiembla un lucero
en el abismo azul de tu mirada!

XI

EL POETA NIÑO

SUFRIÓ su pasión,
rió su reír,
cantó su canción
... y se fué a dormir!

Se marchó risueño
después de cantar,
y tal es su sueño,
que no tiene empeño,
¡ay!, en despertar.

Sufrió su pasión,
rió su reír,
cantó su canción
... ¡y se fué a dormir!

XII

ÉL

Su voz más dulce que una orquesta
sin duda fué... Más que un cristal
su alma fué pura y manifiesta.
¡Estar con Él era una fiesta!
Morir por Él, un ideal.

Ha dos mil años que pasó
sembrando paz, vertiendo miel,
y de la tierra se adueñó.
¡Ha dos mil años que murió,
y el mundo aún vive por Él!

LA CATÁSTROFE

I

POETA, TÚ NO CANTES LA GUERRA...

Poeta, tú no cantes la guerra; tú no rindas
ese tributo rojo al Moloch, sé inactual;
sé inactual y lejano como un dios de otros tiempos,
como la luz de un astro, que a través de los siglos
llega a la Humanidad.

Huye de la marea de sangre, hacia otras playas
donde se quiebren límpidas las olas de cristal;
donde el amor fecundo, bajo de los olivos,
hinche con su faena los regazos, y colme
las ánforas gemelas y tibias de los pechos
con su néctar vital.

Ya cuando la locura de los hombres se extinga,
ya cuando las coronas se quiebren al compás
del orfeón coloso que cante marsellesas;
ya cuando de las ruinas resurja el Ideal,
poeta, tú, de nuevo,

la lira entre tus manos,
ágiles y nerviosas y puras, cogerás,
y la nítida estrofa, la estrofa de luz y oro,
de las robustas cuerdas otra vez surgirá:
la estrofa llena de óptimos estímulos, la estrofa
alegre, que murmure: «¡Trabajo, Amor y Paz!»

Agosto, 3 de 1915.

II

DESPUÉS

TANTA oblación heroica no ha de fructificar?
Señor, esta oleada roja la has permitido...
¡Cuántos caen a diario! ¡Cuántos han sucumbido!
¡Su sangre ya no es lago, Señor; su sangre es mar!

Tan lento y silencioso martirio nos asombra.
Mientras ellos perecen, ellas, en un rincón,
trabajan, sufren, callan, esperan en la sombra...
¿Su enorme angustia, Cristo, no ha de tener sanción?

Aguardemos las flores más bellas para luego.
Después del torbellino, las rosas se abrirán.
El mundo, como un fénix, resurgirá del fuego,
y en muchas almas nuevos soles se encenderán.

¡Quién pensará en la noche cuando despunte el día!
Con el sereno júbilo de una labor tenaz,
restañará su sangre la Humanidad bravía,
en el regazo inmenso de la divina Paz!

¡De nuevo hermanos todos los hombres, sentiremos
que el mundo es nido vasto, de maternal calor,
y en él con ideales lejanos soñaremos,
al misterioso arrullo de una canción de amor!

Agosto, 22 de 1915.

III

LO QUE NOS QUEDA

Porque en este aluvión de sangre y lodo
se hundió nuestra fortuna, ¿te querellas?
En suma, deja que se pierda todo:
¡siempre habrán de quedarnos las estrellas!

¡Siempre habrá de quedarnos la argentina
palidez de las noches enlunadas,
y el júbilo del hora matutina
y la paz de las tardes fatigadas,
y mi ternura casta, y la divina
serenidad azul de tus miradas!

Julio, 30 de 1915.

IV

LA NIEVE MISTERIOSA DE LA MONTAÑA

VEN, ya llegó la hora del amor: ¿por qué inmóvil
y silencioso estás frente de tu ventana?
¿No te esperan mis besos?
—Déjame: estoy mirando
la nieve misteriosa de la montaña.

—He aquí el libro que enseña tanta filosofía:
¿por qué sobre la mesa lo abandonas, sin gana
de sondar sus honduras?
—Déjame: estoy mirando
la nieve misteriosa de la montaña...

—Poeta, el mundo tiembla de expectación: la Horda
científica destruye cuanto la especie humana
supo crear... Asómate a la lucha; comparte
la ambición de los fuertes, que triunfarán mañana,
o el temor de los débiles...
—Déjame: estoy mirando
la nieve misteriosa de la montaña!

Diciembre de 1915.

V

PROPÓSITO

Et s'il ne reste qu'un, je serai celui-là!
VÍCTOR HUGO

AUN cuando el mundo entero,
borracho de crueldades,
a proclamar llegara
el culto de la fuerza,
la destrucción del débil,
el aniquilamiento
de todos los pequeños,
tú, poeta, en el fuero
de tu conciencia libre;
tú, en el humilde campo
de tu acción, de tu vida,
¡sé misericordioso!
¡Sé cordial, sonriente,
humano, siempre humano!

No hagas sufrir ni a un mínimo
tallo de sensitiva;
amordaza el vocablo
irónico, prefiere
cortar las alas de oro
a las abejas áticas
del epigrama; deja



que te juzguen inerme
para el alfilerazo
maligno; que en tu alma
tan solitaria y muda,
la compasión florezca
como el nardo en invierno...
¡Y tu corazón sea
urna que guarde un poco
de la piedad de Cristo!

Marzo, 16 de 1916.

VI

EL VELO

Cómo ha delirado la demencia humana
a través del tiempo! ¡Cuántas religiones!
¡Cuánta lucha estéril! ¡Qué de angustia vana
enseñoreándose de los corazones!

... Y tú, en tanto, incólume sobre las edades,
Raíz de los seres, pura y cristalina,
Unidad de todas las pluralidades,
eres, como encina de las tempestades,
el azul de eterna limpidez divina.

Con sus propias nubes, los hombres velaban
tu rostro, y lo velan aún; te escondía

cada torbellino de los que se alzaban
entre las contiendas que por ti libraban,
y que hoy, insensatos, libran todavía.

La sangre vertida se encharca en pantanos,
que son, con sus miasmas, velo pertinaz
entre tu perenne luz y los humanos.
¡Si cesan un día las pugnas de hermanos,
el mundo, al instante, mirará tu Faz!

Febrero, 3 de 1918.

VII

YA ES MUCHO...

Como estamos rompiendo a duras penas
el cascarón de la animalidad,
no exijas perfecciones nazarenas
a la antropopiteca Humanidad:
ya es mucho que haya algunas almas buenas
que irradien un destello de piedad.

No quieras del Amor ánforas plenas;
ya es mucho si contienen la mitad...
No pidas ondas blandas y serenas
al mar esquivo de la sociedad:
¡ya es mucho que no rompan las entenas
y el casco del bajel la tempestad!

Abril de 1918.

VIII

EL CRISTO FUTURO

Oh, mi Señor! tú callas, tú ya no dices nada
sino en el hondo instinto del alma que te invoca;
pero los malos te hacen hablar, ¡ay!, y en su boca
tu voz se vuelve grito de guerra y son de espada.

Tu eterna mansedumbre se torna marejada
de horror; tu mano pródiga cual garra nos sofoca,
y surge, en vez del agua, la sangre de la roca
del mundo, y toda nube de rayos va preñada.

... Mas un día (¡benditos quienes lucir le vean!)
los hombres, que a su imagen y semejanza «crean»
a Dios, serán tan grandes, que abismarán al mito
cruel, obscuro, torvo, que gozaba matando,
¡y tú en la mente humana te irás agigantando,
hasta llenar de músicas y luz el infinito!

XIV

EL ARQUERO DIVINO

PRIMERA PÁGINA

Me clavó con sus flechas el Arquero divino.
Me clavó con sus flechas!
No pudieron con él
ni mis lustros, doctores de tres borlas, ni el tino
del sagaz timonel.
Me clavó con sus flechas el Arquero divino,
y aquí traigo, lectora (trovador vespertino),
más estrofas de amores, con su amargo y su miel!

I

PERSEVERANCIA

Cabecita esquiva,
cabecita loca,
eres roca viva...
Pero en esa roca
plantaré un jardín
de suave fragancia.
Si la tierra es poca,
mucha es la constancia:
mi perseverancia
logrará su fin!

Aguardo... Mi nave sus velas enjunca:
ya vendrá el deshielo de tu alma glacial;
ya, por cada rosa que tu mano trunca,
brotará un retoño, crecerá un rosal...
Derrotado siempre y abatido nunca,
yo, con sueños rotos, labro un ideal.

... Y así marcharemos, hasta que en su día
cuajen las ternuras sobre el desamor,
y mi pobre boca, que sólo sabía
murmurar: «mañana...», clame por fin: «¡mía!»
¡La perseverancia siempre da su flor!

II

SI MI AMOR ES PECADO...

Si mi amor es pecado,
¡ya está bien castigado!
Pero, si no lo es,
esta siembra de espinas, que inconsciente
haces tú en mi pobre alma diariamente;
esta sangre que viertes y no ves,
¡en qué compensaciones milagrosas,
en qué cosecha púrpura de rosas
florecerá después!

III

ORACIÓN

Númenes misteriosos
que nunca fuísteis carne,
pues menester no hubisteis
la prueba y la enseñanza de encarnarse;

inteligencias hondas,
serenas, ágiles,
que moráis en el éter
imponderable;

que tembláis en los pálidos
destellos estelares
y bajáis por los hilos de la lluvia
como por una escala de diamantes;

que hacéis del arco iris
un puente para alcázares
de ensueño, y del ocaso
un brasero de ópalos y esmaltes;

espíritus ignotos,
potencias formidables,
de parar una estrella
en su camino espléndido, capaces;

piadosos como soles,
hermosos como arcángeles,
blancor de la blancura,
¡divinidades!

Donadores más tácitos
cuanto más liberales;
pensamientos más nítidos
cuanto más inefables;

custodios escondidos,
pero siempre eficaces;
¡sublimes valedores
de los mortales!

Fuerzas ultraconscientes,
radiosas voluntades:
por piedad, una gracia
sin par os pido: ¡haced que ELLA me ame!

IV

LOS GRANDES SEÑORES

¿En qué se conocen los grandes señores?
¡En que otorgan las grandes mercedes!
Si el don que te pido es de los mayores,
señor eres tú que todo lo puedes.

Al divino Mago cuyos cofres plenos
son los infinitos ámbitos serenos
en que van bogando las estrellas de oro,
fuera gran desdoro
demandarle menos.

V

DIOS HARÁ LO DEMÁS

QUE es inútil mi afán por conquistarte;
que ni me quieres hoy ni me querrás...
Yo me contento, Amor, con adorarte:
¡Dios hará lo demás!

Yo me contento, Amor, con sembrar rosas
en el camino azul por donde vas.
Tú, sin mirarlas, en su senda posas
el pie: ¡quizá mañana las verás!
Yo me contento, Amor, con sembrar rosas.
¡Dios hará lo demás!

VI

PUDIERA SER

ERES inexorable, bien amado,
con este pobre corazón abierto,
que se desangra.
¡Pero ten cuidado:

no sea que te nazca un impensado
y cruel amor por mí, después de muerto!

Porque entonces será vano tu grito
ante la eternidad trágica y honda...
Restituída mi mente al Infinito
y deshecha en su hueco de granito
mi carne... ¡quizá el viento te responda!

VII

TESTARUDEZ

Eres castillo de acero,
con valladares de abrojos,
erguido en monte altanero;
mas, cerrando puños y ojos,
yo te digo: «¡quiero, quiero!»

Ello tiene que llegar;
ello por fuerza ha de ser.
¡Veremos quién va a ganar,
si tú a fuerza de negar,
o yo a fuerza de querer!

VIII

PARA ENCONTRARTE

Para encontrarte, ¡cuánto camino,
cuánto camino tuve que hacer!
Fuí de la mano de mi destino,

anda que anda, pero sin ver...
Salvé montañas y valladares,
crucé desiertos, pasé los mares,
vi tantas veces amanecer,
soñando siempre con la alborada
azul y trémula de tu mirada.
¡Cuánto camino, mi bien amada,
cuánto camino tuve que hacer!

En cuantos versos tracé tu cara,
sin conocerla, como si para
que los leyeras más tarde, ¡oh Bien!,
por ti inspirados hubiesen sido.
Todos mis versos han presentido
de tus miradas el claro edén.

¡Tristes, alegres, mediocres, bellos,
todos son tuyos! Hazte con ellos
ramo de flores, tú que eres flor,
o con sus chispas y sus destellos

y el oro pálido de tus cabellos,
una aureola cuyo fulgor
dé a tu cabeza, que se levanta,
como un corimbo,
como una rosa, nimbo de santa
deslumbrador...,
o todavía más puro nimbo:
nimbo de amor.

IX

EL DÍA QUE ME QUIERAS

El día que me quieras tendrá más luz que junio;
la noche que me quieras será de plenilunio,
con notas de Beethoven vibrando en cada rayo
sus inefables cosas,
y habrá juntas más rosas
que en todo el mes de mayo.

Las fuentes cristalinas
irán por las laderas
saltando cantarinas,
el día que me quieras.

El día que me quieras, los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos.
Extasis de tus ojos, todas las primaveras
que hubo y habrá en el mundo, serán cuando me quieras.

Cogidas de la mano, cual rubias hermanitas
luciendo golas cándidas, irán las margaritas
por montes y praderas
delante de tus pasos, el día que me quieras...
Y si deshojas una, te dirá su inocente
postrer pétalo blanco: *¡Apasionadamente!*

Al reventar el alba del día que me quieras,
tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras,
y en el estanque, nido de gérmenes ignotos,
florecerán las místicas corolas de los lotos.

El día que me quieras será cada celaje
ala maravillosa; cada arrebol, miraje
de las Mil y Una Noches; cada brisa un cantar,
cada árbol una lira, cada monte un altar.

El día que me quieras, para nosotros dos
cabrá en un solo beso la beatitud de *Dios.*

1915

X

SED...

CADA día que pasa sin lograr que me quiera
es un día perdido...

¡Oh señor, no permitas, por piedad, que me muera
sin que me haya querido!

¡Porque entonces mi espíritu, con su sed no saciada,
con su anhelo voraz,
errará dando tumbos por la noche estrellada,
como pájaro loco, sin alivio ni paz!

(Leído el 27 de abri de 1915).

XI

ANSIEDAD

PARA qué enconas tu mal
con impaciencias premiosas?
Está tierno tu rosal
y no puede darte rosas;
... ¡pero aguarda, que es fatal
la madurez de las cosas!

XII

INCONSCIENCIA

CON la inconsciencia de las mujeres,
tú te imaginas libre de mí,
e ignoras todo lo que me quieres
¡porque no sabes mirar en ti!

XIII

CALLADOS

Así, callados los dos!
¡Muy cerca los dos..., así!
¡Déjame pensar en Dios,
que es también pensar en ti!

XIV

EN TODO

Yo en todo encarno ideal.
Para mi sed inmortal
todo beso es eucarístico,
y pongo un impulso místico
hasta en el amor sexual.

XV

EL RAYO VERDE

Mis ojos tienen ardor
de juventud, porque espero
aún tu visita, AMOR!

Me debe el sol un fulgor,
quizá su fulgor postrero:
su rayo verde, color
del esperar de que muero...

XVI

EL ALUD

Cada día que aguardas, ¡oh mi sueño!,
es una joya más en la diadema
de tu realización, es un quilate
más en el oro de mi dicha próxima.

Después que cristalices, repasando
yo todo el tiempo de mi espera muda,
de mi resignación y mi paciencia,
sucederá que el goce, que al principio
creí exprimir cuando mi Bien lograra,
con la eficaz alquimia
de mi esperanza lenta,
se habrá trocado en la delicia máxima,
en la más honda de las beatitudes,
en substrátum de miel...
Cada segundo
de ese goce ha de ser sagrado, místico;
mi corazón habrá de derramarse
como aceite oloroso en el altar

de la CAUSA SUPREMA,
la cual, antes que todo,
permitiendo que yo perseverara
con el perseverar inquebrantable
que es primer condición de los prodigios,
concedió así a mi intento
una efectividad maravillosa.

¡Hiere, hiéreme, pues, con tus torturas,
aguijón de mis ansias!

¡Penetra sin piedad en mis tejidos
sangrientos, profundiza hasta mi médula;
clávate en mi alma misma!
¡Esté yo a punto de morir, sediento
desta agua milagrosa que codicio!

Como el alud aumenta en su carrera,
aumentará mi anhelo en su imponente
rodar hacia la meta que vislumbro,
tornándose en poder irresistible,
en un agente de fatalidad,
en flecha del divino
y misterioso Arquero
que se clava en el blanco de contino;
en impulso esencial de mi destino,
¡que ya quiere no más lo que yo quiero!

7 de marzo de 1915.

XVII

AL OÍDO

Con voz tenue, velada
por emoción muy honda, bajo la luz discreta
de la lámpara, así decía aquel poeta
viril a una MIMOSA PÚDICA: su adorada:

«¡No te impongan los rasgos altivos de mi cara,
no temas la energía de mi mirar, que doma
espíritus hostiles con su fijeza clara:
yo tengo perfil de águila... y entrañas de paloma!

»¡Mi garra duerme oculta bajo plumón mullido,
y sólo estrangulando víboras se contrae.
Mi boca nunca dice: YO QUIERO; dice: PIDO!
Mi voluntad es fuerte, mas con dulzor atrae.

»Mi voz conoce todos los registros del clave;
mi beso es docto y no aja ni un pétalo de rosa.
Mi instinto, en los problemas de amor, todo lo sabe,
con una ciencia arcana, profunda y misteriosa.

»No mires si en mis sienes hay escarcha octubreña:
nuestras almas sin años hablan un mismo idioma.
¡Junta tu cara nívea con mi cara trigueña;
reclínate en mi hombro sin miedo; duerme..., sueña.
¡Yo tengo perfil de águila y entrañas de paloma!»

Noviembre de 1915.

XVIII

Y TÚ, ESPERANDO...

PASAN las hoscas noches cargadas de astros,
pasan los cegadores días bermejos,
pasa el gris de las lluvias, huyen las nubes
... y tú, esperando!

¡Tú, esperando y las horas no tienen prisa!
¡Con qué pereza mueven las plantas torpes!
Las veinticuatro hermanas llevar parecen
zuecos de plomo.

Esa rosa encendida ya se presiente,
entre los gajos verdes de su justillo.
Entre los gajos verdes su carne santa
es un milagro.

¡Pero cuándo veremos la rosa abierta!
Dios eterno, tú nunca te precipitas;
mas el hombre se angustia porque es efímero.
¡Señor, cuándo veremos la rosa abierta!

XIX

SIEMPRE

Y cómo harás en lo futuro versos?
—Haré mis versos sin hacerlos..., casi
fluidos, casi inmateriales, tenues,
sin palabras apenas,
o palabras que formen leve reja,
delgada reja, tras la cual asome,
tembloroso, mi espíritu desnudo,
mi espíritu sediento
y hambriento de supremas realidades;
ávido de saber la sola cosa
que hay que saber en vísperas
de la gran travesía...
—¿Y no amarás?
—¡Ay!, sí, porque he nacido
para amar... Bien quisiera
que a lo invisible abriese su corola
únicamente el alma;
pero no puedo aún: Eva sonríe,
y tras ella, prendido mi deseo
en el rayo de sol de su sonrisa,
vuela, incapaz de detenerse, amigo!

Me temo, pues, que mi postrero canto
sea un canto de amor...

Enero, 19 de 1916.

XX

EL VIÁTICO

Es de noche. Hace frío.
Está solo el cantor.
¡Antes de que se vaya para siempre, Dios mío,
dale aún ese viático divino del amor!

XXI

¡COMO UNA MARIPOSA!

Como una mariposa se para en un espino,
posáronse las alas del Ensueño divino
en mi alma triste y hosca. Posáronse un instante
sólo; mas la espinosa
planta ya nunca olvida la blancura radiante,
el blando impulso trémulo, la gracia palpitante
de aquella mariposa...

XXII

LA VENGADORA

Oh! vengadora gentil
de una mujer ideal,
a quien mi amor hizo mal
y que se murió en su abril;

me buscabas entre mil
a través del erial;
y me llegaste fatal,
fatal como un proyectil.

Castigas en mí el ayer;
porque mi sino mandó
que, idolatrándote yo,
pagara con padecer
por ti, lo que otra mujer,
queriéndome, padeció.

21 de abril de 1916.

XXIII

LO MÁS INMATERIAL

Me dejaste (como ibas de pasada)
lo más inmaterial, que es tu mirada.

Yo te dejé (como iba tan de prisa)
lo más inmaterial, que es mi sonrisa.

Pero entre tu mirada y mi risueño
rostro, quedó flotando el mismo ensueño,

XXIV

DOS MISTERIOS

En los ojos de una bella
hay más de un misterio; hay dos:
el dulce misterio de ella,
y el gran misterio de Dios.

XXV

LA LLAMA

En tu frialdad esquiva,
quieres que, quien te ama con fervor de poeta,
sin inquietarte viva...
¡Y cómo podrá el mísero tranquilizar su llama!
¿Viste una llama inmóvil? ¿Viste una llama quieta?

XXVI

EL CLAVO DE ORO

Clávame un clavo de oro,
clávame un clavo de oro dentro del corazón,
¡oh, tú, mujer ambigua que por mi mal adoro,
clávame un clavo de oro dentro del corazón!»

Así decía el trémulo estribillo sonoro
de aquel juglar; así decía su canción.

«¡Clávame un clavo de oro,
mejor que el fiero dardo
desas tus despiadadas pupilas de leopardo;
mejor que la ironía
de tus palabras crueles,
a la cual hace coro
tu sarcástica risa llena de cascabeles;
mejor que tus respuestas ayunas de emoción!
¡Oh, tú, mujer ambigua, que por mi mal adoro,
clávame un clavo de oro,
clávame un clavo de oro dentro del corazón!»

«¡Clávame un clavo de oro, mejor que tus inquinas,
mejor que tus enojos;
mejor que de tus labios de rosa las espinas,
mejor que los falaces topacios de tus ojos!
Mejor que de tus hoscos desdenes las escamas,
mejor que las avispas de tantos epigramas,
ante cuyo aguijón
de angustia y rabia lloro!

»¡Oh, tú, mujer ambigua, que por mi mal adoro,
clávame un clavo de oro
dentro del corazón!»

Julio de 1916.

XXVII

PAZ

Entre las brasas vivas de esos tus labios rojos,
arde una llama cuyo poder es muy capaz
de consumir los áridos sarmientos y rastrojos
de mi heredad... ¡Aléjate! ¡Me conturban tus ojos!
Deja a mi pobre otoño desvanecerse en paz.

Deja que a Dios se vuelva para ofrecerle el fruto
de sus meditaciones y su dolor tenaz.
Ya para mí es sagrado, mujer, cada minuto.
No impidas que mi vuelo se pierda en lo absoluto.
¡Deja a mi pobre otoño desvanecerse en paz!

Julio de 1916.

XXVIII

TODAVÍA NO

Ah! no, no, todavía no te vayas, amor.
¡Ah! no, no, todavía...
En mi otoño hay fulgor,
en mi cerebro lumbre.
El sol mágicamente reverbera en la cumbre.
¡Ah! no, no, todavía no te vayas, amor.

Algo aprendí en la vida, y un poquito de ciencia
da precio a las ternuras...
Tengo mucha indulgencia
para las cabecitas jóvenes; mi alegría
es cordial; y aún conserva su virgen transparencia
mi ingenuidad de niño (tan docta en su inocencia).
Amor, no, no te vayas, quédate todavía.
Llevo en mi vieja alforja filtros para los males
más enconados; alas para los ideales
enfermos, para todo desánimo vigor;
para melancolías de doncellas, remedio,
y sé contar historias que destierran el tedio...
¡Ah! no, no, todavía no te vayas, amor.
Amor, no, no te vayas: yo posaré en tus rosas
mis labios, tan ligeros como dos mariposas,
y no ajaré ninguna de sus corolas gayas.
Para tocar la carne sagrada de tus diosas,
serán mis manos blandas cual sedas temblorosas.
Amor, no, no te vayas.

XXIX

VOLVERÁS, AMOR

Volverán las tardes, cárdenas o rojas;
volverán los ortos llenos de esplendor;
volverán las flores, volverán las hojas;
volverás, amor.

Volverás más tierna que te fuiste, acaso.
Larga fué la ausencia; la separación
puso palideces en tu tez de raso,
y un poco de triste lumbre del ocaso
en tus ojos llenos de meditación...

Para dar templanzas a nuestro ardimiento,
fué la ausencia nieve, de diafanidad
azulada y casta...
Cuando tornes, siento
que habrá en tus miradas más recogimiento
y habrá en mis caricias más austeridad.

XXX

A LOS CUARENTA Y CINCO

Musa, a los cuarenta y cinco,
hagamos, con más ahinco
que nunca, versos de amor,
recubriendo los otoños
invasores con retoños
de primaveral verdor.

A fin de que las muchachas,
locuelas y vivarachas,
ornen nuestra soledad
y a nuestro lado se encanten,
que nuestros versos les canten
cosas propias de su edad,

Tenemos algunas canas
tal vez, y arrugas... (¿tempranas?)
que urge hacerse perdonar,
y conviene que las bellas
no reparen, ¡ay!, en ellas
... o finjan no reparar.

¡Demos a la vagarosa
rima alas de mariposa;
vistamos nuestro soñar
de blancos y leves tules;
contemos cuentos azules,
que son lindos de contar!

¡Nada adusto, nada serio!
¡Por hoy, reciba el misterio
que nos seduce, un adiós:
y, en vez del vuelo aquilino,
en las alas de un divino
beso vayamos a Dios!

¡Conque, Musa, ya lo sabes:
en mis crepúsculos graves
pon auroral resplandor,
y así, a los cuarenta y cinco,
haremos, con más ahinco
que nunca, versos de amor!

Agosto, 1.° de 1915.

XXXI

DURA LEY

Quién su desventura
con tanta premura,
¡oh! mujer, buscara, buscándote a ti,
si tu gran poder
cupiese vencer!
... ¡Mas no puede ser!
¡Una ley muy dura lo ha querido así!

En balde los años la sien del filósofo de plata coronan:
tus ojos de fiebre, que nunca perdonan,
su sangre calientan hasta el frenesí.
Y en las ondas trágicas de un mar de demencia
muere su cordura, naufraga su ciencia.
... ¡Una ley muy dura lo ha querido así!

XXXII

EL AMOR NUEVO

Todo amor nuevo que aparece
nos ilumina la existencia,
nos la perfuma y enflorece.

En la más densa obscuridad
toda mujer es refulgencia
y todo amor es claridad.
Para curar la pertinaz
pena, en las almas escondida,
un nuevo amor es eficaz;
porque se posa en nuestro mal
sin lastimar nunca la herida,
como un destello en un cristal.

Como un ensueño en una cuna,
como se posa en la rüina
la piedad del rayo de luna.
Como un encanto en un hastío,
como en la punta de una espina
una gotita de rocío...

¿Que también sabe hacer sufrir?
¿Que también sabe hacer llorar?
¿Que también sabe hacer morir?
—Es que tú no supiste amar...

26 de enero de 1918.

XXXIII

EL VIAJE

No hay dos olas idénticas ni dos vidas iguales.
¿Cómo quieres que un lazo ligue siempre a los dos,
si son, ¡ay!, tan disímiles nuestros bienes y males,

si de rumbos distintos soplan los vendavales
y es diverso el camino que nos lleva hacia Dios?

No hay dos ondas iguales ni una vida gemela
de otra. Si un solo día el mar pudo mezclar
los hervores de plata de tu estela y mi estela,
si meció al par las lonas de tu vela y mi vela,
bendigamos, amiga, la clemencia del mar.

Bendigamos la breve travesía, el miraje
de la isla encantada que se esfuma detrás;
bendigamos las olas de esmeralda y encaje,
y guardemos, amiga, del sublime viaje,
un sabor infinito que no muera jamás...

Abril, 16 de 1918.

XXXIV

¡ELLA!

Voy por montes y valles persiguiendo su huella,
y suplico a los hados: «Dadme ya esa doncella,
que no vivo de amarla, que me muero de afán...
Mas los hados no aciertan a entender mi querella,
y me ofrecen las rosas y me ofrecen la estrella.
¡Yo no quiero más que ella, y ella no me la dan!

Son benévolos, cierto, y en mil dones abundo.
Voy colmado de dones por las sendas del mundo.

¡Tal vez muchos, mirándolos, de mí celos tendrán!
Pero yo, como flecha que su blanco no alcanza,
vuelo y vuelo con alas de mi loca esperanza,
solamente tras ella...
¡Y ella no me la dan!

Abril, 19.

XXXV

EL ENSUEÑO OLVIDADO

He olvidado un ensueño...
Tristemente sentado
al borde de mi lecho, con ahinco penoso
quisiera recordar lo que anoche he soñado.

Fué un ensueño muy raro, muy bello y misterioso;
mas, si pretendo asir sus telones flotantes,
se vuelven gasas leves, después brumas distantes,
y al fin se desvanecen en límite borroso.

¡Ay, mísero de mí, que un ensueño he olvidado!
Poblaban deliciosas figuras de mujeres
su tenue claroscuro... Una de ellas me ha amado:
muy rubia, en cuyas dulces pupilas pensativas
brillaba el imperioso designio de mi hado.

Sus labios me dijeron cosas definitivas.
¿Cuáles?... ¡Diera mi viejo corazón por poder
acordarme de aquellas palabras de mujer!

Heme, pues, vanamente despierto: ¡quién asiera
los trémulos cendales de luz de la quimera
que voló!
¡Qué me resta de mi obscuro pasado
si ya perdí el tesoro más rico, si he olvidado
el ensueño mejor que jamás he soñado!

7 de abril de 1918.

XXXVI

DESTINO

DESTINO, dime dónde, cómo, cuándo...
¡Considera que un alma está esperando!

Considera su angustia, considera
todo el desesperar de quien espera.

Este amor, tanto y tal
que es a un tiempo todo carne, todo luz, todo ideal,

este amor que por grande me acerca a lo absoluto:
¿ha de morir sin flores? ¿Se ha de secar sin fruto?

¿Habré plantado en balde mis rosales?
¿Han de helarse, ya rubios, mis trigales?

(Preguntar estas cosas, ¡oh! Dios mío,
con la fe que yo tengo, ¿no es impío?)

Destino, cuya mano, si la toca,
hace nacer la linfa de la roca
y el bien o el mal con rudo impulso fragua:
acuérdate de mí: soy una boca
que se muere de sed junto del agua.

Soy, en la altiplanicie de la vida,
un alma que, a las luces del ocaso,
con febril ansiedad apura el paso
por llegar a la tierra prometida...

¡Destino, dime dónde, cómo, cuándo!
Considera que un alma está esperando.

Julio de 1918.

XXXVII

NOBLEZA OBLIGA

Voy firme por mi camino,
juzgando al Destino fiel:
me prometió de su vino,
me prometió de su miel

y me prometió el divino
logro del Ensueño aquél...
—¿Que me engaña? Allá el Destino.
¡Yo, creyente noble y fino,
cumplí ya confiando en él!

26 de julio de 1918.

XXXVIII

LA HIEDRA

No esperes que, vencido en la contienda,
levante yo de mi querer la tienda;
vine para triunfar, o a que me mate
tu esquivez, y ante ti, torre altanera,
has de ver ondear mi bandera,
mientras no caiga muerto en el combate.

No me es dado cejar, no es culpa mía:
nací tenaz, mi voluntad bravía
es a la vez mi orgullo y mi tormento.
¡Qué más quisiera yo que no adorarte!
¡Qué más quisiera yo que desceparte
de la hondura sin fin del pensamiento!

¡Pero no puede ser! Tengo por fuerza
que idolatrarte; ¡quién habrá que tuerza
la ruta de diamante de mi hado!

. . . .

Si un día, de tu ojiva, mi oriflama
no mirases flotar como a una llama
sobre el hosco desierto desolado,

no pienses: «Ha cedido, ya me deja
y por la inmensa soledad se aleja,
de mi desdén inexorable cierto...»
Piensa más bien (y acertarás sin duda):
«Cayó por fin sobre la tierra muda...
¡Ay, mi más fiel adorador ha muerto!»

Mas no juzgues por eso que vencido
este mi amor sin límites ha sido:
¡tenaz aún bajo la misma piedra
que me oculta por siempre de tus ojos,
como un símbolo irá, de mis despojos,
reptando por tus muros una hiedra!

10 de agosto de 1918.

XXXIX

OPULENCIA

TAN opulento es mi amor,
que puede dar buena parte
a los que quieran amarte,
para que te amen mejor.

Tan grande, que en él no hay fin;
tan fiel, que es fulgor perenne;
con tantas alas, que tiene
más alas que un serafín.

Tan noble, que ayuda al vuelo
de quien subir a ti quiera;
tan ardiente, que volviera
viva lumbre al mismo hielo.

Tan vario en formas y modos,
que parece mil amores...
Vengan, pues, tus amadores,
que aquí hay todo para todos.

Y tú coge, mi adorada,
de tu riqueza infinita,
cuanto tu alma necesita
para estar bien alhajada.

Toma de su inmensidad,
sin miedo, sin parvedad,
sin límite, sin medida,
¡que hay amor para una vida
y para una eternidad!

Agosto, 19, de 1918.

XL

TRANSFORMACIÓN

Señor, tú que transformas sin fin todas las cosas,
que las orugas pálidas truecas en mariposas
y en flores milagrosas
los gérmenes de ayer,
transforma el corazón glacial de esa mujer.

Tú que eres todo amor y solo amor, ¿acaso
no podrías verter
un poquito de amor por mí en el breve vaso
del corazón de esa mujer?

Septiembre-2-1918.

XLI

LA PUERTA

Por esa puerta huyó, diciendo: «¡Nunca!»
Por esa puerta ha de volver un día...
Al cerrar esa puerta, dejó trunca
la hebra de oro de la esperanza mía,
Por esa puerta ha de volver un día,

Cada vez que el impulso de la brisa,
como una mano débil, indecisa,
levemente sacude la vidriera,
palpita más aprisa, más aprisa
mi corazón cobarde que la espera.

Desde mi mesa de trabajo veo
la puerta con que sueñan mis antojos,
y acecha agazapado mi deseo
en el trémulo fondo de mis ojos.

¿Por cuánto tiempo, solitario, esquivo
he de aguardar con la mirada incierta
a que Dios me devuelva compasivo
a la mujer que huyó por esa puerta?

¿Cuándo habrán de temblar esos cristales
empujados por sus manos ducales,
y, con su beso ha de llegarme ella,
cual me llega en las noches invernales
el ósculo piadoso de una estrella?

¡Oh, Señor!, ya la pálida está alerta;
¡oh, Señor!, cae la tarde ya en mi vía
y se congela mi esperanza yerta!
¡Oh, Señor, haz que se abra al fin la puerta
y entre por ella la adorada mía!
... ¡Por esa puerta ha de volver un día!

XLII

SUEÑA

Si *vivir sólo es soñar,*
hagamos el bien soñando.
Sueña que vives amando,
que es tu solo fin amar
y sueña que, sin cesar,
vas los bienes derramando.

XLIII

PLEGARIA

Señor ¿qué hiciste a esa bella por quien padeciendo estoy?
¿Por qué si es ella glacial, glacial como ella no soy?
O dame su indiferencia o dala mi ardor: así
suprimes causa a su tedio y razón a mi querella.
Haz que yo sienta por ella lo que ella siente por mí,
o que ella sienta por mí lo que yo siento por ella.

Junio de 1918.

XLIV

EN TI SOLA PENSANDO

En ti sola pensando;
con los ojos despiertos
y los brazos abiertos,
yo te estoy esperando...

Sabes bien que te espero;
¿por qué, pues, te demoras?
Ya no pierdas las horas
en mirar el sendero.

Ya tu paso apresura,
que la tarde fenece,
v la noche parece
que será muy obscura...

Si en las landas tranquilas
encontrases reparos,
que te sirvan de faros
mis ardientes pupilas;

mis dos ojos que, oteando
los parajes desiertos,
velan..., ¡ay, desde cuándo!,
mis dos ojos abiertos
que te están esperando.

Marzo-27-1919

XLV

DILIGE

Ama, y serás venero de fulgores
en toda obscuridad, en todo horror.
Ama, y conquistarás la altiva meta.
Ama, y los cardos tornaránse flores
ante tu firme paso triunfador...
Un carpintero y unos pescadores
cambiaron los destinos del planeta
con un poco de amor...

Mayo de 1918.

XLVI

¿QUÉ ANSÍAS?

Qué ansías?
—Bien lo sabes: el dulce privilegio
de que, con esa voz más blanda que un arpegio,
un «te quiero» modules,
mientras vuelcan en mi alma su sin par sortilegio
las dos urnas de ensueño de tus ojos azules...

—«¿Qué ansías?»
—Que fundidos los firmes corazones,
vayamos al misterio con las manos muy juntas,
llevando en nuestras bocas idénticas preguntas,
llevando en nuestros ojos idénticas visiones.

XLVII

MADRIGAL

Por tus ojos verdes yo me perdería,
sirena de aquellas que Ulises, sagaz,
amaba y temía.
Por tus ojos verdes yo me perdería.

Por tus ojos verdes en los que, fugaz,
brillar suele, a veces, la melancolía;
por tus ojos verdes, tan llenos de paz,
misteriosos como la esperanza mía;
por tus ojos verdes, conjuro eficaz,
yo me salvaría.

México-octubre-1918.

POESÍAS VARIAS

(Estas poesías nunca fueron recogidas en volumen por el autor.)

I

LA INCURSIÓN

(EL «RAID»)

En la noche de bodas
(la más triste de todas,
o más feliz acaso,
por lo que ya después
se dirá) pasó el caso...
raro o no raro; pues
con lo que ocurre en esta
guerra más que funesta,
ya nada raro es.

Tras las dulces primeras
caricias, enlazadas
las manos, él decía:

«—¡Siempre estarás conmigo,
vida mía!
Ya es común nuestra suerte,
ya no podrán romper
nuestro firme querer

ni el dolor ni la muerte.
¡Siempre estarás conmigo,
vida mía!»

Y ella: «¡Siempre contigo,
siempre!» le repetía.
Mas he aquí que, en potente
vuelo, de los confines
del Oriente,
llegan dos zepelines
—fantasmas de aluminio—
mostrando, a los fulgores
vívidos y violáceos
de aletas reflectores,
sus vientres de cetáceos,
¡preñados de exterminio!

Ya cruzan por el cielo
de la ciudad, ya fían
al espacio sus bombas
incendiarias, cual trombas
de fuego, condensadas...
En la ciudad, dormían
las gentes confiadas.

De pronto—¡lo fatal!—
una bomba en el techo
de la alcoba nupcial,
abriéndose hasta el lecho

un camino brutal,
en el preciso instante
en que el novio decía,
y ella lo repetía
con voz queda y amante:
«¡Ya es común nuestra suerte,
ya no podrán romper
nuestro firme querer
ni el dolor ni la muerte!»
. . . .

Un estruendo tremendo,
una gran llamarada,
y después del estruendo,
nada...

¡Ni un grito de pavura!
¡Silencio aterrador,
sobre la ensangrentada
blancura
de aquel lecho de amor!

¡El esposo y la esposa,
en una misma fosa
su sueño dormirán,
y sus diestras heladas,
juntas y enclavijadas,
ya por siempre enlazadas
en la tumba estarán!

Septiembre de 1915.

II

EL LIRIO CÁRDENO

En el jardín del Alcázar luce un gran lirio morado,
un gran lirio cuya pompa las demás flores humilla,
y que en su altivez enhiesta parece un abanderado
que majestuoso enarbola el pendón real de Castilla.

No hay reyes ya, ni hay infantes que por los sitios umbrosos
discurran como en las tardes de otros tiempos discurrían,
comentando bellos lances venatorios o amorosos
y ostentando, a las miradas
de los villanos ingenuos, *aquellas ropas chapadas*
que traían.

La sala de Alfonso el Sabio luce grecas de oro viejo
y hay un balcón donde el cielo miraba el Rey, que al saber
los absurdos del sistema tolemaico, muy perplejo
pensó que si le llamara Dios a su santo Consejo
antes de construir el mundo... mejor le hubiera de hacer.

¡Cuántas «acordadas músicas» aquestos muros oyeron!
¡Cuántas trovas estas torres en la quietud oportuna...!
Y estas grises galerías ¡cuántas veces pasar vieron
la majestad desdeñosa de don Alvaro de Luna!

En los campos melancólicos los ciervos vienen y van,
y parece que, añorando las dulces cosas que fueron,
nos murmuran al oído: «¡Qué se hizo el rey don Juan...!
Los infantes de Aragón
¡qué se hicieron!»

Madrid, 1916.

III

LA ESCENA INMEMORIAL

En el recogimiento de su celda, la anciana
Teresa (nueve lustros de amor inmaculado)
platica con su Cristo.
La luz de la ventana
reverbera en la cárdena faz del Crucificado.
Tarde glacial de Avila...
Inicia una campana
con una dulce esquila su gran diálogo alado.

—«¡Señor, dice Teresa, por ti todo martirio
me es dulce; padecer quiero o morir, Señor!»
Y al expresarlo, enciéndese su palidez de lirio,
sus brazos, castamente, ciñen al Salvador.
Los ojos del Maestro tienen más luz que Sirio,
y cada llaga se abre como divina flor.

IV

EL PICAPEDRERO

El picapedrero, pedazo a pedazo,
quebranta la piedra, y es como el destino,
que esgrime su mazo,
y a fuerza de golpes te vuelve divino.

Sin golpes de mazo, la luz no chispea
como pensamiento del pedrusco herido...
Destino, buen picapedrero, golpea,
y nazca a tus golpes brillando la idea,
y surja en las almas el dios escondido.

Buenos Aires, abril-19-1919.

V

ARS POETICA

Ay de ti si tuvieses talento siempre igual,
si no mostrara nunca tu gráfico mental
depresiones muy hondas, salientes muy agudas!

Los estilos parejos son planicies desnudas
en que nada culmina ni se deprime; son
el perenne bostezo de la ponderación;
el burgués *ne quid nimis*, para el que todo osado

volar es un delito, y el genio un gran pecado,
que detesta al rebelde con aspaviento y saña,
y habla de disciplina «que ha de salvar a España»
(ranas jerarquizantes que, en su charca croando,
están por el «principio de autoridad» clamando).
La unidad de la obra literaria; blasfemia.
Eso será muy bueno para ir a la Academia.
«¡La simetría!», *¡estética del tonto!* La ortodoja
pauta que jamás turba la digestión ni enoja
a la ética pura... ¡Oh, mojigatería
de don Quintín Ramírez y de don Juan García!

Los versos sin ideas..., pero sin asonantes,
son gratos a los dioses menores... y pedantes.
El ñoño entendimiento que no acierta a brillar,
no pudiendo ser óptimo, se queda en «regular».
Su ineptitud sonora se reputa castiza,
y como a nadie inquieta y a nadie escandaliza,
como ante toda audacia clama «shocking» y gime,
casi con la licencia del ordinario imprime.
No hay señorita honesta, confesor, buena esposa,
que no lo recomiende; es un miércoles rosa.

Paco Pérez suspira por condecoraciones,
elogios en los diarios, similor y galones.
Se muere por las notas sociales, por *los grados*
que degradan y honores que deshonran (1). Los hados

(1) *Les honneurs deshonorent et les grades degradent.*— Flaubert.

abrumen sus enormes tarjetas de visita
con cuanto su menguada nulidad necesita.
El destino lo lleve pronto a la dulce iniancfa
senil, que no comete ninguna intemperancia,
al descanso con momio, al sosiego pacato,
en que no hay ni la sombra de un leve desacato.

En cuanto a ti sé grande. Supérate a ti mismo
siempre, y ama a los genios con sus desigualdades.
Ya dijo Perogrullo que, sin grandes fealdades,
no hay grandes hermosuras, ni cima sin abismo.

VI

EL BUZO DICE AL HOMBRE PRÁCTICO

Bien hecho es lo que haces: anda, conquista el Polo;
anda, edifica pueblos; descubre algún pactolo,
ensucia con tus fábricas el cielo, mercader;
ladino medra, lucra con ingenio... y con dolo.
Pero no hagas ruido cerca: ¡déjame solo
explorar otro mundo que tú no puedes ver!

Mientras que tú desdeñas al hombre que no gana
dinero, mientras paces en la abundancia, yo
descenderé al abismo de la conciencia humana.
¡Quién sabe si tú mismo, tras las vidas, mañana,
ya afinado, contemples la perla soberana
que el buzo en los abismos del alma descubrió!

VII

LOS CINCO GARFIOS

OH! los cinco sentidos, cinco garfios
que se van agarrando a las criaturas,
¡qué se van afianzando a tantas cosas!

Cinco ganchos del áncora
que retiene la nave;
garra de acero, hundida
en el áspero légamo del fondo...

El viento sopla en las hinchadas lonas,
y la nave crepita de impaciencia.

Tira un marino con viril esfuerzo
del áncora, mas ella
está asida a los bancos de corales,
y la nave retarda
su viaje misterioso.
Y el nauta muere sin haber zarpado,
y más tarde es preciso
recomenzar en nuevo barco, ¡ay!,
la travesía.
... Mientras
con alada esbeltez las otras velas,
besadas por el sol, huyen, perdiéndose
en la serenidad dorada y trémula
del piélago infinito.

VIII

SI RECORRER...

Si recorrer en paz quieres tu vía
has menester, gentil amiga mía,
o la inconsciencia ...o la filosofía.
¿Cuál es el mejor modo de vivir
sin sombra de dolores...? ¿Es dormir?
El no saber es siempre el no sufrir.
No pensar, de la dicha es el secreto
... o si no, Marco Aurelio y Epicteto.

Cuando el alma ya esté en el lago quieto
vive con la inconsciencia deliciosa
de una trémula y blanca mariposa,
de un mirlo, de un celaje, de una rosa...
¡Y acuérdate de mí, Lucila hermosa!

IX

Querido Juan Azurmendi:
Tu apellido es de tal son
que no rima sino con
la palabra turca effendi.

Pero tiene, como augur
de los más altos destinos,
la ideal palabra *azur*
que abre todos los caminos.

... Mas hablemos de otro asunto:
Hoy, tu carta al recibir,
invitándome a partir,
de partir estuve a punto.

Tus cuartetas en un tris
me pusieron del desliz
de ir a verte hasta París
o buscarte en *Biarriz*.

... Pero pensando que es guasa
eso de que fresco estés,
me dije: ¡quédate en casa
y no te lo mal empleés!

Porque has de saber que aquí
sí que hace fresco de veras.
(Si tu catarro trajeras,
con él te ibas, ¡ay de ti!)

El Guadarrama se porta
con una gran corrección,
y enfriando el viento, acorta
con su soplo la estación.

Mientras que en Biarritz, hermano
(por más que diga el alcalde),
hace un calor africano
que no quiero ni de balde.

Cierto es que viviendo allí
dos placeres se me dan:
estar con aquel don Juan (1)
y tenerte cerca a ti.

... Mas tales gustos sencillos
me los amargan de veras
tantos nobles duquecillos
que invaden esas riberas.

Y cuyo solo valer
está en haber heredado,
y en que otros hayan logrado
lo que ellos nunca han de hacer.

Madrid mi tedio restaña,
no ves *poseurs* en los clubs (2),
ni te topas con snobs,
ni hay bridge, ni grandes de España.

Aquí puedes andar solo
sin rey, sin patria y sin amo;
no te encuentras a Pocholo
ni saludas a Candamo.

(1) Que se apuntala en Vichy.
(2) Debe pronunciarse *clobs*.

Todos andan por allá,
y cuando en el *Carlton* entras,
de fijo que los encuentras
¡y ello te indigestará!

Aquí mucha paz, don Juan...,
y hay cebada con limón,
que es toda una bendición,
y que por un real te dan.

Los árboles, un follaje
tienen que no palidece,
y según están, parece
que cambian diario de traje.

Tú que haces versos, ¡qué loa
escribieras a estas tardes
que de oro y fuego en alardes
envuelven a la Moncloa!

... En fin, no te digo más.
Dejaré para el otoño
esta villa del madroño,
y allí en París me verás.

Por tu Biarritz pasaré;
al ostentoso *Palais*
o al *Carlton* iré a buscarte.
(Y perdona que a tutearte,
aunque en verso, atrevamé.)

X

DÍA DE FIESTA

Esperé a la Amada, más faltó a la cita;
esperé a la Gloria, pero no llegó;
esperé salud..., pero nunca vino;
esperé tortura de quien quise yo,
y la sola mano desinteresada
que tuve en las mías, se me congeló!

Me dejaron triste, me dejaron solo;
lancé al aire versos..., ¡nadie los oyó!
Esperé fortuna, no tocó a mi puerta;
¡Esperé a Dios mismo, pero se escondió!

Ya no espero nada..., mas conozco una
novia que a la cita no me faltará.
Tarda, a veces, mucho; pero viene siempre;
es fiel como perra. Sé que llegará.

Por enjuta y trágica, muchos tienen miedo
de sus brazos áridos, de su hoz glacial.
Para mí ha de ser novia apetecible,
y su día un día de fiesta cabal:
el único día que tendré de fiesta
desde que camino por el arenal...

XI

A UN AMIGO QUE LLORÓ CON MIS VERSOS

Oh! frappe toi le coeur: c'est là qui est le génie.

ALFREDO DE MUSSET

Me dices que lloraste, mis versos escuchando
de labios de un amigo, que los recita bien.
¡Si yo esos pobres versos los escribí llorando,
qué raro es que al oirlos llorases tú también!

Mis rimas van al alma, porque del alma salen.
... Hoy hallará, acaso, poco artificio en mí:
pero, en el cofre lírico, las perlas que más valen
son las lágrimas (siempre que del alma se exhalen).
Si quieres tener genio, búscate el genio allí.

XII

DIOS PROTEJA A FRANCIA

(Escrito durante la gran batalla de Verdún)

Dios proteja a Francia la magnífica,
Dios proteja a Francia la iniciadora,
¡Dios proteja a Francia la que siempre ha sabido darse
al mundo en holocausto!

A Francia, la que riega con su sangre preciosa los diáfanos lirios de los ideales supremos, para que perfumen después nuestros espíritus;

¡A Francia, la que siembra el divino trigo del ensueño, para que más tarde se nos dé a todos vuelto eucaristía!

Combatan con ella las milicias invisibles;

Luchen por ella los antiguos dioses;

Palas baje a los campos sonoros de la batalla titánica;

Los espectros de Aquiles, de Ayax, de Eneas el piadoso, de sus cenizas resurjan,

Y embracen de nuevo el escudo de perenne bronce, que retiemble en los aires atormentados, cadencia grave, con la heroica y solemne cadencia de un hexámetro del Ciego melesígeno!

¡Que las almas nobles se unan en la misma oración por que ATENAS triunfe; pues que ella es sagrada herencia nuestra!

¡Sean los anhelos unánimes, como la invisible espada flamígera del ángel que custodiaba el paraíso, pues que en esta vez el paraíso es de todos!

América joven, lejana y lozana América mía, en donde se forjan nuevas razas, vástagos floridos de la Estirpe que supo fatigar al Renombre:

Yo bien sé que tus veinte Repúblicas tumultuosas y audaces, a coro con ambos musicales océanos y unidas al vasto corazón de España,

(De la España inmortal, que se renueva en la frondosidad de sus vástagos),

Claman en estos instantes quizá definitivos, mientras so-

bre la blancura de la nieve se derrama trágicamente una sangre nunca regateada a las redenciones:

¡Dios proteja a Francia!

XIII

INGENUA

I

Cómo sigue la niña?
    —Sigue malita.
—Y el médico, ¿qué dice?
    —Pues... la visita.
    ¡Si usted la viera!
Parecen sus mejillas
    flores de cera.

  —Y ¿sufre mucho?—¡Mucho!
    —¡Pobre criatura!
Pasa ardiendo las noches,
    en calentura,
    y a cada rato
pregunta que pregunta
    por el ingrato.

  —¡Yo estoy con un pendiente...!
    Luego que supe,

una manda a la Virgen
de Guadalupe
mandé angustiada;
dos novenarios, y una
misa cantada.

II

—Güerita, ¿cómo sigues?
—¡Estoy perdida!
—¿Qué te duele? —¡Hasta el alma,
tú de mi vida!
... Dime, ¿lo viste?
—Sí, ayer. — Y ¿qué te dijo?
—Que está muy triste.

Que es falso lo de Rosa,
que a ti te quiere
no más, y si te mueres
también se muere.
—¡Qué mentiroso!
—¡Palabra! Y que muy pronto
será tu esposo.

Por más señas, me ha dado...
—¡Qué!—Un papelito.
¿Y qué dice? ¡A ver... léelo!
—Dice... —¡Quedito!

«Luz, nada es cierto,
¡No te mueras! ¡No seas
mala! —Tu Alberto.»

—¿De veras? —¡De veritas!
—Vas a matarme
si mientes. ¡Tú lees eso
por consolarme!
Te juro, Nena,
que es verdad...

III

—¿Cómo sigues
hoy? —¡Ya estoy buena!

XIV

ÁGUILAS Y LEONES

Somos de raza de águilas y raza de leones;
maridaje sublime de una y otra realeza;
la del ala que burla todas las extensiones
y la del rey ungido por la Naturaleza.

Somos de raza de águilas y raza de leones;
ya apunta nuestra aurora, nuestro destino empieza.

Somos de raza de águilas y raza de leones;
de leones indómitos de coronas fulgentes,
y de aguilas reales que en los hoscos peñones
estrangulan serpientes.

¿Cómo no ha de alumbrarnos el sol que a las naciones
transfigura, el divino sol de amor y bonanza?
Somos de raza de águilas y raza de leones.
¡Tengamos esperanza!

Nuestras estirpes áureas eclipsan los blasones
de los más grandes pueblos. Tenemos la fe, el estro
que inflama, la osadía madre de altas acciones.
Somos de raza de águilas y raza de leones.
El mundo (aunque no quieran los otros) será nuestro.

En tanto, recordamos con emoción amante
el día en que unas naves, cruzando las llanuras
del nunca hollado Atlante,
trajeron a estos mundos al fiero león rapante,
para unirlo a las águilas, diosas de las alturas.

De entonces, juntos ambos, mientras el león defiende
la heredad que en sus garras formidables afianza,
el águila, su aliada, las extensiones hiende,
y su mirada inmóvil la emboscada sorprende,
sortea los peligros y burla la asechanza.

¡Oh, España, que nos diste tu altivo león rugiente:
gracias! Seremos dignos de su pujanza heroica,

y en premio del regalo y a cambio del presente,
ofrendamos el vuelo del águila potente,
y en el combate brava y en el dolor estoica.

Los numerosos pueblos hermanos que en ti fijos
tienen los grandes ojos, negros y soñadores,
y que como nosotros se ufanan de ser hijos
de cepa tan gloriosa, te ofrecen sus condores,
te brindan sus estrellas, sus manos enlazadas,

sus vivos gorros frigios, sus cerros humeantes,
y todos erigimos nuestras cimas nevadas
como torres gigantes,
para que a ellas asciendan las águilas osadas,
o rujan en sus crestas los leones rapantes.

¡Oh, madre, madre augusta de las veinte naciones:
rimemos los latidos de nuestros corazones;
y unidos para siempre nuestros veintiún pendones,
marchemos por caminos de paz y bienandanza!

Somos de raza de águilas y raza de leones:
tengamos esperanza.

XV

HORAS GRISES

Ya llega el otoño con lluvias y nieblas...
Las hojas marchitas arrastran los vientos;
mas van con nosotros las cosas ya viejas
que llevamos dentro.

En vano queremos cubrirnos de flores,
callar nuestras penas, mostrarnos contentos:
no pueden las glorias del mundo quitarnos
las nieves de dentro.

Las risas alegres parecen banales
en bocas jocundas que invitan al beso,
que todo lo cubre con velo de muerte
la nieve de dentro.

La dicha esperada murió con los sueños
que ayer nos hicieron labrar un soneto:
los libros tan sólo nos quitan a veces
la nieve de dentro.

Y ahora esperamos que pase el otoño,
que llegue el invierno con todos sus hielos;
el frío que, fuera, será más benigno
que el frío de dentro.

XVI

HORA SENTIMENTAL

Tus dedos largos y finos,
tus maravillosos dedos
hilan, hilan, hilan, siempre,
albos vellones sedeños.

Tejes y, tejiendo, labras,
como una trama de ensueños,
una bata tibia y blanda
para tu niño pequeño.
Tejes, y, tejiendo, cantas
una canción que me aduerme,
y así, arrullado, me siento
débil, pequeño e inerme.
Que tejan tus bellos dedos
la mortaja de mis sueños,
y que me arrullen tus cantos
con sus acentos sedeños.

Bueno seré, bueno y puro,
vencido por el sereno
influjo de tu presencia
en esta tarde de invierno.

XVII

MI MÉXICO (1)

NACÍ de una raza triste,
de un país sin unidad
ni ideal ni patriotismo;
mi optimismo
es tan sólo voluntad;
obstinación en querer,
con todos mis anhelares,
un México *que ha de ser,*
a pesar de los pesares,
y que yo ya no he de ver...

Febrero, 23 de 1915.

XVIII

A MÉXICO

(En el álbum de un compatriota.)

AY infeliz México mío!
Mientras con raro desvarío
vas de una en otra convulsión

(1) Encontrado entre las notas del libro en preparación: *Filosofía palingenésica.*

del lado opuesto de tu río
te está mirando, hostil y frío,
el ojo claro del sajón.

¡Cese tu lucha fratricida!
¡Da tregua al ímpetu suicida!
¿Surges apenas a la vida
y loco quieres ya morir?

¡Torna a la digna paz distante
que ennobleció tu ayer radiante,
y abre un camino de diamante
en el obscuro porvenir!

XIX

HIMNO

CORO

Yergue, Patria divina, la frente:
ya el calvario pasó con su cruz,
ya deslumbra tu estrella naciente,
ya tres siglos de noche doliente
se compensan con uno de luz.

PRIMERA ESTROFA

Eras Bella del Bosque Encantado,
que por siglos enteros durmió,
y que al fin, vencedora del Hado,
al repique de un bronce sagrado
para siempre jamás despertó.

SEGUNDA ESTROFA

¡Dios bendiga la humilde campana
que el prodigio logró con su son;
que al vibrar sacudió tu alma ufana,
y en tu trémula boca de grana,
dulce Patria, empolló la canción!

TERCERA ESTROFA

¡Mas no pienses que estás redimida
porque un yugo pudiste romper,
que si un ave real en ti anida,
volará solamente atrevida
cuando sepas pensar y querer!

CUARTA ESTROFA

Rasga, estirpe de bronce, los velos
que te impiden a lo alto mirar;
brinda espacio a tus libres anhelos,
tu alma inmensa tiene hambre de cielos:
¡A volar, a volar, a volar!

QUINTA ESTROFA

Que tu numen lozano que crea,
heredero del genio español,
luz y orgullo de América sea;
que en tu cielo fulgure la idea
¡como un santo rayito de sol!

CORO

Yergue, Patria divina, la frente, etc.

XX

UNA ESTATUA

Rubia melena que detrás se anuda
con rosado listón formando trenza,
faz ovalada y de expresiones muda
donde lucen más negros que la duda
dos grandes ojos de mirada intensa.
Recta nariz, cuyos contornos raros
jamás pudo crear el arte heleno;
pequeña boca de corales caros,
¡un rostro, en fin, que ni esculpido en Paros
por la mano admirable de Cleomeno!
Estatura gentil y majestuosa,

cuerpo que viste con soberbio aliño,
dos pies enanos de color de rosa,
piel de lirio que muestra esplendorosa
la cándida blancura del armiño.

Tales formas te dió Naturaleza:
es de hermosura olímpica esa cara,
no tienes corazón, más sí belleza,
plástico tronco, escultural cabeza...
¡una estatua de mármol de Carrara!

1894.

XXI

AL AMOR QUE SE FUÉ

Ya el laúd olvidó sus viejas notas.
¿Cómo puede vibrar con nuevas galas,
si sus débiles cuerdas están rotas
porque tú no las cubres con tus alas?

La musa de mis versos, la que viste
mis conceptos de luz, cantar no quiere;
le falta tu sonrisa y está triste,
le falta tu calor... ¡y se me muere!

¿Anhelas que con dulces embelesos
vibre aún el cantar enardecido?
¡pues vuélveme el calor de aquellos besos,
ven, arrulla otra vez sòbre mi nido!

1894.

XXII

A D'HALMAR

Sobre tu frente gravita
la infinita
pesadumbre secular.

Buscas tu ensueño ultrahumano
en tierra lueñe, en mar lejano;
¿lo encontrarás?

Hermano extraño, errabundo,
¿de qué estrella has caído al mundo?
¿Sabes, siquiera, dónde estás?

Hacen cruz nuestros caminos,
bebamos juntos los vinos
del adiós.

Yo te emplazo en una cita
sobre la arena infinita
sideral...

XXIII

PENSANDO

En dónde estará el alma de los locos
mientras ellos persiguen
la mosca de oro de su idea fija
y lloran, gesticulan, ríen, cantan
y se agitan sin fin en el extraño
mundo de la incoherencia?

—

Bendigamos la sombra y el recodo
que esconden el camino en la existencia;
sin ellos, sólo fuera nuestra herencia
tedio infinito de saberlo todo.

—

Unos cuantos conceptos rimados
no podrán detener el olvido.

—

Mi quimera postrer está muriendo
bajo el puñal de la razón helada;
pero, en cambio, en mi vida va naciendo
la inmensa paz del que no espera nada.

—

¿Qué cosa es mi vida sino recordar?

—

Une mort paisible
le plus tôt possible...

—

¿Cómo será la Humanidad futura?
Yo me la finjo llena de nobleza,
yo me la finjo llena de hermosura.
Ni negocios, ni guerras, ni tristeza,
ni turbas proletarias cuya dura
misión es vegetar en la pobreza,
mientras el rico, en insolente holgura,
apacienta sus piaras de pereza.

—

¡Oh! piadoso reloj que nos murmura
con el grave sonar de su campana:
«Una hora, una hora menos de amargura.
»Tu mal con mis instantes se desgrana.
»*Din, don...* todo se va, nada perdura...
»Ten paciencia: ¡tal vez mueras mañana!»

—

No escribas: ¡para qué! Lo que imaginas
ya lo habrá dicho alguien.
No hables. ¿A qué unir vanos conceptos
al infinito enjambre
de los que ya falsean la existencia?
No fatigues el aire
con tus discursos: ama como amas
y sufre como sufres... ¡Pero cállate!

—

Ir silencioso por la jornada,
regando flores de caridad.
Poner en toda cabeza amada
una aureola de santidad.

—

Marcha entre las tinieblas del camino
sin más luz que tu fe,
con los ojos cerrados, ya que, abiertos,
nada has de ver.

—

Deja que con ridicula zozobra,
enfermos de avidez y de ansiedades,
los otros vayan tras sus vanidades;
que a ti, teniendo a Dios, todo te sobra.

—

Yo te amaré con todos los amores,
como un padre, un esposo y un hermano,
y en mi beso habrá todos los sabores
y todos los apoyos en mi mano.

—

¿Para qué enconas tu mal
con impaciencias premiosas?
Está tierno tu rosal
y no puede darte rosas.
Pero aguarda, que es fatal
la madurez de las cosas.

—

¡Triste vida en que el hoy nos arrebata
el ideal en el que ayer soñamos!
¡Triste vida de esplín, en la que vamos
matando el tiempo, mientras él nos mata!

—

¿Vale acaso la pena haber vivido,
para encontrar, después de tantas cosas,
que, sin duda, las horas más hermosas
son las que hemos dormido?

—

Huraño hasta excederme de la medida,
con mi ideal incólume de atropellos
y de promiscuidades, paso la vida
ayudando a los hombres... ¡y huyendo de ellos!

—

¿Qué es ya toda mi vida sino resignación?

—

Los hombres de otra edad, cuando el planeta
madure, y no haya amores ni deseo,
ni mentes soñadoras, ni alma inquieta,
disecarán al último poeta
y lo pondrán, cual momia, en un museo.

—

Ante el mal de nacer, mal sin medida,
que en míseros penados nos convierte,
Ormuz, que en los espíritus anida

y tiene compasión de nuestra suerte,
como suprema concesión pedida,
logró del Ahrimán obscuro y fuerte
la brevedad piadosa de la vida...
y el sueño sin ensueños de la muerte...

—

Si hoy a la blanca diosa de Citeres
honor y hacienda tu apetito inmola,
vivirás otra vida sin placeres,
idolatrando a todas las mujeres
y sin lograr que te ame ni una sola.

—

¡Qué noche tan helada y tan tranquila!
¡Cómo luce la nieve en la montaña!
La luna me contempla, cual pupila
del misterio; en sus nácares me baña,
y en mi estancia el gran péndulo que oscila
es como un corazón que me acompaña.

—

Pensamiento: no pienses
tantas cosas que inquietan y torturan.
Abre tu puerta al sol, a las estrellas
y a todo lo armonioso. Quiere y busca
lo esencial, lo inmutable;
vive sin miedo ni esperanza alguna,

—

Te amo con amor eterno,
y si tú, por pecador,
me condenas al infierno,
en el infierno habrá amor.

—

Un tonto estaba cantando:
«Se quita el hambre comiendo,
se quita la sed bebiendo,
se quita el amor... amando.»

—

Mi verso es una oración
misteriosa y solitaria.
Júntalo tú a la plegaria
de tu noble corazón,
y llévalo en tu alma fiel
como en un celeste nido.
... Ya oirás que dice a tu oído:
«Recemos los dos por él...»

—

Si no me quieres, déjame solo.
Si no hay cariño no hay compañía.

—

Puesto que no estoy contigo,
yo sólo quiero estar solo.

—

Señor: yo devuelvo lo que tú me diste;
difundo tu don.
Poeta me hiciste,
y voy dando a todos, para bien del triste
y goce del pobre, mi ingenua canción.

—

Puesto que tienes antojos
de que, ya en mi atardecer,
te escriba, enciende tus ojos
para que yo pueda ver.

—

Si de asomarme al misterio
sintiere yo muchas ganas,
te juro que me asomara,
trémulo de ansias y antojos,
por las grandes, por las negras,
por las divinas ventanas
de tus ojos.

—

No se te olvide que el mal
no es mal, sino menos bien.

—

Sean nuestras dos almas, desde hoy, como dos puntos
con cuya ortografía se anuncia algo divino...
Dejemos una huella no más por el camino,
y si ascendemos, suban nuestros dos vuelos juntos.

—

Eres rebelde al amor
y al beso nada propicia...
Mejor, amiga, mejor:
así tendrá tu primicia
cierto salvaje sabor,
y habrá no sé qué temblor
de gacela en tu caricia.

—

Voy a escribirte un donaire:
Eres más clara que el aire;
más nevada que la nieve;
eres vaga,
inasible cual la bruma,
cual la espuma;
clara y tenue como el aire.

—

—Y ¿cómo habré de comenzar mi viaje?—
preguntó al instructor el más curioso
de todos los discípulos.
—Empieza
por la inmovilidad. Primeramente
procurarás estar inmóvil una,
dos horas, tres..., cerrados
los ojos. La más cómoda postura
ha de ser la mejor.
Cuando apacigües...
. . . .
. . . .

—

Si eres tú la que estoy esperando,
la que veo de mi alma al trasluz,
la que vive conmigo soñando,
Dios, que quiso abreviar tu camino,
en tu frente de albor matutino
pondrá un trémulo signo de luz.

—

Se acerca desde el confín
indeciso y misterioso...
Si es la que estoy esperando,
la que en mí vivo soñando
tendrá un signo luminoso
en su frente de jazmín...
. . . .

—

Un poeta indiscreto, que tú conoces,
muy bien, propala
que, cuando llevas el abanico,
señora mía,
te sobra un ala.

—

Es preciso poner
un poco de misterio en la mujer.
La mujer sin misterio es un manjar
un poco soso.
Fuerza es confesar
que en la noble cocina del amor,
sin enigma, no hay sàlsa ni sabor.

—

Para entrar en el misterio,
la sola puerta es morir.

—

Si vivir *sólo es soñar,*
hagamos el bien en sueños...

—

Trabajar para vivir,
vivir para sufrir,
sufrir para perfeccionarse,
perfeccionarse para divinizarse:
ésta es la ley.

—

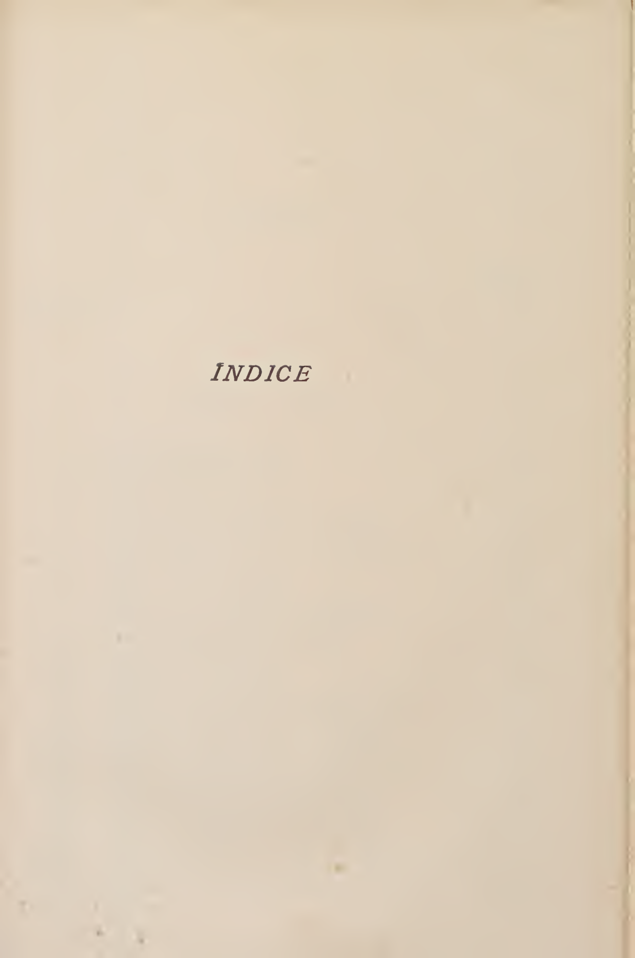
Sé de dos maravillosas majestades
que no son en los alcázares visibles:
¡la divina majestad de las estrellas,
la serena majestad de un hombre libre!

—

No te sientas jamás desconsolado
porque el bien que persigues anhelante
y que hoy lograr creíste, no has logrado;
con echar tu esperanza hacia adelante
ya está todo arreglado...

—

Te subí tan alto, que me ves pequeño
desde las alturas a que te subí...,



ÍNDICE

ÍNDICE

I

PERLAS NEGRAS

II

MÍSTICAS

III

POEMAS

Páginas

IV

LAS VOCES

V

LIRA HEROICA

VI

OTROS POEMAS

VII

EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO

VIII

LOS JARDINES INTERIORES

IX

EN VOZ BAJA

Páginas

X

SERENIDAD

Páginas

XI

LA AMADA INMÓVIL

Páginas

XII

ELEVACIÓN

Páginas

XIII

EL ESTANQUE DE LOS LOTOS

Páginas

Páginas

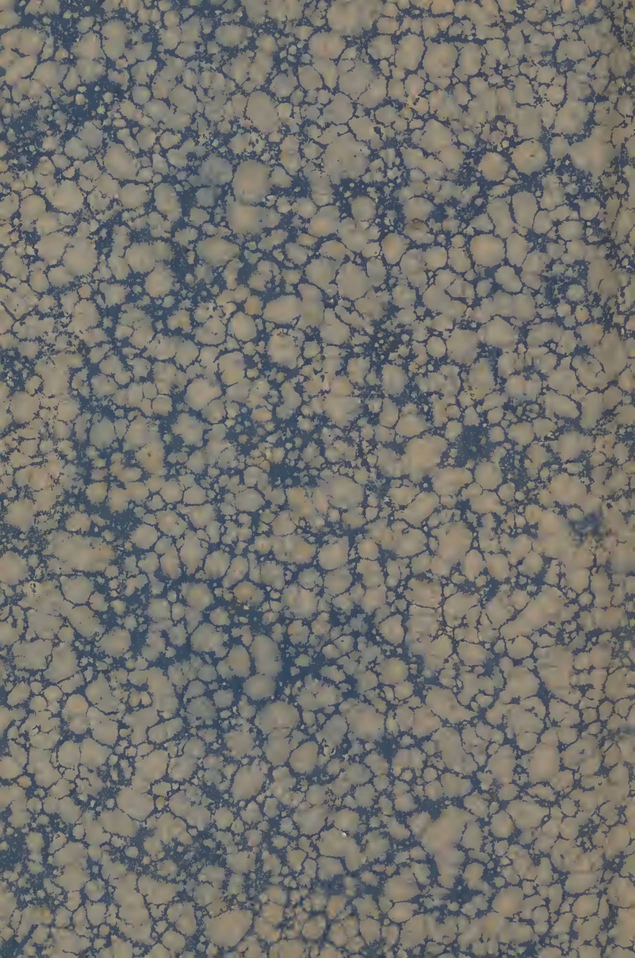
Páginas

XIV

EL ARQUERO DIVINO

Páginas

POESÍAS VARIAS



Para el médico



Betabión

(Marca registrada)

El Betabión es vitamina B_1 (aneurina) pura y cristalizada obtenida por vía sintética.

Indicaciones: Además de la típica avitaminosis B_1, o sea el beriberi, los estados bastante frecuentes de la hipovitaminosis B_1 relativa.

A disposición, literatura sobre cada una de estas indicaciones.

Dosificación

Para el uso **profiláctico** y para las prescripciones dietéticas generales bastan, en la mayoria de los casos, 1 - 2 tabletas al día de Betabión; en los trastornos de resorción y digestivos se inyecta a la semana 1 ampolla de Betabión «fuerte».

Para uso **terapéutico** en casos ligeros, 3 - 6 tabletas al día; si se señalan dificultades de resorción, 1 a 2 ampollas al día de 5 mg. o dos veces por semana 1 ampolla de Betabión «fuerte». En afecciones graves (neuritis y neuralgias, mielosis funicular, etc.), 1 - 2 ampollas de Betabión «fuerte» diarias o un dia sí y otro no, y en casos particularmente rebeldes, diaria o cada segundo día 1 ampolla de Betabión «fortísimo».

El Betabión se inyecta intramuscular, subcutánea o intravenosamente. Merece la preferencia la inyección intramuscular e intravenosa.

Los niños de todas las edades necesitan en general, por la necesidad de vitamina del organismo en crecimiento, dosis que se diferencian poco de las de los adultos.


AMADO NERVO
POESÍAS
COMPLETAS